



SIMON BOLIVAR

**CONDUCTOR POLÍTICO Y MILITAR
DE LA GUERRA ANTICOLONIAL**

Alberto Pinzón Sánchez

Índice de contenido.

Simón Bolívar: conductor político y militar de la guerra anti colonial.

© Alberto Pinzón, El Garaje Ediciones, Asociación Jorge Adolfo Freyter Romero.

Prólogo.

Presentación.

Agradecimientos.

Introducción.

Capítulo I: Antecedentes.

Capítulo II: Las rupturas.

Capítulo III: La Marcha Admirable.

Capítulo IV: La batalla por Venezuela.

Capítulo V: Centralistas y federalistas en la Nueva Granada.

Capítulo VI: Jamaica y Haití.

Capítulo VII: Llano adentro.

Capítulo VIII: Los Andes Neogranadinos.

BIBLIOGRAFÍA.

Apéndice: Lecturas Bolivarianas.

Selección de textos elaborados por Alberto Pinzón Sánchez, publicados en diversos medios y distintas fechas.

¿Cómo llegué a Simón Bolívar?

Seis tesis sobre la vigencia de la palabra y obra de Simón Bolívar en la actual Colombia.

Simón Bolívar: anti-esclavista y centralista.

Maquiavelo y Bolívar.

Simón Bolívar y la Independencia de las Antillas.

Ante los huesos de Simón Bolívar.

La muerte del Libertador y el laberinto.

Simón Bolívar y la Soberanía Popular y Nacional en Colombia.

Bolivarismo o Monroísmo.

A la luz de la dialéctica.

José María Obando y el 9 de abril de 1948.

Bolívar y Marx: Una nueva lectura.

NOTAS.

© Alberto Pinzón, El Garaje Ediciones, Asociación Jorge Adolfo Freyter Romero.

El Garaje Ediciones SL.

Cacereños 54 local 4.

28021, Madrid.

917986911

600241668

www.elgarajeediciones.com

info@elgarajeediciones.com

ISBN: 978-84-121087-0-5.

Fecha: enero 2020.

Esta edición digital ha sido posible con ayuda de la Secretaría General de Derechos Humanos del Gobierno Vasco.

A mi anciana madre que me despidió llorando.

A mis hijos Nonis y Tico, quienes salieron conmigo al exilio incierto.

Y a Baerbel, de quien, sin su AMOR, yo no hubiera podido sobrevivir.

A Soraya, quien me ayudó a transcribir el manuscrito original.

Berlín, abril 2017.

Prólogo.

Me resulta muy agradable académica y personalmente proceder a prologar la presente obra *Simón Bolívar: conductor político y militar de la guerra anticolonial*.

Ello por dos razones: una, por ser el objeto de estudio un personaje de un inmenso relieve histórico como es Simón Bolívar, que se sigue proyectado en la actualidad mediante conceptos como bolivariano, bolivarianismo...; y otra, por ser su autor Alberto Pinzón Sánchez, colombiano, médico y antropólogo y persona comprometida política y socialmente con su país y con los procesos de cambios latinoamericanos, en definitiva, con las causas de los pueblos de la tierra por su liberación.

Alberto Pinzón (Bogotá, 1 de enero de 1945), cuenta en su formación con las titulaciones de antropólogo (Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1978); médico-cirujano (Universidad de Caldas, Manizales, 1980); master en Administración de Salud (Universidad Javeriana, Bogotá, 1985) y otros diplomas en el área de salud pública; y especialista en Resolución de Conflictos (Universidad Javeriana, Bogotá, 1997).

En su práctica profesional fue médico en hospitales y centros sanitarios sitios en Manizales, Bucaramanga y Bogotá. Asimismo, ocupó cargos de dirección y asesoría en áreas del Ministerio de Salud Colombiano y otras entidades, en aspectos como sanidad pública, participación comunitaria y sistemas de calidad en atención médica.

Complementó sus dedicaciones laborales directas con la docencia universitaria en centros públicos y privados, impartiendo clases y asesorando en conocimientos e investigaciones acerca de la antropología médica, salud pública, atención primaria, medicina social y otras temáticas, en la Universidad Nacional de Colombia, Universidad Incca de Colombia, Universidad Cooperativa de Manizales, Universidad Industrial de Santander y Universidad Cooperativa de Bucaramanga.

Su multifacética formación, saberes adquiridos, capacidad de análisis y predisposición al intercambio y la deliberación, le ha permitido redactar una ingente cantidad de textos tanto profesionales (aparecidos en revistas de salud y medicina de Colombia y otros países); como académicos (su tesis de grado en Antropología titulada “Destrucción de la Comunidad Indígena del Vaupés”, adaptada en el libro *Monopolios, misioneros y destrucción de indios*, Bogotá, Editorial Armadillo, 1980); y, sobre todo, de índole político. Estos divulgados en breves ensayos y artículos mediante agencias de prensa, revistas y páginas Web (*América Latina en Movimiento, Rebelión*, Agencia de Noticias Nueva Colombia, Agencia Prensa Rural, Argenpress, *Tercera Información, Voltairenet, Insurgente.org...*). Además de varios libros, entre los que citamos, sin ser exhaustivos, *Ensayos de interpretación de la realidad colombiana* (Bogotá, Ed. Unincca, 1975); y la obra de corte autobiográfico *Salvo la ilusión todo es poder* (Cali-Bogotá, Fundación para la Investigación y la Cultura, 2012).

Comprometido con las causas políticas y sociales colombianas, probablemente su aportación más conocida fue su notable participación en uno de los procesos de conversaciones para lograr superar el largo y complejo conflicto colombiano: los *Diálogos del Caguán* -llamados así por establecerse un Área de Distensión o Despeje en torno a San Vicente del Caguán y otros municipios como La Uribe, Mesetas, Vista Hermosa y La Macarena, pertenecientes a los Departamentos de Caquetá y Meta, región andina amazónica-, habidos entre 1998 y 2002.

De un lado, el Gobierno colombiano, presidido entonces por Andrés Pastrana; y de otro la dirigencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), comandadas por Manuel Marulanda. En torno a las partes citadas, además de gobiernos de otros Estados, diplomáticos y colaboración de Organizaciones Internacionales, y en un contexto de enormes dificultades, se hicieron sentir la oposición de influyentes sectores del establecimiento económico-social tradicional -me refiero a los terratenientes agro-exportadores y ganaderos, a los grandes industriales y a los financistas-; buena parte de los mandos de las Fuerzas Armadas -educados en la doctrina y medios de la denominada “contrainsurgencia”, aplicados sin ningún tipo de cortapisa y con lamentables consecuencias (léase “falsos positivos”, entre otras)-; y en

esos años el crecimiento y cada vez mayor incidencia de los grupos paramilitares, como las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), como es sabido grupos de extrema derecha al lado de los poderosos y del terrorismo de Estado.

En esa andadura y en el marco de la creación de diversos entes asesores y consultores (Consejo Nacional de Paz, Mesa Nacional de Diálogo y Negociación, Frente Común por la Paz y contra la Violencia, Comisión de Acompañamiento a la Mesa Nacional de Diálogo y Negociación conformada por representantes de los “países facilitadores”...), se constituyó en mayo de 2001 una “*Comisión de Personalidades*” o “*Notables*” compuesta por cuatro personas: el magistrado Vladimiro Naranjo; la comunicadora y directora del periódico *El Colombiano* Ana Mercedes Gómez -años después senadora del uribista Centro Democrático-; el periodista y director del semanario *Voz* Carlos Lozano Guillén -además de miembro del Partido Comunista Colombiano-; y Alberto Pinzón.

Su principal misión: “formular recomendaciones que permitan avanzar en las discusiones sobre los mecanismos para acabar con el paramilitarismo y disminuir la intensidad del conflicto”. Así que, entre otras gestiones, elaboraron un Informe -“Documento de recomendaciones de la Comisión de Personalidades a la Mesa del Caguán”- que fue entregado el 19 de septiembre de 2001 al Gobierno y otras altas instituciones colombianas (1).

En los meses siguientes empezaron “las situaciones peligrosas”, así denominadas por Pinzón. Se publicitaron diversas amenazas, siendo posiblemente la más seria -por quedar escrita y por venir de dónde venía- la procedente de Carlos Castaño Gil, principal dirigente de las paramilitares Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). En su libro (producto de varias entrevistas efectuadas por el periodista Mauricio Aranguren) *Mi confesión. Carlos Castaño revela sus secretos*, aparecido en diciembre de 2001, señalaba, entre otras atrevidas acusaciones, que la mencionada Comisión “de notable no tiene nada, es una estratagema de la guerrilla”; que Pinzón era un “reconocido comunista”; y que su papel

había sido el ser una ficha de Alfonso Cano, destacado comandante guerrillero (2).

Algunas de las amenazas, unas veladas y otras directas, de Castaño se materializaron (3). En el caso que nos ocupa, es claro que esta fue la causa que motivó semanas después el atentado acaecido contra Pinzón en febrero de 2002 cuando estaba en su apartamento bogotano, efectuado desde un taxi en marcha. Salió ileso.

Ante la gravedad de la situación, ello le condujo a exiliarse. Contó con el apoyo del entonces embajador alemán Peter Von Jagow -a quien había conocido durante las gestiones de los intercambios del Caguán y de quien conservaba una tarjeta de visita con sus datos y teléfonos de contacto-. Desde esa época, como apuntaba en una entrevista “nunca he podido regresar” (4). En esos meses el proceso de intercambios fracasó y las negociaciones se rompieron definitivamente en febrero de 2002. El 1 de mayo de este año Pinzón aterrizó en Hamburgo, para vivir luego dos años en Dresde y, finalmente, ya rehaciendo su vida, al menos en parte, desde 2005 en Neu Köln (barrio berlinés).

Las sugerencias efectuadas por la Comisión de Personalidades fueron acertadas según Pinzón. En varios textos elaborados, entrevistas y charlas fechadas en los años posteriores ha insistido al respecto: “Tan desolador panorama nos impone necesariamente el deber de aceptar que después de una trágica y perdida década de sangre y lodo, padecida por el pueblo colombiano, volvemos a concluir que existe una única posibilidad para solucionar diplomática y civilizadamente el conflicto social y armado de Colombia: regresar a un escenario sistémico de paz como el esbozado por la Comisión de Personalidades o Notables en septiembre de 2001: 1) Una tregua bilateral militar como política para toda la insurgencia colombiana, es decir, tanto para las Farc como para el ELN; 2) Una discusión amplia y democrática sobre la base de la agenda común ya firmada por el Estado y las Farc en la aldea de la Machaca, en mayo de 1999, sin perjuicio de considerar otros temas nuevos surgidos en esta década perdida; como por ejemplo: la verdad, la justicia y la reparación; y 3) Una Asamblea Nacional Constituyente que refrende los acuerdos sociales alcanzados” (5).

Establecido en Alemania, reconocido como refugiado político, una de las primeras actividades que acometió fue elaborar una serie de reflexiones sobre *El Libertador*, conectando su pensamiento y accionar a la posterior historia latinoamericana y particularmente a la situación colombiana. De ahí surgió la primera edición de *Simón Bolívar: conductor político y militar de la guerra anticolonial*.

De hecho, una de sus primeras intervenciones públicas en el país germano, respondiendo a una invitación del Instituto Iberoamericano de Berlín, fue una conferencia el 16 de abril de 2003 en la sala Simón Bolívar de dicho centro.

Sus primeras palabras, tras agradecer la oportunidad brindada, fueron: “Es para mí un honor estar ante tan selecto auditorio en esta sala que lleva el nombre del más formidable luchador anti colonial de Nuestra América: Simón Bolívar, ante quien me inclino con profundo respeto y admiración, para presentarles el fruto de mis reflexiones acerca de la salida política al grave conflicto que padece nuestra patria y las posibilidades de la paz en Colombia. Deseo entonces comenzar afirmando que Colombia sufre una gran crisis política y social enraizada en lo más profundo de su desenvolvimiento histórico como nación y, mientras ello no se resuelva, las posibilidades para alcanzar la paz serán cada vez más remotas. Y como no hay futuro sin pasado, permítanme llevarlos unos tediosos minutos por el túnel de la historia”.

En efecto, durante una parte de la conferencia se remitió a la historia de la emancipación latinoamericana del yugo imperial español, valorando lógicamente el papel de Simón Bolívar. Esta exposición, junto con otros materiales y análisis, dieron lugar al libro que ahora reeditamos.

No es mi papel extenderme aquí sobre Bolívar y repetir aspectos ya sabidos. Valga señalar que es uno de los protagonistas de la historia americana y universal sobre los que más se ha escrito. Una rápida búsqueda en Internet arroja en 0,64 segundos un volumen de 22.900.000 resultados. Esto cuantitativamente hablando, pues cualitativamente los contenidos son desiguales.

Al ser tantos los textos sobre él, artículos académicos, tesis doctorales, ensayos, libros, etc., así como series televisivas y películas, lógicamente hay enfoques, análisis y conclusiones para todos los gustos. Pero, como se desvela en las siguientes páginas, muchas veces se trata de trabajos desenfocados, de críticas más destinadas a hacer ajustes con el pasado, de elaboraciones que parten de datos o fuentes inexactas, etc. Seguramente, como todo personaje de esta trascendencia, Bolívar también tendrá sus claroscuros.

En todo caso, hay que ubicarle en su tiempo (1783-1830) y contexto. Y, desde luego, destacar sus principales aportes:

- 1) Un dirigente político y social que supo analizar correctamente la realidad del espacio circundante y momento cronológico.
- 2) Vislumbrar la necesidad de la independencia de los territorios latinoamericanos y caribeños colonizados primero por el Reino de Castilla y luego por el Estado-Imperio llamado España.
- 3) Combinar, como se observa en sus manifiestos, proclamas y textos, la dimensión de la teoría política y social con el factor de la práctica, recomponiendo posiciones en función de los avances y repliegues.
- 4) Reunir las fuerzas y medios de toda índole (financieros, militares, de intendencia, diplomáticos...) para llevar a cabo una exitosa contienda de descolonización; devenida en una guerra de liberación nacional. Precursora de otras posteriores habidas en los siglos XIX y XX en varios continentes.
- 5) Superar cuantiosos obstáculos materiales y dificultades políticas; reponerse de serios retrocesos y derrotas puntuales; y atesorar la capacidad de mantener una lucha prolongada en el tiempo (en torno a dos décadas del siglo XIX, más si se consideran los antecedentes habidos al final del siglo XVIII) y el espacio (con base en los territorios del llamado Virreinato de Nueva Granada -del que se había desgajado en 1777 por decisión de la monarquía con un alto grado de independencia la Capitanía General de Venezuela-, y que se extendió al Virreinato del Perú y a una parte del Virreinato del Río de La Plata).

6) Todo ello acompañado de avanzadas propuestas de índole social, progresistas en el momento, como fueron las medidas en torno a la liquidación de la esclavitud, reparto de tierras a las comunidades -especialmente a las poblaciones originarias-, decretos sobre condiciones laborales en los trabajos, potenciación de la educación, planes de forestación, entre muchas otras.

7) Y una visión de engarce entre las causas locales y una estrategia continental, que en nuestros días calificaríamos de solidaria e internacionalista entre los pueblos y naciones involucradas.

En definitiva, lo que cabe considerar una revolución en toda regla, no solo en lo que hoy es Venezuela, Colombia y Panamá; sino que en conexión con otros procesos y dirigentes locales se extendió por lo que actualmente son Ecuador, Perú y Bolivia. En todos estos territorios, y a través de marchas y campañas habidas en unas inmensas distancias de miles de kilómetros y en variopintos escenarios geográficos, batallaron Bolívar y sus compañeros.

Todo este proceso no surgió de la nada y por casualidad. Ni fue algo sin dirección. Tuvo sus causas, factores, elementos objetivos y subjetivos y condicionantes internos e internacionales. Algunos de estos aspectos se abordan en el presente libro.

Y en la dirección, pese a ser colectiva como todo proceso revolucionario, ejerció un papel relevante en este caso Bolívar. Como subraya Pinzón, fue el “*conductor político y militar*” de una “*guerra anticolonial*”. De ahí el acertado título de esta obra.

Alberto Pinzón no es historiador, ni pretende -entiendo- elaborar un libro más enmarcado en las Ciencias Históricas. Ya existen numerosas obras de esta índole. Muchas citadas por él mismo en las siguientes páginas.

Considero que el género en el que cabe ubicar este libro es el *ensayo*. Un género literario -no precisamente menor- con determinadas características: elección de un objeto de interés, bien por razones académicas o sociales; conocimiento exhaustivo de lo más importante de los publicado anteriormente al respecto; uso riguroso de fuentes y datos;

presentación dirigida a una lectura fácil, evitando todo un aparato de notas a pie e interminables referencias bibliográficas; y manejo de argumentos e interpretaciones bien articuladas y sostenidas, entre otros elementos. Hay que señalar que el ensayo histórico y socio-político ha devenido en un complemento valioso para la Historia y la Ciencia Política, entre otras disciplinas. Y estos condicionantes se cumplen sobradamente en este trabajo de Pinzón, combinación de empleo de materiales adecuados, exposición de hechos y procesos y reflexión intelectual.

Antes de concluir, apuntar dos anotaciones.

Una, el origen vasco de *El Libertador*. Fue descendiente de Simón de Bolívar “El viejo” o “El vizcaíno”, que emigró desde Euskal Herria a América a mediados del siglo XVI. De 1557 a 1587 radicó en Santo Domingo (hoy República Dominicana) y luego como escribano pasó a Caracas, ciudad donde se afincó definitivamente. A partir de entonces se desarrolló una rama de los “bolívar” ya plenamente americanos. Genealógicamente este emigrante fue el quinto abuelo de Bolívar.

Y dos, que Simón Bolívar efectuó dos viajes a Europa. Durante el primero (1799-1802), residió en Bilbao (capital del territorio histórico de Bizkaia, perteneciente al País Vasco) durante algo más de un año, entre el 20 de marzo de 1801 y el 5 de mayo de 1802, con salidas a Santander y Francia. En el Casco Viejo de Bilbao se ubica hoy día la casa donde vivió. Esta estancia, probablemente por la falta de documentación, no ha sido muy tratada en la mayoría de biografías. No obstante, ya contamos con algunas investigaciones que abundan en este pasaje (6).

Alexander Ugalde Zubiri

Licenciado en Historia y Doctor en Ciencias Políticas. Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU).

Miembro del Grupo de Investigación consolidado del Sistema Universitario Vasco: “País Vasco, Europa y América. Vínculos y relaciones atlánticas”.

Presidente de la Asociación Jorge Adolfo Freyter Romero (JAFR)

Presentación.

APRECIADO LECTOR:

El libro crítico sobre la vida y obra de Simón Bolívar que Ud. tiene en sus manos es una excepción que también tiene su pequeña historia.

Como es sabido, en el año 2000 el Gobierno colombiano de Andrés Pastrana abre una pausa política con la Insurgencia guerrillera para discutir y llegar a acuerdos que permitan la pacificación del país y la conclusión del histórico y secular conflicto social armado, y se originó a la muerte de Simón Bolívar. Para tal efecto ambas partes establecen de común acuerdo una mesa de negociación en San Vicente del Caguán.

El proceso por diversas circunstancias, una de ellas la condición aceptada por las dos partes de “negociar en medio de la guerra”, precipita diversas crisis; una de ellas a mediados del año 2001, que se intenta resolver de común acuerdo, creando una comisión de alto nivel que represente con credibilidad una amplia opinión nacional, para que le haga propuestas sensatas a la Mesa de Negociación del Caguán sobre “La disminución del conflicto armado y el *desmonte* del fenómeno Paramilitar”. Dicha Comisión, llamada sarcásticamente por los medios de comunicación “de los Notables”, estuvo conformada por 4 personas, yo una de ellas.

La Comisión cumple su objetivo y presenta las recomendaciones escritas, a pesar de los atentados y las amenazas directas contra ella, ampliamente proferidas por el líder y jefe de los paramilitares Carlos Castaño por los medios de comunicación, especialmente en su libro-testimonio *Mi Confesión* (Editorial Oveja Negra, 2001, pp. 312 y ss.). Que en mi caso se llevan a cabo en el intento de asesinato que se realiza en mi apartamento en febrero de 2002, también ampliamente publicitado, y me obliga a salir al exilio desde esa fecha, posiblemente sin regreso.

Durante el breve tiempo de trabajo de la Comisión, pude discutir ampliamente con los principales dirigentes de la insurgencia y con

múltiples trabajadores en las más diversas actividades de la vida social que asistieron a las audiencias públicas convocadas; la concepción sobre la vida y obra del Libertador Simón Bolívar que nos inspira a quienes creemos que otra Colombia será posible.

El hoy mirando al ayer para proyectarlo al mañana.

Pude, así mismo, detectar que era una necesidad imperiosa la escritura de un pequeño libro fácil de leer y cargar; que compendiará y arrojará luz de manera crítica y amplia sobre los vacíos detectados. Están descritos en el texto.

El aceitoso tiempo de exilio me permitió concluir para mediados del año 2003 el texto básico del libro *Bolívar conductor político y militar de la lucha anticolonial*, que salió editado “muy discretamente” en una pequeña imprenta artesanal de Bogotá, llamada simbólicamente El Paso de los Andes (hacia Venezuela en 1813 y hacia Colombia en 1820, es decir de doble vía), como un homenaje a la fecha: el 17 de diciembre del 2003.

Obviamente con la intención de que 15 días después, es decir en el 2004, llegara a sus lectores como efectivamente sucedió.

Mil ejemplares salieron a la luz y pronto su gran mayoría logró ser distribuida en campos, barriadas, fábricas y liceos. Sin embargo, las agencias de inteligencia del Gobierno de Álvaro Uribe Vélez, lograron confiscar y hacer desaparecer de la circulación cerca de 200 ejemplares, por lo que la edición hoy es prácticamente imposible conseguir.

Solo logré conservar este *único* ejemplar de la prueba final, que ha sido depurado de algunos errores de impresión y la portada de la edición, en cuyo envés hay una pequeña sinopsis biográfica del autor.

Con la esperanza de que su lectura y discusión aporte algunas luces a la *praxis* de los procesos Bolivarianos que viven nuestros “Pueblos Hermanos”, los cuales precisamente por ser diversos y múltiples son únicos, como lo establece la concepción dialéctica basada en la vida, queda a su disposición, apreciado lector.

Alberto Pinzón Sánchez. 24 de julio de 2009 (Un cumpleaños más).

Años después, entrados en 2019, sigo exiliado en Alemania. Activo, siguiendo los acontecimientos en mi país, leyendo, reflexionado, publicando regularmente pequeños ensayos y artículos de opinión. Moviéndome por Europa para responder a las numerosas invitaciones de los colectivos de exiliados y exiliadas colombianas, organizaciones de solidaridad con los represaliados, entidades diversas e, incluso, instituciones dependientes de gobiernos y ciudades que me han pedido dar conferencias y participar en mesas redondas.

En este contexto seguí con detenimiento y esperanzas todo el proceso del *Acuerdo de La Habana* entre el Estado colombiano y la guerrilla comunista de las FARC-EP. Al respecto he escrito: “de ser un documento serio donde se pactaba y compendiaba la tesis central de los jefes fundadores de esa guerrilla de Solución Política CON TRANSFORMACIONES SOCIALES Y POLITICAS, quedó convertido en un documento espurio, incluso en las instancias internacionales donde reposa y en otro PACTO ENTRE CÚPULAS; una vez se abandonó la fase de refrendación mediante una CONSTITUYENTE y apresuradamente se sustituyó por el plebiscito Santista, derrotado de antemano, lo que generó un punto de bifurcación caótica con una cascada de errores subsecuentes (...)” (“El Acuerdo de La Habana terminó siendo un pacto de cúpulas”, *Rebelión*, 9 de octubre de 2018).

Esta situación, entre otros elementos de análisis que aquí sería prolijo enumerar, me reafirman en mi convicción, defendida desde 2001, que el conflicto histórico social y armado colombiano NO tiene solución militar.

Insistiré, una vez más, para tratar de comprender en qué momento nos encontramos, que estamos ante una máquina monstruosa de 10 ruedas dentadas que une y condensa en un *Bloque de Poder Contrainsurgente* (BPCi) las clases sociales dominantes históricamente en Colombia con sus apoyos en las clases medias subalternas y cooptadas. Como apunta Vilma Liliana Franco Restrepo -remito a su libro *Orden Contrainsurgente y Dominación* (Bogotá, Instituto Popular de Capacitación y Siglo del Hombre Editores, 2009)-, el Estado colombiano como cualquier otro

Estado es una relación social histórica concreta que tiene una Hegemonía (con mayúscula) dominante, un amplio consenso ideológico contrainsurgente, una especie de cemento ideológico abundante que pega todas las clases dominantes y las fracciones en las que se divide y que se despliega sobre las clases subordinadas y cooptadas como una Hegemonía densa e impenetrable; que es soportada por una “Coerción contrainsurgente bifronte”, con todas las intersecciones entre lo legal e ilegal que se han dado a lo largo de su existencia hasta la actualidad (“Duque y el Estado contrainsurgente colombiano como testaferrero de Washington”, *América Latina en movimiento*, 29 de marzo de 2019).

Como he apuntado más arriba, en diversos momentos he subrayado la importancia de “Retomar a Simón Bolívar”. En esta dirección el presente libro se reeditó en 2017, en Bogotá, de la mano de la Fundación para la Investigación y la Cultura (FICA), hoy ya desaparecida.

Ahora mis amigos y amigas de la *Asociación Jorge Adolfo Freyter Romero (JAFR)* -sita en el País Vasco y organizada, entre otros objetivos, para mantener la memoria del profesor universitario y sindicalista y denunciar política y jurídicamente su secuestro y asesinato por un grupo de paramilitares y miembros del Ejército y Policía el 28 de agosto de 2001-, me han animado a reeditar el presente libro, nuevamente revisado en sus aspectos formales.

Casi 16 años después de su primera publicación, 2003/2019, por cuarta vez me es sumamente grato que sea difundida mi aportación Simón Bolívar: conductor político y militar de la guerra *anti colonial*, pues su figura sigue estando plenamente vigente.

Alberto Pinzón Sánchez. Alemania. Julio de 2019.

Agradecimientos.

A Simón Bolívar por su palabra y obra.

Al Doctor Vicente Lecuna por su irrestricto apego a la verdad histórica de Bolívar y dedicación de toda su vida por lograr establecerla.

Al general patriota argentino José de San Martín, por escribir en sus cartas personales, diez años después de muerto Bolívar el siguiente juicio: “En cuanto a los hechos militares del general Bolívar, ellos le han granjeado con razón la fama de ser considerado el hombre más asombroso de la América del sur. Lo que lo caracteriza por, sobre todo, formando en cierto sentido un rasgo especial, es su constancia a prueba, que se fortalecía en las dificultades, sin dejarse abatir por ellas, por más grandes que fuesen los peligros a los cuales se hubiera arrojado su alma ardiente”.

Al Patriota Cubano José Martí por indicarnos con su ejemplo que “Lo que Bolívar no hizo, está todavía por hacer en América”.

Al paradigma de la clase dirigente de Colombia, Francisco de Paula Santander, “abogado virtuoso aficionado a presenciar ejecuciones”, según el profesor Waldo Frank, por llevar un diario de sus mezquindades.

Al ex presidente de Colombia Tomás Cipriano de Mosquera, edecán de Bolívar y al ex presidente de Venezuela José Antonio Páez, por escribir memorias acomodadas para darse realce.

A los ex militares colombianos, Alberto Lozano Cleves por su honestidad al graficar las batallas libradas por el Ejército Bolivariano, y Álvaro Valencia Tovar por su verbosa cascada de equívocos maquillados con retórica grandilocuencia.

Al ex presidente de Venezuela General Eleazar López Contreras, por su escueto resumen militar de la obra de Bolívar en su país.

Al historiador C. Parra-Pérez, por mostrar que Miranda y Bolívar fueron parte de la Ilustración Francesa.

Al ex presidente dominicano Juan Boch, por destacar la dimensión clasista de la “guerra de exterminio” que desató Boves inducido por el poder colonial, contra la clase mantuana de los ricos esclavistas criollos por atreverse a disputarle el poder político.

Al historiador Miguel Acosta Signes, por develarnos la oculta base social de la guerra anticolonial venezolana.

Al historiador Francisco Pividal Padrón, por su insistencia en resaltar el anticolonialismo de Bolívar.

Al hispanófilo venezolano Rufino Blanco Bombona, por comparar a Bolívar con Hernán Cortés, Francisco Pizarro y demás asesinos depredadores y saqueadores españoles llamados conquistadores, a quienes Bolívar siempre detestó.

Al escritor español Miguel de Unamuno, por equiparar a Bolívar con el Quijote y al abnegado Ejército Bolivariano con Sancho Panza.

A los escritores españoles Salvador de Madariaga y pastuso José Rafael Sañudo, por su manera de engrandecer a Bolívar, odiándolo.

Al publicista colombiano Juan Lozano y Lozano, por atreverse a comparar en 1937 en un pequeño artículo, a Bolívar con Maquiavelo y mostrarnos que esa idea era posible.

A los escritores Waldo Frank, Gerhard Mansur, Indalecio Lievano Aguirre, Augusto Mijares, William Sherwell y Jules Manzini, por sus biografías sobre Bolívar.

Al historiador Jaime Jaramillo Uribe, por compilar la llamada nueva historia de Colombia

A Nicolás Maquiavelo, por enseñarnos a ver la dimensión política de la historia, mirando hoy al ayer, para resolver los problemas del mañana.

A Carlos Marx, por dejar fundado que la historia de las sociedades es la historia de la lucha de las clases sociales: explotados contra explotadores.

Al estratega chino Sun Tzú, por haber establecido hace 25 siglos el fundamento político de toda guerra, en esta simple sentencia: “Lo que es pues de gran importancia en la guerra es combatir la estrategia del enemigo” (*El Arte de la Guerra*, Cap. III, nº 4).

Al dialéctico general prusiano Carl von Clausewitz, por demostrar que lo político y lo militar son idénticos y contrarios.

Al colega francés Próspero Reverand, por abrir en la calurosa hacienda de San Pedro Alejandrino de Santa Marta, el enjuto y vaporoso cuerpo muerto de Simón Bolívar para realizarle la necropsopia y describir las cavernas que le produjeron en sus pulmones, la ingratitud y traición de Francisco de Paula Santander y José Antonio Páez, asociados con el *Mycobacterium Tuberculosis*.

Al trovador cubano Pablo Milanés, por alentar mis escritos con sus cantos poéticos.

Introducción.

El presente escrito no es fruto de una especulación teórica. Es el resultado de una serie de apasionadas discusiones problemáticas sostenidas en Colombia durante la pausa del año 2000, sobre las enseñanzas de la vida y obra de Bolívar útiles en el actual momento histórico, proyectado al futuro.

El primer problema que tuvimos, consistió en pilar la imagen del Libertador para quitarle la paja de 200 años de ritualismo y quedarnos con el grano fértil y veraz de su experiencia político militar. El “mito” de Bolívar forjado por verdaderos exegetas de la clase dominante, terminó por convertirlo en una estatua petrificada de mármol lívido cubierta con un sombrío manto, con la que se adornan las innumerables plazas de todos los poblados de los países de la otrora Gran República de Colombia. Más de mil textos oficiales -y este no aspira a ser uno de ellos- en donde a partir de una frase o una anécdota sin ningún “contexto” se demuestra, no lo que Bolívar quiso decir, sino lo que el régimen quiere que se diga, son una verdadera dificultad.

Múltiples facetas talladas con dedicación y esmero, ocultando al hombre en su totalidad compleja, han terminado por enajenarlo de la memoria de las gentes del común: El don Juan “infatigable” de las tres etcéteras, el delirante y utópico alfarero de naciones, el inhumano de la guerra a muerte, el aventurero romántico, el epopéyico guerrero de la Grecia homérica, el coloso cósmico continuador de la sangre de Pelayo, el Cid, Pizarro, Cortés y demás asesinos y depredadores españoles (a quienes detestó), el pomposo y chispeante diplomático, “el tirano militarista” como solía llamarlo en secreto F.P. Santander, el frustrado estadista, el grandilocuente orador y redundante escritor. El descontextualizado, melancólico y desolado tuberculoso *garciamarquiano*, abandonado por la ingratitud de quienes creyó fueran sus amigos, que flota moribundo por el río Magdalena llevado por la corriente, mascullando solitario en delirante agonía, su soledad.

Todo, para eludir mostrar lo que realmente fue: un exitoso conductor político y militar de la lucha anticolonial en la América Andina. No el militar a secas, ni el político retórico, sino ambos en simultánea integridad vital.

El segundo problema, lo constituyó la múltiple y polémica “caracterización” existente del periodo histórico y de las realidades tanto americanas como europeas que vivió Bolívar: ¿Era el Imperio Español simplemente “capitalista”? ¿O se encontraba en un complicado proceso de TRANSICIÓN; incorporado e integrado desde sus inicios mediante el capital comercial al “sistema colonial del capitalismo mundial”, que en ese momento jalonaba y hegemonizaba el capital industrial inglés?

¿De qué manera se vinculaban los esclavistas criollos y mantuanos a los cuales pertenecía Bolívar, a este circuito comercial colonial, y cual papel jugaron en el desenlace de la guerra de liberación nacional, tanto el problema de la libertad para los esclavos, el de la liberación de las trabas coloniales de los indígenas, mestizos y demás trabajadores?

El tercer problema que discutimos, fue el análisis del desarrollo político militar inédito y sin ninguna experiencia universal de referencia, acerca del complejo proceso de lucha de las clases sociales durante la guerra anti colonial en esta parte de América: primero, la lucha de los mantuanos en las ciudades contra las trabas monopólicas de la Corona Española. Luego en los campos, la utilización por parte del poder colonial de los esclavos y demás trabajadores de color contra sus propietarios. Después, la estrategia de Bolívar para incluir a estos “coloreados” en las reivindicaciones de su clase, dentro del concepto amplio de libertad en la nueva república. Y finalmente, una vez incorporados en el Ejército patriota, que derrota el poderío colonial español en los páramos peruanos de Ayacucho; el proceso de regresión y marcha atrás, dado por los esclavistas exportadores y hacendados criollos coaligados, para evitar la liberación de sus esclavos y de los indígenas que les tributan. Proceso que concluye con las conspiraciones e intentos de muerte realizados por sus antiguos compañeros de armas y la desmembración del proyecto bolivariano de la Gran República de Colombia.

Estos problemas generaron algunas reflexiones, que de ninguna manera son respuestas finales, las cuales hoy presento en este texto fechado y por lo tanto sujeto a ser superado, con el ánimo de aportar al debate que apenas se inicia, algunas ideas útiles para el presente y tal vez para el futuro, sobre la vida del forjador de nuestra nacionalidad (Dresden, Festspielhaus-Hellerau, 17 de diciembre de 2003).

Capítulo I: Antecedentes.

“Simón Bolívar: (Viendo desaparecer a la adivina Golondrina, como hablando consigo mismo):

- ¡Viajar eternamente...! ¡Que Peregrina historia...!” Francisco Villaespesa: *Bolívar*, Prólogo, escena V.

“Conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento.

Padre le dije: ¿Eres o no eres, o quién eres? Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:

-Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo”. Pablo Neruda:
Un canto para Bolívar. Poema.

A comienzos de 1800, según lo describe el geógrafo alemán Alejandro von Humboldt en sus crónicas de viaje a las regiones equinociales, la sociedad que hoy se conoce como Venezuela, es la que mejor muestra las contradicciones que se incubaban en la mayoría de países coloniales de la América española:

Para la época existen en realidad dos *Venezuelas*: una, la más importante, rica y poblada, se extiende a lo largo de los feraces valles adyacentes a la Costa Caribe y es asiento de una próspera agricultura de exportación de cacao basada en la gran hacienda esclavista; y otra, la Venezuela de la Llanura del Orinoco en donde coexisten imbricados dos sistemas productivos: uno, “los hatos” trabajados por pardos y libertos, dedicados a la ganadería extensiva de novillos y mulas para la exportación en pie, con destino a las plantaciones de las Antillas inglesas

por la vía del gran río Orinoco. Y otro, una “forma pampeana muy rudimentaria”, al decir de Marx, de aprovechar los habitantes de la llanura los caballos y reses que en estado semisalvaje pastan, para cazarlos y matarlos con lanzas, con el fin de vender por unas monedas o intercambiar por chuchearías los cueros y el sebo obtenidos luego de la matanza, a los comerciantes europeos que se internan dentro de la sabana remontando los afluentes del Orinoco.

En las villas costeras y puertos principalmente en el eje la Guaira-Caracas, centro del poder colonial español, al amparo de algunas medidas de liberalización comercial tomadas unas décadas atrás por la afrancesada corte de los borbones, que ha adquirido la Corona Española en 1700, se ha consolidado una minoritaria clase social muy “sui generis”: los grandes hacendados esclavistas, exportadores directos de sus “frutos agrícolas”, de origen racial blanco pero nacidos durante varias generaciones en América, motivo por el cual los españoles peninsulares los llaman “criollos “ y el pueblo coloreado los denomina “mantuanos”, ya que son los únicos que pueden tener el lujo de regalarle a sus esposas y mujeres como rasgo distintivo de linaje y riqueza, el exótico mantón de seda bordado traído desde Manila en la Filipinas.

Los criollos mantuanos conforman al amparo del régimen colonial, una intransigente y excluyente sociedad piramidal basada en un rígido sistema de prejuicios socio-raciales, en cuya cúpula se encierran ellos como una oligarquía propietaria; y, debajo de ellos, una amplia base de trabajadores explotados de piel coloreada: bien fueran mestizos, indígenas o negros esclavos.

Según las cifras aportadas por varios historiadores actualmente depuradas, para 1800 Venezuela tiene 898.243 habitantes y la pirámide por categorías socio-raciales es así:

CATEGORÍA	Número habitantes	%
Criollos mantuanos	172.727	19
Blancos españoles	12.000	1,3
Mestizos (pardos)	407.000	45
Negros	145.000	16
Indígenas (tributarios)	101.354	12
Otros (selvícolas)	60.000	6.4
TOTALES	898.243	100%

A su vez, según los datos depurados del cronista de la colonia Francisco Silvestre, para 1770 en el Virreinato de la Nueva Granada (actual Colombia), llamada así porque su conquistador Jiménez de Quesada encuentra cierta similitud entre el altiplano bogotano y las vegas y serranías de la ciudad andaluza de Granada de donde procede; viven 806.641 habitantes con una composición socio-racial bastante similar a la encontrada en la Capitanía de Venezuela:

CATEGORÍA	Número habitantes	%
Blancos criollos	145.196	18
Blancos españoles	56.465	7
Mestizos	385.574	47,8
Indígenas tributarios	157.295	19,5
Negros	58.079	7,2
Otros	4.032	0,5
TOTALES	806.641	100%

Lo cual, correlacionado con los acontecimientos históricos permite decir que:

- 1) El número de blancos criollos o mantuanos es muy superior a los nacidos en España, quienes en su mayoría son burócratas de la administración colonial y curas doctrineros.
- 2) La base de la población, en cuyos brazos recae toda la producción económica la constituyen “los coloreados”: Los mestizos o pardos predominantes debido al intenso proceso de mestizaje ocurrido durante todo el siglo anterior. Los indígenas tributarios. Y los negros esclavos.
- 3) El número de negros, no necesariamente concuerda con el número de esclavos, debido también al intenso proceso de “cimarronaje” y rebelión que se está presentando tanto en Venezuela como en la Nueva Granada, en especial durante todo el siglo anterior.

La particularidad en la Nueva Granada (actual Colombia), para comienzos del siglo XIX, consiste en que dadas las características geográficas y el aislamiento estanco en que la Corona Española mantiene sus colonias, se ha desarrollado un sistema localizado de extraer oro para la exportación a la metrópoli, que une así sea con débiles lazos comerciales, las cuatro grandes regiones que conforman esta colonia: Una, el llamado Sur Occidente minero. Dos, la zona de los puertos caribes de Cartagena y Santa Marta. Tres, el Altiplano Central Andino. Y cuatro, el llamado Oriente Comunero.

Bogotá la sede del Gobierno virreinal, se localiza en el feraz Altiplano Central asiento de una importante comunidad agraria prehispánica llamada *Chibcha*, que rápidamente es sometida a “encomienda” por los conquistadores españoles. Esta se agota con el exterminio indígena y se transforma en un complejo proceso de expropiación en “hacienda”, dando origen a una oligarquía latifundista “sabanera” muy influyente residenciada principalmente en Bogotá, Sogamoso y Tunja, ligada por vínculos mercantiles con los comerciantes de los puertos marítimos de Cartagena y Santa Marta, en donde también a expensas de las comunidades indígenas *Zenú* y *Arhuaca*, se ha desarrollado un proceso

semejante de concentración latifundista de la tierra al del Altiplano Central.

Entre el Altiplano Andino y la Costa Caribe limitando con los Andes venezolanos, se halla el Oriente Comunero, en donde la menor densidad indígena y la geografía no permiten un gran desarrollo de las encomiendas, sino más bien la conformación de un próspero complejo agrícola-manufacturero de villas y poblaciones, cuyo centro son las ciudades de Socorro y San Gil, habitadas en su gran mayoría por blancos pobres (o de orilla) dedicados al intercambio mercantil, mestizos artesanos y campesinos dedicados principalmente al cultivo del tabaco, del algodón para la fabricación de lienzos, caña dulce para elaboración de dulces, panelas y aguardientes y quienes se llaman a sí mismos “la gente del común”. Aquí es donde se desarrolla en 1781 la masiva y multitudinaria insurrección de los comuneros, levantada bajo la consigna lanzada por su gran dirigente José Antonio Galán de “unión de los oprimidos contra los opresores”, contra el despojo de tierras, la asfixia fiscal a la producción y el mal gobierno colonial del arzobispo- virrey Caballero y Góngora.

Pero la primordial actividad económica de la Nueva Granada la extracción de oro, se inicia desde los primeros años de la conquista mediante el “trabajo forzado indígena llamado mitayo” y después de su exterminio, se continúa con trabajo esclavo traído del África, concentrado en el actual Sur Occidente del país y abarcando las grandes provincias de Cauca, Antioquia y Chocó. Y cuyo epicentro es la devota ciudad de Popayán, lugar de residencia de poderosas familias de esclavistas mineros y comerciantes exportadores, quienes también poseen extensas haciendas en las vegas próximas del altiplano caucano, en donde los pocos indígenas que han logrado sobrevivir les producen “adscritos” el sustento agrícola y artesanal necesario para mantener en actividad las minas.

En Popayán se recibe el oro procedente del Patía y el litoral Pacífico para ser amonedado y mandado por el camino del río Cauca, al puerto amurallado de Cartagena con el fin de reunirlo y exportarlo en el navío anual a Sevilla. En Cartagena, a su vez, se realiza el comercio de los esclavos traídos del África por los traficantes autorizados por la Corona

Española. Según el historiador Jorge Palacios Preciado (1978), durante los 279 años comprendidos entre 1510 y 1789, entran por el puerto amurallado 553.646 esclavos procedentes del África, que dejan una gigantesca rentabilidad del 700%. El capital comercial ha forzado la inversión, no en tecnología como en los países del Noratlántico europeo, sino en fuerza de trabajo esclavo que se halla en abundancia y sin dueños en las costas africanas.

Durante el siglo XVIII (1700- 1800), la Nueva Granada ha exportado oro metálico por valor de 12 millones y medio de patacones de oro, equivalentes al dólar y ocupa el 2º lugar después de Brasil con una participación del 40% en la producción mundial. Sin embargo, en los diez años anteriores a la iniciación de la guerra anticolonial ha exportado 3.487.500 patacones, es decir un 27% del total exportado durante los años anteriores. Esto se refleja en la vida económica y social neogranadina.

Por ejemplo y para comparar valores, un esclavo que produce lo de tres indígenas, vale en Cartagena cerca de 400 patacones de oro y puesto en la mina dobla su valor. Mientras que una res cuesta 5 y un caballo 9 patacones.

Los esclavistas (mineros, exportadores y hacendados), al amparo del régimen colonial español y acicateados por el capital comercial europeo, que se halla en pleno proceso de acumulación originaria, consolidan con el correr de los años un sistema también excluyente y minoritario de dominación y depredación oligárquica para extraer plus valía al trabajo indígena, mestizo y esclavo; utilizando las más bárbaras “formas pre capitalistas” de trabajo conocidas por la humanidad.

Según el intelectual colombiano Antonio García en su libro sobre la economía contemporánea (1948), y de acuerdo a las formas de producción anteriores a la conquista española, descritas por el historiador Hermes Tovar Pinzón, en el modo de producción precolombino (1974), en Colombia se utilizan las siguientes formas de explotación del trabajo humano:

1) Trabajo indígena y mestizo:

a) “Trabajo Comunal” de indígenas, mediante el tributo obligatorio de la comunidad agraria indígena.

b) “Trabajo Forzado” (mitayo) de indígenas en:

- Mita minera.

- Boga de navegación en los ríos.

- Levas y enganches para obras públicas.

- Obrajes de fabricación en talleres (telares, talabartería, trapiches y velas de cebo).

- Oficios domésticos.

- Servicios personales (cargadores de a pie).

- Mita agraria y artesanal en las misiones de los jesuitas.

c) “Trabajo Servil” (obligación extra-económica) de indígenas y mestizos en:

- Encomiendas y reducciones (pueblos), en forma de tributo personal en dinero o especie como productos agrícolas, ruanas o mantas y carne de monte.

- Haciendas, como peonaje y arriendo.

d) “Trabajo Concertado” o salario rudimentario pagado a indígenas y mestizos en dinero o bienes, en talleres artesanales y labores agrícolas.

2) “Trabajo Esclavo” de africanos en:

- Plantaciones y trapiches.

- Minas.

- Talleres artesanales.

- Oficios domésticos.
- Boga de navegación en los ríos.

Los africanos vienen despojados de todo. Pero la “expropiación e individualización” de indígenas y mestizos, es decir “la separación de sus condiciones objetivas de producción”, es un proceso tortuoso y prolongado, que conduce a que el tributo colectivo y cultural de la Comunidad Agraria Prehispánica se transforme por medio de la violencia armada en obligación individual del indígena, que debe ser pagada como un tributo personal en trabajo, especie, o incluso dinero al encomendero o latifundista, quien previamente se ha apropiado “a las buenas o a las malas” de las tierras indígenas por orden del rey de España. Más tarde esta obligación individual revestida como contrato de arrendamiento o aparcería, se convierte en el “rentismo de la tierra”.

Este proceso de acumulación de capital ampliamente documentado por investigadores e historiadores en esta parte de América, se origina en el trabajo de las minas y se realiza en el “comercio colonial” primordialmente del oro y los esclavos. Las formas rudimentarias y deformadas que se introducen de salario individual o colectivo a través del “concierto” y que durante mucho tiempo bloquean el desarrollo pleno del salario como tal, contribuyen a la conformación de ese “híbrido capitalista deforme y violento”, ligado estrechamente por medio de este capital comercial y desde sus inicios al sistema colonial del capitalismo mundial, que obtiene el “plus valor” utilizando las brutales formas de trabajo “pre capitalistas”, descritas atrás.

Para entender mejor la importancia de este nudo contradictorio de clases sociales dominante asentado en Popayán, sigámosle la pista a una de estas familias de esclavistas, hacendados y comerciantes exportadores de oro, que impone a Colombia su poderío económico y político sobre la mayor parte de la vida social, durante el siglo XIX y parte del siglo XX: los Mosquera.

Joaquín Mosquera, hermano de Tomas Cipriano, ocupa la presidencia de Colombia en 1830 a la muerte de Simón Bolívar. Un año después otro Mosquera llamado José María Obando, el caudillo militar de tres guerras

civiles y autor del asesinato del Mariscal Sucre, llega a ser presidente y una vez más en 1853 sustituye en ese puesto a su pariente José Hilario López. En 1841 el yerno de Tomas Cipriano Pedro Alcántara Herrán, alcanza la presidencia de Colombia. Y en 1854 al ser destituido Obando, lo sucede el traficante de esclavos y poeta lírico Manuel María Mallarino. El propio Tomas Cipriano consigue la presidencia de la República en tres ocasiones: en 1845, en 1860 y en 1866. Desde siempre, la primera autoridad religiosa del país (el arzobispo de Bogotá) es un monseñor de Popayán de la gran familia: Fernando Caicedo hermano del vicepresidente Domingo Caicedo, es sucedido por Manuel José Mosquera hermano de Tomas Cipriano. Y durante la segunda mitad del siglo XX, el perpetuo vicepresidente de la República liberal es hasta su muerte Víctor Mosquera Chaux.

La palabra tarifa significa en castellano, una escala o tabla de precios que tienen determinadas mercancías. Antes de ser incorporada del idioma árabe, es el nombre del puerto que tiene el Califato de Córdoba en el mar Mediterráneo, por donde se ejerce el monopolio del comercio marítimo del mundo musulmán. Cuando estos son expulsados de España, poco antes de la conquista de América; la Corona Española pasa a ser la heredera directa de esta experiencia histórica, que constituye una inmensa fuente de recursos para los califas árabes, reproduciéndola sin muchos cambios en sus nacientes colonias de América.

Como el descubrimiento de América es prácticamente una empresa personal financiada por la reina Isabel de Castilla quien sufraga los gastos de la expedición de Colón, por extensión la conquista y ulterior colonización son consideradas por el derecho de las armas y por las bulas del derecho canónico vaticano, patrimonio de la Corona unificada de Castilla y Aragón, ahora en posesión de los califatos andaluces. Con toda esta “legalidad” a su favor, la Corona transforma en sus colonias americanas el modelo de Estado de los califatos andaluces en virreinos: gobiernos delegados de un Estado confesional y férreamente centralizado como el andaluz, financiado primordialmente mediante un riguroso y complicado sistema de impuestos a la producción y el comercio y un rígido monopolio del comercio ultra marino, se constituyen en los pilares del colonialismo español.

Sevilla pasa a ser la Tarifa cristiana del Atlántico y como una de estas medidas tempranas, se establece rápidamente en 1503 el monopolio marítimo de este puerto, a través de la Casa de Contratación, entregándolo en concesión personal a un poderoso gremio de comerciantes válidos de la Corona y, a semejanza de Sevilla, se crean en el mar Caribe 4 puertos de embarque: Cartagena en Nueva Granada, Portobelo en Panamá, Veracruz en Méjico y Santo Domingo en Dominica.

Para el recaudo de los impuestos coloniales a los nativos conquistados, se organiza otro complicado sistema de recolección basado en dos tipos de cargas fiscales: impuestos directos e indirectos.

Los primeros, que recaen sobre los individuos, tienen como objeto establecer un vínculo de sometimiento (vasallaje) o “coerción extra económica”, mediante el cual se impone al “vasallo”, que no ciudadano, la obligación personal de servir con su trabajo o producción económica a la Corona o a un concesionario suyo, como en el caso de los encomenderos. Esto presupone la existencia de “individuos” y por lo tanto es la fuerza “legal” que ayuda a la disolución de las relaciones comunitarias indígenas.

Los segundos o impuestos indirectos, gravan la producción y el consumo local, pues el comercio marítimo al ser monopolio de la Corona tiene otros gravámenes especiales. Todas estas trabas fiscales que enriquecen las arcas reales y son indispensables para su existencia parásita impiden el desarrollo de las fuerzas productivas, y al lesionar directamente los intereses de los esclavistas y hacendados criollos, quienes no pueden guardarse toda la riqueza tributaria para sí, ni exportar sus frutos libremente a quien mejor se los pague; aceleran el rompimiento definitivo de sus lazos con la Corona Española.

El escritor colombiano de mediados de siglo XIX Aníbal Galindo, enumera cerca de 20 impuestos vigentes poco antes de 1810:

- 1) Comercio exterior: Almojarifazgo. Alcabala. Avería.

2) Agricultura e industria: Diezmo al Estado. Quintas de oro y plata. Paso de ríos (peaje). Fundiciones.

3) Transacciones comerciales: Alcabala. Papel sellado. Herencias.

4) Estancos:

Minas de sal. Aguardientes. Tabaco.

Naipes. Pólvora. Amonedación. Correos.

5) Impuestos individuales: Tributo de indios anatas.

Oficios vendibles. Bula de las cruzadas.

6) Otros:

Temporalidades. Diversos.

Para 1600 los ingresos de las arcas reales comienzan a descender de manera alarmante. Primero, porque el flujo de metales amonedables desde América disminuye debido al exterminio de los “indígenas mitayos”.

Segundo, porque los gastos se incrementan para costear la gran fronda burocrática cortesana y pagar la inmensa deuda internacional adquirida con los agiotistas alemanes y flamencos, quienes financian las costosas guerras por la hegemonía en Europa. Y tercero, porque el gran flujo de metales durante el siglo anterior ha inflado los precios internos en España, volviendo sus productos poco competitivos con relación a los manufacturados en los países industrializados del Norte de Europa y llevado a la naciente industria hispana a la ruina, ocasionando de rebote grave daño en la agricultura latifundista basada en la producción de vino, aceite de oliva y trigo.

La economía española al transferir toda esa masa metálica al circuito colonial del capitalismo mundial, termina financiando el desarrollo del capital industrial en los países del Norte europeo, en especial Inglaterra que pudo acumular todo ese capital y dedicarlo a su despegue como

potencia industrial hegemónica. Por el contrario, la Corona Española se sume en una crisis fiscal insuperable, que la obliga a imponer mayores y más gravosos impuestos a sus colonias en un círculo vicioso insalvable: a mayor crisis fiscal, más impuestos; y a más impuestos, más crisis fiscal, dada la animadversión y parálisis productiva que estos producen dentro de la población americana, lo que finalmente lleva a que la Corona sea vista por los criollos esclavistas como un odiado y estorboso intermediario económico con la Europa Noratlántica. El barón von Humboldt (muy acatado en los círculos ilustrados criollos) en su ensayo político sobre el Reino de la Nueva España describe así la situación:

“Al oír que en 1775 las Américas envió a España en plata y frutos por valor de 63 millones de pesos, sin recibir en géneros más que 38 millones, casi se podría deducir que el producto líquido del rey, y las rentas de las familias españolas que tienen bienes en el nuevo continente, ascienden a 25 millones de pesos anuales. Sin embargo, esta inducción sería muy falsa, pues los caudales de las colonias no solo sirven para pagar la deuda contraída en España por los importadores de los géneros de Europa, sino también para saldar lo que el comercio fraudulento de la Jamaica, o de la Trinidad, hace fluir a las costas de México, Caracas y Nueva Granada”.

Para 1700 un miembro de la familia Borbón gobernante en Francia, llega al trono en España y una guerra instigada por Inglaterra que tiene como pretexto la sucesión a ese trono, logra unir a la mayoría de países europeos en su contra. Trece años más tarde la Corona Española derrotada económica y militarmente, es obligada a firmar el Tratado de Utrecht por medio del cual cede definitivamente la hegemonía al Imperio industrial inglés.

Con el fin de sobrevivir el rey Borbón de España debe entregar todos los territorios que ocupa en Europa y una parte del suyo como Gibraltar y lo que es peor, perder el control sobre la navegación en el mar Caribe. A partir de ese momento se generalizan dos fenómenos que agravaron la decadencia española: uno, el saqueo de sus puertos y rutas en el Caribe por piratas protegidos por los navíos de guerra británicos; y otro, el contrabando de manufacturas noreuropeas especialmente inglesas introducidas a las colonias iberoamericanas, como lo anota Humboldt,

desde las posesiones inglesas. Las tímidas medidas para liberalizar el comercio marítimo y el intercambio entre los virreinos que toma de urgencia la Corona Española, no son suficientes. Los imperios industriales de Europa del Norte muy advertidos protegen sus industrias nacionales, cuidándose de imponer por la fuerza y de manera permanente al resto del mundo colonial conocido, el libre y desigual comercio de sus manufacturas.

Ahora la Corona Española es arrastrada por sus familiares franceses a la guerra no solo en Europa sino en Norteamérica y Canadá. Como el comercio marítimo no puede ser castigado con más impuestos para financiarla, so pena de estrangularlo definitivamente, se recurre a los impuestos directos sobre la población de sus colonias. Una de las regiones más gravada con este tipo de impuestos es la prospera región del oriente de la Nueva Granada, que no duda en levantarse en una verdadera insurrección en 1781, conocida como la *insurrección comunera*. La cual bajo la consigna de “unión de los oprimidos contra los opresores” y “muerte al mal gobierno” llega a las puertas de Bogotá y al encontrar eco en sus reivindicaciones populares dentro de los esclavos e indígenas de las minas de Mariquita, Antioquia y los Llanos del Casanare, hace tambalear el Gobierno colonial del arzobispo Virrey Caballero y Góngora. Una vez este alfil, apacigua la revuelta con ceremonias religiosas y falsas promesas que dividen a una parte de sus dirigentes, la aplasta con una saña inolvidable: José Antonio Galán, su conductor más consecuente, junto con sus compañeros Isidro Molina y Lorenzo Alcantúz, son horrorosamente descuartizados, sus miembros colocados en diferentes ciudades y sus casas son quemadas y sembradas con sal.

Pero no son solamente los artesanos e indígenas los que se rebelan a lo largo de toda la América Hispana: todo este brutal proceso de acumulación de capitales incluye también a los esclavos y a la población de color dentro de la gran crisis social, que estalla en la guerra anticolonial de 1810. En Colombia el investigador e historiador Jaime Jaramillo Uribe (1968) describe la situación de la época así:

“La resistencia a la esclavitud y los conflictos con la población negra fueron frecuentes desde comienzos del s. XVI, pero para el s. XVII,

adquirieron muchas veces las características de una GUERRA CIVIL, sobre todo entre 1750 y 1790. La conflictividad fue tal que se tiene la impresión que pudo existir acuerdo entre los diferentes núcleos esclavos para llevar una rebelión general. En efecto, en el transcurso de este periodo, hubo Palenques en la Costa Atlántica, Cauca, Cundinamarca, y los Llanos orientales. El fenómeno abarcó pues, TODO el territorio del Virreinato Neogranadino. Los palenques crearon un estado de alarma permanente entre los propietarios y las autoridades coloniales”.

La Capitanía de Venezuela no es una excepción. Para impulsar algunas medidas de liberalización comercial la Corona crea en 1728, una compañía mixta con un grupo de comerciantes privilegiados y válidos suyos, quienes en lugar de ayudar a la ampliación del comercio lo monopolizan aún más. Se llama la Compañía Guipuzcoana de Navegación que, durante 56 años de funcionamiento, alcanza a exportar un promedio anual de 10 mil toneladas métricas de cacao y 60 toneladas métricas de tabaco, llegando al extremo de imponer ese fruto como moneda de curso legal en la costa venezolana. Como también tiene entre sus funciones combatir el contrabando inglés, al amparo de esta prerrogativa, no duda en utilizar la fuerza armada de que dispone para aplastar una serie de levantamientos esclavos que durante el siglo XVII se presentan en Venezuela: la del zambo Andresote en Yaracuy en 1732; la de Corora en 1736; la de San Felipe en 1745; y la del comerciante canario opuesto a su monopolio Francisco León en Barlovento y Aragua en 1750.

Los criollos americanos, en especial los mantuanos venezolanos, han desarrollado al lado de sus riquezas una fuerte cohesión socio racial frente a las clases coloreadas trabajadoras locales y a través de sus contactos comerciales en Europa en donde educan a sus hijos, han palpado directamente la decadencia de la metrópoli y aclarado el papel jugado por la economía española, incapaz de ofrecer nada distinto de la horca y el patíbulo. Este es el caldo de cultivo en donde germinan las ideas “de la Ilustración” de la burguesía industrial que está derribando trabas en su ascenso definitivo en el Norte de Europa y América.

La argumentación que intenta mostrar a los ricos propietarios criollos en Hispanoamérica resentidos porque la Corona Española no los incluye en

la burocracia de gobierno, es demasiado simplista. Lo que motiva la aguda confrontación anticolonial es la búsqueda de la libertad de comercio con todo el mundo eliminada por el monopolio real, las trabas coloniales y la asfixia fiscal, que no solo frenan el intercambio mercantil sino también la producción material encerrada en los “compartimentos estancos”, en que la administración colonial ha desarticulado las provincias en América. En pocas palabras, la clase mantuana se encamina a destruir las relaciones de dominación colonial, que impiden su desarrollo pleno. Basta leer por ejemplo la famosa *Carta de Jamaica* escrita por Simón Bolívar en 1815, para corroborarlo. Criollos ilustrados propietarios de esclavos, latifundios, minas y de cuantiosos créditos comerciales, como por ejemplo Francisco de Miranda, Andrés Bello o el mismo Simón Bolívar en Venezuela, o en la Nueva Granada los hermanos Mosquera, Camilo Torres, Francisco de Paula Santander o incluso el comerciante arruinado Antonio Nariño, surgen de la médula de esta clase social de esclavistas, comerciantes y latifundistas, quienes aprovechan la coyuntura histórica y se lanzan a liderar la lucha anti colonial que pronto se transforma en una guerra de liberación nacional.

En 1789 la revolución social sorprende al rey Borbón Luís XVI en el Palacio de Versalles, derrocándolo e instaurando un régimen republicano. Más pronto de lo esperado todas las monarquías europeas, incluyendo por supuesto la española, lanzan sus ejércitos realistas contra la naciente República Francesa. La decadente España no puede aplastar el ímpetu revolucionario de los franceses y derrotada debe cederles más tierras en Haití.

Para esa fecha la colonia francesa de Haití está habitada por cerca de 500.000 esclavos negros y cerca de 30.000 blancos, incluido el escaso número de sus propietarios esclavistas. Ha vivido durante el último siglo también en un clima de permanente sublevación negra y guerra racial. En 1749 uno de los líderes sublevados Makanal es quemado vivo por orden del Gobierno colonial francés. De nuevo a raíz de la Revolución Francesa, el mulato Ogé dirige otra sublevación que también es cruelmente sofocada. Sometido muere con el cráneo destrozado a martillazos.

Dos años después (1791) se rebelan de nuevo: cerca de 2.000 blancos

mueren a manos negras y 180 haciendas quedan convertidas en cenizas. Viene la reconquista de los amos franceses y cerca de 10. 000 “cimarrones” son ahorcados. Tras una corta pausa regresan a la carga dirigidos por dos caudillos Toussaint y Dessalines. Napoleón envía al general Lecrec a someterlos, pero el Ejército Francés deja en los campos de batalla a más de 60.000 de sus soldados muertos. Francia renuncia en 1804 a su colonia y le concede la independencia. Entonces Dessalines se proclama emperador, y cuando Francisco Miranda lo visita, le da la fórmula de su triunfo: “cortar la cabeza de los blancos y quemarles sus casas”.

En 1806 (dos años después de su proclamación), es asesinado por su rival Christophe, quien establece la primera república negra del mundo, pero a su vez un año más tarde, es destituido por el Congreso Nacional que nombra al amigo de Bolívar, Alejandro Pétion, quien logra gobernar ese convulsionado país hasta 1818.

Sin embargo, el ejemplo de lo sucedido en Haití llega a las costas hispanoamericanas, en donde las innumerables sublevaciones de esclavos toman más auge. España postrada, debe entregar esta vez a Inglaterra, la isla de Trinidad frente a Venezuela y en octubre de 1805, año y medio después de la coronación de Napoleón, los pocos restos de la vetusta marina de guerra española aliada a la flota francesa, son destruidos en la Batalla de Trafalgar por el almirante inglés Lord Nelson. La otrora soberbia monarquía española queda convertida en una simple carta en el naipe europeo y Napoleón en 1807 desde Fontainebleau, con el pretexto de sacar a los ingleses de Portugal obliga al patético rey español Carlos IV, a que le permitiera el paso de su *Grande Armée* por todo el país. Esto sirve de pretexto para que los clérigos ultramontanos enemigos de Carlos IV, quienes lo encuentran demasiado “afrancesado”, inciten a una serie de motines tendientes a colocar en el trono a su propio hijo Fernando VII, de quien dicen es más “nacionalista y católico” que su padre.

Pasados los motines de Aranjuez de 1808 y colocado en el trono el rey godo Fernando VII no puede escapar a la presión que Napoleón le hace con su ejército. Llevado a la ciudad fronteriza de Bayonne, recibe 400 mil francos y 30 millones de reales españoles para devolver la corona a su padre. El rey Carlos IV la sostiene en su sudorosa cabeza por poco

tiempo, porque el dos de mayo de 1808, debe entregarla a Napoleón quien siete días después, la coloca en la de su hermano José Bonaparte coronándolo como rey de España y América. A partir de este momento la historia de España y sus colonias toma caminos distintos: la una, luchará por restablecer como rey a Fernando VII; y las otras, por su independencia.

En la mayoría de ciudades españolas se conforman juntas locales de defensa de los derechos de Fernando VII, que desconocen al hermano de Napoleón y el 25 de septiembre de 1808, confluyen en una Junta Central de regencia, en cuyo seno se empiezan a manifestar dos tendencias: la de los tradicionalistas de la nobleza clérigo militar dueños de la tierra y partidarios del “trono y altar”; y la de algunos aristócratas liberales ligados al comercio, influidos por los acontecimientos de Europa, partidarios de una monarquía constitucional que otorgue ciertas libertades a las colonias americanas. Este grupo logra avanzar hasta hacer promulgar la llamada Constitución Liberal de 1812 de Cádiz, que dura vigente hasta 1814, cuando es derogada por Fernando VII, al ser restablecido el absolutismo ultramontano y godo en el poder de España.

Sin embargo, entre 1808 y 1809, la Junta Central de regencia ha logrado invitar a los cabildos de las principales ciudades coloniales en América española, a constituir juntas de apoyo al rey de España y a enviar delegados a la península con el fin de recomponer todo el sistema de gobierno colonial.

El 11 de septiembre de 1808 se realiza en Bogotá la “jura del rey”, con actos político religiosos. Jornadas que se repiten 18 días después en Popayán y luego en toda la Nueva Granada. Pero en Caracas una vez sabidos los humillantes acontecimientos de Bayonne, varios jóvenes mantuanos entre quienes se encuentran los hermanos Bolívar y su pariente José Félix Ribas, inician una serie de protestas callejeras pidiendo no solo el desconocimiento del hermano de Napoleón, sino del rey Fernando VII por su indignidad. En noviembre cuando se van a elegir los delegados para la Junta Central de regencia, estos mismos jóvenes desconocen a la máxima autoridad colonial en Venezuela, razón por la cual el Capitán General apoyado en el batallón de milicias la disuelve y “confina” a sus promotores en sus haciendas. La lección es clara: se

necesita un poder armado si se pretende cambiar la autoridad del rey. Desde ese momento, los jóvenes mantuanos empiezan a hacer efectivos sus grados comprados dentro del batallón de milicias, y a frecuentar los arrabales de Caracas.

Para inicios de 1810, las tropas francesas se toman la ciudad andaluza de Sevilla y ponen fin a la Junta Central de regencia que gobierna a nombre de Fernando VII, generándose así un vacío de poder que pronto es llenado en América por los cabildos municipales, que es la institución colonial para gobernar villas y poblados en su mayoría dominados por los criollos propietarios y mantuanos. El de Caracas toma la iniciativa y el 19 de abril de 1810, depone al capitán general y declara la “autonomía”, bajo el cetro del rey de España, constituyéndose en Junta Suprema de gobierno.

En la Nueva Granada se inicia en Cartagena el 22 de mayo, seguida por Cali el 3 de julio, Pamplona el 5 de julio, Socorro el 10 de julio, para confluir en Bogotá la capital del Virreinato el famoso 20 de julio de 1810. Pronto la oleada autonomista se transforma en independentista y un año más tarde el 25 de julio de 1811 de nuevo en Caracas, las 7 provincias confederadas (Caracas, Cumaná, Barcelona, Margarita, Barinas, Mérida y Trujillo), decretan la independencia total de España, siendo seguida por Cartagena el 11 de noviembre de 1811.

Solo dos años después en 1813 lo hacen Cundinamarca el 16 de julio, Antioquia el 11 de agosto y Tunja el 10 de diciembre. No proclaman su independencia las provincias de Coro, Maracaibo, Santa Marta en la Costa Caribe, ni Popayán, Pasto y Quito en el sur. Pero cuando en 1814, el *Grande Armée* de Napoleón con cerca de 400.000 bajas, es derrotado en España por una combinación de “guerra de partidas” (guerrillas) apoyadas por el Ejército Inglés, y Fernando VII es reestablecido en el trono, el proceso de independencia se ha transformado en una cruenta guerra anti colonial.

Capítulo II: Las rupturas.

A raíz de los acontecimientos de abril de 1810, la Junta Suprema de Caracas toma una serie de medidas económicas y administrativas “autónomas” que son de la órbita del rey y conforma lo que pudiera ser una reunión de los principales miembros del mantuanismo llamada Sociedad Patriótica, con la finalidad es discutir el rumbo económico y político del naciente gobierno.

Cuando Bolívar llega a Caracas de su hacienda del Yare, donde se encuentra “confinado” por orden del capitán general, la Junta Suprema con 47 destacados mantuanos ya está constituida. Al no poder formar parte de ella, se le asignan funciones militares con el grado de teniente de las milicias y con ese grado se le envía a Londres un mes más tarde el 2 de junio de 1810, en compañía de Andrés Bello y Luis López Méndez, a proponer de manera oficial al Gobierno inglés el reconocimiento del nuevo poder abierto al mundo, surgido en Venezuela.

Los tres comisionados logran entrevistarse los días 16 y 19 de julio de 1810, con el ministro de Comercio Exterior de su majestad británica lord Wellesley, hermano del duque de Wellington, sin mayores resultados. Inglaterra ahora empeñada en atajar el expansionismo de Napoleón, quien se halla en posesión de España, no puede abandonar a sus ocasionales aliados españoles. Lord Wellesley pide a los comisionados reconocer la Junta de Regencia que gobierna en España a nombre de Fernando VII, lo que resulta inaceptable para los delegados venezolanos. Ante los hechos independentistas ya consumados, Inglaterra solo se compromete a enviar un “agente comercial de su majestad”. Bolívar entonces prefiere regresar a Caracas, dejando a sus compañeros de comisión en una especie de representación diplomática.

Sin embargo, durante la preparación de su viaje de regreso toma contacto con varios criollos y destacados mantuanos que viven en Londres, fundamentalmente con el amigo de su padre Francisco Miranda, quien le

explica con detenimiento sobre los documentos de su extenso archivo, las innumerables gestiones que ha llevado a cabo para hacer realidad su proyecto independentista del “Incanado de Colombeia”.

Francisco de Miranda ha nacido en Caracas el 28 de marzo de 1750, treinta y tres años antes que Simón Bolívar y a pesar de que sus ascendientes provienen de las islas Canarias y son considerados inferiores por los ricos esclavistas mantuanos, el comercio los ha enriquecido hasta llegar a pertenecer al exclusivo círculo de los hacendados exportadores al que pertenece la familia Bolívar con quienes sostiene relaciones de amistad especialmente con el padre de Simón, Don Juan Vicente.

A los 21 años en enero de 1771, como es la usanza entre los mantuanos viaja a Madrid a codearse con la nobleza hispánica y a perfeccionar su carrera militar. Un año y \$ 8.000 pesos de oro también como es la costumbre, le permiten comprar a la Corona Española el grado de capitán del ejército real en el regimiento de la princesa en Madrid. De inmediato como él mismo lo escribe, comienza a “perfeccionar su incompleta educación”. Lee insaciablemente los más variados libros, principalmente clásicos de filosofía y literatura greco-romana, arte militar, geografía mundial, historia inglesa y rusa, junto con la mayoría de los filósofos europeos contemporáneos. Y escribiendo para la posteridad, anota todo lo que pasa por sus ojos guardándolo en un meticuloso y extenso archivo histórico.

En 1774 combate como voluntario en la ciudad española de Ceuta situada en el norte África. Luego en Argelia de donde escapa herido. En 1780 en uno de esos pactos que hacen los monarcas Borbones de Francia y España contra Inglaterra, se embarca en Cádiz como supernumerario en el Regimiento de Aragón rumbo a Luisiana a apoyar la lucha que los colonos norteamericanos libran contra el dominio inglés y participa en la toma de varias guarniciones principalmente la de Pensacola, por lo que es destacado como ayudante de cargo del gobernador de Cuba general español Manuel Cagigal y Montserrat, con quien establece una sólida amistad y quien lo nombra coronel del Ejército Español por sus méritos en la campaña contra los ingleses en las Islas Bahamas. Para esa fecha ya es intensa la correspondencia con sus amigos y paisanos caraqueños, quienes

lo consideran un leal vocero de sus intereses independentistas en el exterior.

El 24 de febrero de 1782, días después de haber sido descuartizados en Bogotá, junto con sus dos compañeros, el gran dirigente comunero José Antonio Galán y 17 meses antes de haber nacido Simón Bolívar, su padre Juan Vicente Bolívar, uno de los esclavistas mantuanos más ricos y poderosos de la capitanía de Venezuela, junto con el marqués de Mijares y Don Martín Tovar, le escriben a Francisco Miranda una histórica carta a nombre de todos los mantuanos criollos, donde le pintan el estado anímico de abierta rebeldía de los suyos, contra la medida que acaba de implementar el rey de España en Caracas, a través del contador de la Real Hacienda el intendente Ábalos, y en donde lo autorizan a que pacte cualquier acuerdo con “potencias extranjeras para que los rescate de tan maldito cautiverio”. Veamos la carta:

“Febrero 24 de 1782. Amado paisano nuestro:

Ya informamos a usted plenamente por cartas que le enviamos en julio pasado del año 81, el lamentable estado de esta provincia toda, y la desesperación general en que “nos” han puesto las tiránicas providencias de éste intendente, que no parece ha venido aquí sino para “nuestro” tormento, como un nuevo lucifer, ultrajando él y todos sus secuaces personalmente a “todo el mundo” y con su ejemplo todo pícaro godo (7) hace lo mismo y lo peor es que el maldito señor ministro Gálvez, más cruel que Nerón y Felipe II juntos (8), lo aprueba todo y sigue tratando a los “americanos” no importa de “qué estirpe”, rango o circunstancia como si fuesen unos “esclavos viles”, y acaba de enviar una orden a todos los gobernadores para que ningún “caballero americano” se pueda ausentar a ningún país extranjero sin licencia del rey y que es menester se pida por su mano a Madrid. Con que véanos usted aquí ya reducidos a una prisión dolorosa y tratados “peor que muchos negros esclavos”, de quienes sus amos tienen mayor confianza.

Y así, no nos queda más recurso que la repulsa de una insoportable e infame opresión (como usted dice en su carta a don Francisco Arrieta). Usted es el hijo primogénito de quien la ‘Madre Patria’ (9) aguarda este servicio importante, y ‘nosotros’ los hermanos menores que con los

brazos abiertos y puestos de rodillas se lo pedimos por el amor de Dios y a la menor señal ‘nos’ encontrará prontos para ‘seguirle como nuestro caudillo hasta el fin y derramar hasta la última gota de nuestra sangre en cosas hermosas y grandes’ (10).

Bien sabemos lo que ha pasado por ‘nuestro vecindario’ en Santafé (Bogotá) y en el Cuzco (11), pero no “nos” agrada el resultado y teniendo iguales consecuencias. Además, con la experiencia en casa, la de León (12) no ‘hemos’ venido a dar un paso, ni lo ‘daremos’ sin su consejo de usted, en cuya prudencia ‘tenemos’ puesta toda nuestra esperanza.

Allá enviamos a usted firmas y noticias que hemos creado necesariamente para que en nombre nuestro y de toda la provincia, pacte y contrate con nuestro poder y consentimiento y aún más allá, si lo tuviera usted por conveniente “con potencias extranjeras a fin de conseguir el rescate de tan maldito cautiverio (13)

Esta se la fiamos al padre Cárdenas religioso de la merced que va para La Habana y es sujeto de quien se pueda usted fiar y quien le contará todo a boca muy por menor y nos promete traer la respuesta a ésta personalmente para nuestro alivio: Por Dios que no deje de enviárnoslo sin falta. Dios lo guarde de su importante vida muchos años.

B.L.M. De usted sus fieles paisanos etc.”.

Con estas autorizaciones y el mandato concedido por los suyos desde Caracas, Miranda se retira del Ejército Español y presenta carta de renuncia al gobernador de Cuba general Cagigal y Montserrat, para dedicarse a su proyecto de “conocer y examinar con inteligencia prolija el Gran Libro del Universo, las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen, sus leyes, sus gobiernos, agricultura, policía, comercio, arte militar, navegación, ciencias, arte, etc., que es la única que puede sazonar el fruto y completar de algún modo la obra magna de formar un hombre sólido y de provecho”.

Se embarca rumbo a los recién constituidos Estados Unidos de Norteamérica y con los méritos de haber participado en su guerra de liberación, logra conocer a los principales dirigentes y gobernantes de

ese país con quienes entabla relaciones políticas e intelectuales. Para diciembre de 1783 tiene la oportunidad de cenar en Filadelfia con el propio George Washington a quien describe como: “circunspeto, taciturno y poco expresivo. Si bien un modo suave y gran moderación lo hacen soportable”.

Para 1784 en Nueva York, empieza a darle forma a su proyecto para la independencia de todo el continente americano español con la cooperación de Inglaterra, el cual logra discutir ampliamente con algunos dirigentes norteamericanos como el general Knox con quien llega incluso a pormenorizar el número de hombres (5.000) y los gastos que demandaría durante 5 años el proyecto. En 1784 viaja a Inglaterra en donde permanece cerca de un año estableciendo contactos dentro del Gobierno imperial inglés.

Los siguientes cuatro años los emplea en un viaje sorprendente que abarca toda Europa, Turquía, Egipto, Rusia, Escandinava y culmina en París. En Rusia donde dura 7 meses, tiene la oportunidad de establecer una estrecha relación con la emperatriz Catalina “admiradora de hombres ilustrados y de talentos”, quien le confiere el rango de coronel del ejército imperial ruso y le da un pasaporte con el nombre rusificado de Miroff para que pueda evitar a los detectives y esbirros de los reyes borbones de Francia y España.

Cuando llega a París, encuentra una ciudad convulsionada por la Revolución de 1789 y su estadía allí no se prolonga. Pasa a Londres y en febrero de 1790 se entrevista por primera vez con el influyente primer ministro de la Corona imperial inglesa sir William Pitt a quien presenta su proyecto madurado, para la liberación del continente americano español contando con el poderío naval inglés, único capaz de derrotar al contendor español en América.

A diferencia del absolutismo de los grandes Estados imperiales (pre-industriales) de la época que Miranda pudo conocer como Turquía, Egipto, Asia central o Rusia, propone la creación de un gran Estado imperial independiente más semejante a la división de poderes del Estado capitalista desarrollado inglés llamado el “Incanado de Colombeia”, que abarcaría (sin contar con el Brasil), desde el río

Misisipi en Norteamérica hasta el Cabo de Hornos en el sur; con un emperador inca al frente del poder ejecutivo y dos cámaras como poder legislativo; una elegida por voto popular y la otra escogida por méritos. Además, un poder moral con dos censores para vigilar la educación de la juventud y las costumbres y un cuerpo de ediles encargados de desarrollar las obras públicas.

Pide 15 mil hombres de infantería y 15 navíos ingleses. En retribución el “Incanado” pagaría al Gobierno inglés puntualmente estos servicios mediante un plan de comercio ventajoso para ambas partes, el usufructo por parte de la marina inglesa de un canal interoceánico en el Istmo de Panamá y la eliminación de contrabando.

“Muy pronto se verá crecer una nación respetable e ilustrada, digna de ser aliada íntima de la potencia más sabia y célebre de la tierra”, le escribe ingenuamente Miranda al primer ministro británico con la ilusión de independizar a su país de la Corona Española. Pero la dura realidad es muy otra y el curso de la historia toma otro rumbo muy distinto a los “sueños ilustrados” de Miranda. El Gobierno inglés no está interesado en crear más imperios sino en destruir y poner bajo su yugo económico y político los que ya existen, y los Estados Unidos de Norte América, la nación que el mismo Miranda ha ayudado a liberar bajo los principios de la Ilustración europea, ha iniciado una imparable e irreversible expansión neo colonial hacia México, California, el Océano Pacífico, el mar Caribe y sobre todo el globo terrestre que, doscientos años después, no se ha detenido ni parece se detendrá.

Miranda tras esperar dos años sin obtener respuesta, solicita en una enérgica carta a Mr. Pitt los papeles con su proyecto y se dirige a Francia en donde la corte de los Borbones ha caído bajo el filo de la guillotina. Pronto con los méritos ganados en las luchas por la libertad y la independencia americana como un hombre de la ilustración que es, logra ser aceptado en los sectores dirigentes de la Revolución Francesa.

En septiembre de 1792, le son conferidos el rango y los sueldos de mariscal a cargo del Ejército revolucionario francés con la condición de que se le permita continuar trabajando por la liberación de la “patria americana”. Pero antes de lo esperado, la Revolución Francesa es atacada

al año siguiente (1783) por los ejércitos coaligados de las monarquías europeas de Prusia y Austria quienes encarnizadamente se oponen a ella. Miranda a cargo del Ejército del Norte, combate con éxito y aprende como lo deja escrito que “un pueblo en armas puede derrotar ejércitos profesionales incluso mejor dotados”. Y que los generales salidos de abajo y ascendidos por méritos en el combate, son mejores que los nobles y aristócratas que por derechos familiares tienen un puesto adquirido en el generalato.

Esta sencilla realidad que sirve de base al ejército (*Grande Armée*) de Napoleón, es un principio de la experiencia que posteriormente cuando Miranda está a cargo de la formación del ejército patriota en Venezuela transmite con gran ahínco a sus oficiales, dentro de los cuales se encuentra en lugar destacado Simón Bolívar.

Pero el desarrollo vertiginoso de los acontecimientos políticos y sociales en Francia provoca entre sus dirigentes, la contradicción que se presenta en los procesos de cambio acelerados: los “radicales” o jacobinos y los “moderados” o girondinos que creen en la gradualidad y moderación de las transformaciones.

Una importante derrota de los ejércitos del norte en Holanda en cuyo estado mayor está Miranda y la posterior traición del comandante general Dumoriez, lo salpican y es encarcelado acusado de complicidad. Llevado a juicio muestra su inquebrantable decisión de luchar sin dobleces por la causa republicana. El 21 de mayo de 1793, el pueblo revolucionario de París aplaude masivamente la sentencia absolutoria y es sacado en hombros por la multitud.

Sin embargo, la propaganda negra esparcida por los espías y esbirros del rey de España (muy abundantes en Francia), que Miranda es un agente del Gobierno inglés, hacen mella en su reputación y es encarcelado con ese cargo en la Bastilla. Allí permanece dos largos años hasta enero de 1795, cuando cae el gobierno de Maximiliano Robespierre, y es puesto en libertad.

Obligado a abandonar Francia en 1798, Miranda aprovecha para viajar a Londres y en segunda entrevista con el primer ministro de su majestad Mr. Pitt, le insiste en la ayuda inglesa para la liberación de “nuestra

amada patria américo española”, sin obtener respuesta. Aprovecha entonces su estadía en esa ciudad para continuar sus trabajos por la independencia de Venezuela, carteándose permanentemente con muchos de sus amigos políticos en Caracas y convirtiendo su casa en una escuela de independentistas americanos, en donde se educa entre otros Bernardo O’Higgins futuro libertador de Chile.

En 1804 insiste por tercera vez ante el ministro Pitt y desengañado por una nueva negativa, decide vender sus libros y enseres personales por 2.000 libras esterlinas y se embarca para los Estados Unidos. Allí con ese dinero organiza su propia expedición sobre Venezuela.

A fines de 1805 con el poco crédito que le otorgan algunos agiotistas norteamericanos privados, pues el gobierno de ese país sabedor de que el ejército de Napoleón ocupa a España, le niega cualquier ayuda para evitar su enemistad. Finalmente logra armar con viejas carabinas y sables una expedición con cerca de 200 mercenarios y buscadores de fortuna que, en tres pequeñas embarcaciones, una de ellas llamada *Leandro* en recuerdo del hijo de dos años que ha dejado en Londres, navega sobre las costas venezolanas para tratar de mostrar al mundo que a los 55 años de edad “sus palabras aún son buenas”.

Por fin logra desembarcar en las costas de Venezuela el 27 de abril de 1806, pero no encuentra a nadie a quien sublevar. Las autoridades españolas advertidas; lo esperan y le hunden dos de sus pequeños barcos. Con el restante se regresa a la isla de Barbados y con alguna otra ayuda que consigue vuelve a intentar el desembarco el 3 de agosto de 1806 en las Costas de Coro. Logra izar por primera vez el tricolor colombiano que hoy conocemos, pero solo tres negros fugitivos se le unen. Se reembarca rumbo a Aruba y después de múltiples dificultades llega a la isla inglesa de Trinidad para regresar a Londres.

Miranda no es un hombre que se fatigue en un empeño vital. En Londres recurre a lo último que le queda; su pluma. Funda un periódico que titula *El Colombiano* con el cual continúa propagando su indoblegable proyecto del Incanado de Colombeia y así lo encuentran mediados de julio de 1810 en su casa, Bolívar, Bello y López, los tres comisionados que la Junta Suprema de Caracas ha enviado a Inglaterra. Después de tres

meses largos de intenso y mutuo conocimiento, en donde Bolívar puede conocer de primera mano y de manera documental en el archivo que lleva Miranda los pormenores y antecedentes de la lucha independentista, el viejo general se pone a órdenes del gobierno que nace en Caracas y decide regresar para poner su experiencia al servicio de su patria. Desembarca en La Guaira el 10 de diciembre de 1810, donde es recibido por una comisión presidida por el propio Bolívar, arribada cinco días antes, con el fin de preparar su recibimiento.

Miranda trae los documentos que lo acreditan como ex coronel del Ejército español, ayudante de campo y jefe de cancillería del general Manuel Cagigal y Montserrat. Ex coronel del Regimiento de Caballería II de la emperatriz Catalina de Rusia y mariscal a cargo de los ejércitos revolucionarios del norte de Francia. La Junta Suprema de Caracas de inmediato lo nombra teniente general de los ejércitos de Venezuela.

España declara el bloqueo naval e inicia el sometimiento militar de los vasallos venezolanos rebeldes; después de que la Junta Suprema de Caracas el 11 de julio de 1810 (dos días después de la salida de Bolívar hacia Londres) convoca a las elecciones de los 30 delegados al Congreso de las siete provincias que han aceptado la independencia y del cual se excluyen las provincias de Caro, Maracaibo y Guayana, partidarias de la Corona.

Miranda inexplicablemente ha sido elegido antes de llegar a Venezuela como un delegado al citado Congreso por el distrito del Pao en el oriente y cuando en diciembre desembarca en la Guaira, hace más de un mes el Congreso ya está constituido con treinta de los más poderosos miembros del mantuanismo venezolano y del cual también sin explicación Bolívar no forma parte.

El Congreso de las siete provincias inicia labores el 2 de mayo de 1811. Declara la independencia de España y adopta una Constitución Federal para la nueva Venezuela. Reemplaza la Junta Suprema de Caracas por un débil triunvirato, que debe rotar su presidencia cada mes. Y en su interior empieza a presentarse la consabida contradicción entre los moderados que abogan por una simple autonomía de la Corona, concediendo algunos derechos sociales a “los coloreados”; con los

independentistas radicales encabezados por Miranda partidarios de un país totalmente independiente y soberano, quienes se aglutinan en la Sociedad Patriótica creada el año anterior por la Junta Suprema de Caracas, que ha sido reemplazada.

En respuesta a la actividad desarrollada por la Sociedad Patriótica revivida ahora por Miranda, algunos mantuanos que no desean darle el derecho a la libertad a sus esclavos, comienzan a conspirar en su contra acusándolo como ya lo ha hecho la Corona Española, de ser “un hereje masón al servicio de los ingleses”.

A los pocos días de instalado el Congreso de las provincias, los colonialistas atrincherados en la ciudad de Coro instigan a la población que controlan, a sublevarse contra los independentistas de Caracas, logrando apoderarse de Valencia. A recuperar esta ciudad es enviado el marqués del Toro, al mando de las inexpertas tropas con que cuenta la república y sufre una gran derrota. En su reemplazo se envía como general en jefe a Miranda, quien logra tomarse esa ciudad, dejando en el campo más de 800 muertos y cerca de 1.500 heridos. Bolívar al mando de la columna central participa en este sangriento combate que puede considerarse su bautizo de fuego. Miranda en su parte oficial lo recomienda por su valor y voz de mando y le confía la relación completa de la acción para que la lleve a los poderes civiles de Caracas.

Una vez tomada Valencia y de esa manera iniciada la guerra contra el colonialismo español, Miranda propone llevar la campaña hacia los reductos realistas de Coro y Maracaibo. Pero el congreso no acepta el plan y, por el contrario, expide un decreto de amnistía general para dejar en libertad a los jefes coloniales capturados en las sublevaciones. Los realistas sin contención, empiezan a instigar por todo el país sublevaciones de pardos y negros contra los mantuanos caraqueños al grito de “viva el rey y mueran los herejes y masones”.

En ese estado de agitación el 26 de marzo de 1812, jueves de Semana Santa, transcurridos ya dos años de los sucesos que han dado inicio a la independencia, se presenta un gran terremoto con epicentro en Caracas. El sismo golpea de manera grave a las principales ciudades, especialmente aquellas que han adoptado la constitución independiente,

mientras que Coro, Puerto Cabello y Maracaibo que han continuado fieles al rey de España no sufren daños de consideración.

Esto sirve de pretexto para que los innumerables frailes y sacerdotes españoles, seculares agentes ideológicos directos de la Corona en las colonias, inicien una prédica malintencionada tendiente a demostrar que el terremoto es un castigo de los cielos por haberse levantado contra el poder otorgado por Dios al rey. El día siguiente del sismo, Viernes Santo, al oír Bolívar esta monserga en las ruinas de la catedral de Caracas atestada de fieles, con el sable en la mano, aparta violentamente al fraile que pronuncia el sermón de las 7 palabras, para pronunciar él su conocida proclama, esclareciéndole a los asistentes que un terremoto es obra de la naturaleza no del cielo, sin ninguna relación con los juicios políticos o morales de los hombres, y que concluye con la famosa frase: “si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

El comandante general del Ejército colonial en la Capitanía de Venezuela, Domingo Monteverde quien se encuentra en Coro, aprovecha la caótica situación generada por el sismo para avanzar y tomar Barquisimeto, San Carlos y amenazar Valencia. Miranda destaca el 1º de mayo de 1812 a Bolívar como comandante de la plaza fortificada de Puerto Cabello y se dispone a defender Valencia con cerca de 5.000 hombres, pero una serie de deserciones en sus filas lo obligan a no presentar combate y retirarse a Maracay, dejando nuevamente a Valencia en manos de los realistas.

Monteverde continúa su avance sobre Caracas y el terrible jefe realista Antoñanzas se toma Calabozo junto con Los Morros pasando a cuchillo a los mantuanos de esas poblaciones, dando inicio a la “guerra de exterminio” de los colonialistas contra la clase social que se atreve a disputarle el poder político. Miranda continúa retrocediendo hasta la Victoria y allí le llegan dos noticias demoledoras: una, el levantamiento en masa de los esclavos en la Costa y en Curipe en los días finales de junio de 1812. Y otra, la pérdida el 5 de Julio de Puerto Cabello que se encuentra bajo el mandado por Bolívar, a causa de la traición del oficial criollo Fernández Vinoni.

Este personaje al parecer por dinero el 30 de junio de 1812, se pasa con la tropa que está en el castillo de ese puerto al lado realista y Bolívar no puede recapturar la fortaleza muy a pesar de los inmensos y heroicos esfuerzos de sus leales tropas. Esta derrota deja tal impresión en la vida de Bolívar que siete años después el 7 de agosto de 1819, una vez ocurrida la batalla de Boyacá, Bolívar reconoce entre los prisioneros a Fernández Vinoni en Ventaquemada y sin fórmula de juicio lo manda ahorcar en el árbol que marca el centro de esa población.

Miranda exclama al saber la caída de Puerto Cabello en manos realistas: “Venezuela ha sido herida en el corazón” y se sienta a escribir la relación diaria: “Ayer no tenía Monteverde ni pólvora, ni plomo, ni fusiles; hoy puede contar con 400 quintales de pólvora, plomo en abundancia y más de 3.000 fusiles. Se me dice que ataque al enemigo, pero éste ya debe estar en posesión de todo. Hoy es 5 de Julio de 1812 puesta de sol. Veremos lo que se hace mañana”.

Una semana después, Miranda se reúne en Caracas con el triunvirato que hace las veces de poder ejecutivo: el secretario de guerra, el director de rentas y el representante de la justicia y acuerdan proponer a Monteverde una capitulación en la que se le da “pasaporte” a todos los que quieran abandonar el país, se deja en libertad a todos los jefes patriotas y a los detenidos políticos y se respeta las libertades personales. Muchos oficiales patriotas en especial Bolívar, no están de acuerdo con la capitulación, pues, aunque el occidente venezolano ha caído, todavía quedan intactos un ejército de más de 5,000 hombres en el Oriente y las tropas que aún están de Caracas.

La capitulación es aceptada momentáneamente por Monteverde, pero una vez hace su entrada triunfal a Caracas el 30 de Julio de 1812, la desconoce y la mayoría de los oficiales patriotas se desbandan buscando salir del país por el puerto de La Guaira. Bolívar va con ellos, pero alberga la idea de re aglutinar a sus compañeros de armas y contando con la guarnición patriota de ese puerto, contra marchar rápidamente sobre los realistas que se encuentran desprevenidos en Caracas sin esperar ningún contra ataque.

Pero para esto, es necesario despojar a Miranda del mando que aún tiene

sobre esta tropa, antes de que se embarque al día siguiente (31 de julio) en la goleta inglesa *Saphire* hacia Cartagena, a solicitar ayuda en la Nueva Granada para continuar la lucha libertaria.

Bolívar que cuenta con la anuencia del comandante militar del puerto Manuel María Casas y del gobernador político Manuel Peña; en compañía de sus compañeros Montilla, Chatillón, Carabaño y Mires, dan el pequeño golpe de estado y arrestan a Miranda en su habitación en la madrugada de ese 31 de julio (1812), conduciéndolo al castillo de San Carlos.

Pero Casas tiene otros planes: ganar favores con Monteverde a cambio de entregarle a Miranda y todos los jefes patriotas. Bolívar nueve años después (el 21 de agosto de 1821), recuerda los acontecimientos así: “Cuando en el año 1812, la traición del comandante de la Guaira, coronel Manuel María Casas, puso en posesión de Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado ante aquel tirano (Monteverde), porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor o a vender caras nuestras vidas”.

Bolívar logra escabullirse y regresar a Caracas. Se hospeda en casa de un amigo de la familia el magnate marqués de Casa León, mientras Francisco Iturbe, otro mantuano influyente y rico exportador de cacao vinculado por negocios con las autoridades españolas, logra conseguirle con Monteverde el “pasaporte” para que abandone Venezuela, lo cual hace 12 días después.

El 12 de agosto de 1812, Bolívar zarpa de La Guaira rumbo a Curazao, pero muchos otros destacados oficiales patriotas como Roscio, Ayala, Mires, del Castillo, Iznardi, Madarriaga, Ruiz y Barona, junto con el principal trofeo para la Corona Española Francisco Miranda, pasan a manos del oficial realista Zerveris. Miranda con cadenas y grillos es enviado a las bóvedas de Puerto Cabello y luego a las del castillo del morro en Puerto Rico.

Para fines de 1814, Miranda es enviado al pavoroso presidio de la Carraca de Cádiz en donde permanece encadenado a los muros de sus bóvedas infernales, hasta el 14 de julio de 1816, cuando un ataque

cerebro vascular lo derrumba definitivamente a los 66 años de edad. El alguacil escribe: “Hoy 14 de Julio de 1816 a la una de la mañana entregó su espíritu al creador don Francisco Miranda. No se me ha permitido por los curas y frailes le haga exequias ningunas, de manera que en los términos que expiró, con colchón, sábanas y demás ropas de cama, lo agarraron y se lo llevaron; de seguida vinieron y se llevaron sus ropas y todo cuánto era suyo, para quemarlo”. El odio era de verdad.

Capítulo III: La Marcha Admirable.

Bolívar llega a Curazao el 7 de septiembre de 1812, dejando todos sus bienes embargados por Monteverde. Se demora tratando de conseguir algunos recursos hasta el 19 de ese mes, cuando se embarca rumbo al puerto independiente de Cartagena en donde reciben asilo algunos sobrevivientes patriotas venezolanos. Tomás Cipriano de Mosquera en sus Memorias dice que “Bolívar llega en el mes de septiembre de 1812 a Cartagena en compañía de otros emigrados”. Si tenemos en cuenta la semana que demora el viaje, debe ser el 25 de septiembre de 1812 cuando Rodríguez Torices gobernador del Puerto independiente de Cartagena, le hace recepción.

Es muy importante saber cuándo llega exactamente Bolívar a Cartagena, dato muy descuidado por la mayoría de escritores, pues ese es el tiempo que Bolívar utiliza en discutir con sus compañeros de exilio lo sucedido hasta ese momento y madurar sus ideas para escribir dos de sus más importantes documentos:

El primero, es la publicación el 2 de noviembre de 1812, que firma en conjunto con Carabaño y Tejera, del texto de las capitulaciones no cumplidas por Monteverde, que concluye con estas contundentes palabras:

“No seamos más el ludibrio (escarnio) de esos miserables que solo son superiores a nosotros en maldad, en tanto que no nos exceden en valor; pues nuestra indulgencia es sola la que hace su fuerza. Si ellos nos parecen grandes es porque estamos prosternados. Vengamos tres siglos de ignominia. La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor”.

El segundo, es la “Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño”, fechada el 15 de diciembre de 1812, también conocida como *Manifiesto de Cartagena*, en el cual muestra por primera vez en público su concepción político militar ya madura de la guerra ofensiva de liberación en la América española: con una lucidez que deja asombrados a los politólogos y científicos sociales de hoy, analiza las

causas de la caída de la llamada Primera República Venezolana en manos de Monteverde, sin culpar por ello a Miranda como lo hacen muchos escritores malintencionados y grandilocuentes por ejemplo el ex militar colombiano Álvaro Valencia Tovar (pp. 35 a 38 de su libro sobre Bolívar); sino que la explica en un contexto internacional, a través de la lucha de fuerzas sociales por las DIVISIONES internas Y EQUIVOCACIONES propias cometidas entre sus conductores mantuanos. Muestra además el conocimiento que tiene del Ejército colonialista español y hace una valoración objetiva del adversario que se debe enfrentar sin cederle nunca la iniciativa. Y lo más importante es que desde un principio fija con una claridad asombrosa el objetivo estratégico progresivo en donde coinciden lo político y lo militar tal y como lo teorizara en su clásico libro 20 años más tarde (1832), el dialéctico general alemán von Clausewitz a partir de la experiencia europea de las guerras napoleónicas, cuando Bolívar ya ha muerto. En un párrafo para recordar, escribe esta sentencia, que 12 años después ratifica en los páramos peruanos de Ayacucho: “Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granada y formando una proporción, hallaremos que Coro es a Caracas, como Caracas es a la América entera”.

Analícemos detenidamente el documento y saquemos conclusiones:

MEMORIA DIRIGIDA A LOS CIUDADANOS DE LA NUEVA GRANADA POR UN CARAQUEÑO

“Conciudadanos:

Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en ésta memoria. Dignaos, oh mis conciudadanos, de aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables.

Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir los estándares de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados.

Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicaros ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción, lisonjeándome que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República, persuadan a la América a mejorar su conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.

El más consecuente error que cometió Venezuela al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante; sistema improbadado como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguera sin ejemplo.

Las primeras pruebas que dio nuestro gobierno de su insensata debilidad, las manifestó con la ciudad subalterna de Coro, que, denegándose a reconocer su legitimidad, la declaró insurgente, y la hostilizó como enemigo.

La Junta Suprema, en lugar de subyugar aquella indefensa ciudad, que estaba rendida con presentar nuestras fuerzas marítimas delante de su puerto, la dejó fortificar y tomar una aptitud tan respetable, que logró subyugar después la confederación entera, con casi igual facilidad que la que teníamos nosotros anteriormente para vencerla, fundando la Junta su política en los principios de la humanidad mal entendida que no autorizan a ningún gobierno para hacer por la fuerza libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos.

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada.

De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos, y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país, para tenerlo incesantemente inquieto y promover cuantas conjuraciones le permitían formar nuestros jueces, perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes, que se dirigían contra la salud pública.

La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores que defienden la no residencia de facultad en nadie para privar de la vida a un hombre, aun en el caso de haber delinquido éste en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar; porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia Criminal, que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente concluido!

De aquí vino la oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruidas a defender la libertad con suceso y gloria. Por el contrario, se establecieron innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, que además de agotar las cajas del erario nacional con los sueldos de la plana mayor, destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus lugares e hicieron odioso el gobierno que obligaba a éstos a tomar las armas y abandonar sus familias.

Las repúblicas, decían nuestros estadistas, no ha menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo. Grecia, Roma, Venecia, Génova, Suiza, Holanda, y recientemente el Norte de América, vencieron a sus contrarios sin auxilio de tropas mercenarias siempre prontas a sostener el despotismo y a subyugar a sus conciudadanos.

Con estos anti políticos e inexactos raciocinios fascinaban a los simples; pero no convenían a los prudentes que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras. Ellas, es verdad que no pagaban

ejércitos permanentes; mas era porque en la antigüedad no los había, y sólo confiaban la salvación y la gloria de los Estados, en sus virtudes políticas, costumbres severas y carácter militar, cualidades que nosotros estamos muy distantes de poseer. Y en cuanto a las modernas que han sacudido el yugo de sus tiranos, es notorio que han mantenido el competente número de veteranos que exige su seguridad; exceptuando al Norte de América, que estando en paz con todo el mundo y guarnecido por el mar, no ha tenido por conveniente sostener en estos últimos años el completo de tropa veterana que necesita para la defensa de sus fronteras y plazas.

El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo, pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes por llevarlos a la victoria. Lo que causó un desaliento general en soldados y oficiales, porque es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña.

El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez, porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.

La subdivisión de la provincia de Caracas, proyectada, discutida y sancionada por el congreso federal, despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos, contra la capital; 'la cual, decían los congresales ambiciosos de dominar en sus distritos, era la tirana de las ciudades y la sanguijuela del Estado'. De este modo se encendió el fuego de la guerra civil en Valencia, que nunca se logró apagar con la reducción de aquella ciudad; pues conservándolo encubierto, lo comunicó a las otras limítrofes, a Coro y Maracaibo; y estas entablaron comunicaciones con aquellas, facilitaron, por este medio, la entrada de los españoles que trajo consigo la caída de Venezuela.

La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales, y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces,

magistrados, legisladores, provinciales y federales, dio un golpe mortal a la república, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda, sin otra garantía que las fuerzas y las rentas imaginarias de la confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los demás, una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto y aun ideal. El papel moneda remató el descontento de los estólidlos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre.

Pero lo que debilitó más al Gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en Anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquellas, y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode.

El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados. Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan el verdadero republicano; virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano.

Por otra parte, ¿Qué país del mundo, por morigerado y republicano que sea, podrá en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una

firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes, ni constituciones, ínterin no se restablece la felicidad y a paz.

Caracas tuvo mucho que padecer por defecto de la confederación, que lejos de socorrerla le agotó sus caudales y pertrechos; y cuando vino el peligro la abandonó a su suerte, sin auxiliarla con el menor contingente. Además, le aumentó sus embarazos habiéndose empeñado una competencia entre el poder federal y el provincial, que dio lugar a que los enemigos llegasen al corazón del Estado, antes que se resolviese la cuestión de sí debiesen salir las tropas federales o provinciales, o rechazarlos cuando ya tenían ocupada una gran porción de la provincia. Esta fatal contestación produjo una demora que fue terrible para nuestras armas. Pues las derrotaron en San Carlos sin que les llegasen los refuerzos que esperaban para vencer.

Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas.

Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación entre nosotros, porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros tan ambiciosos que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votación libre y acertada, lo que ponía el gobierno en manos de hombres ya desafectos de la causa, ya ineptos, ya inmorales. El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más de lo que las circunstancias hicieron. Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud.

El terremoto de 26 de marzo (1812) trastornó, ciertamente tanto lo físico como lo moral, y puede llamarse propiamente la causa inmediata de la ruina de Venezuela; más este mismo suceso habría tenido lugar, sin producir tan mortales efectos, si Caracas se hubiera gobernado entonces por una sola autoridad, que obrando con rapidez y vigor hubiese puesto remedio a los daños, sin trabas ni competencias que retardando el efecto

de las providencias dejaban tomar a mal un incremento tan grande que lo hizo incurable.

Si Caracas, en lugar de una confederación lánguida e insubsistente, hubiese establecido un gobierno sencillo, cual lo requería su situación política y militar, tu existieras ¡Oh Venezuela! Y gozarías hoy de tu libertad.

La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas, y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio a favor de los promotores de la guerra civil. Sin embargo, debemos confesar ingenuamente que estos traidores sacerdotes se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa porque la impunidad de los delitos era absoluta, la cual hallaba en el Congreso un escandaloso abrigo, llegando a tal punto esta injusticia que, de la insurrección de la ciudad de Valencia, que costó su pacificación cerca de mil hombres, no se dio a la vindicta de las leyes un solo rebelde, quedando todos con vida, y los más con sus bienes.

De lo referido se deduce que entre las causas que han producido la caída de Venezuela, deben colocarse en primer lugar la naturaleza de su constitución, que, repito, era tan contraria a sus intereses como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu es misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero: la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la república y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto: el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro.

Estos ejemplos de errores e infortunios no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América meridional, que aspiran a la libertad e independencia.

La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado a aquella. A éste efecto

presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso y quizá impracticable; pero examinado atentamente con ojos previsivos y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad como dejar de ponerlo en ejecución, probada la utilidad.

Lo primero que se presenta en apoyo de esta operación es el origen de la destrucción de Caracas, que no fue otro que el desprecio con que miró aquella ciudad la existencia de un enemigo que parecía pequeño, y no lo era considerándolo en su verdadera luz.

Coro ciertamente no habría podido nunca entrar en competencia con Caracas, si la comparamos, en sus fuerzas intrínsecas, con ésta; mas como en el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política, no debió el gobierno de Venezuela, por ésta razón, haber descuidado la extirpación de un enemigo, que aunque aparentemente débil tenía por auxiliares a la provincia de Maracaibo; a todas las que obedecen a la Regencia; el oro y la cooperación de nuestros eternos contrarios, los europeos que viven con nosotros; el partido clerical, siempre adicto a su apoyo y compañero el despotismo; y sobre todo, la opinión inveterada de cuantos ignorantes y supersticiosos contienen los límites de nuestros estados. Así fue que apenas hubo un oficial traidor que llamase al enemigo, cuando se desconectó la máquina política, sin que los inauditos y patrióticos esfuerzos que hicieron los defensores de Caracas, lograsen impedir la caída de un edificio ya desplomado por el golpe que recibió de un solo hombre.

Aplicando el esfuerzo de Venezuela a la Nueva Granada y formando una proporción, hallaremos que Coro es a Caracas, como Caracas es a la América entera; consiguientemente el peligro que amenaza a este país está en razón de la anterior progresión, porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentados contra los grandes maestros de la guerra, los franceses penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos

confines de la América Meridional. La España tiene en el día gran número de oficiales generales, ambiciosos y audaces, acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí, a buscar un imperio que reemplace el que acaban de perder.

Es muy probable que, al expirar la península, haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases, y particularmente de cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir, no sólo nuestros tiernos y lánguidos estados, sino de envolver el Nuevo Mundo entero en una espantosa anarquía. La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar, y cuantos prestigios pueden obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones.

Nada se opondrá a la emigración de España. Es verosímil que la Inglaterra proteja la evasión de un partido que disminuye en parte las fuerzas de Bonaparte en España, y trae consigo el aumento y permanencia del suyo en América. La Francia no podrá impedirlo; tampoco Norte América; y nosotros menos aún pues careciendo todos de una marina respetable, nuestras tentativas serán vanas.

Estos tráfugos hallarán ciertamente una favorable acogida en los puertos de Venezuela, como que vienen a reforzar a los opresores de aquel país y los habilitan de medios para emprender la conquista de los estados independientes.

Levantarán quince o veinte mil hombres que disciplinarán prontamente con sus jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados veteranos. A este ejército seguirá otro todavía más temible de ministros, embajadores, consejeros, magistrados, toda la jerarquía eclesiástica y los grandes de España, cuya profesión es el dolo y la intriga, condecorados con ostentosos títulos muy adecuados para deslumbrar a la multitud; que, derramándose como un torrente, lo inundarán todo arrancando las semillas y hasta las raíces del árbol de la libertad de Colombia. Las tropas combatirán en el campo; y estos desde sus gabinetes, nos harán la guerra por los resortes de la seducción y del fanatismo.

Así pues, no queda otro recurso para precavernos de estas calamidades, que el de pacificar rápidamente nuestras provincias sublevadas, para

llevar después nuestras armas contra las enemigas; y formar de este modo soldados y oficiales dignos de llamarse las columnas de la patria.

Todo conspira a hacernos adoptar esta medida; sin hacer mención de la necesidad urgente que tenemos de cerrarle las puertas al enemigo, hay otras razones tan poderosas para determinarnos a la ofensiva, que sería una falta militar y política inexcusable, dejar de hacerla. Nosotros nos hallamos invadidos, y por consiguiente forzados a rechazar al enemigo más allá de la frontera. Además, es un principio del arte que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinoso para el que la sostiene; pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo; y que las hostilidades en el territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que resulta del mal del contrario; así, no debemos, por ningún motivo, emplear la defensiva.

Debemos considerar también el estado actual del enemigo, que se halla en una posición muy crítica, habiéndoseles desertado la mayor parte de sus soldados criollos; y teniendo al mismo tiempo que guarnecer las patrióticas ciudades de Caracas, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná y Margarita, en donde existen sus depósitos, sin que se atrevan a desamparar estas plazas, por temor de una insurrección general en el acto de separarse de ellas. De modo que no sería imposible que llegasen nuestras tropas hasta las puertas de Caracas, sin haber dado una batalla campal.

Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Venezuela, se nos agregan millares de valerosos patriotas, que suspiran por vernos parecer, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros en defensa de la libertad. La naturaleza de la presente campaña nos proporciona la ventaja de aproximarnos a Maracaibo por Santa Marta, y a Barinas por Cúcuta.

Aprovechemos, pues, instantes tan propicios; no sea que los refuerzos que incesantemente deben llegar de España, cambien absolutamente el aspecto de los negocios y perdamos, quizás para siempre, la dichosa oportunidad de asegurarlas suerte de estos estados.

El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente escarmentar a esos osados invasores, persiguiéndolos hasta sus últimos atrincheramientos.

Como su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia colombiana, sus mártires y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores solo se dirigen a sus amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia, como a sus redentores. Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros; no burléis su confianza; no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido, y libertad a todos.

Cartagena de Indias, diciembre 15 de 1812. SIMÓN BOLÍVAR”.

El 1º de diciembre de 1812 el Gobierno de Cartagena destina a Bolívar a la pequeña guarnición de avanzada en Barranca sobre el río Magdalena (hoy Calamar), con 70 soldados como subalterno del oficial francés Labatut, quien comanda la región circundante al puerto amurallado conocida como el bajo Magdalena.

El río Magdalena vía fundamental de la comunicación y comercio entre Cartagena y el interior de la Nueva Granada, se encuentra bajo dominio de los colonialistas españoles quienes tienen una serie de guarniciones situadas a lo largo de su curso, abastecidas desde el puerto de Santa Marta, capital de la provincia de su nombre, que se ha constituido en un baluarte de la Corona Española en abierta hostilidad contra la independentista Cartagena.

Apenas instalado en su pequeña avanzada, Bolívar como lo ha escrito insiste en “tomar la iniciativa” para desalojar a los realistas de las orillas del río y abrir la comunicación por esta vía de agua. Pero el comandante francés Labatut no es partidario de ésta idea. Entonces Bolívar decide entenderse directamente con el gobernador Rodríguez Torices, de quien obtiene autorización para acometer la empresa que ha proyectado y que solo él en su interior cree realizable.

El ex militar colombiano Valencia Tovar (p. 46 de su libro citado), a pesar de conocer esta afirmación que corresponde con la verdad histórica relatada por cronistas y testigos de esa época como O’Leary y Tomás Cipriano de Mosquera y a quienes cita en su bibliografía, con el fin de

apuntalar su idealista y empobrecedora tesis de que Bolívar es un “ser guerrero pasional e incontrolable, no un militar, que pudo unir en sí mismo la ciencia y el arte de la conducción de la guerra”. En un lenguaje muy florido, resucita la sindicación de la “insubordinación impulsiva”, con la cual el celoso y desapercibido comandante Labatut luego de haber sido derrotado en Santa Marta, pretende hacerle un consejo de guerra a Bolívar. Acusación que desde luego nunca es considerada por el gobernador de Cartagena, ni por autoridad ninguna.

Su primer paso consiste en reclutar unos 200 hombres para instruirlos brevemente, conseguir embarcaciones suficientes y avanzar sobre la vecina fortificación realista de Tenerife. El 23 de diciembre de 1812, los realistas allí sorprendidos sin reaccionar se retiran hacia Santa Marta por el camino de Valledupar. Después a arengar a los pobladores sobre la independencia de América y hacerles jurar lealtad a la Constitución Republicana de Cartagena, avanza sobre Plato y Zambrano y tras dispersar estas guarniciones, toma posesión de la rica villa de Mompós, en donde es recibido el 27 de diciembre de 1812. Obtiene recursos y elementos adicionales hasta conformar una columna de 500 hombres y con ellos, el 30 de diciembre de 1812 se apodera de Guamal. El 1º de enero de 1813, entra a la población del Banco cuya guarnición realista de 400 hombres, al saber de la cercanía de Bolívar, la abandona rumbo a Valledupar y Santa Marta remontando el río Cesar. Bolívar necesita armas y pertrechos para reforzar su tropa y decide forzar el combate. Calculando las distancias, marcha a paso forzado por el camino real para llegar primero a Chiriguaná en donde los espera y les impone el combate cerrándoles los extremos del río. Allí se apodera de 5 grandes botes adaptados para combatir, dos cañones y más de 250 prisioneros con sus armas y municiones.

Sin demora regresa al río Magdalena para remontarlo hacia Tamalameque y continúa hasta el puerto de Ocaña (actualmente Gamarra) en donde se posesiona el 8 de enero de 1813. Dos días más tarde el 10 de enero de 1813, entra en la villa de Ocaña importante nudo de comunicaciones de la época entre el interior de la Nueva Granada Venezuela y Cartagena, dejando restablecido el comercio por el río Magdalena y el camino de los Andes a Cúcuta.

En la villa de Ocaña reorganiza sus tropas con los soldados más experimentados y acopia recursos pensando en continuar su plan estratégico de llegar a Caracas. El 13 de enero de 1813 recibe una invitación del coronel Manuel del Castillo, criollo rico y hacendado amigo de Francisco de Paula Santander, quien en el momento comanda las tropas independentistas de la Nueva Granada acantonadas en Pamplona, para que concurra con sus tropas a defender esta villa amenazada desde el valle de Cúcuta por el oficial colonialista Ramón Correa, quien apoyado por el gobernador Mijares de Maracaibo y por el propio Monteverde, comandante superior del ejército colonial en Venezuela, proyectan una gran invasión sobre la Nueva Granada para volverla a poner bajo control colonial.

Es la oportunidad esperada por Bolívar. Responde afirmativamente, pero advierte la necesidad de contar con la autorización del Gobierno de Cartagena, que no demora demasiado. Con cerca de 500 hombres bien provisionados, anuncia a Castillo su marcha y desde el pueblo de la Cruz el 15 de febrero de 1813, por el camino de Salazar sale con su retaguardia.

Cruza el valle árido y calcinante del río Magdalena, escala las montañas heladas de los páramos de Pamplona y el 21 de febrero de 1813 llega al alto de la Aguada, lugar custodiado por 100 realistas al mando de Capdevilla quien se retira sin presentar combate, dejando el camino despejado para que los refuerzos enviados por Castillo puedan avanzar a encontrarse con las tropas de Bolívar en San Cayetano, lugar que ya ha sido ocupado el 25 de febrero de 1813, después de un intenso combate decidido a punta de bayoneta, Castillo no se encuentra realmente en Pamplona sino más al sur, en la villa de Piedecuesta cercana a la de Bucaramanga, tratando de poner en marcha un académico plan de conformar con las guarniciones de Salazar, Pamplona y Suratá un triángulo equilátero para resistir al Ejército Colonial procedente de Venezuela.

Junto con la aceptación de este plan, el coronel Castillo solicita a Bolívar colocar las tropas que trae bajo su mando, con el fin de que participen en el dispositivo teórico defensivo por él diseñado. Bolívar responde a Castillo que a las tropas realistas como lo ha comprobado en la realidad,

la única manera de derrotarlas es enfrentándolas en combate. Además, que no pone sus tropas bajo mando de nadie sin la orden del gobernador de Cartagena. Esto da origen a una pugnaz y rencorosa animadversión de Castillo contra Bolívar, que se manifiesta plenamente poco tiempo después, como veremos.

El jefe realista Correa reúne 800 soldados en Cúcuta y se dispone a enfrentar a los 500 hombres que trae Bolívar. El 28 de febrero de 1813 al amanecer después de cruzar el caudaloso río Zulia, Bolívar se presenta en las alturas que dominan el valle de Cúcuta, en donde están las tropas colonialistas esperándolo por la derecha para envolverlo y derrotarlo. Pero después de una acertada maniobra en sentido contrario con cargas de Bayoneta comandadas por Ribas en el centro, y tras cuatro horas de intenso combate, Correa se retira hacia la vecina población venezolana de la Grita dejando gran cantidad de prisioneros y pertrechos en poder de los patriotas. Bolívar aprovecha la victoria y lo persigue hasta la fronteriza villa de San Antonio, desde donde lanza el 1° de marzo de 1813, su emotiva proclama anunciando su plan de marchar a liberar “el país que me dio la vida, cuna de la independencia colombiana”. Dejando desde ese momento establecido cuál es su patria y el papel que debe jugar en la liberación de las colonias de los Andes que empieza a llamar Colombia.

Pero en ese momento (1813), se está desarrollando una de las primeras guerras civiles de la actual Colombia: la gran provincia de Cundinamarca bajo la presidencia central de Antonio Nariño, se opone desde Bogotá por medio de las armas a la toma de esa capital que pretende Camilo Torres desde Tunja, como presidente del Congreso de las demás provincias federadas de la Nueva Granada, que se encuentra aquí reunido.

Antonio Nariño en representación de los grandes comerciantes bogotanos y el payanés Camilo Torres en representación de los mineros exportadores y hacendados neogranadinos, ambas fracciones de una misma clase enfrentada al poder colonial español; por el momento bajo una aparente contradicción ideológica entre quienes quieren un nuevo Estado federado y quienes se le oponen, se disputan por las armas su predominio político en el territorio de la actual Colombia.

El Gobierno de Cartagena que ha dado tropas y mando a Bolívar, forma parte de este Congreso de la Unión Federal, pero Bolívar también conoce de la trayectoria independentista de Antonio Nariño y no desea atizar ninguna guerra intestina de facciones. En consecuencia, asume la actitud unitaria que siempre lo caracteriza y envía sendos mensajes a cada una de estas dos autoridades planteándoles, como “la suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada a la de Venezuela y la de esta a la de América entera”. Nariño y Camilo Torres también conocen el ímpetu de Bolívar y ambos le responden positivamente enviándole pertrechos, tropas y autorizaciones para que continúe hacia Venezuela.

Durante los dos meses y medio que dura su demora en Cúcuta, esperando la autorización para cruzar la frontera con Venezuela por parte del congreso de la unión federada, del cual forma parte la provincia de Cartagena y por ende legalmente las tropas que comanda, suceden varias cosas que complican la situación y demoran su partida.

Bolívar debe sobreponerse a las intrigas localistas que el comandante de Pamplona, Manuel Castillo aliado con su amigo Francisco de Paula Santander, realizan ante los congresistas reunidos en Tunja, pretendiendo hacer triunfar su tesis especulativa del “triángulo equilátero defensivo”, en abierta oposición al plan de avanzar sobre el objetivo estratégico de Caracas, que no dudan en calificar como “fruto de hombres delirantes autores principales de la ruina de Venezuela”.

El comandante francés Labatut es sacado de Santa Marta por una sublevación realista que pone en peligro a Cartagena, ante lo cual Bolívar debe ofrecer sus tropas que por fortuna no se necesitan.

El mantuano Mariño junto con los hermanos Bermúdez, Díaz y Suárez se insurreccionan el 13 de enero de 1813, en las costas de Güira en el Oriente Venezolano y demandan la presión sobre las tropas colonialistas en el flanco opuesto, el occidental, donde se encuentra Bolívar.

El abogado Nicolás Briceño llegado a Cartagena con los demás exiliados venezolanos con su esposa una Aristigueta prima de Bolívar y sus dos pequeños hijos, decide en San Cristóbal por su cuenta y riesgo separarse de las tropas de Bolívar de las cuales vine haciendo parte, y con 150

hombres sale rumbo a los llanos del Apure a realizar una serie de acciones militares que más bien parecen venganzas. Briceño hombre impetuoso y con la soberbia característica de los mantuanos, en 1808 ha atacado con su sable a Bolívar en un pleito sobre linderos de haciendas en el valle del Tuy que por suerte no pasa a mayores, y ha fusilado y enviado a Bolívar la cabeza de dos españoles desarmados que ha encontrado en el camino. Bolívar lo llama a que rinda cuentas de sus actos, pero desafiante y altanero, desatiende el llamado y continúa internándose en los Llanos en donde es capturado por Yáñez y fusilado por órdenes del implacable jefe colonial Tízcar.

El 23 de marzo de 1813, Bolívar sin saber de sus intrigas, ordena a Castillo atacar la guarnición de la Grita en donde Correa se ha vuelto a concentrar con 700 realistas, amenazando todo el territorio del Valle de Cúcuta. Pero la orden es desoída y solo se cumple casi un mes después el 13 de abril de 1813, gracias a la presión que varios patriotas neogranadinos especialmente Atanasio Girardot, hacen sobre el enconado Castillo para que realice este ataque. Correa es derrotado por el ímpetu de las tropas y oficiales neogranadinos como Girardot y obligado a replegarse hacia Mérida. Sin embargo, 3 días después del triunfo el 16 de abril de 1813, Castillo reúne a sus oficiales en consejo y renuncia a su cargo de comandante, antes que continuar con Bolívar en el avance sobre Venezuela. Actitud compartida por su “segundo al mando” Francisco de Paula Santander. Bolívar debe trasladarse a la Grita a tomar el mando de las tropas.

La orden del Congreso de la Unión autorizando a las tropas de Bolívar a entrar en territorio venezolano llega a manos suyas el 7 de mayo de 1813, once días después de haberse expedido en Tunja. Junto con pertrechos, artillería y provisiones, viene la condición expresa de restablecer en las provincias que se vayan liberando, las anteriores autoridades de la primera república venezolana. Por su parte el gobierno de Antonio Nariño, remite desde Bogotá con el coronel Ribas, 150 voluntarios armados y apertrechados, de los cuales solo llegan a Cúcuta a reunirse con el ejército de Bolívar, solo cerca de 100. A pesar de la dificultad para calcular con exactitud el número de tropas enfrentadas, porque las diferentes fuentes consultadas dan diversas cifras incluyendo las tropas “colecticias” como pie de fuerza permanente y porque en esa

época no se llevan estadísticas precisas sobre esta materia; para mayo de 1813 el jefe español de Venezuela Monteverde, dispone de una fuerza colonial armada y desplegada de cerca de doce mil hombres dividida en dos mitades casi similares.

La de occidente cuenta con aproximadamente 6.000 hombres distribuidos así: Tizcar en Barinas con 1.500, Nieto en Nutrias con 300, Yánez en Guasualito con 700, Correa en Mérida con 400, Cañas en Trujillo con 300, Mijares en Maracaibo con 300, Oberto en Barquisimeto con 400, Izquierdo en San Carlos con 400, Morales en Carache con 200, González Fuentes en Coro con 200, y Monteverde en Caracas con 700 hombres protegido por la guarnición de en Puerto Cabello con 200 soldados.

Por su parte el Ejército patriota solamente cuenta con 793 hombres distribuidos así: la división de la vanguardia al mando de Atanasio Girardot con 246 hombres, la de Rafael Urdaneta (5° batallón) con 165, la de D'Elhuyar (4° batallón) con 44, y la división de retaguardia al mando de José Félix Ribas con 323 hombres. Además del estado mayor compuesto por 5 edecanes, 2 cirujanos, un auditor, un proveedor general y un secretario.

El 18 de mayo de 1813, Bolívar en la Grita debe enfrentar una intriga más de su gratuito enemigo el coronel Castillo, quien por medio de su amigo personal el gobernador de Pamplona, da la instrucción precisa a su también amigo y “su segundo al mando” Francisco de Paula Santander, para que se regrese a la Nueva Granada con el 5° batallón de la Unión.

Bolívar amenaza a Santander con fusilarlo si insiste en regresarse con las tropas. Estas obedecen a Bolívar, y el futuro presidente de Colombia debe regresar solo con su rencor a sus propiedades en la parroquia de la villa del Rosario. Así Bolívar se pone en marcha y el 23 de mayo de 1813 logra ingresar a Mérida, bajo la aclamación de la ciudadanía abandonada poco antes por Correa, quien se retira a Betijoque más al norte a recibir apoyo de las tropas del realista Morales quien se encuentra en Carache. Como le ha recomendado el Congreso de la Unión, Bolívar restituye las autoridades del anterior periodo republicano y rápidamente restablece el comercio. Además, en una recepción especial que se le ofrece, recibe con gran aprecio el nombre de “Libertador” que le otorga la ciudadanía y guarda durante toda su vida como único calificativo aceptable para él.

Aumenta sus destacamentos con tropas de dos oficiales españoles: Vicente Campo Elías, quien se pasa a las filas patriotas con sus 70 milicianos bien adiestrados y Francisco Ponce con 35 jinetes constituyendo el embrión de la caballería patriota, arma decisiva en la guerra de liberación, que se organiza un poco más adelante, en Barinas.

El valle interandino de Mérida tiene 1.600 m de altura en la ciudad y va en ascenso hasta el páramo nevado de Macuchés a 4.000 m, en donde vuelve a separarse hacia el occidente en los valles de Trujillo y hacia el oriente en el valle de Boconó. Por él se extiende el difícil camino de los callejones de Mérida que va a Trujillo. Hacia el sur oriente sobre los Llanos, queda la villa de Barinas y por el norte antes de llegar a la meseta de Barquisimeto, hay una depresión frente a Guanare por donde es fácil descender a la llanura Orinoquica.

Con este conocimiento Bolívar concibe y ejecuta con precisión su plan conocido por los historiadores como la “Maniobra de Barinas”, que ha explicado en el oficio dirigido al presidente de la Unión Camilo Torres fechado en Mérida el 30 de mayo de 1813, el cual deben leer aquellos escritores que sostienen la tesis de que Bolívar era todo improvisación pasional, y que esboza resumido así: limpiar velozmente de realistas la provincia de Trujillo antes de que se puedan juntar y sorprenderlos por detrás en Barinas, no marchando por el camino esperado de los callejones de Mérida, sino dando un amplio rodeo hacia el norte por la depresión de Guanare, con el fin de evitar que las tropas de Tizcar que controlan los llanos del Apure, puedan dirigirse hacia Valencia y Caracas.

Bolívar envía la vanguardia al mando del excelente patriota Atanasio Girardot con cerca de 500 hombres divididos en dos columnas por caminos paralelos a atacar a los colonialistas en Boconó y Trujillo, para luego volverse a concentrar y atacar la guarnición de Carache. Otra columna con Maza, Ricaurte y Yépez debe atacar a Correa en Betijoque con el fin de sacarlo de allí. Y D’Elhuyar ir sobre Niquitao. El 3 de junio de 1813, las tropas patriotas dispersan en las cercanías del Escuque una avanzada realista, y Correa que se halla un poco más al norte, recula hacia las riberas boscosas de Moporo en el lago de Maracaibo, rumbo a esta ciudad. Girardot entra en Trujillo el 10 de junio de 1813, restablece la autoridad republicana anterior y espera a Bolívar quien llega allí cuatro

días después.

Desde Trujillo, inmediatamente despacha a Girardot hacia Carache donde se ha fortificado el oficial realista Cañas con cerca de 400 hombres y al otro día el 15 de junio de 1813, lanza su famosa *Proclama de Trujillo*, conocida erróneamente como “Decreto” de Guerra a Muerte. Girardot cumple lo ordenado y cinco días después alcanza a Correa. El 20 de junio de 1813 después de un intenso combate en el sitio conocido como Agua de Obispos, la columna realista queda deshecha dejando todo su material de guerra, muertos y más de 100 prisioneros. De inmediato Girardot se regresa para reunirse y al otro día en Trujillo con el grueso del Ejército Bolivariano.

He aquí la *Proclama de Trujillo*:

“SIMÓN BOLÍVAR, brigadier de la Unión, general en jefe del Ejército del Norte, Libertador de Venezuela. (En el acta donde figura el discurso de Bolívar consta: ‘A que respondieron todos unánimemente que sí juraban...’).

A sus conciudadanos Venezolanos:

Un Ejército de hermanos, enviado por el soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo.

Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a establecer los gobiernos republicanos que formaban la Confederación de Venezuela. Los Estados que cubren nuestras armas están regidos nuevamente por sus antiguas constituciones y magistrados, gozando plenamente de su libertad e independencia; porque nuestra misión sólo se dirige a romper las cadenas de la servidumbre que agobian todavía a algunos de nuestros pueblos, sin pretender dar leyes ni ejercer acto de dominio, a que el derecho de la guerra podría autorizarnos.

Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles, que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte; que han violado los derechos sagrados de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes, y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación. Así pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano (hispanoamericano) los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre; que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia y mostrar a las naciones del universo que no se ofende impunemente a los hijos de América.

A pesar de nuestros justos resentimientos contra los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se digna, aún, abrirles por la última vez una vía a la conciliación y a la amistad; todavía se les invita a vivir entre nosotros pacíficamente, si detestando sus crímenes y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del gobierno intruso de la España y al restablecimiento de la República de Venezuela.

Todo español que no conspire contra la tiranía a favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas; a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservarán en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra y magistrados civiles que proclamen el Gobierno de Venezuela y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al Estado serán reputados y tratados como americanos.

Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado de la senda de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos, en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables y que solo la ceguedad e ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes,

han podido induciros a ellos. No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades; el solo título de Americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos.

Esta amnistía se extiende hasta a los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía; y será tan religiosamente cumplida que ninguna razón, causa o pretexto será suficiente para obligarnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes y extraordinarios que sean los motivos que nos deis para excitar nuestra animadversión.

Espanoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.

Cuartel General de Trujillo, 15 de junio de 1813. SIMÓN BOLÍVAR”.

Este documento con sus implicaciones posteriores, ha tenido innumerables valoraciones de historiadores, científicos sociales y escritores sobre la vida de Bolívar y creemos conveniente presentar algunos de los más representativos, para ayudar a formar el juicio histórico de ésta controvertida batalla política.

El ex militar colombiano Valencia Tovar, quien participa en 1954 en la guerra contra el pueblo de Corea como oficial del conocido Batallón Colombia bajo órdenes de generales norteamericanos; en su florido libro sobre *El ser guerrero del Libertador* (1980), anota desde su óptica militar, con conocimiento de causa y larga experiencia contra guerrillera en el Ejército Colombiano actual, una valoración sobre la proclama de Trujillo, que consideramos útil incorporar:

“Para comprender este acto de violenta dureza no es posible abrir juicio en medio de la calma, ajena a la realidad de las turbulencias que caracterizan la lucha en Venezuela. Fue aquella una época de crueldades sin cuenta, iniciadas por peninsulares y canarios que rivalizaban en el horror de una lucha sin cuartel. No era suave la Corona Española al juzgar la sedición.

Díganlo si no las cabezas cercenadas de los comuneros, sus casas en cenizas y sembrados de sal, los miembros dispersos y exhibidos en picotas infamantes. La pena de muerte era aplicada por comandantes españoles sin fórmula de juicio; así como por criollos alistados en sus filas. Cerveriz, Zuazola y Antoñanzas personificaron todo aquel desbordamiento de crueldad. Los catalanes del segundo cometieron en Cumaná toda suerte de barbaridades hasta el punto de que como lo reconoce el implacable crítico de Bolívar, el español Salvador de Madariaga, Zuazola llegó a ofrecer un peso fuerte por cada oreja de insurrecto que se le presentase y no solo cobraban la recompensa, sino que ostentaban estos macabros trofeos como escarapelas en el sombrero.

La verdad desnuda es que con la guerra a muerte se producía un hecho de insospechadas implicaciones en el discurso de la guerra. Hasta entonces el pueblo de Venezuela se había movido al vaivén cambiante de la suerte. Era aquella una guerra civil, desprovista de la claridad necesaria para convencer multitudes. El paso de las tropas vencedoras era aclamado por igual cualquiera fuese la bandera que tremolara adelante. La victoria de Monteverde en 1812 había demostrado, con el auxilio del terremoto de Caracas, que la voluntad tornadiza de las gentes tendía aún a favorecer la causa del rey.

Es cierto que con el decreto de Trujillo se oficializaba el ajusticiamiento del adversario. Pero no lo es menos, que esto que se venía realizando del lado realista, por herencia de la ley que sancionaba con la pérdida de la vida el delito de traición al rey soberano y que, en manos de caudillos primarios y desorbitados, conoció las formas más repulsivas de ejecución.

En este propósito Bolívar da con la proclamación de la guerra de exterminio, como la denomina Madariaga, un paso decisivo. El acto no es jurídico, sino de esencia política y efectos psicológicos, cuyo impacto en los pueblos indecisos había de ser definitivo en el proceso de formación de una causa. La indecisión tendría que definirse y tomar partido. En momentos en que el avance victorioso de los independientes deslumbraba por los Andes venezolanos, la impresión del triunfo, unida a la del terror, consiguieron galvanizar a las gentes en torno a la causa patriótica. Es este un acto de características excepcionales, que no puede juzgarse en la

frialdad que el análisis a posteriori permite a quienes no se hallaron inmersos en la violencia de la lucha, ni en las condiciones en que ésta hubo de librarse.

No puede considerarse tan solo como lo hace Madariaga, que el decreto de Trujillo fue en el campo político un documento de terror, lo fue también, y con más vastos alcances de aglutinamiento humano de polarización de fuerzas combativas en torno a las banderas de la unión, que él (Bolívar), llevaba a los vientos y no podía permitir que prosiguieran solas, vacías de muchedumbres, hacia su destino. Había que darles expresión multitudinaria, pues las revoluciones, más que con armas se han formado siempre con latidos humanos, con alaridos generacionales, con turbamultas que es preciso encausar, organizar y dirigir, pero que se han solidarizado inicialmente con actos de hondo contenido pasional.

Por consiguiente, el decreto es, más que nada, el acto de un guerrero, brutal y terrible como la guerra misma. Un militar en el significado exacto de la palabra no lo hubiese producido, dejando a las armas la definición de la lucha. No se trata aquí de abrir juicio sobre el fondo moral del hecho, sino analizarlo en sus repercusiones sobre la lucha que los acontecimientos habían revestido ya de características elementales. Lo cierto es que, de ese acto de frío radicalismo, surgieron consecuencias decisivas y que ahora, el general rebelde uniría el terror a la rapidez para la prosecución de la campaña”.

El político e intelectual dominicano Juan Boch, quien llega a ser presidente de su país en 1962 y luego es derrocado por una intervención directa del Ejército Norteamericano en 1966, en su libro *Bolívar y la Guerra Social* (1964), aporta desde su mirada civilista una valoración totalmente opuesta al fárrago literario anterior:

“La proclamación de la guerra a muerte fue un esfuerzo del joven general para convertir la guerra social (la anarquía la llamaba él) en una guerra de independencia, en una lucha entre venezolanos de un lado y españoles de otro. De acuerdo con la proclama, todo español que fuese cogido con las armas en la mano luchando contra la república sería fusilado; en cambio, los venezolanos que estuvieran en los ejércitos realistas serían

perdonados. Si la proclama tenía buen éxito, los jefes españoles se quedarían sin soldados y hasta sin oficiales, porque los soldados y algunos oficiales de las fuerzas realistas eran, casi en su totalidad, venezolanos. La Proclama de Trujillo no daría los frutos que esperaba Bolívar porque a mediados de junio de 1813, cuando fue lanzada en Trujillo, la guerra social estaba desatada en todo el país y había tomado ya tales proporciones que nadie la podía detener.

En 1813 el pueblo no se conformaba como el año anterior con tener entrada en el palacio de gobierno, con los saqueos, con las apariencias de la victoria. En 1813 el pueblo quería la guerra social y estaba haciéndola. El joven general comprendía que las masas venezolanas no querían la libertad nacional sino la igualdad social y como los Borbones de España había en cierta manera favorecido la población de los abusos y la soberbia de los ricos mantuanos, ahora peleaban bajo las banderas del rey.

Bolívar se empeñaba en convertir esta guerra social, a menudo también racial (y que él varias veces llamó guerra de colores), en una guerra de independencia, pero las masas no respondían a sus deseos; a quien las masas pardas y negras del pueblo, la chusma, iba a rodear, a aclamar y a seguir ciegamente como jefe en su guerra de exterminio contra los ricos mantuanos y de su cerrada e intolerante sociedad de castas era a José Tomás Boves que por esos días de 1813 iba de retirada hacia la Guyana en la columna realista que comandaba el general Juan Manuel Cagigal (14). La guerra de independencia no se empezaría a definir sino mucho después, incluso de la muerte de Boves, gracias a la expedición de Morillo a mediados de 1815”.

El historiador cubano Francisco Pividal Padrón en su obra *Bolívar primeros pasos hacia la universalidad* (1982), adelanta la siguiente opinión coincidente con la anterior:

“La guerra a muerte existía de hecho, Bolívar no hizo más que legalizarla. El Decreto de guerra a muerte respondía a la estructura de clases y castas de la sociedad venezolana de ese entonces, y dentro de ella, a la ubicación social de Simón Bolívar quien pudo comprobar objetivamente que, a pesar de los recibimientos en las aldeas y villas, el

pueblo venezolano no se sumaba a su exitosa campaña admirable. Con la implantación del Decreto de guerra a muerte, Bolívar creyó poder sofocar una evidente, extensa y amplia lucha interior de clases. Trató de evitar que las fuerzas en pugna tomaran el camino de la guerra civil, y procuró que la contienda se definiera con un carácter internacional entre dos países: España y Venezuela.

El Decreto de guerra a muerte no logró plenamente los objetivos propuestos, ni pudo mantener estable la entidad nacional perseguida por los mantuanos (segunda república), ni logró desviar a los explotados de sus aspiraciones”.

El historiador y sociólogo venezolano Miguel Acosta Saignes en su libro *Acción y Utopía del hombre de las dificultades* (1977), plantea sus coincidencias así: “Era un esfuerzo en medio de condiciones sociales en las cuales no iba a ser útil lo que, a pesar de su horror, significaba un medio demasiado simple para tratar de incorporar a todos los venezolanos al lado nacionalista”.

Por su parte el biógrafo de Bolívar, Augusto Mijares en su libro *El Libertador* (1987) dice:

“La guerra a muerte se justificaba, porque esa era la única manera de obligar a los realistas a desistir de ella, sea por medio de acuerdos parciales, como lo intentó Bolívar por medio de un tratado general de regularización de la guerra, como se logró después también por su iniciativa, o por medio de la guerra. Es muy fácil observar, además en todos los documentos de los realistas, que ellos comenzaron a practicar la guerra a muerte, no solo por crueldad sino por menosprecio hacia los americanos, porque no querían considerarlos beligerantes sino traidores, y cada día ellos veían que si no respondían con igual vigor jamás sus enemigos llegarían a parlamentar con ellos. Son muy frecuentes los casos en que el hábito de la impunidad hace perder a los hombres y a los pueblos la idea de culpabilidad y el sentido moral, y los españoles estaban acostumbrados en América a esa impunidad. (Como nación se entiende, porque la juridicidad del régimen español fue admirable) y era preciso recordarles mediante un severo castigo, que la justicia, la tolerancia y la compasión como normas de vida pública también podían ser reclamadas en éste lado del Atlántico”.

A lo cual se le debe agregar la valoración que hace un contemporáneo de los hechos, Tomás Cipriano de Mosquera, quien, como edecán de Bolívar, en sus *Memorias sobre Simón Bolívar* (1977 -edición original de 1853, Nueva York, Impr. de S. W. Benedict-) deja esta opinión escrita:

“El Libertador, después de profundas meditaciones sobre el carácter de la revolución, tenía presente que, si por parte del gobierno de la regencia de España se había mandado a que se juzgara a los revolucionarios de América por las leyes comunes como traidores y reos de lesa majestad, y que se les impusiese la pena de muerte, infamia y confiscación de bienes; esto no era otra cosa que una declaración de guerra a muerte. Los hechos que habían tenido lugar y la falta de cumplimiento de las Capitulaciones celebradas por Monteverde, le deban el derecho de tomar medidas de retaliación para contenerlo en sus justos límites y que la guerra se hiciera como entre naciones civilizadas. A esto agregaba Bolívar, la consideración de que el carácter de los hispanoamericanos aletargados en el sueño de tres siglos de esclavitud, necesitaba un fuerte estímulo para obrar y que sin darles a conocer el que derecho les autorizaba a repeler la fuerza con la fuerza y a usar el del derecho del talión con los tiranos, la causa de la independencia era perdida, y así como dicen los médicos que a desesperado mal, desesperado remedio, así creía Bolívar que debía obrar en política. No le guiaban en su resolución, crueldad ni dureza de corazón: el mismo acto de declaración de la guerra a muerte, en su declaración es un decreto de amnistía, un llamamiento a la unión de los americanos. A que se respete el derecho de gentes”.

Y concluyamos con las propias palabras de Bolívar, escritas seis años más tarde en 1819, al vicepresidente Francisco de Paula Santander (Vicente Lecuna, *Cartas del Libertador*, T. II, p. 113): “Las grandes medidas para sostener una empresa sin recursos son indispensables, aunque terribles. Recuerde usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos (éxitos) que nos tienen con vida. Para comprometer cuatro guerrillas que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte”.

El poder colonial tiene una amplia experiencia exitosa en sus territorios americanos para anegar en sangre periódicas y convulsas rebeliones de

negros esclavos que de vez en cuando queman haciendas, huyen y se tornan cimarrones. De indios como en Paraguay, Bolivia y Alto Perú que al reclamo de la justicia de sus antiguas autoridades se insurreccionan. O de artesanos y campesinos mestizos y blancos de orilla como los comuneros de las provincias orientales en la Nueva Granada, que por poco derrocan al alfil (arzobispo- virrey) de Bogotá, y que aplasta ejemplarmente sin ninguna consideración.

Pero durante la confusa situación producida por la invasión napoleónica a España y los movimientos independentistas generalizados que se presentan como reacción en las principales ciudades americanas, iniciados y acaudillados por la clase de los criollos ricos y mantuanos; como la Corona no los espera, no reacciona tan oportuna y ejemplarmente, porque los mantuanos y ricos criollos a pesar de los intereses muchas veces contrapuestos a los suyos, son parte fundamental de la estructura del poder colonial en América.

Lo que en un principio parece un movimiento ciudadano contra la autoridad del rey, va generalizándose a los campos y pronto por el estímulo y utilización que de ella hacen los colonialistas para su defensa, se transforma en una sangrienta guerra de exterminio entre clases sociales, poniendo al descubierto la contradicción larvada que hay dentro de la despiadada estructura de explotación colonial, principalmente en el campo, donde el nudo de contradicciones es aún más complejo.

Las tropas coloniales siempre son reclutadas en su mayoría en las ciudades de entre los trabajadores americanos blancos pobres o “de orilla” y mestizos casi blancos. Pero cuando la lucha armada anticolonial iniciada y soportada por los mantuanos se generaliza y alcanza los campos; la respuesta del poder colonial es recurrir a la gente de color esclavizada para lanzarla a exterminar a sus amos visibles, contando para ello con la prédica de la Iglesia, su aliada natural de siglos y con la oscura superstición e ignorancia supina en que se mantiene a la inmensa mayoría de la población. Curas y frailes doctrineros de origen español, que desde tiempos inmemoriales han predicado que el poder del rey proviene del poder de Dios y oponerse a él es un gravísimo pecado de ateísmo, en su gran mayoría se ponen de parte del trono y agitan entre los coloreados

explotados, con inusitada vehemencia, sus argumentos político-religiosos regresivos, en contra del abstracto e “ilustrado” discurso francés de la patria libre que les dan sus amos: unos señoritos blancos mantuanos, conocidos por ellos muy bien por su crueldad y soberbia, y de quienes muchas veces el propio rey de España debe defenderlos.

Bolívar (como se ha dicho) debe enfrentar airadamente con el sable en la mano un día después del terremoto de 1812 en las ruinas de la catedral de Caracas al cura que sermonea el Viernes Santo sobre la destrucción de las principales ciudades de Venezuela declaradas independientes, como castigo del cielo por haberse levantado contra el poder de Dios encarnado en el rey. También describe esta manipulación religiosa junto con la ignorancia como una de las causas de la derrota de la llamada primera república en su Memoria de Cartagena (diciembre 15 de 1812).

Después, durante su recorrido admirable desde Calamar en el río Magdalena hacia Caracas, a través de campos, aldeas y ciudades, constata que quienes lo reciben con alborozo son los “ciudadinos” o criollos ricos, mientras que los “rústicos” pobladores del campo son indiferentes a sus llamadas y a poco de ser reclutados, una vez pasa el cortejo armado, se desertan o simplemente se regresan a colaborarle al poder colonial. Lo medita en Trujillo e intenta en vano detener esta manipulación que hacen los colonialistas de los americanos, separándolos con la muerte en su famosa Proclama del 15 de mayo de 1813. Pero como esta ya es una política colonial a gran escala puesta en marcha con el fin de destruir y exterminar a quienes ponen en peligro su poder en América, solo tiene efectos parciales: Rosete, Calzada, Tizcar, Antoñanzas, el cura Torreles, Morales y Boves, solo detienen momentáneamente sus cabalgatas de exterminio y sus “lanzas coloradas”, cuando el poder tanto económico como político de los mantuanos está físicamente destruido en Caracas un año después. Y definitivamente, cuando los acuerdos sobre regularización de la guerra firmados entre el general Morillo y Bolívar en la polvorienta aldea de Santana, cercana a Trujillo el 26 de noviembre de 1820, siete años después, dan por concluida la guerra a muerte.

Desde Trujillo Bolívar considera que su frente y flanco izquierdo quedan libres con la destrucción de Cañas y Correa, y fija la atención en la

derecha en donde permanece Tizcar controlando desde Barinas los Llanos de Apure. Entonces continúa con la realización de su plan de maniobra para situarse detrás de esta ciudad para cortar así la comunicación de Caracas con los Llanos de Apure.

Sin tiempo para derrochar, envía un mensaje al Congreso reunido en Tunja explicando la premura de su ataque a Barinas. Ordena a la retaguardia comandada por Ribas, que abandone Mérida y se ubique en Boconó y el 26 de junio de 1813 marcha con la división de Girardot. Cruza la cordillera por el páramo del Atajo a 3.300 m de altitud y al día siguiente se ubica en Boconó a esperar a Ribas, quien al mando de cerca de 350 hombres viene cruzando la cordillera para reunirse con Urdaneta el 30 de junio de 1813, en la Boca del Monte.

Esa noche Bolívar acampa 100 Km delante de Ribas en Biscucuy, atento a sus tropas de retaguardia ya reunidas; pero los dos jefes patriotas, Ribas y Urdaneta, al saber que el coronel español Martí se aproxima por Niquitao con cerca de 800 hombres, dan marcha atrás para encontrarlo y obligarlo al combate que se libra el 2 de julio de 1813. Tras una intensa escaramuza de más de tres horas, los realistas dejan cerca de 450 prisioneros con sus fusiles. Bolívar sin tener noticias de esto y según lo previsto, continúa el 1º de julio de 1813 hacia Guanare. En el paso de este río en el “desembarcadero” (según Tomás Cipriano de Mosquera) captura una avanzada de 100 jinetes al mando de Julián Ontalva, un reconocido traidor quien el año anterior (1812) durante la batalla de San Carlos se ha pasado con sus tropas a los realistas causando la derrota patriota. Bolívar al reconocerlo, lo manda fusilar y entra esa tarde en Guanare abandonada por los demás realistas.

El 3 de julio de 1813 con las tropas de la división de Girardot, llega al río Boconó, que deben cruzar a nado para continuar sobre Barinas. El oficial español Tizcar al saber la determinación del avance patriota y la derrota del jefe realista Martí en Niquitao, abandona la población a pesar de poseer abundante munición, pertrechos y recursos que deja abandonados y toman las tropas de Bolívar el 6 de julio de 1813. Destacado Girardot a perseguir a Tizcar en su retirada por las sabanas inundadas de Apure, logra en una excelente acción capturarle casi todas sus fuerzas, en solo tres días.

Según lo acordado con el Congreso de Tunja, Bolívar restablece igual que en Mérida las anteriores autoridades de la 1ª República Venezolana, en cabeza del rico hacendado y político Antonio Pulido. Reconstruye su cuerpo expedicionario aumentándolo a cerca de 1.300 hombres y conforma la Primera División de Caballería Patriota. Envía el centro de su ejército al mando de Urdaneta hacia Araure y la retaguardia bajo órdenes de Ribas hacia el Tocuyo con la instrucción de concentrarse nuevamente en Araure, mientras él continúa en la División de Vanguardia al mando de Girardot.

Ribas el 22 de julio de 1813 con cerca de 500 infantes y 100 jinetes, toma contacto con 900 hombres y jinetes al mando del oficial realista Oberto en el sitio cercano a Barquisimeto llamado los Horcones, y después de un intenso combate en el que los realistas dejan más de 100 prisioneros y abundantes armas, municiones y bagajes, ocupa la Villa de Barquisimeto. Bolívar llega a Araure el 24 de julio de 1813 y dada la necesidad de abastecimientos, ordena a Ribas y a Urdaneta, apoyar su marcha acelerada con la división de Girardot para ocupar San Carlos que ha sido evacuada por el realista Izquierdo. Continúa la marcha hacia Valencia conservando la iniciativa estratégica y sólo se detiene el tiempo indispensable para concentrar tropas. Con cerca de 1.500 hombres, pues Ribas viene retrasado, se dirige hacia Tinaquillo, en donde el jefe colonial Izquierdo reaprovisionado con tropas y víveres, se dispone con cerca de 1.200 hombres, a detener el avance patriota hacia Valencia, en donde se halla acuartelado el comandante general de las tropas colonialistas en Venezuela, Domingo Monteverde.

El 31 de julio de 1813 en las sabanas de Pegones se hace el primer contacto. Los colonialistas tratan de evitar la caballería patriota retirándose ordenadamente hacia la serranía, pero al ser atacados por el centro estrechándose el cerco, las tropas de Izquierdo son prácticamente disueltas. Capturado gravemente herido fallece al otro día. Monteverde, quien viene con 250 soldados a unirse con Izquierdo, al saber de su derrota y captura herido, se regresa apresuradamente por Valencia hacia Puerto Cabello. Allí se encierra en el castillo de ese puerto amurallado.

Bolívar ocupa Valencia el 2 de agosto de 1813. Ordena enseguida al excelente Girardot perseguir a Monteverde, pero al encontrarlo encerrado

ya en el castillo del puerto, se regresa a continuar la marcha con Bolívar hacia Caracas, cuyo camino queda completamente despejado.

Desde el año anterior gobierna en Caracas el anciano general Manuel del Fierro puesto allí por Monteverde. Al saber de la derrota y el encierro de su jefe en Puerto Cabello, encarga una junta de destacados comerciantes caraqueños encabezada por el marqués de Casa León, amigo de la familia Bolívar, para negociar con el vencedor. Bolívar impone la capitulación en la Victoria y continúa su avance sobre Caracas, la cual ocupa bajo un apoteósico recibimiento el 7 de agosto de 1813.

Constituye un Gobierno central provisional para las provincias liberadas de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, cada una bajo el mando de un gobernador político y un jefe militar; mientras él asume el mando supremo de la Segunda República venezolana y llama a las tropas realistas que están reducidas al puerto de la Guaira, a capitular “honrosamente”.

En resumen, se puede decir que la marcha de Bolívar desde la pequeña avanzada en el río Magdalena de Calamar, hasta su ciudad natal Caracas, en solo 7 meses y medio, sin librar nunca un solo combate defensivo conocida como la “Campaña admirable” ha sido pobremente analizada según el “trípode napoleónico táctico de ofensiva, rapidez, y audacia”. Sin embargo, si consideramos lo hasta aquí leído, podemos ver que además de haber desarrollado esta concepción, ella era el resultado de una más amplia y dinámica “visión político-militar y estratégica del desarrollo progresivo y ofensivo” de la guerra anticolonial: una vez fijado el objetivo estratégico, en la conocida Proclama a los ciudadanos de la Nueva Granada, cual es tomar la ciudad de Caracas en donde coinciden lo político y lo militar, se propone a continuación “llevar” la guerra de liberación al resto de Venezuela y de América.

Con la certeza surgida del conocimiento de la realidad, sabe que es posible derrotar a las tropas coloniales españolas ubicadas sobre el eje militar de Mérida, Trujillo, Valencia y Caracas, atacándolas y marchando sobre ellas, sorprendiéndolas en los lugares más inesperados, imponiéndoles el combate, derrotándolas y persiguiéndolas, explotando todas las victorias adquiridas y conservando siempre la iniciativa y la

sorpresa tanto tácticas como estratégicas. Lo que se observa siempre es una movilidad incesante, una dispersión- concentración de sus columnas de marcha, posibles gracias a la compenetración mental que logra con sus oficiales más destacados como Girardot, Ribas y Urdaneta, a quienes encomienda la vanguardia, la retaguardia y el centro respectivamente de estas columnas con el fin de golpear al adversario, aumentando la fuerza del golpe con la velocidad.

También se puede ver una excelente utilización del terreno, cruzando páramos por caminos intransitables para caer en sitios fuera del control del adversario y por ejemplo a partir de Barinas conformar la Caballería Llanera que posteriormente se convierte en el arma decisiva en los combates a campo abierto. Y sin descansar un minuto en la consecución de recursos, víveres, armamento y hombres “no bisoños”, incluso de los propios prisioneros americanos capturados a los realistas o motivados por la famosa Proclama de Trujillo.

Capítulo IV: La batalla por Venezuela.

Durante su permanencia en Cúcuta, Bolívar tiene noticia de la insurrección del 13 de enero de 1813 en las costas orientales de Venezuela, acaudillada por Santiago Mariño en compañía de los hermanos Bermúdez, Sucre y Piar, quienes, desde la isla inglesa de Trinidad, donde se hallan refugiados, logran reclutar algunos mulatos y negros antillanos para desembarcar y capturar la guarnición de Güira. Una vez en tierra firme logran aumentar su columna con 200 jinetes “coloreados” de la región de Maturín que, al mando de Bernardo Bermúdez, derrotan el 20 de marzo de 1813 en Maturín, las fuerzas realistas de Zuazola, la Hoz y Bobadilla calculados en cerca de 1.000 hombres.

Pero a los pocos días, el “levantisco y ambicioso” Piar mediante un tosco golpe de cuartel despoja del mando y expulsa de las filas patriotas a Bernardo Bermúdez, quien aislado y sin protección es capturado por la fuerza colonial de Zerveriz, quien primero intenta fusilarlo, y como Bermúdez no muere en ese acto, ordena el 7 de agosto de 1813 degollarlo en el camastro donde se halla herido en el hospital de Yaguaraparo, en represalia a la ocupación del puerto oriental de Cumaná hecha por las tropas patriotas al mando de Mariño el 3 de agosto de 1813. Así que mientras Bolívar avanza velozmente hacia Caracas desde los Andes occidentales de Venezuela, el jefe de los realistas Monteverde se dispone a defender el Oriente: el 28 de abril de 1813 después la referida derrota de Maturín, se embarca en la Guaira con 600 soldados españoles veteranos rumbo al importante puerto oriental de Barcelona, para reunirse con las tropas que el fraile José Joaquín Márquez comanda en la región. Ordena al oficial Bosch recoger las milicias del Alto Llano para traerlas al Oriente y a José Tomás Boves quien manda en la guarnición de Calabozo, dirigirse con sus columnas de exterminio de lanzas coloradas, hacia la región de Barcelona.

En Maturín el 25 de mayo de 1813 la caballería dirigida por Piar, logra aprovechar el error de Monteverde de subestimar al adversario y atacar

frontalmente con sus tropas, para propinarle una estruendosa derrota. Boves solo logra llegar hasta la villa del Espino y las tropas de Bosch, junto con las del fraile Márquez y las de Antoñanzas, logran avanzar y se quedan dispersas en la región oriental reorganizando la contra revolución y la guerra socio-racial contra los blancos mantuanos.

Tras el resultado de la derrota del jefe colonial Monteverde en Maturín, la isla Margarita se subleva el 13 de junio de 1813 y nombra a Arismendi gobernador, quien después de decapitar al gobernador colonial, se apodera de los barcos de guerra fondeados en el puerto y los pone a órdenes del corsario italiano Bianchi, enemigo natural de los españoles, para que lleve pertrechos a las tropas de Mariño y apoye la toma del puerto de Cumaná, lo cual se realiza en los primeros días de agosto (1813). Los jefes realistas se dispersan: Zerveriz huye a Yaguaraparo donde, como se dijo, ordena degollar a Bernardo Bermúdez. Antoñanzas al huir embarcado de Cumaná es cañoneado por la flotilla de Bianchi y gravemente herido muere poco después en Curazao. Boves se retira hacia Cachipo en donde libra una de sus primeras batallas de caballería contra el llanero Francisco Carvajal llamado también “tigre encaramado”. Y el fraile ultramontano Francisco Márquez se repliega a Píritu.

El mantuano y patriota Mariño embarca 1.000 hombres en Cumaná para tomarse el otro importante puerto oriental de Barcelona y ordena a Monagas marchar por tierra desde Maturín con el mismo objetivo. El 19 de agosto de 1813, el general realista Cagigal Martínez al mando de unos cuantos soldados, se retira a Guayana dejando más de 300 hombres dispersos al mando de Boves, quien se regresa a los Llanos de Caracas y Guárico a reorganizarse y desarrollar la guerra de masacres y exterminio contra los mantuanos sean o no partidarios de Bolívar y de la independencia.

El fraile español Márquez es capturado posteriormente por las fuerzas de Mariño y fusilado en Barcelona junto con otros 7 cómplices de las atrocidades de los jefes coloniales Zuazola y Zerveriz. Y en las márgenes del Apure y el Orinoco, el realista Tizcar continúa reclutando fuerzas con el señuelo de acabar con los hacendados y esclavistas criollos.

Cuando Bolívar ocupa Caracas a principios de agosto de 1813, Mariño en el Oriente viene actuando también en la misma dirección, de aquí que uno de sus primeros actos de gobierno una vez asume el mando supremo de las provincias liberadas del Occidente, es nombrar a Mariño con el pomposo nombre de “libertador de Oriente” y enviarle un comisionado personal, seguido de múltiples cartas invitándolo a conformar un solo Estado con un mando unificado.

Envía cartas de agradecimiento a Camilo Torres y a Antonio Nariño en la Nueva Granada, explicándoles porqué asume el mando supremo provisionalmente y no constituye un gobierno de provincias federadas, como se le ha solicitado desde Tunja.

Escribe a Londres a sus antiguos compañeros de comisión Andrés Bello y López Méndez, con el fin de lograr algún reconocimiento político de Inglaterra y la posibilidad de conseguir “dinero y armas”, ya que Inglaterra tiene prohibido el comercio de armas en todo el Caribe, pero nada se consigue. Curazao que se halla en poder de los ingleses tampoco responde. Bolívar debe entonces continuar la lucha anticolonial contando con sus propios recursos.

De inmediato inicia las primeras medidas para apropiar fondos: creación del primer cargo de director general de rentas. Acuñación de las primeras monedas de aleación pobre llamada “macuquina”. Eliminación de los impuestos de resguardo en los puertos. Rebaja casi total de los impuestos de exportación y libertad de comercio. Estímulos a los productores agrícolas, exportadores e industriales. Supresión de funcionarios públicos y rebaja de los sueldos públicos. “Pena de muerte a los defraudadores” de la renta del tabaco, fuente principal de ingresos del erario público.

Contribuciones pecuniarias a los municipios y para todos los que posean haciendas u otras riquezas. Impuesto a los cueros de res. Y estímulos a los donativos personales. Además, consecuente con el principio de que “la guerra debe costearla el enemigo”, decreta la confiscación de los bienes de los realistas para sacarlos en posterior venta, junto con una serie de contribuciones forzadas sobre los bienes de los españoles fugados, para lo cual crea un tribunal de confiscaciones que evite las desviaciones y abusos.

También como una de sus primeras medidas, se crean las “maestranzas” o talleres de herrería, talabartería y otros oficios para la fabricación de lanzas y armas, aperos y fornituras, botas y zapatos, pólvora, galletas, uniformes, vestidos, frazadas, vestuarios, carretas de transporte en mulas, construcción de lanchas y establece centros hospitalarios militares para la atención de los heridos en Caracas nombrando un responsable para ello.

El intento de compra de 6.000 fusiles a 20 pesos de oro cada uno, pagados con “frutos exportables”, con la firma británica “Watson MacClean and Co.”, no se puede realizar por la prohibición inglesa. Tampoco son exitosas propuestas similares hechas en los Estados Unidos. Así que la única fuente de armas son pequeñas cantidades de fusiles introducidos de contrabando por corsarios europeos en las costas de la Guayana. Algunos autores anotan que la escasez de fusiles es una de las causas que contribuyen a la derrota de Bolívar en 1814.

El jefe colonial Monteverde forzado a encerrarse en Puerto Cabello, convierte esta plaza amurallada en un bastión del poder colonial español. Bolívar prepara la toma militar de la fortaleza; no sin antes enviar a Monteverde una comisión de españoles destacados residentes en Caracas y antiguos amigos de tratos del jefe realista, para que lo persuadan de la necesidad de realizar un canje de prisioneros entre los patriotas que se pudren en las mazmorras de Puerto Cabello, a cambio de los innumerables realistas que han sido hechos prisioneros en Caracas y La Guaira.

El 15 de agosto de 1813 el soberbio jefe colonial Monteverde responde negándose a entablar tratos con reos y a no escuchar ninguna otra propuesta que no sea “la de poner estas provincias de mi mando bajo la dominación del Rey en que deben legítimamente existir”. Además, advierte que por cada realista que muera, él ejecutará el doble de patriotas rebeldes.

De esta manera, un mes después los colonialistas responden oficialmente “formalizando” la llamada guerra a muerte, que vienen desarrollando hace tiempo en los hechos.

En los valles de Tuy cercanos a Caracas en donde los mantuanos poseen inmensas, numerosas y prósperas haciendas de “frutos exportables”, se desata una sublevación de esclavos y peones pardos contra sus dueños, instigados y dirigidos por los realistas españoles, que a gritos de “viva el Rey”, asolan los pueblos circunvecinos. Lo mismo acontece en la provincia de Coro afecto al poder colonial, en donde el cura godo ultramontano Torrellas levanta a los pobladores y se une con el cacique indígena Reyes Vargas procedente de Barquisimeto, consolidando una fuerza superior a los 1.000 hombres en armas, frente a la cual Bolívar debe desplazar al oficial García Sena con cerca de 600 soldados.

Para enfrentar los sucesos del Valle del Tuy envía al aguerrido Campo Elías con Francisco Mantilla al mando de una fuerza de 120 fusileros y jinetes, y al otro Montilla, a Tomás, lo envía con 130 soldados a la región del Alto Llano entre Calabozo y el Apure a tratar de aislar a Yánez, quien se ha reorganizado en esa región y pretende juntarse con Boves, quien viene en retirada procedente de Barcelona, dejando una estela de sangre con sus famosas cabalgatas de lanzas coloradas, exterminando hacendados mantuanos en los Llanos Iripe, el Calvario y Calabozo.

El 17 de agosto de 1813 Bolívar con la división de Girardot, parte con cerca de 800 fusileros y jinetes para concentrarse en Valencia con los hombres de Ribas frente a Puerto Cabello. El 20 de agosto de 1813, Girardot inicia las operaciones conocidas como el primer sitio a Puerto Cabello atacando las fortificaciones satélites de las inmediaciones. El 27 de ese mismo mes Girardot, en coordinación con Bolívar, se presenta en las puertas de la ciudad y el día siguiente Bolívar ordena abrir fuego contra la escuadrilla de barcos ubicados cerca de la fortaleza. Durante cuatro días hay escaramuzas sin definiciones, hasta el día 31 cuando las tropas patriotas intentan un ataque general que produce después de innumerables bajas en ambos lados, la retirada del jefe realista Zuazola con sus hombres del fortín satélite de Solano y su mirador. Capturados el 2 de septiembre de 1813, los realistas quedan reducidos al castillo y la rada del puerto.

Nuevamente Bolívar propone a Monteverde el canje del capturado realista Zuazola por el patriota Jalón preso desde hace dos años en las mazmorras de esa fortaleza. Monteverde rechaza arrogantemente el canje

y Zuazola es ahorcado. En represalia el jefe realista fusila ante el público a cuatro importantes oficiales patriotas. El 5 de septiembre de 1813 arriba a las costas de La Guaira la expedición de cerca de 1.500 veteranos procedentes de Cádiz al mando de José Miguel Salomón. Ribas intenta tenderle una trampa, pero descubierto, no desembarca, sino que toma rumbo a Puerto Cabello a donde llega el 16 de septiembre de 1813. Para agravar la situación de los patriotas, una epidemia de paludismo se presenta entre sus tropas, por lo que Bolívar ordena levantar el sitio a Puerto Cabello y volver a Valencia.

Monteverde al ver la retirada patriota, ordena a sus oficiales avanzar con 600 de sus veteranos y fortificarse en los pendientes del Bárbula. El 30 de septiembre de 1813, cerca de 800 patriotas al mando de Girardot, D'Elhuyar y Urdaneta con tres columnas coordinadas, acometen con gran decisión en medio del intenso fuego y logran desalojar a los realistas, pero en la cumbre del montículo muere Atanasio Girardot, el leal compañero de armas de Bolívar. Con D'Elhuyar al mando de cerca de 1.000 patriotas reagrupados, Bolívar continúa la ofensiva contra las tropas de Monteverde y el 3 de octubre de 1813, lo atacan por los flancos logrando dispersarlos. Monteverde se retira herido con la quijada destrozada hacia Puerto Cabello.

Bolívar, sin reponerse del golpe que significa la muerte de Girardot, ordena darle sepultura con grandes honores en Caracas. Dispone que el general Urdaneta salga con 700 de sus mejores hombres a reforzar a García Sena en Barquisimeto y al Occidente venezolano. Al aguerrido Campo Elías lo envía hacia Calabozo con 1.000 fusileros a enfrentar a Boves. En la Villa del Cura se refuerza con 1.200 jinetes que vienen de los Llanos de Maturín y el 14 de octubre de 1813 llega a las sabanas de Mosquiteros en donde Boves tiene dispuestos 2.000 lanceros de a caballo esperándolo. En una espantosa batalla en donde mueren cerca de 1.200 realistas y 400 patriotas, solo se logra la retirada de Boves hacia Guayabal en las proximidades del Río Orinoco, con algunos de sus lanzas coloradas que logran escapar a la degollina ordenada por el singular Campo Elías quien así también intenta cumplir con la guerra a muerte.

Libre por el momento el sur de Caracas con la dispersión de Boves por

Campo Elías, Bolívar es informado del avance del general realista Ceballos gobernador de Coro sobre Barquisimeto al mando de más de 1.000 infantes y 300 jinetes lanceros del batallón de Correa, del cura Torrellas, y del cacique indio Reyes Vargas quien viene propinando varias derrotas de las columnas patriotas de la región occidental.

Decide enfrentar a Ceballos, organizando sus 1.100 infantes y 200 jinetes en tres columnas: las de Palacios, Rodríguez y del oficial francés Ducaylá, con un cuerpo de enlace al mando de Urdaneta. El 10 de noviembre de 1813 Bolívar busca la batalla que le es favorable en un principio, pero una maniobra equivocada al parecer hecha por Ducaylá y una orden mal entendida de toque de retirada, causan una estruendosa derrota a las fuerzas patriotas. Bolívar se retirará a San Carlos, perdiendo más de 18 oficiales, 350 soldados heridos y cerca de 400 hechos prisioneros con sus armamentos. Ganancioso el jefe colonial Ceballos, puede establecer contacto con los 2.000 llaneros lanceros de Yánez, quien viene desde el Río Apure en dirección a Barinas también masacrando mantuanos e independentistas. Razón por la cual el gobernador de esta provincia de Barinas, debe evacuar esta ciudad a principios de noviembre de 1813.

Después de la derrota de Barquisimeto Bolívar fija su cuartel en Valencia. Ordena al general Ribas venir con 500 infantes y 200 jinetes disponibles en su gran mayoría estudiantes y jóvenes caraqueños. A D'Elhuyar retirarse de las proximidades de Puerto Cabello con sus 600 hombres para también concentrarse en Valencia. Y una vez reagrupadas sus fuerzas en total 1.500 infantes y 200 jinetes, marcha hacia Vigirima a cortar el paso al comandante realista Salomón (ahora con el mando general después de la herida en la quijada sufrida por Monteverde en el Bárbula), y quien el 20 de noviembre de 1813 contando con sus 1.200 hombres la mayoría infantes veteranos de guerra españoles, avanza desde Puerto Cabello sobre Caracas.

El 23 de noviembre de 1813 se establece el primer contacto en las alturas de Vigirima sin definiciones. Tres días después de intensas escaramuzas con considerables pérdidas para los patriotas, el jefe colonial Salomón abandona sus muertos y heridos, y se retira de nuevo hacia Puerto Cabello perseguido hasta las murallas por D'Eluhyar.

La confrontación se trasladada a la importante región central de Venezuela cercana a Caracas conformada por el eje Puerto Cabello, Valencia, San Carlos y Calabozo. En San Carlos, Bolívar se entera de la evacuación de los hacendados criollos de Barinas hacia San Carlos, huyendo del saqueo y degollina que vienen haciendo en la región las lanzas coloradas de Yáñez, antes de ocupar la ciudad a mediados de noviembre de 1813.

Veamos como refiere el acucioso investigador venezolano Vicente Lecuna (1960), esta lucha instigada por los realistas españoles, que se desarrolla en los Llanos venezolanos, de pardos y esclavos contra los mantuanos criollos partidarios de la independencia:

“La brillante sociedad de Barinas encabezadas por las distinguidas familias Pulido, Pumar, Paredes, Palacio, Briceño, Méndez, Fajardo, Unda, Valenzuela, abrazó la causa de la independencia desde los primeros días.

Ricos por la cría de ganados y caballos y los cultivos de tabaco, añil y cacao ocupaba posición distinguida en la colonia venezolana rodeada de inmensos llanos, cubiertos de hatos de ganados y caballos parecía destinada a un brillante porvenir, pero lo amenazaban peligros nacidos en su mismo territorio. La revolución había provocado movimientos peligrosos para el orden social: además en los Llanos redoblaron su audacia multitud de hombres selváticos, habituados al abigeato, al merodeo, siempre en armas o en acecho, amparados por grandes extensiones semidesiertas, propicias a todo género de tropelías y sorpresas”.

Ante estas circunstancias, Bolívar decide concentrar en la región central la mayoría de sus fuerzas: 3.000 efectivos entre infantes y jinetes, conformada por cuatro cuerpos de infantería, al mando de experimentados oficiales como Campo Elías, Palacios, Manrique y Villapol y dos cuerpos de caballería al mando de Briceño y el coronel Rivas-Dávila. Envía al general Ribas de regreso a Caracas a conservar el control político de la capital y a preparar nuevas y futuras acciones. Por su parte el comandante realista Ceballos logra conformar un cuerpo de cerca de 1.500 lanceros y 2.000 infantes provenientes de las tropas de Correa, Yáñez, Puig,

Ichauspe, el cura Torrellas y se dispone a consolidar la línea de comunicación entre el río Apure, Barinas, Barquisimeto con Puerto Cabello, en donde se encuentra el comando superior de las tropas coloniales al mando del jefe realista Salomón.

Bolívar inicia la marcha hacia Barquisimeto, pero en el camino el 2 de diciembre de 1813, al enterarse del rumbo que lleva el general Ceballos, cambia hacia Araure para enfrentarlo. El 5 de diciembre de 1813, la vanguardia al mando de Manrique, inicia una escaramuza que le resulta muy adversa pues pronto es envuelta por los lanceros realistas. A pesar de la inferioridad, rápido reorganiza sus fuerzas en tres cuerpos: la derecha con las tropas de Villapol, Palacios en el centro y Campo Elías por la izquierda. Un poco más atrás la caballería formando tres partes, Briceño a la derecha, a la izquierda Landaeta y en la reserva Rivas-Dávila con el escuadrón de Ospino. Arremete por el frente con la infantería hasta romperla. El realista Yánez responde empleando sus lanceros por la derecha y logra causar serios destrozos. Bolívar responde empleando la caballería de Rivas-Dávila y Ospino para apoyar a Briceño. Yánez retrocede, cruza el río Acarigua, pero Campo Elías no le da respiro. Entonces los realistas abandonan precipitadamente la batalla hacia Barquisimeto, dejando en el campo de Araure después de seis horas de combate cerca de 1.000 muertos. Los patriotas tienen 800 bajas entre muertos y heridos: ¡Una verdadera batalla campal!

Villapol continua la persecución de las tropas del realista Yánez que se dirigen hacia el norte, Urdaneta con la caballería de Briceño se dirige hacia Barinas a atacar al español Puig, y Bolívar con Campo Elías persiguen al jefe colonial Ceballos quien huye hacia el sur, logrando capturarlo cerca de 600 prisioneros en el poblado llamado “Aparición de la Corteza”, muchos de los cuales fueron fusilados allí mismo. Ceballos logra salir por el río Orinoco para dirigirse a Curazao y regresar en febrero de 1814 nuevamente a Coro. Sus oficiales: Yánez tuerce camino hacia su santuario de Nutrias en el Apure. Puig abandona Barinas para ir a unirse a Yánez. Y Bolívar puede regresar con su escolta a Valencia para restaurar el sitio de Puerto Cabello que tiene adelantado D’Elhuyar, a tomar contacto con Caracas, e insistirle al general Mariño una vez más sobre la necesidad de que envíe refuerzos hacia la capital.

El general Mariño, eterno rival de Bolívar, ubicado en el Oriente venezolano sin una dimensión general de la batalla que se libra en el centro de Venezuela, continúa sin atender los llamados de ayuda a Caracas tantas veces solicitada. Simplemente espera la definición de la lucha en Occidente adversa a Bolívar, para entrar él con su pequeña ambición en la capital, como comandante general en jefe de toda Venezuela. Sin embargo, en la primera semana de diciembre de 1813, coincidiendo con la batalla campal de Araure, envía desde Oriente y por vía marítima al “levantisco y ambicioso” Piar hacia Puerto Cabello, al mando de una flotilla conformada por un bergantín, 7 goletas, 1 cañonera y 3 paquebotes, con el fin de “colaborar” en el sitio que desde tierra adelanta D’Elhuyar a ese Puerto. Pero un mes más tarde, Piar recibe la orden del “libertador de Oriente” Mariño para que regrese. Nuevamente Bolívar debe escribir al generalísimo Mariño: “A nombre de la República tan comprometida, pido a Vuestra Excelencia insistentemente los socorros para sostenerla”.

En Puerto Cabello se hallan sitiados los jefes realistas Monteverde herido y Salomón al mando de las tropas coloniales. Sin tener un conocimiento cierto de lo sucedido en Vigirima, Salomón con cerca de 1.200 hombres intenta romper el cerco patriota saliendo del Puerto por tierra hacia Barquisimeto. Pero una vez sale, se entera de lo sucedido en Araure y decide torcer hacia Coro a donde llega un mes después de marchas extenuantes, con la mitad de sus hombres diezmados por el paludismo y la disentería. Al saber Boves que su rival Campolías abandona la villa de Calabozo para responder el llamado de Bolívar de concentrarse en San Carlos. El 14 de diciembre de 1813 ataca esa población, con sus 1.500 lanceros y en el lugar de San Marcos en donde están refugiados los 800 patriotas al mando del valeroso comandante Aldao, los cerca y luego ordena lancearlos a todos desde los caballos. Veamos el relato del historiador Vicente Lecuna de la entrada de Boves al poblado de Calabozo:

“Al tomar posesión de la ciudad de Calabozo, Boves mandó a decapitar 87 señores blancos, dejó lista de 32 ausentes o escondidos para que los mataran al encontrarlos y mandó las mujeres blancas a la isla de Anchura en el río Apure. Al mismo tiempo, repartió a sus servidores, dándoles papeletas de propiedad, las fincas de estas víctimas y dio orden

al comandante de armas, el perverso Dionisio Díaz Toro, de matar a cuantos blancos apareciesen o llegasen al lugar. En el campo de batalla quedaron 800 patriotas muertos y cerca de 200 realistas entre muertos y heridos”.

El colonialismo español está en pleno desarrollo de la guerra social y racial contra la soberbia oligarquía mantuana de Venezuela, que se ha atrevido a disputarle el poder político, exterminándola y expropiándola mediante las cabalgatas de las “Lanzas Coloradas” inmortalizadas por Uslar-Pietri en 1931; desatando sin proponérselo, la contradicción real de socavar en lo más profundo las estructuras de su poder colonial en esa parte de América: ¡El viejo topo de la Historia!

Siguiendo el ejemplo de Boves y con las experiencias adquiridas en la Península Ibérica en la guerra de partidas (guerrillas) contra el “Gran Armeé” invasor de Napoleón; las fuerzas coloniales han organizado en Venezuela una extensa red de “partidas” de exterminio, basada en grupos de lanceros llaneros de a caballo, que en forma de un amplio arco comunican a Puerto Cabello en la Costa Caribe, con Barinas en los Llanos y el río Apure en el sur.

En Morón esta Domingo Rengifo. En Urama Fernando Noguera. En San Felipe el catalán Mollet. En Montalbán al occidente de Valencia Hermenegildo Barreto. En Quibor José Boquillón. En Tocuyo Manuel Reyes. En Corora el cacique indio Reyes Vargas junto con Oberto. El cura Torrellas en Siquisique. En cercanías de Araure Pedro Ramos. Carlos Blanco en los llanos de San Carlos. En Ospino Fernando Torrealva. En Guanare José de la Vega. Y en los Llanos del río Apure el móvil Yánez, produciendo un verdadero cataclismo económico y social en la república criolla.

Bolívar regresa a Caracas a finales de diciembre (1813) a presidir una asamblea popular convocada en la capital con el fin de analizar la caótica situación: reforzar el ejército, vigorizar la administración pública, adelantar las gestiones para conseguir fusiles, volver a enviar comisionados a los Estados Unidos y Europa en busca de reconocimiento y apoyo. Solicitar de nuevo a Mariño ayuda con refuerzos. Construir una ciudadela militar y fortificar a Caracas.

Preside la asamblea del 2 de enero de 1814 y presenta a consideración pública el informe de sus secretarios. Hace una explicación de sus principios republicanos y presenta la renuncia al gobierno para que se elijan los representantes y magistrados de un gobierno civil y justo. Pero en cuanto al mando de su ejército, base del poder, dice claramente: “Confieso que ansío impacientemente por el momento renunciar a la autoridad. Entonces espero me eximiréis de todo, excepto de combatir por vosotros. No abandonaré sin embargo el timón del Estado, sino cuando la paz reine en la república”.

La asamblea acoge con clamor la propuesta de confirmar a Bolívar en el gobierno con facultades excepcionales bajo el título de Libertador de Venezuela. Paralelo con la realización de la asamblea popular, se estrecha el cerco patriota sobre Puerto Cabello con numerosas escaramuzas, pero sin resultados positivos, mientras que las condiciones sociales siguen en franco deterioro. Las gestiones en Inglaterra y Estados Unidos no arrojan resultados. La Nueva Granada tampoco puede aportar demasiado y las partidas que los españoles han aprendido a utilizar en una guerra contra Napoleón tal y como lo preveía Bolívar en su Memoria de Cartagena en diciembre de 1812, están literalmente despedazando las bases del poder republicano mantuano.

El 2 de enero de 1814 el jefe realista Puig después de lancear a sus pobladores quema el poblado de Nutria en el río Apure y avanza el 10 de enero con Remigio Ramos y 600 lanzas coloradas sobre Barinas, obligando al patriota García Sena a retirarse con sus 400 soldados que pronto se desintegran como tropa. La ciudad y los poblados de Barinas no escapan a la degollina y exterminio colonial. Ante la retirada patriota, Boves, a quien más se demoran en derrotar que él en volver a reunir casi de manera espontánea más llaneros para sus cabalgatas, después de la refriega de Mosquiteros, aprovecha la marcha de las tropas patriotas de Campo Elías de la villa de Calabozo para ir a la batalla de Araure, para avanzar por los llanos del Guarico. Hace alancear en San Marcos más de 800 patriotas comandados por Aldao y proseguir su marcha macabra sobre Caracas. Simultáneamente estallan revueltas contra los republicanos en las poblaciones cercanas a Caracas, facilitándole el camino a Boves con el terrorífico cabalgar de sus lanzas coloradas.

El general Urdaneta al mando de la fuerza de 500 hombres que opera en Occidente, se pone en marcha hacia Coro con la intención de reducir ese bastión colonial. En el camino se le interpone el indio realista Reyes Vargas en la localidad de Baragua, a quien hace replegar derrotado el 15 de enero de 1814. Pero Reyes Vargas avisado que el jefe patriota García Sena ha reulado ante la presencia de los 600 lanceros combinados de los jefes realistas Puig y Remigio Ramos, se regresa hacia Guanare con el fin de socorrerlo. Urdaneta continua y deja refuerzos en Corora y en el Ospino, y teniendo noticia de lo acontecido en Barinas, así como de la toma de Guanare hecha por el realista Puig apoyado por Reyes Vargas y Ramos; se regresa a Barquisimeto a enviar más refuerzos sobre el Ospino que en ese momento se ha convertido en el punto débil.

En efecto, el realista Yáñez que proviene del Río Apure abajo, con cerca de 600 lanceros y 400 fusileros a reagruparse con Puig, pone sitio al Ospino y el 2 de febrero de 1814 se traba el combate con los 150 hombres que defienden ese puesto. Por fortuna los 300 refuerzos enviados desde Barquisimeto por Urdaneta al mando de Manuel Gorgoza, llegan en ese preciso momento y sorprenden a los realistas, quienes deben retirarse dejando en el campo muerto a su jefe Yáñez.

La suerte de Urdaneta no es suficiente. Boves y su cabalgata ya se encuentran en los valles de Aragua y Bolívar en Caracas previendo el avance realista sobre la capital, como le ha escrito un mes antes (aquel 8 de enero de 1814) a Mariño pidiéndole refuerzos, le insiste una vez más explicándole al “libertador de oriente”, las difíciles circunstancias en que se encuentra la capital:

“Por la adhesión que los pueblos del bajo llano profesan a la tiranía y con la funesta derrota del coronel Aldao, Boves ha podido aumentar su tropa hasta 3.000 o 4.000 hombres. Este es hoy en día un enemigo terrible, obligándonos a dividir las fuerzas en multitud de facciones que están esparcidas en el interior de la Provincia”.

Bolívar de regreso en Valencia, reforzando la defensa en la línea del centro (Valencia-Caracas), sitúa al aguerrido Campo Elías en San Juan de los Morros para vigilar los llanos con 1.500 infantes y tan solo 300 jinetes.

Boves se le acerca con 2.000 lanceros y 1.000 infantes. Campo Elías recula hacia la cercana población de Villa del Cura, pero al llegar a la quebrada de la Puerta, Boves lo envuelve. Campo Elías debe regresar prácticamente solo a Valencia. Bolívar recurre al general Ribas para que avance al Occidente hacia la Victoria, mientras él mismo se fortificaría en la Cabrera y Guaica.

El jefe colonial Rossete, émulo de Boves, se encuentra también “degollando y expropiando mantuanos” en los valles del Tuy y el sur de Caracas. Los refuerzos pedidos a Mariño no llegan y el Gobierno republicano de los criollos mantuanos se consume en la ruina y la desolación.

Bolívar le escribe al arzobispo de Caracas el 8 de febrero de 1814: “No solo por vengar a mi patria, sino por contener el torrente de sus destructores estoy obligado a la severa medida que Vuestra Ilustrísima ha sabido. Uno menos que exista de tales monstruos, es uno menos que ha inmolido e inmolará a centenares de víctimas”.

La “severa medida” tomada por Bolívar es de una simpleza abrumadora: fusilar los prisioneros realistas y españoles que están en las cárceles de la Guaira (518) y Caracas (300). En total 818 prisioneros son ejecutados por la orden directa de Bolívar dada al oficial patriota Leandro Palacios, para mostrarles a los colonialistas que la guerra a muerte; es a muerte.

El general Ribas avanza sobre la Victoria el 10 de febrero de 1814 con 1.500 hombres entre los que figura el famoso cuerpo de estudiantes voluntarios de Caracas. El realista Morales, segundo de Boves, con 3.000 lanceros y 100 fusileros, el 12 de marzo de 1814 contrataca a los patriotas en las inmediaciones de esa población y tras dos días de intensas escaramuzas y ataques de ambas partes, en las que alcanza a participar Campo Elías con refuerzos traídos desde la Villa del Cura, los realistas se retiran al atardecer dejando 800 muertos, pero habiéndole causado a los patriotas más de 500 bajas entre muertos y heridos. El general patriota Ribas debe regresar a Caracas para contra atacar al temido Rossete en los valles del Tuy. El 20 de febrero de 1814 lo encuentra en Charavalle y lo derrota, pero se encuentra que antes de huir, este jefe realista ha hecho degollar a cerca de 300 hacendados de la región de Ocumare. Simultáneamente Bolívar se fortifica en San Mateo, reagrupando varios

cuerpos regionales que integran 2.300 infantes y 700 jinetes, junto con varios pequeños cañones, con la finalidad de defender la entrada a Caracas por el Occidente, y con la esperanza de que Mariño se resuelva a enviar refuerzos por el Oriente con los cuales pueda atacar a Boves por la retaguardia. Puerto Cabello sigue siendo sitiada por D'Elhuyar para impedir el ingreso de recursos de todo tipo provenientes de Cuba y Puerto Rico para Boves, quien avanza con cerca de 3.000 jinetes de lanza y 3.000 infantes sobre San Mateo; con la clara intención de arrasar la resistencia y continuar sobre Caracas, en coordinación con Rossete quien con sus 2.000 jinetes lanceros también marcha por Ocumare sobre Caracas.

El 28 de febrero de 1814, Boves ordena a su segundo Morales, atacar por el centro mientras él acomete por la derecha, las líneas patriotas fortificadas en las inmediaciones de la población de San Mateo y de la gran hacienda de la familia Bolívar. Para contrarrestar el ataque por la derecha que hace Boves, Bolívar le opone a Campo Elías, mientras en el centro permanece él, con el oficial Lino Clemente y un poco más atrás hacia la izquierda están Villapol con Montilla, Maza, Ricaurte y Cedeño, resistiendo con verdadero valor las cargas mortíferas de las lanzas llaneras de Boves. Al anochecer Boves herido en un muslo se repliega hacia su retaguardia en Villa del Cura. Las tropas patriotas pierden 300 oficiales incluyendo a Villapol y al singular Campo Elías que muere luego, y dejan en el campo 293 muertos. Por su lado los lanceros de Boves dejan cerca de 800 entre muertos y heridos.

Mientras tanto el oficial realista Rossete se aproxima a Caracas, obligando a Bolívar a enviar al general Ribas con 300 de sus mejores hombres a tratar de cortar su avance. Bolívar, a pesar de tener fuerzas suficientes para hacerlo, no ataca a Boves para no perder sus posiciones fortificadas en San Mateo, viéndose forzado a desarrollar la forma de guerra defensiva que sabe le es adversa. Las escaramuzas de desgaste continúan hasta el 9 de marzo de 1814, cuando recibe la noticia de que Rossete ha pasado a cuchillo a 300 mantuanos ricos, partidarios de la independencia en Ocumare y se dirige imparable con sus 3.000 lanzas llaneras a Caracas.

Bolívar envía a Mariano Mantilla al mando de 300 fusileros y 100 jinetes

a reforzar la defensa de su ciudad natal. El 11 de marzo de 1814, el segundo de Boves, Morales, intenta penetrar a San Mateo por el río Aragua siendo rechazado, pero con graves pérdidas patriotas. La escasa artillería bien distribuida en las colinas, junto con una infantería organizada en bloque y bien combinada con cargas de caballería, logran detener en varias oportunidades las mortíferas cargas de los lanceros de Boves y Morales.

El 20 de marzo de 1814 Boves recuperado de la herida de batalla, reasume el mando y durante 5 días, empieza a presionar, con escaramuzas, la salida de las tropas de Bolívar hacia campo abierto para arrollarlas, sin conseguirlo. El 25 de marzo Boves, informado de una movilización de Mariño desde el Oriente, decide adelantar un ataque masivo sobre las fortificaciones de Bolívar: con una columna de lanceros ataca la retaguardia para apoderarse de la casa en donde se halla el depósito de municiones patriota, mientras con el grueso de sus lanzas llaneras trata de arrollar por las llanuras de frente a San Mateo al grueso del ejército patriota. Después de 9 horas de combate, la columna realista logra aproximarse a la casa donde se encuentran las municiones.

Antonio Ricaurte, quien defiende la posición con 50 hombres, ordena a sus tropas retirarse a lugar seguro. Los realistas creen que el depósito de municiones ha sido abandonado y se precipitan a capturarlo. Pero él se ha quedado solo en la casa, esperando esa oportunidad y con frialdad suicida, hace estallar todo el polvorín produciendo estragos entre los realistas y echando a pique toda la munición que ellos tanto desean. El combate dura hasta el anochecer cuando Boves sin poder lograr su cometido de arrasar a los patriotas, se retira a sus posiciones iniciales dejando cerca de 800 muertos e innumerables heridos, pero matando más de 300 patriotas, 15 de ellos oficiales e hiriendo a cerca de 500.

Un mes y tres días ha durado la batalla por la hacienda de San Mateo. El Boletín Oficial del Ejército Libertador n° 46, fechado el 27 de marzo de 1814, dice textualmente: “La táctica del Libertador ha sido en nuestra actual situación; mantener la línea defensiva, resuelto a no tomar actitud ofensiva, mientras el ejército de oriente a órdenes del invicto Santiago Mariño no venga sobre la espalda de Boves”. Boves, con la información de que Mariño, por fin, se ha puesto en marcha el 17 de marzo de 1814

con 3.500 hombres desde Aragua hacia a San Mateo; abandona definitivamente el sitio, para adelantársele a Mariño y no dejarse sorprender.

El 31 de marzo de 1814 en el sitio de Bocachica, se encuentran Boves y Mariño con fuerzas similares calculadas en 4.000 hombres principalmente jinetes. Tras un encarnizado combate de seis horas de duración de cargas y contracargas, Boves sin municiones y agotado se retira dejando más de 600 bajas, pero habiendo puesto a más de 200 patriotas fuera de acción.

Mariño alegando escasez de fuerzas, no lo persigue pudiendo hacerlo, contrariando todas las opiniones que quienes decidieron la acción: Bermúdez, Valdés y Montilla.

Al contrario, Bolívar en su hacienda, sabedor del regreso de Boves hacia la laguna de Valencia, de inmediato y a pesar de la fatiga y la escasez de medios impuesta por la batalla de San Mateo, reúne 1.000 hombres para ir a perseguirlo y acabar de dispersarle sus masas de lanceros llaneros.

Durante tres días lo hostiga con escaramuzas intensas sin llegar al combate masivo hasta Guaiaca, en una brillante acción de desgaste muy poco comentada por los historiadores, logrando quitarle más de 150 fusiles con abundantes pertrechos, un cañón de medio calibre, cerca de 2.000 caballos y hacerle más de 300 prisioneros. Además de despojarlo del rico botín que ha saqueado en los pueblos anteriores durante sus cabalgatas de exterminio.

Sin embargo, Boves, logra llegar el 3 de abril de 1814 con más de 1.500 jinetes a las cercanías de Valencia, a reunirse con el jefe realista Ceballos quien, contando con cerca de 3.000 hombres, está empeñado en atacar y tomarse esa ciudad, defendida con gran valor por una pequeña guarnición de 300 fusileros al mando de Urdaneta. Boves rearmado es enviado con 400 jinetes hacia el Guárico a convocar más lanceros llaneros para su guerra de exterminio, y Ceballos, pensando erróneamente que Bolívar viene unido a Mariño, suspende su ataque sobre Valencia y se retira a San Carlos.

Mientras la batalla en San Mateo se desarrolla; las tropas enviadas por Bolívar primero con Ribas y luego con Montilla, logran el 20 de marzo

de 1814 detener en Ocumare al temido Rossete quien comete el error de no maniobrar con sus jinetes sino que se parapeta en las casas del poblado; lo que es aprovechado por los patriotas para infringirle una estruendosa derrota, evitando así la caída de Caracas y permitiendo que la avanzada de Mariño comandada por Bermúdez, se una con las tropas de Montilla y Ribas en Camatagua al sur de Caracas.

Muy a pesar de que la suerte momentánea de las armas ha logrado detener el avance del Ejército realista sobre Caracas; la República que gobierna Bolívar como comandante general investido por asamblea popular, se desmorona en la anarquía producida por las incontables sublevaciones de esclavos y pardos, y sobre todo por la ruina económica general producida por la depredación y el exterminio incitados por los realistas, contra los hacendados mantuanos y criollos partidarios de la independencia, quienes aún gobiernan desde esta capital.

Bolívar continúa en la lucha sin dubitación. Se ubica el 4 de abril de 1814 en la Victoria a medio camino entre Caracas y Valencia, a esperar la llegada al otro día de las tropas orientales comandadas por Mariño.

Una vez realizado el ansiado encuentro y reorganizadas las tropas, Bolívar se reserva 300 hombres para ir a reforzar el sitio de Puerto Cabello y para halagar aún más a Mariño, le concede el mando de la mayoría del cuerpo armado: cerca de 2.000 veteranos infantes y 800 jinetes con el fin de que vaya a enfrentar al general realista Ceballos que esta acampado en San Carlos. Envanecido Mariño, desoye los consejos del veterano Urdaneta y sin municiones ni víveres, apresura la marcha sobre esa población. El 16 de abril de 1814 en el sitio de Arao se ve obligado a presentar batalla a los 2.500 realistas muy bien apertrechados de Ceballos, que dejan prácticamente el “invicto Libertador de Oriente” fuera de combate. Solo una reserva de 600 infantes al mando de Urdaneta logra ayudar y agrupar a las tropas de Mariño dispersas, para retirarse ordenadamente hasta Valencia.

Bolívar, que se encuentra en Puerto Cabello listo a iniciar la toma de un baluarte amurallado sitiado por D’Elhuyar desde hacía meses y a punto de caer ante la derrota propinada a Mariño, suspende operaciones y

regresa a Valencia para enfrentar la nueva situación; no sin antes solicitar el canje de prisioneros que se realiza por esa fecha, de dos altos oficiales españoles, por los comandantes patriotas Diego Jalon, Juan José Valdez y García de Sena, quienes desde 1812 están prisioneros en el bastión de Puerto Cabello y quienes son entregados casi moribundos por los colonialistas.

Boves que se ha retirado derrotado con 400 jinetes al Guárico, aprovechando el espacio dejado por la derrota de Mariño en el Arao; de la nada vuelve a reclutar y a armar cerca de 3.000 lanceros llaneros y al grito de “la tierra para los pardos” y “muerte a los blancos criollos dueños de esclavos”, toma de nuevo la ofensiva. El general español Cagigal Martínez nombrado capitán general de Venezuela con sede en Coro, por el virrey de Bogotá mariscal Francisco Montalvo, toma contacto con Ceballos triunfador sobre Mariño y con Boves, para entregarles no solo reconocimientos de la Corona Española, sino una gran cantidad de recursos económicos y militares. Por el contrario, las gestiones de los enviados por los patriotas a Curazao, Saint Thomas y los Estados Unidos en procura de armas principalmente fusiles, no obtienen éxito, por lo que la situación se torna aún más difícil.

Bolívar se mueve de Valencia al Tocuyo el 15 de mayo de 1814 con la intención de tomar la ofensiva, pero las tropas de Cagigal Martínez traban combates parciales tratando de llevar a los patriotas al descampado, contando con la superioridad de la caballería realista sobre la infantería patriota. Bolívar nuevamente trata de hacerse fuerte en los bosques y colinas aledañas a la llanura que se abre en Carabobo, apoyando su infantería con 600 fusileros traídos por Ribas desde Caracas. Pero el 20 de mayo como una muestra de la situación tan penosa que están atravesando las tropas patriotas, por la carencia de víveres que cada día resultan más difíciles de conseguir, bien porque en las haciendas no queda mayor cosa, o porque la población se los niega; una columna de 200 hombres decide desertarse. Bolívar al percatarse ordena la persecución y captura de los fugados y una vez en el campamento ubicados los responsables, ordena su fusilamiento junto con uno de cada cinco de los huidos. Cerca de 50 personas mueren esta vez, como medida extrema para restablecer el orden interno.

En estas circunstancias y conociendo Bolívar que Boves con sus lanzas se mueve llamado por Cagigal Martínez, decide buscar la batalla en la llanura de Carabobo en donde este jefe colonial se halla acampado en compañía de Ceballos con cerca de 6.000 hombres.

El 28 de mayo de 1814 Bolívar forma sus 5.000 hombres en dos líneas con los flancos descubiertos, confiando su defensa en las reservas situadas en segunda línea. Los realistas intentan flanquear por la derecha con una carga intensa de caballería, pero son recibidas por el fuego cruzado de la veterana infantería patriota que logra detenerlos. Bolívar ordena a su caballería de reserva entrar en acción y en una maniobra brillante de combinación de infantería y caballería, atacando con cargas sucesivas, dislocan el centro de las tropas realistas. Cagigal Martínez ordena retirarse dejando cerca de 300 muertos y varios oficiales prisioneros con caballos, fusiles y víveres en su poder. Los patriotas según el parte oficial tuvieron 52 bajas entre muertos y heridos.

En Caracas, cinco días después de esta brillante acción de Bolívar, en el pequeño periódico de la capital, se reseña la noticia en un reducido espacio. Tamaño mayor tiene la información sobre la derrota de Napoleón en España y la restauración en el trono español del Rey godo Fernando VII a fines de marzo de 1814.

El orden social y político de la República mantuana se desintegra aceleradamente como resultado de sus contradicciones internas y debido a la guerra de exterminio hábilmente manejada por los colonialistas, de los explotados y oprimidos (pardos y esclavos), contra los ricos hacendados esclavistas criollos gobernantes en Caracas y La Guaira. A esta situación adversa ahora debe agregarse la coyuntura internacional, que con la restauración de Fernando VII se torna aún más difícil. Sin embargo, Bolívar como lo había dicho en diciembre de 1812 en Cartagena, continúa sosteniendo la lucha armada anticolonial aferrado a su principio: “La guerra, solo la guerra podrá salvarnos por la senda del honor”.

Busca mulas, caballos, reses, vituallas, ordena comprar algunos fusiles y municiones a contrabandistas europeos, pero sin mucho “suceso” (éxito), como el mismo lo dice. Nadie quiere servir a la república de los

mantuanos. Por el contrario, Boves, hace poco derrotado ahora con una fuerza salida de la nada de más de 3.000 hombres, 1.700 jinetes lanceros y 1.300 fusileros, avanzaba nuevamente sobre Caracas por los Valles de Aragua.

Bolívar “nuevamente” pone a disposición de Mariño las mejores tropas: 1.500 infantes, 600 jinetes y 7 cañones con 100 artilleros para que enfrente a Boves en la villa de la Puerta. A Urdaneta lo envía con 700 hombres a perseguir a Ceballos quien va de regreso a Coro por el Occidente. A Jalón quien va con 900 hombres hacia San Carlos a combatir al jefe colonial Cagigal Martínez, le ordena contramarchar para reforzar a Mariño. Bolívar se incorpora al grueso de la tropa el 14 de junio de 1814; ve la disposición de sus 3.000 hombres planeada por Mariño y quiere cambiarla, pero Boves escarmentado ve el error de Mariño y con su ejército dividido en tres columnas separadas, cada una con 1.000 hombres bien dispuestos, no da tiempo.

El 15 de junio de 1814, atacando con un ímpetu sorprendente por el centro y los dos flancos simultáneamente, arrasa la organización de las tropas patriotas y tras cuatro horas de combate sin descanso, más de 1.500 patriotas son dados de baja lanceados en masa. Bolívar con un grupo disciplinado, pero más pequeño, entre los que se encuentran Mariño y Ribas, logra abrirse paso y salir al camino que conduce a Caracas. El oficial patriota Jalón y el elocuente Muñoz Tébar caen prisioneros y Boves ordena decapitarlos después de cenar con ellos.

Boves escribe su parte de victoria al capitán general de Venezuela, Manuel Cagigal Martínez, burlándose de su autoridad: “Los rebeldes, enemigos de la humanidad, al mando de los titulados generales Bolívar y Mariño, han sido derrotados completamente en el sitio de la Puerta. Allí he recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas que su excelencia perdió en Carabobo”. Y firma la nota: “gobernador de esta provincia, presidente de la real audiencia, capitán y jefe político de todos las que constituyen la de Venezuela, comandante general del Ejército Español”. En respuesta, el ofendido capitán general español Cagigal Martínez, escribe un informe confidencial al rey quejándose de las burlas de Boves.

Sabedor Boves del significado de su triunfo, continua sobre Valencia y después de un sitio de tres semanas, acepta una capitulación propuesta por los patriotas que la defienden. El 10 de julio de 1814 hace su entrada en esta ciudad y, una vez allí, mata a lanzazos al gobernador Espejo, junto con noventa destacados mantuanos, 65 oficiales Patriotas y 300 soldados de la tropa. Luego prosigue hacia Puerto Cabello para obligar al oficial Patriota D'Elhuyar, a levantar el sitio que tiene sobre esta Plaza amurallada y volcar sus lanzas sobre Caracas, cuya población aterrorizada por la suerte que le espera, ha decidido “desplazarse” hacia el Oriente venezolano.

Tres días después de la derrota de la Puerta, Bolívar en Caracas trata de detener el imparable derrumbe del Gobierno republicano. Víveres, armas y dinero se buscan con afán. En los pueblos afectados por la devastación producida por la guerra de exterminio, no hay víveres. De armas, solo se consiguen 209 fusiles en mal estado que vende un contrabandista sueco. Y el dinero ha desaparecido. Bolívar recurre a los tesoros de plata que tiene la opulenta jerarquía religiosa colonial en sus iglesias. En consecuencia, ordena sean entregados todos los objetos de plata religiosos a las arcas de la república.

El 18 de junio de 1814 reúne una asamblea popular para informar de la situación y pedir pareceres. Se lleva a cabo en el convento de San Francisco. Predominan dos ideas: resistir hasta morir o emigrar por tierra (pues la salida por mar es aún más peligrosa) hacia la ciudad oriental de Barcelona con el fin de solicitar protección a las fuerzas patriotas que allí resisten.

Para defender Caracas se cuentan 1.000 hombres de los cuales 400 son jinetes que solo alcanzan para mantener el orden en la ciudad cada día más caótica, debido a los innumerables desplazados y refugiados que vienen de la región de Aragua y los Valles del Tuy. El marqués Tovar Ponte, rico mantuano partidario de la independencia y miembro del gobierno de la primera república, sintetiza la situación así: “No tenemos gobierno, no tenemos sistema, considero el país perdido y expuesto a caer en manos de los Negros”. Con este argumento desesperado salen dos comisionados, uno de ellos el cartagenero Pedro Gual hacia la isla británica de Barbados, a alertar al Gobierno inglés del peligro de una

insurrección de esclavos en Venezuela, semejante a la de Haití y a pedir en consecuencia ayuda con armas y hombres para controlarla. El 26 de junio de 1814, Bolívar manda llamar a su casa al presbítero de la catedral de Caracas, Domingo Blandín y lo recibe con estas palabras:

“He sabido que usted no quiere entregar la plata de la catedral. Si no se entrega en la hora indicada, tomaré la providencia correspondiente, en inteligencia que esta plata labrada que tiene ésta y las demás iglesias, la han donado nuestros antepasados y no otros. Y así se ha determinado llevarla encajonada a Barcelona y Cumaná para que ni Boves ni ningún otro español ladrón, ni usted, ni los demás que siguen a Boves, puedan disfrutarla”.

A continuación, responsabiliza al director de rentas de la casa de la moneda y a los hermanos Antonio y Domingo Ascanio para que lleven toda la plata de la República hasta Barcelona y eviten su saqueo por Boves.

El 6 de julio de 1814 el negro liberto Machado, puesto al frente de la revuelta de los esclavos en el Tuy, se acerca a Caracas. Simultáneamente las lanzas coloradas de Boves rompen la resistencia en el sitio de la Majada y los más de 20.000 aterrorizados caraqueños inician un caótico desplazamiento en oleadas espontáneas hacia Barcelona. Bolívar se les une al otro día, con cerca de 1.200 infantes al mando de Leandro Palacios y Soublette.

Boves entra en Caracas el 16 de julio de 1814 y encuentra una ciudad casi desocupada. De sus 30.000 habitantes, más de 20.000 han partido hacia Oriente en una triste y miserable caravana de ancianos, señoras con niños y heridos de guerra en recuperación, que demora 23 días en recorrer los 300 Km hasta llegar diezmada al puerto de Barcelona.

Juan Bosch en su libro Bolívar y la Guerra Social citado, escribe la situación así: “Boves desata el terror en Valencia y después se dirige a Caracas en donde entró el 16 de julio entre fuegos de artificio, música, repique de campanas en todas las iglesias y con un Tedeum que se le ofreció en acción de gracias por sus victorias y que cantó el Sr. Arzobispo de la capital. El jefe de las hordas llaneras, el que mató gente dentro de los templos, al pie de los altares, fue alojado con toda ceremonia en el

Palacio Arzobispal. Los esclavos y sus hijos, los libertos, zambos y mulatos, y los pardos de Venezuela a quienes Boves comandaba y representaba; habían domado al fin, a los altivos mantuanos que les habían sembrado en el alma, la semilla del odio”.

Dedicado a afianzar su dominio sobre Caracas, Boves envía a “su segundo” Morales con 4.000 lanceros a perseguir a los fugitivos de Oriente, que se han congregado en la villa de Aragua al sur de Barcelona. Ribas y Bermúdez después de la caída de Caracas, ven la oportunidad ideal para disputarle a Bolívar el mando supremo del Ejército patriota y no logran ponerse de acuerdo con él para desarrollar el plan para defender esta villa. Morales aprovecha y el 17 de agosto de 1814 les infringe un sangriento golpe definitivo. De los 2.200 hombres que constituyen el Ejército patriota, la mayoría son degollados, junto con más de 1.500 civiles habitantes de la villa de Aragua.

Bolívar logra retirarse al Oriente hacia Cumaná, con algunos jinetes de su caballería, y Bermúdez se retira hacia Maturín. Mientras Mariño en Cumaná aun con el mando sobre las tropas de Oriente, trata de reunir todas sus fuerzas para evacuar la población y los recursos hacia Güiría en el extremo oriente de la península de Paria. El 24 de agosto de 1814 por orden de Mariño se embarcan las municiones y las 104 arrobas (1.195 Kg.) de plata labrada (L. 900) de las iglesias de Caracas que constituyen el tesoro de la República, para ser llevadas a Güiría en la escuadrilla del pirata de origen Italiano Bianchi, conocido por los patriotas por haberles hecho algunos transportes. Al otro día llega Bolívar a Cumaná, y mientras conferencia con Mariño, Bianchi aprovecha para huir con la plata y las municiones embarcadas. De inmediato Mariño y Bolívar deben alcanzar el barco del pirata y subir a bordo para exigir su devolución, pero Bianchi, alegando que se le deben servicios de transporte prestados anteriormente en la costa oriental, reclama su cobro directo. Así llegan al puerto de Pampatar en la isla Margarita el 28 de agosto de 1814, en donde se encuentra Piar al frente de 400 hombres y quien en lugar de recibir a Bolívar y a Mariño como es debido, les desconoce su autoridad y cañonea las embarcaciones impidiendo su desembarco en la isla. Entonces el pirata Bianchi dueño de la situación, obliga a que le den un tercio de la carga de plata, es decir, cerca de 400 kilos, para marcharse a alta mar.

El general Ribas el impetuoso luchador patriota, casado con una tía de Bolívar, su amigo y compañero de múltiples combates, miembro de una de las familias mantuanas más destacadas de Caracas, con un liderazgo ganado por su radicalismo y entrega a la causa anticolonial, quien se encuentra en Cariaco, una villa situada entre Cumaná y Carúpano, proclama un bando acusando a Bolívar y a Mariño de desertores y cómplices del robo de Bianchi y aprovecha para desconocer la autoridad suprema en el Ejército patriota, asumiendo el mando general.

Al no poder desembarcar en la isla Margarita, Bolívar y Mariño deben hacerlo en Carúpano el 3 de septiembre de 1814. Ribas llega allí al otro día al mando de un escuadrón de caballería y ordena poner en prisión a Bolívar y a Mariño, dejándolos en custodia del oficial patriota Pedro Villapol, quien conoce a Bolívar por haber combatido bajo sus órdenes en el Occidente. Después de largas explicaciones, Bolívar logra hacerse poner en libertad por Villapol y pistola en mano libera a Mariño, a D'Elhuyar y otros compañeros cercanos. Distribuye un manifiesto que ha redactado durante la detención conocido como el Manifiesto de Carúpano, fechado el 7 de septiembre de 1814, en donde explica la utilización por parte de los colonialistas de los rencores y la ignorancia de los hombres de color contra la república y su gobierno como causa de su derrumbe. Y anuncia que se va a Nueva Granada a rendir cuentas de sus actividades al supremo Congreso de la Unión que lo ha investido del mando, y se embarca rumbo a Cartagena escapándose de Piar quien llega pocas horas después, con intención de fusilarlo.

Ribas y Piar se reúnen en Cariaco y ante 700 fusileros y 300 jinetes que son las antiguas tropas de Bolívar y Mariño, se hacen reconocer como jefes supremos de Occidente y Oriente respectivamente. La unidad del Ejército patriota ha saltado hecha añicos: Bermúdez odia a Piar por la muerte de su hermano. Los jefes llaneros Sedeño, Monagas, Zaraza y Barreto permanecen fieles a Mariño. Los jefes de la isla Margarita y Arismendi desean su propia autonomía y en occidente Urdaneta lucha ya en territorio de la Nueva Granada.

Boves manda a su segundo Morales con 4.000 lanceros sobre Maturín, en donde Bermúdez le ofrece una denodada resistencia que lo detiene

momentáneamente, mientras él se dirige con otros 4.000 jinetes sobre Barcelona y Cumaná a donde llega a mediados de septiembre de 1814 a continuar el exterminio de los mantuanos criollos de esa región. Piar con cerca de 1.200 jinetes le presenta un afortunado combate en las Sabanas del Salado cercanas a Cumaná, por lo que Boves se debe retirar hacia Carúpano.

Ribas se reúne con Bermúdez a finales de septiembre en Maturín, pero tampoco logran ponerse de acuerdo para salir a atacar a Boves. Se dividen las tropas: Bermúdez entonces con cerca de 1.200 hombres resiste a Boves en los Magueyes el 9 de noviembre de 1814 con poco éxito, mientras Ribas permanece en Maturín. Vuelven a unirse cuando saben que Boves unido con Morales, con cerca de 5.000 lanceros avanza sobre ellos y le presentan combate en Urica. Allí muere Boves en circunstancias poco claras, pero sus tropas logran desarticular y poner en fuga a los dos patriotas que buscan solitario refugio en Maturín.

Morales asume el mando de los lanceros de Boves. Fusila a siete oficiales coloniales que se le oponen y avanza nuevamente a tomar la villa de Maturín que aún permanece sin caer en manos realistas. Ribas busca refugio desesperado en el alto llano, pero es capturado por las tropas realistas. Es fusilado y su cabeza frita en aceite es enviada a Caracas donde permanece tres años expuesta en una jaula puesta sobre el horcón de la picota pública. Bermúdez logra salir a las costas de Güiría donde toma contacto y se une al grupo pequeño de patriotas que comanda Juan Bautista Videau.

Por su parte Piar, derrotado en Yaguaraparo el 16 de noviembre de 1814, huye perseguido hacia Güiría, pero el comandante patriota de esa villa, Videau reforzado con Bermúdez, lo expulsa hacia la isla inglesa de Granada en febrero de 1815. A los pocos días llega Morales al refugio que tenían en Güiría Bermúdez y Videau y los obliga también a salir hacia la isla Margarita, pudiendo dedicarse libremente a exterminar más de 3.000 refugiados caraqueños y patriotas que se encuentran en esa región. La lucha ahora es por la supervivencia. Seis meses después, el 16 de agosto de 1815 Bolívar escribe:

“La pluma se resiste a describir las execrables atrocidades del archimonstruo Boves, el devastador de Venezuela; más de 80.000 almas han bajado a la silenciosa tumba por su orden o por las manos de este caníbal. Los llanos de Calabozo, los valles de Aragua, la ciudad Valencia en donde Boves violó una capitulación que había ofrecido cumplir bajo el más solemne juramento por los santos evangelios y en presencia de la majestad Divina. La capital Caracas, las provincias de Barcelona y Cumaná, son monumentos de la más espantosa carnicería.

¡De todas esas bellas ciudades, de todos esos campos risueños, apenas quedan vestigios, excepto escombros, esqueletos y cenizas! La memorable y desgraciada ciudad de Maturín, combatiendo valerosamente contra las armas españolas, tuvo al fin que rendirse por las llamas y la espada y pronto quedó convertida en inmenso cementerio: ¡Allí yacen los infortunados restos de Venezuela!”.

Un día antes, desde Mompós en la Nueva Granada, ha escrito: “La muerte de Boves es un gran mal para los españoles, porque difícilmente se encontrarán en otro las cualidades de aquel jefe”.

Capítulo V: Centralistas y federalistas en la Nueva Granada.

Bolívar y Mariño se embarcan en Carúpano hacia Cartagena de Indias el 7 de septiembre de 1814, pero arriban a ese Puerto el 19 de ese mismo mes, no con las consideraciones de su primer viaje, sino con signos claros de burla y hostilidad: su obcecado enemigo el coronel de la Unión Neogranadina Manuel Castillo, ahora es jefe de armas de Cartagena. Es el mismo que tercamente se ha opuesto en Cúcuta y la Grita en febrero del año anterior, a la Marcha Admirable de Bolívar sobre Caracas y esta vez lleno de resentimiento, cobra venganza apoyado en el intrigante aventurero francés Ducudrauy Holstein, venenoso y gratuito detractor de Bolívar.

El 30 de septiembre de 1814, Mariño y Bolívar firman un documento en la Gaceta Oficial de Cartagena en donde aclaran las condiciones en las que se libra la guerra en Venezuela y explican sus actuaciones. Pero ante el ambiente tan caldeado por las elecciones locales para presidente de Cartagena y por las intrigas y hostilidad del jefe de armas Castillo y su aliado Ducoudray Holstein, parte hacia Tunja a rendir informe al Congreso de las Provincias Unidas allí reunido, tal como lo ha escrito en el manifiesto de Carúpano.

Por el camino, al llegar a Ocaña el 7 de noviembre de 1814, Bolívar se entera de la retirada afortunada de la división comandada por el oficial Patriota Rafael Urdaneta quien desde Barquisimeto ha logrado preservar organizados los 1.000 hombres a él asignados hasta traerlos a la Nueva Granada. Urdaneta está en Pamplona también rumbo a Tunja, a poner sus tropas a disposición del Congreso de la Unión. Bolívar marcha a reunirse con su brillante oficial y después de un emocionado encuentro en presencia de sus tropas, continúan la marcha, para presentarse ante el Congreso el 24 de noviembre de 1814.

En la Nueva Granada, a raíz de la declaración de la independencia en julio de 1810, la Junta Suprema de Bogotá convoca a las demás provincias a un

Congreso de diputados para expedir una constitución que brinde respeto la independencia de cada uno de ellas, ligándolas mediante un “sistema federativo”, favorable a los intereses regionales de los esclavistas exportadores y hacendados. En diciembre de ese año (1810), ante el temor a que Bogotá tome la preponderancia, de las 15 provincias que forman el Virreinato, solo 6 envían representaciones, por lo que no se puede expedir una constitución. En consecuencia, cada provincia interpretando el sentimiento localista expide su propia norma constitucional independiente. La Junta Suprema de Bogotá ante tanta divergencia y recelo, disuelve el Congreso y convoca al Colegio Constituyente de Cundinamarca, para expedir la suya propia y constituirse como Estado soberano, asumiendo su Presidencia el “letrado en leyes” Jorge Tadeo Lozano. La idea de Tadeo, consiste en configurar una amplia federación de cuatro grandes departamentos: Cundinamarca, Cartagena, Popayán y Quito; a la cual se opone Antonio Nariño desde el periódico La Bagatela, sosteniendo una acre polémica con fuertes argumentos centralistas, que concluye con la renuncia de Tadeo y el nombramiento unánime de Nariño como presidente de Cundinamarca.

Un segundo Congreso se reúne en noviembre de 1811, a solicitud de la provincia de Cartagena y según los lineamientos federativos y autonomistas de las provincias, sostenido por el abogado Camilo Torres, vocero de los intereses de los criollos esclavistas de Popayán coaligados con los comerciantes de Cartagena y los hacendados del altiplano neogranadino, se conforma la Confederación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, a partir de las grandes provincias de Antioquia, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja, negándose a formar parte de ella Cundinamarca y Chocó. Sucesivamente, según lo acordado, cada provincia proclama su propia independencia y expide una constitución. Tunja el 9 de diciembre de 1811, Antioquia el 21 de marzo de 1812, Cundinamarca el 17 de abril de 1812 y por ultimo Cartagena el 14 de junio de 1812.

Pero los pequeños poblados también inflamados del sentimiento “localista”, comienzan a desprenderse de las provincias mayores y a buscar su anexión a Cundinamarca: Girón y Vélez se separan del Socorro. Timaná, Garzón y Purificación de Neiva, Chiquinquirá, villa de Leyva y Sogamoso de Tunja, y así en 1812, el antiguo Virreinato colonial

de la Nueva Granada, se halla en guerra civil por definir quien asume el control del poder político del nuevo país.

Según lo anota el historiador Fernando Guillén en su libro *El Poder Político en Colombia* (capítulo 8, 1966, p. 245 y siguientes), con el pretexto del sentimiento regionalista y provinciano las fracciones de la misma clase social de los criollos ricos, enfrentados a la Corona Española, definen por medio de las armas quien se queda con el control del aparato estatal: los centralistas, comandados por Antonio Nariño quien se ha declarado dictador de Cundinamarca, liderando los intereses de los comerciantes y algunos hacendados de la sabana de Bogotá; contra los federalistas agrupados en el Congreso de las Provincias Unidas, presidido desde Tunja por el patricio de Popayán Camilo Torres, cabeza de la poderosa coalición de los esclavistas de Popayán y sus exportadores de Cartagena, con el resto de hacendados del altiplano neogranadino.

Las tropas centralistas de Nariño son derrotadas en Ventaquemada en diciembre de 1812, pero en enero de 1813, ya en Bogotá, en el arrabal de San Victorino, rechazan y derrotan a los federados. Sin un veredicto de armas claro y ante la inminente invasión de las tropas coloniales de Montalvo quien avanza por el río Magdalena, de Calzada quien viene por Cúcuta y de Sámano que en agosto de 1813 se toma Popayán, se fortifica y avanza; se propicia un acuerdo conciliatorio entre Bogotá y Tunja que permite a Nariño ir al sur con un cuerpo de 1.500 hombres, en su mayoría de infantería, a defender la rica y estratégica provincia minera de Popayán.

Las tropas patriotas de Nariño el 30 de diciembre de 1813 hacen retroceder hacia Popayán a la vanguardia realista del brigadier Sámano en el combate del Alto Palacé. Nariño continúa avanzando y después de un sangriento combate derrota el 15 de enero de 1814 en Calibío a los realistas y ocupa Popayán. Se detiene en esa ciudad dos meses en peligrosa inactividad, lo que permite a los colonialistas rehacerse en la región de Pasto. Cuando Nariño marcha al sur debe atravesar la región del Patía en donde los colonialistas han armado una fuerte defensa basada en la “guerra de partidas” que lo hostilizan y le causan graves daños. Sin embargo, el 12 de abril de 1814, llega al río Juanambú ubicado al sur del conocido poblado de Berruecos, y después de las

refriegas de las Cebollas y de Tacines, aunque sufre graves pérdidas sobre todo en su oficialidad, hace replegar al jefe colonial Aymerich a la ciudad de Pasto.

Nariño, quien no es precisamente un hombre de guerra, decide marchar sobre el baluarte realista de Pasto, dividiendo sus escasos 1.200 hombres en 4 columnas desarticuladas. Ya en las proximidades de esta ciudad el 11 de mayo de 1814, es atacado en forma masiva por tropas y guerrillas realistas y es derrotado en un verdadero desastre militar. Capturado por un indígena de la región es entregado a Aymerich, quien lo retiene tres meses, para luego enviarlo a Quito y al Callao cargado de cadenas y grillos. De allí por la vía del Cabo de Hornos es transportado a las mismas mazmorras de la Carraca de Cádiz (donde ha muerto Miranda), hasta marzo de 1820, cuando es liberado por los acontecimientos insurreccionales que se presentan en esta ciudad.

Nariño es reemplazado en el gobierno de Cundinamarca por el gran comerciante de origen español Manuel Álvarez, quien se niega rotundamente a cualquier arreglo con los federados de Tunja. Camilo Torres quien lidera la coalición de los tunjanos con los payaneses, aprovecha la presencia de las tropas de Urdaneta y de Simón Bolívar en Tunja, para que el Congreso le ordene someter a Bogotá que en ese momento es defendida por un ejército de cerca de 1.000 veteranos dispuestos a defender a toda costa la ciudad. Bolívar con los 1.000 hombres de la división de Urdaneta y otros 2.000 reclutas que el Congreso pone a su disposición, el 12 de diciembre de 1814 en una cruenta toma que deja más de 300 muertos, impone una capitulación en la cual Cundinamarca debe reconocer al Congreso federado e ingresar como miembro soberano a la unión.

El ex militar colombiano Valencia Tovar, en su citado libro sobre El ser guerrero del libertador (1980, p. 128), escribe lo siguiente: “Manuel Álvarez, resiste porfiadamente al congreso y Bolívar, el más centralista de los próceres, lo reduce en violento asalto a Bogotá, cumplido a nombre del Congreso Federal. Así son las paradojas de aquella historia granadina, escrita con candorosa miopía por los grandes hombres que fundaron la patria, pero no supieron entender la magnitud de la amenaza que se cernía desde el otro lado del mar”.

Una paradoja es un hecho absurdo presentado con apariencia razonable. Y no es ninguna paradoja que Bolívar reduzca al gobierno de Bogotá a la obediencia del Congreso de la Unión Federal.

Primero, porque Bolívar siempre ha reconocido como potestad soberana ese Congreso de la Unión Neogranadina, que el año anterior le ha facilitado tropas y demás recursos económicos y legales para que realice la Marcha Admirable sobre Caracas. Siempre le ha rendido cuentas él y se ha sometido a sus decisiones sin discutirlos. Lo prueba el hecho de que está en Tunja junto con su oficial más leal y sus tropas haciendo eso: rindiendo cuentas y renovando la fidelidad a sus decisiones.

Segundo, porque Bolívar tiene ya muy clara la situación política y militar que se está presentando en esta parte del continente y así lo expone ante el congreso en su plan estratégico antes de marchar sobre Bogotá: Venezuela ha sucumbido NO SOLO por la utilización que han hecho los colonialistas de la guerra de exterminio de las gentes de color contra los hacendados criollos, sino también por las rivalidades e insubordinación de sus principales jefes militares a nombre de una supuesta autonomía provinciana que los ha dividido en su objetivo anticolonial.

Además, sin ninguna ingenuidad. Sabe perfectamente del peligro que se “cierne”, pues tiene conocimiento cierto de que un gran ejército colonial proveniente de Cádiz ha zarpado rumbo a Venezuela y se aproxima a reconquistar toda la región para la Corona, utilizando como bases de apoyo las provincias venezolanas de Coro y Maracaibo, que siempre fueron realistas y forman unidad con la provincia de Santa Marta en Nueva Granada. El oficial colonial Montalvo ha iniciado su avance hacia el interior tomando la población ribereña de Plato en el río Magdalena. Urdaneta ha informado de la persecución que le ha hecho el comandante realista Calzada hasta Cúcuta, y se tiene ya la confirmación de la derrota y captura de Nariño en el Sur. Y por si fuera poco el puerto amurallado y la ciudad de Cartagena, lugar más estratégico e importante que tienen los patriotas de la Costa Caribe en ese momento, está en manos de su enemigo gratuito el obstinado y vengativo Manuel Castillo.

¿Qué importancia tiene para la causa anticolonial, dejar a la rica, poblada y estratégica provincia de Cundinamarca aislada y por fuera de la unión

así sea federada, a nombre de un centralismo abstracto, que en ese momento es el pretexto localista para adelantar una guerra civil de los comerciantes bogotanos contra los latifundistas del altiplano coaligados con los esclavistas de Popayán por el dominio de todo el país; cuando ambos bandos pertenecen a la misma clase de los criollos ricos enfrentada a la Corona Española?. No tiene sentido. Por el contrario, la gran provincia de Cundinamarca si puede concurrir unitariamente con innumerables recursos a enfrentar las tropas coloniales que vienen en reconquista y contribuir a la liberación de América formando un solo cuerpo con las demás. Es una división entre la clase dirigente inmersa en la lucha, que Bolívar ha escarmentado en su tierra y no desea dejar prosperar en la Nueva Granada.

No hay ninguna “candorosa miopía” como escribe el ex militar Valencia Tovar, pues todas estas consideraciones como es fácil comprobar en la bibliografía que él cita, son expuestas por Bolívar al Congreso reunido en Tunja, el cual ante la derrota y prisión de Nariño y la premura ante avance de las tropas coloniales, le ordena en pleno reducir por la fuerza al gobierno de Álvarez en Bogotá.

Y tercero, de acuerdo a los hechos históricos sucedidos a continuación y que el ex militar narra a su manera, son muy otras las causas que deciden la caída y reconquista de la Nueva Granada por el poder colonial. Veamos.

Una vez incorporada Cundinamarca a la Unión de Provincias Federadas de la Nueva Granada, se forma un gobierno ejecutivo de tres miembros. El cartagenero Rodríguez Torices protector de Bolívar en Cartagena, el oficial patriota García Rovira y el letrado Miguel Pey, quienes ascienden a Bolívar al grado de capitán general, y después de haber escuchado la exposición de su plan militar, lo autorizan. El plan expresado de manera sintética consiste en tomar a Santa Marta, luego Maracaibo y Coro, volver a capturar el gobierno en Venezuela y regresar por Cúcuta a liberar el sur hasta el Perú. Detener la marcha realista que viene desde Popayán para lo cual se destina un cuerpo bien apertrechado al mando del oficial francés Serviez acompañado de Montufar, y para detener y derrotar a Calzada en Cúcuta se envía al general Urdaneta con su División. Pero el jefe de armas de Cartagena, el obcecado enemigo de

Bolívar Manuel Castillo, piensa de otra manera: impedir que Bolívar logre un punto de apoyo en el estratégico puerto amurallado. Conocedor de que Bolívar debe tomar recursos en ese puerto para avanzar sobre Santa Marta y continuar su plan, levanta sus 1.200 hombres de las líneas del río Magdalena y los concentra en las fortificaciones de la ciudad amurallada con el fin de hacerse fuerte frente a Bolívar. Paralelamente hace circular un infame libelo, en donde se ve la autoría de su asesor Ducudrauy Holstein, acusando a Bolívar de malversador de los fondos públicos, de militar cobarde y huidizo, ignorante y tirano arbitrario, claro que cuidándose de reconocer en público a Bolívar como general en jefe.

El 23 de enero de 1815, Bolívar parte de Bogotá hacia Santa Marta por la vía de Honda y el río Magdalena con 2.000 soldados y las autorizaciones del Congreso de la Nueva Granada. Mientras tanto en la ciudad amurallada, la pugna por controlar su presidencia, la ha ganado el grupo localista de Castillo, quien así agrega a su mando militar el control político del puerto. Cuando Bolívar llega a Mompós el 10 de febrero de 1815 y se entera de las derrotas de los patriotas en el Oriente venezolano y el ascenso de Morales con la de la muerte de Boves en Úrica, también le confirman la cercanía de la gran expedición colonial del mariscal español Pablo Murillo a la costa venezolana. Según lo acordado por el Congreso de la Nueva Granada, del cual forma parte Cartagena, le solicita el apoyo en hombres y fusiles para marchar sobre Santa Marta y quitar ese puerto a los realistas. Pero Castillo los niega pretextando que van a ser usados para someter al gobierno de Cartagena al arbitrio de Bolívar.

Le envía a Castillo innumerables cartas, mensajes y delegados, razonando sobre la situación. Obteniendo siempre la misma respuesta. El 27 de febrero de 1815 escribe con intuición profética al Gobierno central en Bogotá: “Si por amistad no logramos reducir a Cartagena, nuestra pérdida es inevitable: Los enemigos nos tomarán la espalda cuando nos internemos hacia la plaza y seremos envueltos por todas partes; y si nos quedamos en la inacción nos destruiremos más seguramente porque todo, todo, todo tiende a la disolución”.

El 15 de marzo de 1815 un mes más tarde, Bolívar aun desde Mompós

intenta un último arreglo con Castillo a quien ahora se le ha unido el otrora compañero de Bolívar, el venezolano Mariano Mantilla con ánimo de también ser jefe general de Venezuela. Bolívar cita a sus oficiales y compañeros a una junta de guerra para tomar pareceres y decidir frente a la obstinación del gobernador de Cartagena. Se decide la toma militar del puerto amurallado: el 27 de marzo de 1815, tres meses después de su salida de Bogotá, ocupa el cerro de la Popa y envía delegados a convencer a Castillo de la premura de la situación, pero el obcecado responde con fuego de artillería.

Súbitamente se declara una epidemia de viruela en el ejército de Bolívar. El jefe realista Montalvo desde Santa Marta ha tomado Barranquilla y se aproxima a Cartagena. Pablo Morillo al mando de la expedición colonial desembarca el 29 de abril de 1815 en la isla Margarita, con lo que la situación se torna insostenible. El 8 de mayo de 1815 después de un acuerdo de paz, Bolívar accede a dejar su tropa en manos del oficial Florencio Palacio como lo exige Castillo y se embarca rumbo a Jamaica a donde llega solitario el 14 de mayo de 1815. Siete meses después, el 5 de diciembre de 1815, Cartagena cae en manos de las tropas españolas de Pablo Morillo después de un espantoso sitio que dura 106 días y Castillo muere ahorcado culpando en el cadalso a Bolívar de ello, por no haberle hecho caso.

Capítulo VI: Jamaica y Haití.

Quince días después de su salida de Cartagena, el 14 de mayo de 1815, Bolívar desembarca en Kingston, el puerto más importante de la isla británica de Jamaica. Mes y medio antes el 3 de abril de 1815, en el puerto oriental venezolano de Carúpano, fondea sus navíos, la expedición militar colonial que, desde hacía un año, se ha organizado en Cádiz con 10.000 veteranos en la guerra contra Napoleón, a órdenes del mariscal de campo del Ejército Español Pablo Morillo. El 10 de abril de 1815, Morillo somete el último reducto de resistencia patriota en la isla Margarita y toma contacto en Cumaná con el ejército de Boves comandado por Morales. Y para la fecha en que Bolívar desembarcaba en Jamaica, Morillo ya se encuentra en Caracas reorganizando la línea de mando de la Capitanía General de Venezuela, que deja a cargo del brigadier español Salvador Moxó.

Según lo ha previsto Bolívar en su exposición al Congreso Neogranadino y en sus admoniciones al obcecado gobernador de Cartagena Manuel Castillo; Morillo envía uno de sus mejores oficiales, Calzada con 2.500 veteranos de la guerra en España hacia Bogotá, mientras él con 5.000 de sus hombres, sumados a los 3.500 venezolanos del antiguo ejército de Boves que le facilita Morales, marcha por tierra a Puerto Cabello donde se embarca rumbo a Cartagena. A mediados de julio (1815), recala en Santa Marta y envía a su brigadier Ruiz que toma Mompós, y el 17 de agosto de 1815 pone sitio al puerto amurallado independiente de Cartagena, defendido ahora sin Bolívar, por su terco enemigo Castillo.

Pablo Morillo es un connotado mariscal de campo que asciende desde soldado raso combatiendo al ejército invasor de Napoleón en España. Participa en las grandes batallas de Tolón, Trafalgar y Bailén. Participa en la devolución que hace la oficialidad francesa de la ciudad española de Vigo, y en Sampayo logra rechazar al mariscal napoleónico Ney. También se destaca en la batalla de Vitoria y en la decisiva batalla que vence a las fuerzas napoleónicas en Arapiles. Por esos días escribe: “Aquí tratamos de aprovechar el tiempo trabajando continuamente en la escuela de batalla y de guerrillas, y más adelante, se principiará a maniobrar en línea”. Así que el colonialismo español escoge uno de sus

mejores hombres para “llevar a venezolanos y granadinos la clemencia e indulgencia del rey” Don Fernando VII.

El espantoso sitio de Cartagena, culmina después de 106 días, el 5 de diciembre de 1816, cuando el hambre y las enfermedades obligan a más de 2.000 personas pertenecientes a las más ricas familias de comerciantes de la ciudad y partidarios de la independencia total, a huir de la ciudad rumbo a Haití, embarcados en 13 buques al mando del aguerrido patriota venezolano Francisco Bermúdez. Solo unas 400 personas llegan a esta isla; las restantes, mueren en la travesía o son capturadas y pasadas a cuchillo por los colonialistas en tierra. Los dirigentes de la independencia son fusilados, excepto Castillo quien es ahorcado.

Reducida Cartagena, Morillo divide su cuerpo expedicionario en cuatro partes y ordena avanzar sobre Bogotá: Julián Bayer marcha por el Atrato y el Chocó. Francisco Warleta avanza por Antioquia. Donato Santacruz por el Cauca. Y Miguel de Latorre lo hará por el camino de Ocaña. Mientras que, desde Quito en el sur, nuevamente Sámano con 2.000 hombres y en coordinación con Morillo, logra poner bajo su control las provincias de Pasto y Popayán.

Finalmente, Morillo llega a Bogotá el 26 de mayo de 1816 y monta en la Nueva Granada un gobierno llamado por los historiadores el “régimen del terror” basado en la división de los tres poderes o mejor tres tribunales bajo su mando: “El concejo permanente de guerra” que dicta las sentencias de muerte. “El concejo de purificación” para las otras penas diferentes a la muerte. Y “El concejo de secuestros” para expropiar bienes y quitarles el soporte económico a los rebeldes. En pocos días la generación ilustrada de criollos ricos que comanda la Declaración de Independencia de la Nueva Granada y se ha destacado por su aprecio hacia Bolívar, es exterminada en el patíbulo.

Camilo Torres, Caldas, Tadeo Lozano, Rodríguez Torices su protector en Cartagena, Policarpa Salavarrieta, Antonia Santos, entre muchos otros, mueren fusilados, mientras que el hábil Francisco de Paula Santander logra escabullirse y huir desde su provincia natal Cúcuta hacia los llanos cercanos de Casanare y Arauca, logrando sobrevivir en la pequeña guerrilla llanera en donde también José Antonio Páez inicia sus primeras

armas. Allí se inicia entre estos dos avariciosos y provincianos personajes, una sórdida lucha por ser el primero en el poder local de Trinidad de Arichuna, que 15 años después (ya muerto Bolívar) y ellos se han hecho al poder en Nueva Granada y Venezuela respectivamente, resuelven desmembrando el sueño grancolombiano de Bolívar.

Durante los siete meses largos que dura su estadía en Jamaica, Bolívar transforma la espada en una pluma. Explica al mundo principalmente inglés, el significado de la lucha anticolonial que su clase social ha iniciado en América española, intentando conseguir lo mismo que ha solicitado sin éxito al gobierno de su majestad británica, 5 años atrás como delegado del primer gobierno republicano de Venezuela: apoyo en dinero, armas y reconocimiento diplomático.

Escribe lúcidos análisis sobre las causas económicas y políticas que motivan la ruptura de los vínculos coloniales entre la metrópoli y sus colonias americanas, dando origen a la lucha armada anticolonial. Analiza detenidamente con un profundo sentido político las causas -una de ellas la división y las rivalidades personales- de sus derrotas militares.

Denuncia la guerra de exterminio adelantada por los colonialistas contra su clase de los ricos mantuanos, que prácticamente para esa fecha ha matado cerca de 250.000 personas, es decir un tercio de la población venezolana y amenaza con extinguirla físicamente en su país. Waldo Frank en un párrafo de su libro sobre Bolívar (1974, t. I, p. 199) la explica en 1951 así: “En Venezuela no ha existido una verdadera guerra de razas a pesar de Boves. Los merodeadores son gente pobre y oprimida. Son también gente de color; los opresores ricos son blancos; el conflicto civil es esencialmente económico. Deshágase la mixtificación del rey, adoctrínese al pueblo en la idea de la nación y los hombres de color se unirán a los criollos”.

Sopresa con un dinámico y sorprendente conocimiento histórico y político el comportamiento utilitarista de las potencias europeas sumidas en una guerra permanente por la hegemonía y control del comercio capitalista mundial y finalmente el 9 de septiembre de 1815 escribe a un rico comerciante inglés radicado en la isla quien le ha ayudado a sobrevivir una carta que 187 años después nadie duda en calificar de

“profética”. Sin embargo, lo único que consigue es que la publiquen tres años más tarde traducida al inglés, en el periódico local de Kingston:

“Kingston, 6 de septiembre de 1815.

Me apresuro a contestar la carta de 29 del mes pasado que Ud. me hizo el honor de dirigirme y que yo recibí con la mayor satisfacción.

Sensible como debo, al interés que Ud. ha querido tomar por la suerte de mi patria, afligiéndose con ella por los tormentos que padece, desde su descubrimiento hasta estos últimos períodos por parte de sus destructores los españoles, no siento menos el comprometimiento en que me ponen las solícitas demandas que Ud. me hace sobre los objetos más importantes de la política americana. Así, me encuentro en un conflicto, entre el deseo de corresponder a la confianza con que Ud. me favorece y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y libros cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo.

En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que usted me ha honrado. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud, porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayoría está cubierta de tinieblas y, por consecuencia, solo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra por su posición física, por las vicisitudes de la guerra y por los cálculos de la política.

Como me conceptúo obligado a prestar atención a la apreciable carta de Ud., no menos que a sus filantrópicas miras, me animo a dirigirlle estas líneas, en las cuales ciertamente no hallará Ud. las ideas luminosas que desea, más sí las ingenuas expresiones de mis pensamientos.

‘Tres siglos ha -dice Ud.- que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón’. Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana, y jamás serían creídas por los críticos modernos sí constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades. El filantrópico obispo de Chiapas, el apóstol de la América, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve relación de ellas, extractadas de las sumarias que siguieron en Sevilla a los conquistadores, con el testimonio de cuántas personas respetables había entonces en el Nuevo Mundo, y con los procesos mismos que los tiranos se hicieron entre sí, como consta por los más sublimes historiadores de aquel tiempo. Todos los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza denunció ante su gobierno y contemporáneos los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario.

¡Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de Ud. en que me dice que espera que ‘los sucesos (triumfos) que siguieron entonces a las armas españolas acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos Americanos meridionales’! Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente, el lazo que la unía a la España está cortado, la opinión era toda su fuerza, por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía, lo que antes las enlazaba, ya las divide, más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella, menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países.

El hábito a la obediencia, un comercio de intereses, de luces, de religión, una recíproca benevolencia, una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, no obstante que la conducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía, o, por mejor decir, este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario: la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra.

El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho, y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria.

Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados, no debemos desconfiar de la fortuna. En unas partes triunfan los independientes mientras que los tiranos en lugares diferentes obtienen sus ventajas, y ¿Cuál es el resultado final? ¿No está el Nuevo Mundo entero, conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha simultánea en la inmensa extensión de este hemisferio.

El belicoso estado de las provincias del río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al alto Perú conmoviendo a Arequipa e inquietando a los realistas de Lima. Cerca de un millón de habitantes disfruta allí de su libertad.

El Reino de Chile, poblado de 800.000 almas, está lidiando contra sus enemigos que pretenden dominarlo; pero en vano, porque los que antes pusieron un término a sus conquistas, los indómitos y libres araucanos, son sus vecinos y compatriotas; y su ejemplo sublime es suficiente para probarles que el pueblo que ama su independencia por fin la logra.

El Virreinato del Perú, cuya población asciende a millón y medio de habitantes, es sin duda el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado para la causa del rey; y bien que sean vanas las relaciones concernientes a aquella porción de América, es indudable que ni está tranquila, ni es capaz de oponerse al torrente que amenaza a las más de sus provincias.

La Nueva Granada que es, por decirlo así, el corazón de la América, obedece a un gobierno general, exceptuando el Reino de Quito, que con la mayor dificultad contienen sus enemigos por ser fuertemente adicto a la causa de su patria, y las provincias de Panamá y Santa Marta que sufren, no sin dolor, la tiranía de sus señores. Dos millones y medio de habitantes están repartidos en aquel territorio, que actualmente defienden contra el Ejército Español bajo el general Morillo, que es verosímil

sucumba delante de la inexpugnable plaza de Cartagena. Mas si la tomare será a costa de grandes pérdidas, y desde luego carecerá de fuerzas bastantes para subyugar a los morigerados y bravos moradores del interior.

En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos, y sus devastaciones tales que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa; no obstante que era uno de los más bellos países de cuántos hacían el orgullo de la América. Sus tiranos gobiernan un desierto; y solo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia; algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven, combaten con furor en los campos y en los pueblos internos, hasta expirar o arrojar al mar a los que, insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela; y sin exageración, se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo resultado de la guerra.

En Nueva España (México) había en 1808, según nos refiere el barón de Humboldt, 7.800.000 almas con inclusión de Guatemala. Desde aquella época, la insurrección que ha agitado a casi todas sus provincias ha hecho disminuir sensiblemente aquel cómputo, que parece exacto; pues más de un millón de hombres ha perecido, como lo podrá Ud. ver en la exposición de Mr. Walton, que describe con fidelidad los sanguinarios crímenes cometidos en aquel opulento imperio. Allí la lucha se mantiene a fuerza de sacrificios humanos y de todas especies, pues nada ahorran los españoles con tal que logren someter a los que han tenido la desgracia de nacer en este suelo, que parece destinado a empaparse con la sangre de sus hijos. A pesar de todo, los mexicanos serán libres porque han abrazado el partido de la patria, con la resolución de vengar a sus antepasados o seguirlos al sepulcro. Ya ellos dicen con Raynal: llegó el tiempo, en fin, de pagar a los españoles suplicios con suplicios y de ahogar esa raza de exterminadores en su sangre o en el mar.

Las Islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas, pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas ¿No son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar?

Este cuadro representa una escala militar de 2.000 leguas de longitud y 900 de latitud en su mayor extensión, en que 16 millones de americanos defienden sus derechos o están oprimidos por la nación española, que, aunque fue, en algún tiempo, el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo. ¿Y la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente, por solo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido, para ser de este modo insensible? Estas cuestiones, cuánto más lo medito, más me confunden; llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América; pero es imposible, porque toda la Europa no es España.

¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoro y casi sin soldados! Pues los que tiene, apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿Podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política? Lograda que fuese esta loca empresa; y suponiendo más aún, lograda la pacificación los hijos de los actuales americanos, unidos con los de los europeos reconquistadores, ¿No volverían a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?

La Europa haría un bien a la España en disuadirla de su obstinada temeridad; porque a lo menos se ahorraría los gastos que expende y la sangre que derrama; a fin de que, fijando su atención en sus propios recintos, fundase su prosperidad y poder sobre bases más sólidas que las de inciertas conquistas, un comercio precario y exacciones (cobros) violentas en pueblos remotos, enemigos y poderosos. La Europa misma,

por miras de sana política debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana; no solo porque el equilibrio del mundo así lo exige; sino porque éste es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio. La Europa que no se halla agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia como la España, parece que estaba autorizada por todas las leyes de la equidad e ilustrada sobre sus bien entendidos intereses.

Cuantos escritores han tratado la materia se acuerdan de ésta parte. En consecuencia, nosotros esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡Cuán frustradas esperanzas! No solo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de ésta contienda, que por su esencia es la más justa, y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos, porque ¿Hasta dónde se puede calcular la trascendencia de la libertad del hemisferio de Colón?

‘La felonía con que Bonaparte -dice Ud.- prendió a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esta nación, que tres siglos aprisionó con traición a dos monarcas de la América meridional, es un acto muy manifiesto de la retribución divina, y al mismo tiempo una prueba de que Dios sostiene la justa causa de los americanos y les concederá su independencia’.

Parece que Ud. quiere aludir al monarca de México Montezuma, preso por Cortés y muerto, según Herrera, por él mismo, aunque Solís dice que por el pueblo; y a Atahualpa, Inca del Perú, destruido por Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Existe tal diferencia entre la suerte de los reyes españoles y de los reyes americanos, que no admite comparación, los primeros son tratados con dignidad, conservados, y al fin recobran su libertad y trono; mientras que los últimos sufren tormentos inauditos y los vilipendios más vergonzosos. Si a Guatimozín, sucesor de Montezuma, se le trata como emperador y le ponen la corona, fue por irrisión y no por respeto; para que experimentase este escarnio antes que las torturas. Iguales a la suerte de este monarca fueron las del rey de Michoacán, Catzontzin; el Zipa de Bogotá y cuantos toquís, incas, zipas, ulmenes, caciques y demás dignidades indianas sucumbieron al poder

español. El suceso de Fernando VII es más semejante al que tuvo lugar en Chile en 1535, con el ulmen de Copiapó, entonces reinante en aquella comarca. El español Almagro pretextó, como Bonaparte, tomar partido por la causa del legítimo soberano y, en consecuencia, llama al usurpador, como Fernando lo era en España; aparenta restituir al legítimo a sus estados, y termina por encadenar y echar a las llamas al infeliz ulmen, sin querer ni aun oír su defensa. Este es el ejemplo de Fernando VII con su usurpador. Los reyes europeos solo padecen destierro; el ulmen de Chile termina su vida de un modo atroz.

‘Después de algunos meses -añade Ud.- he hecho muchas reflexiones sobre la situación de los americanos y sus esperanzas futuras; tomo grande interés en sus sucesos, pero me faltan muchos informes relativos a su estado actual y a lo que ellos aspiran; deseo infinitamente saber la política de cada provincia, como también su población, si desean repúblicas o monarquías, si formarán una gran república o una gran monarquía. Toda noticia de esta especie que Ud. pueda darme, o indicarme las fuentes a que debo ocurrir, la estimaré como un favor muy particular’.

Siempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar los derechos con que el Creador y la naturaleza lo han dotado; y es necesario estar bien fascinado por el error o por las pasiones para no abrigar esta noble sensación: Ud. ha pensado en mi país y se interesa por él; este acto de benevolencia me inspira él más vivo reconocimiento.

He dicho la población que se calcula por datos más o menos exactos, que mil circunstancias hacen fallidos sin que sea fácil remediar esta inexactitud, porque los más de los moradores tienen habitaciones campestres y muchas veces errantes, siendo labradores, pastores, nómades, perdidos en medio de los espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias y aisladas entre lagos y ríos caudalosos.

¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes comarcas? Además, los tributos que pagan los indígenas; las penalidades de los esclavos; las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores y otros accidentes alejan de sus hogares a los pobres

americanos. Esto es sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de la población y ha ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendrá a reducirse a la mitad del verdadero censo.

Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía, ésta será pequeña, aquella grande? En mi concepto, ésta es la imagen de nuestra situación.

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado; no obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas, que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional y no por un raciocinio probable.

La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros

estábamos en un grado todavía, más bajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame Ud. estas consideraciones para establecer la cuestión. Los estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella. Luego un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, huella y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios, hallaremos que la América no solo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante. Me explicaré.

En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran sultán, Kan, Bey y demás soberanos despóticos es la ley suprema y ésta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kanes y sátrapas subalternos de la Turquía y Persia, que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la administración civil, militar y política, de rentas y la religión. Pero al fin son persas los jefes de Ispahán, son turcos los visires del Gran Señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria.

La China no envía a buscar mandatarios militares y letrados al país de Gengis Kan que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros.

¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí porqué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues no nos era permitido ejercer sus funciones.

Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de

siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aún esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿Quiere Ud. saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿No es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Estábamos como acabo de exponer, abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones. El emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América, que como dice Guerra, es nuestro contrato social.

Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoseles hacerlo a costa de la real hacienda, y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizarasen la administración y ejerciesen la judicatura en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios que sería prolijo detallar. El rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los

conquistadores para sí y sus descendientes. Al mismo tiempo existen leyes expresas que favorecen casi exclusivamente a los naturales del país originarios de España en cuanto a los empleos civiles, eclesiásticos y de rentas. Por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código.

De cuánto he referido será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona y por la inicua guerra que la regencia nos declaró, sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad. Sobre la naturaleza de los gobiernos españoles, sus decretos conminatorios y hostiles, y el curso entero de su desesperada conducta hay escritos, del mayor mérito, en el periódico El Español cuyo autor es el señor Blanco; y estando allí esta parte de nuestra historia muy bien tratada, me limito a indicarlo.

Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos, y lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un Estado organizado con regularidad.

Cuando las águilas francesas sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad. Ya antes habíamos sido entregados a la merced de un usurpador extranjero; después, lisonjeados con la justicia que se nos debía y con esperanzas halagüeñas siempre burladas, por último, inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa de la falta de un gobierno legítimo, justo y liberal, nos precipitamos en el caos de la revolución. En el primer momento sólo se cuidó de proveer a la seguridad interior, contra los enemigos que encerraba nuestro seno.

Luego se extendió a la seguridad exterior; se establecieron autoridades que sustituimos a las que acabábamos de deponer, encargadas de dirigir el curso de nuestra revolución, y de aprovechar la coyuntura feliz en que

nos fuese posible fundar un gobierno constitucional, digno del presente siglo y adecuado a nuestra situación. Todos los nuevos gobiernos marcaron sus primeros pasos con el establecimiento de juntas populares. Estas formaron enseguida reglamentos para la convocación de congresos que produjeron alteraciones importantes.

Venezuela erigió un gobierno democrático y federal, declarando previamente los derechos del hombre, manteniendo el equilibrio de los poderes y estatuyendo leyes generales a favor de la libertad civil, de imprenta y otras; finalmente se constituyó un gobierno independiente. La Nueva Granada siguió con uniformidad los establecimientos políticos y cuantas reformas hizo Venezuela, poniendo por base fundamental de su constitución el sistema federal más exagerado que jamás existió; recientemente se ha mejorado con respecto al poder ejecutivo general, que ha obtenido cuantas atribuciones le corresponden. Según entiendo, Buenos Aires y Chile han seguido esta misma línea de operaciones; pero como nos hallamos a tanta distancia, los documentos son tan raros y las noticias tan inexactas, no me animaré ni aún a bosquejar el cuadro de sus transacciones.

Los sucesos de México han sido demasiado varios, complicados, rápidos y desgraciados para que se puedan seguir en el curso de su revolución. Carecemos, además, de documentos bastante instructivos que nos hagan capaces de juzgarlos. Los independientes de México, por lo que sabemos, dieron principio a su insurrección en septiembre de 1810, y un año después ya tenían centralizado su gobierno en Zitácuaro e instalada allí una junta nacional, bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas. Por los acontecimientos de la guerra, esta junta se trasladó a diferentes lugares, y es verosímil que se haya conservado hasta estos últimos momentos, con las modificaciones que los sucesos hayan exigido. Se dice que ha creado un generalísimo o dictador, que lo es el ilustre general Morelos; otros hablan del célebre general Rayón; lo cierto es que uno de estos grandes hombres, o ambos separadamente, ejercen la autoridad suprema en aquel país; y recientemente ha aparecido una constitución para el régimen del Estado. En marzo de 1812 el gobierno residente en Zultepec presentó un plan de paz y guerra al virrey de México, concebido con la más profunda sabiduría. En él se reclamó el derecho de gentes, estableciendo principios

de una exactitud incontestable. Propuso la junta que la guerra se hiciese como entre hermanos y conciudadanos, pues que no debía ser más cruel que entre naciones extranjeras; que los derechos de gentes y de guerra, inviolables para los mismos infieles y bárbaros, debían serlo más para cristianos, sujetos a un soberano y a unas mismas leyes; que los prisioneros no fuesen tratados como reos de lesa majestad ni se degollasen los que rendían las armas, sino que se mantuviesen en rehenes para canjearlos; que no se entrase a sangre y fuego en las poblaciones pacíficas, no las diezmasen ni quintasen para sacrificarlas; y concluye que, en caso de no admitirse este plan, se observarían rigurosamente las represalias.

Esta negociación se trató con él más alto desprecio; no se dio respuesta a la junta nacional; las comunicaciones originales se quemaron públicamente en la plaza de México, por mano del verdugo, y la guerra de exterminio continuó por parte de los españoles con su furor acostumbrado, mientras que los mexicanos y las otras naciones americanas no la hacían ni aún a muerte con los prisioneros de guerra que fuesen españoles. Aquí se observa que, por causas de conveniencia, se conservó la apariencia de sumisión al rey y aun a la constitución de la monarquía. Parece que la junta nacional es absoluta en el ejercicio de las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales, y el número de sus miembros muy limitado.

Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. En Caracas, el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y lecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido él más claro ejemplo de la ineficacia de la forma democrática y federal para nuestros nacientes estados. En Nueva Granada las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en el general, han conducido aquel precioso país al estado a que se ve reducido en el día. Por esta razón, sus débiles enemigos se han conservado, contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del norte, los sistemas enteramente

populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y, por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que solo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

‘Es más difícil -dice Montesquieu- sacar un pueblo de la servidumbre, que subyugar uno libre’. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo y muy pocas de las esclavas recobrar su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza, infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad, y de la igualdad. Pero, ¿Seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república?

¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad sin que como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el nuevo mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible.

Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. Los Estados americanos ha menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay

metrópoli. Supongamos que fuese el istmo de Panamá, punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente, ¿No continuarían éstos en la languidez y aun en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al nuevo mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

El espíritu de partido que, al presente, agita a nuestros estados se encendería entonces con mayor encono, hallándose ausente la fuente de poder, que únicamente puede reprimirlo. Además, los magnates de las capitales no sufrirían la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían como a otros tantos tiranos: sus celos llegarían hasta el punto de comparar a éstos con los odiosos españoles. En fin, una monarquía semejante sería un coloso disforme, que su propio peso desplomaría a la menor convulsión.

M. de Pradt ha dividido sabiamente a la América en quince a diecisiete estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuánto a lo primero, pues la América comporta la creación de diecisiete naciones; en cuanto a lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil, y así no soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones.

El interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita a los republicanos a extender los términos de su nación, en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar a sus vecinos de una constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan venciendo; a menos que los reduzcan a colonias, conquistas o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales, están en oposición directa con los principios de justicia de los sistemas republicanos; y aun diré más, en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos: porque un estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla y ocurre por último el despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la

permanencia, el de las grandes es vario; pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes.

Muy contraria es la política de un rey cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades: con razón, porque su autoridad crece con éstas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos como a sus propios vasallos, que temen en él un poder tan formidable cuánto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos; y me parece que estos deseos se conforman con las miras de la Europa.

No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros; por igual razón rehúso la monarquía mixta de aristocracia y democracia, que tanta fortuna y esplendor ha procurado a la Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, o en tiranías monócratas.

Busquemos un medio entre extremos opuestos, que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor. Voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América: no la mejor sino la que sea más asequible. Por la naturaleza de las localidades, riquezas, poblaciones y carácter de los mexicanos, imagino que intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo en un individuo que sí desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar su autoridad vitalicia.

Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, este mismo poder ejecutivo quizás se difundirá en una Asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía que al principio será limitada y

constitucional, y después inevitablemente declinará en absoluta; pues debemos convenir en que nada hay más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta; y también es preciso convenir en que sólo un pueblo tan patriota como el inglés es capaz de contener la autoridad de un rey, y de sostener el espíritu de libertad bajo un cetro y una corona.

Los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo; sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo.

¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!

La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-Honda. Esta posición, aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil y su situación tan fuerte que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganado, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados y nuestras posesiones se aumentarían nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que, en lugar de un rey, habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario, si se quiere república; una cámara o senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo, de libre elección, sin otras restricciones que las de la cámara baja de Inglaterra. Esta constitución participaría de todas las formas y yo deseo que no participe de todos los vicios. Como ésta es mi patria tengo un derecho incontestable para desearle lo que en mi opinión es mejor. Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de

un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; y entonces formará, por sí sola, un Estado que, si subsiste, podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todo género.

Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y el Perú; juzgando por lo que se transluce y por las apariencias, en Buenos Aires habrá un gobierno central, en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones internas y guerras externas. Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía, o una monocracia con más o menos restricciones, y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal cosa sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores a la más espléndida gloria.

El Reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca o corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.

El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas. Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima, por los conceptos que he expuesto y por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un

orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia.

De todo lo expuesto, podemos deducir estas consecuencias: las provincias americanas se hallan lidiando por emanciparse; al fin obtendrán el suceso; algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos ya en la actual, ya en las futuras revoluciones, que una gran monarquía no será fácil consolidar, una gran república imposible.

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América.

¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo.

Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.

‘Mutaciones importantes y felices -continúa Ud.- pueden ser frecuentemente producidas por efectos individuales’. Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetzalcoatl, el Hermes o Buda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos desiguales hubiesen pasado, y que él restablecería su gobierno y renovarían su felicidad. ¿Esta tradición opera y excita una convicción de que muy pronto debe volver? ¿Concibe Ud. cuál será el efecto que producirá si un

individuo, apareciendo entre ellos, demostrase los caracteres de Quetzalcoatl, el Buda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree Ud. que esto inclinaría todas las partes? ¿No es la unión todo lo que se necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas y los partidarios de la corrompida España para hacerlos capaces de establecer un imperioso poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?

Pienso como Ud. que causas individuales pueden producir resultados generales; sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o Dios del Anahuac, Quetzalcoatl el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios que Ud. propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano y no ventajosamente, porque tal es la suerte de los vencidos, aunque sean dioses. Sólo los historiadores y literatos se han ocupado cuidadosamente en investigar su origen, verdadera o falsa misión, sus profecías y el término de su carrera. Se disputa si fue un apóstol de Cristo o bien pagano. Unos suponen que su nombre quiere decir Santo Tomás; otros que Culebra Emplumada; y otros dicen que es el famoso profeta de Yucatán, Chilán-Cambal. En una palabra, los más de los autores mexicanos, polémicos e historiadores profanos, han tratado con más o menos extensión la cuestión sobre el verdadero carácter de Quetzalcoatl. El hecho es, según dice Acosta, que él estableció una religión cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una admirable afinidad con la de Jesús, y que quizás es la más semejante a ella. No obstante, esto, muchos escritores católicos han procurado alejar la idea de que este profeta fuese verdadero, sin querer reconocer en él a un Santo Tomás como lo afirman otros célebres autores. La opinión general es que Quetzalcoatl es un legislador divino entre los pueblos paganos del Anahuac, del cual era lugarteniente el gran Montezuma derivando de él su autoridad. De aquí se infiere que nuestros mexicanos no seguirían al gentil Quetzalcoatl, aunque apareciese bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión la más intolerante y exclusiva de las otras.

Felizmente los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el

entusiasmo político ha formado una mezcla con religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta.

Seguramente la unión es la que nos falta para completa la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre los partidos: conservadores y reformadores. Los primeros, son por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos, aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

Yo diré a Vd. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es LA UNIÓN, ciertamente, mas esta unión no vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España, que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.

Cuando los sucesos (éxitos) no están asegurados, cuando el Estado es débil y cuando las empresas son remotas; todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su atención, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el oriente y han ilustrado la Europa volarán a Colombia libre, que las convidará con su asilo.

Talesson, señor, las observaciones y pensamientos que tengo el honor de someter a Ud. para que los rectifique o deseche, según su mérito,

suplicándole se persuada que me he atrevido a exponerlos, más por no ser descortés, que porque me crea capaz de ilustrar a Ud. en la materia. Soy de Ud., etc., etc., etc. Bolívar”.

Mientras tanto, Morillo y el capitán de Venezuela Moxó, logran a través de un agente secreto catalán, pagarle la inmensa cantidad de cinco mil (\$ 5.000) pesos oro de esa época, al negro Pío, antiguo esclavo de Bolívar, a quien ha libertado de la esclavitud para traerlo como su acompañante personal, con el propósito de que apuñale a su amo en la hamaca que tiene como cama en el hotelucho donde vive en Kingston.

La noche del 10 de diciembre de 1815, debido a un disgusto con la dueña de la habitación por el pago de la cuenta, Bolívar busca donde pasar la noche y Pío en la negra oscuridad apuñala y mata como un impío a Félix Amestoy, amigo de causa de Bolívar, quien mientras espera instrucciones para llevar a Haití se queda dormido en esa hamaca.

Luis Brión es de la edad de Bolívar, hijo de un rico armador de barcos holandeses residente en Curazao, ha estudiado en la patria de su padre y en los Estados Unidos, el arte de la navegación junto con las ideas de la Ilustración. Cuando se encuentra con Bolívar en Kingston posee una fortuna acrecentada por el comercio marítimo ejercido con sus propios veleros en aquel paraíso del capital mercantil que es el mar Caribe. Ya desde 1811 ha ofrecido sus servicios a la primera República de Venezuela sirviéndole a los patriotas y ha mostrado una especial admiración hacia Bolívar, que lo lleva incluso a bautizar su buque insignia con el nombre de Intrépido Bolívar. Conocedor de rutas y hombre de mar, ha sabido burlar con sus rápidas naves varias veces el sitio que Morillo tiene sobre Cartagena para llevarle a los bloqueados víveres y municiones desde Jamaica y Haití. En Kingston Brión le brinda ayuda económica a Bolívar para su sostén y lo mantiene informado de lo que acontece en Cartagena. Bolívar sin saber que la plaza se ha rendido 13 días antes, se embarca el 18 de diciembre de 1815 en el velero artillado La popa llevando víveres, armas con municiones a los sitiados. Después de un día de navegación, al cruzarse con otro buque de la misma flota de Brión, se entera del trágico final en Cartagena, del éxodo de las familias patriotas sobrevivientes hacia

el puerto haitiano de los Cayos y del patíbulo montado por Morillo. Sin demora regresa con los exiliados.

La isla de Haití, rica colonia francesa de inmensas plantaciones y cultivos de caña de azúcar trabajados por cerca de 500 mil negros esclavos, después de acaecida la revolución en la metrópoli, entra en un periodo de convulsión social ocasionada por las diversas y continuas rebeliones de esclavos y por la guerra generada por la expedición del Ejército Francés para ponerla nuevamente bajo su control, enviada por Napoleón, que le cuesta dejar en el campo de batalla más de 60.000 soldados franceses muertos y el tener que aceptar su independencia.

Cuando Bolívar arriba a sus costas en 1815, Haití se halla dividido en tres gobiernos distintos: en el norte reina el implacable Christopher, quien se llama a sí mismo “El bienhechor de la nación y primer monarca coronado en América”. En el occidente en una pequeña porción gobierna Gomán, cazador de jabalíes y de blancos. Y en el centro-sur donde se encuentra la parte más poblada de la colonia, gobierna como presidente Alexander Pétion cuyo nombre de esclavo es “Petit homme” o pequeño hombre, de cuya fusión surge Pétion, que después se convierte en su apellido, en clara alusión a su contextura física, más no mental.

Bolívar desembarca en Les Cayes el 25 de diciembre de 1815 y de inmediato se dirige a Port-au-Prince la capital y sede del gobierno de Pétion. Allí se conocen y en idioma francés encuentran el lenguaje común de la independencia en América. Bolívar le escribe a su amigo Brión el 2 de enero de 1816: “Acabo de hacerle una visita que me ha sido tan agradable como usted puede imaginar. El presidente me ha paseado como a todos muy bien. Su fisonomía anuncia su carácter y éste es tan benévolo como conocido. Yo espero mucho de su amor por la libertad y la justicia”.

Durante los varios encuentros que sostienen pasan revista a la situación general en el Caribe: el Gobierno francés no se resigna a perder su perla de las Antillas, amenaza con enviar una nueva expedición colonial militar para someterla. Morillo desde Bogotá amenaza a Pétion con las represalias del “rey de España, mi señor y mi amo” por haber socorrido a los patriotas de Cartagena y haberles brindado asilo. El Gobierno de los

Estados Unidos que ya empieza a considerar al Caribe como su “Mare Nostrum”, no se interesa en un limitado gobierno republicano y autónomo de negros, que sirva de ejemplo a todos los esclavos de color que tiene en el sur y especialmente a los demás esclavos del Caribe y Tierra Firme española. Según su conocida máxima diplomática de “neutrales, pero no indiferentes”, apoya el regreso de Haití de la potencia francesa, que además los ha ayudado en su guerra de independencia contra Inglaterra.

La experiencia que deja la esclavitud en los hombres pone a Pétion del lado de quien le promete solemnemente continuar la lucha por la libertad. La libertad de las personas y de los países para comerciar y también la libertad para los hombres esclavos. Entonces apoya a Bolívar con 2.000 fusiles, pertrechos y suficientes víveres con el fin de que organice la expedición a Venezuela que le propone, para continuar la lucha anticolonial.

Les Cayes se convierten en punto de encuentro de los patriotas americanos: venezolanos, neogranadinos y en especial los 400 sobrevivientes del sitio de Cartagena. Allí se realiza 7 de febrero de 1816 una asamblea de patriotas para conformar el mando de la expedición apoyada por Pétion. Está Bolívar, junto con sus más encarnizados rivales compañeros de armas: Mariño, Piar, Bermúdez, el militar de fortuna francés Doucoudray Holstein asesor de Castillo en Cartagena -quien como se sabe después de la muerte de Bolívar se desquita escribiendo un libro difamador en su contra- y el corsario francés Jean Aury (autonombrado comodoro de Cartagena), quien poco después les quita los suministros a los expedicionarios para revenderlos.

Del lado de Bolívar se encuentran Brión, el oficial inglés MacGregor, Pedro Briceño, junto al conocido comerciante antioqueño Francisco Antonio Zea.

Brión dueño de barcos y del dinero, propone a Bolívar como jefe de la expedición para que lleve a cabo el plan que él ha concebido y explicado, pero sus rivales y enemigos no quieren la unión bajo el mando de Bolívar. Hay una intensa discusión, pero después de que Brión argumenta no participar sino bajo la dirección de Bolívar, se impone su elección por

mayoría. Finalmente, el 31 de marzo de 1816 después de vencer innumerables intrigas, zarpan siete goletas con cerca de 200 hombres, la mayoría de ellos “oficiales de tropa”, 5.000 kilos de pólvora, 7.000 kilos de plomo y 3.500 fusiles aportados por el presidente Pétion.

La maniobra discutida con el conocedor de las rutas, Brión, consiste en evitar el grueso de la flota colonial que los espera por la vía de las rutas normales del occidente. Describir un gran arco por el oriente que bordee el rosario de islas de las Antillas Menores, hasta la isla de Granada y allí voltear hacia la isla Margarita para llegar por el Oriente a las costas venezolanas, es decir por la ruta procedente de Europa por donde nadie los aguarda.

La maniobra se realiza con éxito, aunque al llegar a la isla Margarita, en los islotes cercanos de Los Monjes el 2 de mayo de 1816, dos barcos grandes de guerra españoles sorprendidos tratan de interceptar el convoy patriota. Brión en una típica maniobra de bucanero los envuelve con sus rápidas goletas y los captura. Bolívar le confiere el grado de almirante de la república y a pesar de haber resultado herido en la cabeza durante el combate, toma el mando de toda la flota.

Reforzados llegan al puerto margariteño de Juan Griego, en donde hacen contacto con los restos de las tropas de Arismendi, quien a pesar de haber sido derrotado por el ejército colonial ha logrado sobrevivir con un pequeño grupo armado en esa región. Bolívar le deja cerca de 1.000 fusiles y pertrechos para que pueda defender mejor esa importante isla.

El 7 de mayo de 1816, en la Villa del Norte en donde se halla el cuartel general patriota, se realiza otra asamblea para dar cabida a Arismendi y ratificar lo decidido tres meses atrás en Haití. El mando queda conformado por Bolívar como comandante superior, Mariño segundo al mando y Arismendi general jefe del ejército. Inmediatamente Bolívar redacta una apretada proclama con tres de sus más destacadas ideas políticas centrales. La unidad dentro de la clase conductora de la lucha anticolonial. La liberación de los esclavos. Y la respuesta a la guerra de exterminio desatada por el poder colonial:

“Venezolanos: os ruego oigáis mi voz. Os recomiendo la unidad de gobierno y la libertad absoluta para no volver a cometer un absurdo y un

crimen pues no podemos ser libres y esclavos a la vez. Si formáis una masa sola del pueblo, si erigís un gobierno central y si os unís con nosotros, contad con la victoria.

Españoles que habitáis a Venezuela; la guerra a muerte cesará si vosotros la cesáis: si no, tomaremos una justa represalia y seréis exterminados. Venezolanos: No temáis la espada de vuestros libertadores. ¡Vosotros sois siempre inocentes para vuestros hermanos!”.

El 1º de junio de 1816, los 300 hombres de Mariño y Piar ocupan el puerto de Carúpano abandonado por los realistas el día anterior, junto con dos muy buenos barcos de guerra, y Bolívar desde ahí expide el famoso Decreto de Carúpano de 1816 tendiente a cumplir su promesa hecha al “petit homme” de Haití y a quitar la base social de la guerra colonial de exterminio: todo esclavo que empuñe las armas por la república será libre e inocente.

Envía mensajes unitarios a los jefes guerrilleros llaneros Zaraza, Monagas y Cedeño y organiza expediciones, que no sabe si volverán: a Mariño por Yaguajay hacia la villa de Güiria en el extremo oriental de la península y a Piar hacia los llanos de Maturín, a recoger y concentrar tropas para operar sobre el puerto de Cumaná, lugar en donde se encuentra fortificado el grueso del ejército realista en el oriente venezolano.

Sin sorpresa las tropas de sus rivales no regresan a cumplir el plan previamente aprobado. Entonces Bolívar debe diseñar otro plan de operaciones que lo conduzca a su objetivo estratégico de Caracas: reembarcarse con sus 700 hombres para atacar en otra zona donde no es esperado. Selecciona el pequeño puerto de Ocumare en el centro del país, a pocos kilómetros de Caracas entre la Guaira y Puerto Cabello, para desde allí tomar los Valles de Aragua y avanzar sobre la capital.

Después de sobreponerse pacientemente a las intrigas del francés Ducodray-Holstein quien intenta enfrentarlo con el almirante Brión, para hacerse él con el mando del cuerpo de legionarios extranjeros, y después de un mes de esperar los refuerzos acordados con Mariño y Piar, que no llegan, decide embarcarse el 2 de julio de 1816, en Carúpano rumbo a Caracas penetrando por Ocumare, en donde logra desembarcar cinco días

después. Manda 600 hombres con Soubllette a controlar los Valles de Aragua y Valencia. Morales, el segundo de Boves, aglutina cerca de 2.000 hombres en la región y Soubllette al ser informado mal de la posición que este ocupa, retrocede a Maracay perdiendo la ofensiva y la sorpresa. Morales ahora dueño de la situación lo persigue y lo alcanza en el Alto de los Aguacates y le da de baja a cerca de la mitad de sus hombres.

Bolívar le había escrito el día anterior: “su movimiento retrógrado nos ha hecho infinito daño y solo podrá repararse con operaciones muy audaces y aceleradas. Lo que parezca a usted temerario es lo mejor; pues la temeridad en el día es prudencia”. Pero es tarde y la situación se torna insostenible.

En la cabeza de playa de Ocumare, los marineros se rebelan y abandonan el puerto llevando las municiones para venderlas en la isla de Bonaire. Bolívar que ha marchado con escasos 200 hombres a apoyar a Soubllette, toma contacto con ellos, pero el 14 de julio de 1816 son derrotados y debe retirarse al puntal de la playa. Ese día por la tarde en una asamblea de oficiales, discute con el brillante Mac Gregor, Soubllette y Piñango continuar el plan sobre Caracas, pero se decide por exigencia de sus oficiales que ellos marchen cruzando la serranía por Choróní mas al Oriente, mientras que Bolívar debe ir por mar a reencontrarlos en esa zona y caer unidos sobre Caracas.

Pero el desertor Isidro Alzurú edecán de Mariño, ahora ayudante de Bolívar, voltea el informe enviado por Soubllette, haciendo creer que el sanguinario realista Morales con más de 2.000 hombres está a escasa distancia. Cunde la precipitación por abandonar la playa. Bolívar queda solo con su pistola y se reserva el último disparo para evitar caer prisionero. Es un informe falso y los realistas de Morales no llegan a la playa. El jefe patriota Juan Bautista Videau, al anochecer regresa en un bote de remos y lo rescata. Ha logrado convencer a sus hombres de llevar a Bolívar.

Ahora para recuperar el armamento debe perseguir a los demás barcos hasta Bonaire, pequeña isla al lado de la de Curazao. Allí con el apoyo de Brión, dos días después el 17 de julio de 1816, logra la devolución del

parque, pero el contacto con Soublette, Mac Gregor y Piñango se ha perdido. Entonces, el 23 de julio de 1816 decide embarcarse rumbo al Oriente a encontrarse con Mariño quien se halla en el puerto de Güiría, habiendo antes encomendado al almirante Brión, la misión diplomática ante los Estados Unidos y México, de obtener empréstitos y reconocimiento diplomático, misión que no se puede realizar pues una tormenta tropical echa a pique su flota naviera. Al llegar Bolívar a Güiría, Mariño y Bermúdez reciben a su rival con frialdad. No alcanzan a estar un mes, cuando el 22 de agosto de 1816, Bermúdez dirige una asonada a los gritos de “Muera Bolívar y vivan Mariño y Bermúdez”, y con la espada en la mano intenta su linchamiento. Bolívar debe resistirlo con la suya desenvainada y con ayuda de algunos amigos leales que evitan el duelo, logra abrirse paso y embarcarse nuevamente rumbo a Haití, a donde llega 3 de agosto de 1816. Al otro día escribe a Pétion, quien le responde cuatro días después (7 de septiembre de 1816) una bella carta sustentándole una vez más sus principios libertarios.

“Así sucede en las cosas grandes y en las pequeñas. Una fatalidad misteriosa tuerce los planes más sabios. Reveses imprevistos se burlan de todas las precauciones y destruyen los proyectos mejor preparados. Su excelencia acaba de experimentar esta cruel verdad; pero si la fortuna se ha reído de usted por dos veces, quizás le sonría en la tercera. Yo, por lo menos, tengo ese presentimiento; y si algo puedo hacer para mitigar su pesar y su dolor. Cuente con todo lo que esté al alcance de mi posibilidad. Dese pues prisa y venga a esta ciudad. Deliberaremos juntos. Pétion”.

Mientras tanto, Mariño y Bermúdez por su cuenta avanzan sobre Cumaná y logran dominar toda la península oriental de Venezuela. Mac Gregor y Soublette venciendo innumerables dificultades en una campaña realmente sobresaliente denominada la “Retirada de los seiscientos” logran llegar a Barcelona a tomar contacto con el guerrillero llanero Monagas. El o Piar quien ha logrado aglutinar una fuerza de 700 llaneros en Maturín va a Barcelona, despoja del mando a Monagas y expulsa del país en forma deshonrosa al inglés Mac Gregor. Páez en las sabanas del río Arauca rechaza y derrota al comandante realista de esa región, y Arismendi consolida su mando en la isla de Margarita. Pero salvo Arismendi y Soublette ya nadie acepta la jefatura suprema de Bolívar, pues cada uno de ellos está intentando imponer la suya propia.

Al conocer los sucesos de Güiría, Arismendi opuesto a Mariño y a Bermúdez, envía al antioqueño Zea el 27 de septiembre de 1816 a Haití a convencer a Bolívar para que regrese a Margarita cuyo mando él le garantiza. Y así el 21 de diciembre de 1816, tres meses largos después de su llegada, Bolívar nuevamente aprovisionado generosamente por Pétion sale de Haití rumbo a la isla Margarita a donde llega el 28 de diciembre de 1816. Desembarca en el puerto de Juan Griego y de inmediato le escribe una carta ejemplo de diplomacia a Mariño, en donde una vez más lo concita a la unidad y le recuerda los ejemplos de su pariente político Ribas y el del testarudo Castillo en Cartagena.

Piar aprovecha para después de cuatro meses censurar a Bermúdez y de paso a Mariño por la asonada contra Bolívar en Güiría, pero no lo hace por solidaridad, sino para ventilar la vieja rencilla que tiene con Bermúdez, quien lo tilda de asesino por el degollamiento de su hermano Bernardo Bermúdez en Yaguaraparo en agosto de 1813.

El primer día de 1817 Bolívar llega a Barcelona con una pequeña fuerza y de inmediato trata de reorganizar un ejército dotándolo con los elementos traídos de Haití. Nueve días después tiene una fuerza de 700 fusileros medianamente entrenados al mando de Arismendi, dispuestos a marchar por la costa otra vez sobre Caracas. Avanza hasta la población de Clarines en donde lo espera emboscada una fuerza de 500 realistas que termina por derrotarlos y rechazarlos nuevamente a Barcelona. Allí se entera que el brigadier del ejército colonial Pascual del Real viene a recuperar este codiciado puerto oriental con 3.500 hombres entre infantes y jinetes. En efecto el 8 de febrero de 1817, del Real ataca a Barcelona, pero debe retirarse trece días más tarde con cerca de 1.000 bajas y sin poder tomar la ciudad.

Dos días después llega Mariño a Barcelona y Bolívar como si nada, lo recibe y lo integra en su ejército con lo que se puede conformar un cuerpo de cerca de 3.000 soldados. Dispuestos a tomar la ofensiva salen para El Pilar a perseguir las fuerzas realistas que se retiran dejando puestos fortificados. Uno de ellos es el convento del poblado de San Bernardino, que ofrece una tenaz resistencia y no puede ser tomado. Mariño interesado solo en acciones parciales que le garanticen su control regional, decide no insistir más en la toma del convento y dispone

regresar a Barcelona. Bolívar para no entrar en nueva contradicción, “tascando el freno” viene con él.

Luego de varios intentos realistas para tomar Barcelona por mar, rechazados por los patriotas, las tropas coloniales deciden replegarse a finales de febrero (1817). Entonces Mariño sale con una división hacia la Villa de Aragua, en cuyas proximidades se encuentra el guerrillero patriota Zaraza con su caballería llanera, con el propósito de unir fuerzas y el compromiso de enviar víveres y ganado al grueso del ejército que necesita con urgencia en Barcelona. Allí cerca de la villa de Aragua el 10 de marzo 1817, Mariño se encuentra con Urdaneta quien se ha separado de Páez en Arauca por desavenencias y viene con algunos granadinos entre los que se encuentra Santander, a ponerse a órdenes de Bolívar.

Bolívar encerrado en Barcelona, pues su marcha a Caracas por la costa ha fracasado; con los víveres escaseando y sujeto a jugar un papel secundario en las decisiones de Mariño, quien pretende emplear todas las fuerzas en una gran batalla con los llanos de Barcelona que le garantice el control del oriente; madura la idea de dar esa gran batalla, pero más lejos: en el Potosí peruano.

Recibe la invitación de sus antiguos compañeros de Ocumare que lo esperan en la Guayana, del río Orinoco y como una oportunidad esperada, de inmediato decide trasladarse a los llanos del Orinoco a abrir la nueva ruta hacia Casanare y Nueva Granada que ha recorrido en sentido contrario Urdaneta.

Bolívar toma las disposiciones para trasladar en un plan escalonado su gobierno al Orinoco, imprenta, municiones, víveres y demás escasos recursos. Parte el 25 de marzo de 1817 con solo 15 oficiales y sus asistentes, y deja cerca de 1.000 soldados restantes protegiendo a Barcelona al mando del decidido oficial patriota Pedro Freites.

Capítulo VII: Llano adentro.

El alto mando del Ejército colonial sabe de la salida de Bolívar y ordena tomar a Barcelona a sangre y fuego. Lo que en efecto sucede el 7 de abril de 1817, cuando son pasados a cuchillo todos sus defensores por orden misma del capitán general de Venezuela Moxó. Mariño con solo el batallón de Güiria intenta socorrer a sus compañeros, pero llega un poco tarde a enterarse de la masacre.

Bermúdez días antes, aburrido de ser el segundón de su amigo Mariño, lo abandona y se marcha con 500 infantes y 150 jinetes hacia la población llanera del Chaparro a encontrar a Bolívar, contando eso sí, con su indulgencia. El ejército unido de 3.000 hombres que el mes anterior ha formado Bolívar en Barcelona, queda reducido a lo que trae Bermúdez.

Mariño una vez más hace su parecer y no concurre a Guayana a donde Bolívar amablemente lo invita, sino que se retira a su lugar preferido entre Cumaná y Maturín a tratar de conformar un gobierno republicano, independiente y federal en donde obviamente él sea el capitán general y jefe de todos los ejércitos de Venezuela.

Bolívar sigue llano adentro hacia el Orinoco en el sur por el camino de Santa Ana que lleva al pequeño puerto de la Cruz, un poco más arriba de Soledad. Pasa por las aldeas desoladas de Cantaura y Carí, enfrentando las varias partidas que el alto mando colonial de Moxó envía desde Barcelona a capturarlo.

Cruza el Orinoco la noche del 3 de abril de 1817, con grandes dificultades en pequeñas canoas por la isla Berna Bella, evitando los patrulleros realistas y al día siguiente se encuentra con Piar quien lo lleva a su campamento del Juncal. Allí se reúnen y conferencian treinta horas seguidas en presencia de Anzoátegui y Torres.

En el terreno confirma la necesidad de afianzar el control de la región de la Guayana como una retaguardia estratégica rica en innumerables recursos y del puerto de Angostura como garganta del río Orinoco, única vía de comunicación que une el interior del continente con las Antillas y

el mundo exterior. La Guayana, además de sus riquezas, es un territorio abierto para maniobrar, pues a través del río Orinoco se puede llegar a los llanos de Calabozo antiguo cuartel de Boves y amenazar a la propia Caracas. Así mismo mantener la comunicación con la isla Margarita y el litoral del Oriente venezolano y remontándolo a través de los llanos del Casanare, llegar a los Andes neogranadinos.

Bolívar se informa y decide establecer contacto con José Antonio Páez, quien en los llanos de Casanare y Arauca está propinando serios golpes a las tropas realistas combinadas de La Torre y Calzada dirigidas por Morillo, con los jinetes pardos y llaneros, antes utilizados por los colonialistas en la guerra de exterminio contra los criollos ricos, convocándolos esta vez no para saquear haciendas, sino bajo el estandarte de la simple palabra LIBERTAD que ellos conocen y ansían a plenitud en la llanura.

Sin embargo, Morillo alertado por Moxó del movimiento de Bolívar hacia el Orinoco, envía una tropa de más de un millar de realistas al mando de La Torre a someter el territorio de la Guayana y las misiones en el río Caroní e impedir el afianzamiento de los patriotas. Entonces Bolívar divide sus tropas: Cedeño sale para Angostura; Piar a San Félix en donde obtiene un triunfo; y él mismo se regresa al Orinoco para dirigirse al norte. Cruza por Angostura el 7 de abril de 1817 en dirección del Chaparro, en donde 10 días después se encuentra con los 550 infantes y 150 jinetes que cerca de Barcelona se han insubordinado a Mariño y trae Bermúdez, el mismo que sable en mano en agosto del año anterior lo ha atacado en Güiría. Vienen con ellos también los jefes Arismendi y Zaraza. Por esos días encuentra en Cabrutica a Urdaneta que viene con Santander y el grupo de neogranadinos separados de Páez en el Casanare y hace días de Mariño. Sin un reproche y poniendo la unidad de la lucha anticolonial por encima, los incorpora en su ejército.

Reorganiza las tropas y se regresa hacia el sur, a la angostura del Orinoco. Lo cruza el 27 de abril de 1817 un poco más arriba de la boca del río Pao, con grandes dificultades por los ataques continuos de las cañoneras españolas y se dirige al campamento del Juncal donde se hallan Piar y Cedeño. El 2 de mayo de 1817 se reúnen la mayoría de comandantes patriotas: Cedeño, Monagas, Anzoátegui, Tomás Montilla,

Soublette, Urdaneta, Arismendi y Bermúdez para aclamar el mando supremo de Bolívar. Piar es ascendido a segundo hombre en el mando como general en jefe, en reconocimiento al importante triunfo alcanzado en San Félix contra el jefe realista La Torre, enviado por Morillo al Orinoco.

Una nueva etapa unitaria se abre en la conducción de la lucha desde el Orinoco. Bolívar ampliamente reconocido comandante en jefe, inicia sus disposiciones para constituir una verdadera retaguardia estratégica y le permita pasando por la Nueva Granada, llevar la guerra a las montañas andinas del Perú, corazón del poder colonial español en América. Manda notas a su amigo Brión para que remonte el Orinoco y se presente en Angostura con lo que posee de flotilla naval.

Pero mientras Bolívar trata de fortalecerse en la Guayana y el Orinoco, Morillo logra avanzar hasta el Chaparro y armar un ejército de cerca de 6.000 hombres para marchar a recuperar esa estratégica región. A su vez Mariño con su vanidad soliviantada por el reconocido federalista, canónigo Madarriaga, reúne en la segunda semana de mayo de 1817, en la famosa aldea de Cariaco de la isla Margarita, a once personas la mayoría de ellas civiles, entre las cuales se encuentran Brión y el comerciante antioqueño Zea, con el fin de proclamar una república federal gobernada por un triunvirato rotatorio. Presenta renuncia en su nombre y abusivamente en el nombre de Bolívar al poder conferido en los Cayos de Haití, para ser nombrado a continuación comandante en jefe del ejército patriota.

Mariño envía mensajes a Bolívar para que acepte este ordenamiento, pero le responde con el más hermético silencio. Sólo le escribe a su amigo Brión quien, desorientado por lo acontecido, pregunta qué hacer con su flotilla. Le ordena que se olvide de la isla Margarita y remonte el Orinoco hacia Angostura. A Zea le autoriza continuar negociando con los ingleses de Trinidad, mulas por armas. Y dos importantes oficiales patriotas, Urdaneta y Sucre, que se hallan con las tropas de Mariño y no participan de la reunión, tan pronto conocen lo sucedido se marchan hacia el Orinoco a reunirse con Bolívar. El llamado “Congresillo de Cariaco” y sus disposiciones languidecen, pero no la mediocre y dañina vanidad caudillista de Mariño que se mantiene como un rasgo de su

personalidad, hasta el final de sus días.

El conocimiento del avance del jefe colonial Morillo con cerca de 3.000 hombres desde el Chaparro hacia Angostura a controlar todo el territorio de Guayana. Las noticias de la actitud de Mariño en Cariaco, que el levantisco Piar no duda en secundar y aprovechar para desarrollar una ciega actividad disociadora contra Bolívar. Más el odio que los indios y nativos de las misiones del río Caroní tienen por los curas dominicos españoles generan aquella atmósfera que hace posible, en los primeros días de junio de 1817, la ejecución irracional de veinte misioneros capuchinos que se encuentran presos en el puerto de Carhuachí, en un episodio más de la guerra a muerte, que Bolívar reprueba duramente.

Piar intenta sin éxito ganar a Arismendi para su causa facciosa. Al sentirse aislado y sin audiencia entre los oficiales patriotas, pues sabido es que otro posible aliado contra Bolívar, Bermúdez, lo odia por la muerte de su hermano; trata de ganar apoyo popular entre la tropa recurriendo a la estrategia que le ha dado resultado a Boves los años anteriores: incitar la guerra de pardos y negros contra los ricos hacendados mantuanos de donde procede Bolívar.

Bolívar, quien para esa fecha mantiene toda su actividad centrada en la defensa del río Orinoco, la toma la ciudad de Angostura y la liberación definitiva de toda la Guayana, cada día con más influencia dentro de sus oficiales, reconviene en varias ocasiones a Piar, recordándole incluso su alta jerarquía en el mando del ejército, con el propósito de que recapacite sobre su absurda pretensión. Le escribe a Briceño Méndez, antes su amigo y ahora consejero de Piar la famosa carta del 19 de junio de 1817, donde les advierte:

“Sin duda se ha imaginado Ud., que estamos en una situación como la de Cartagena, Güiría o Carúpano, en donde las circunstancias me fueron desfavorables y el espíritu de facción triunfó sobre la justicia y la patria. Si hasta ahora he sido moderado por prudencia, no lo he sido por debilidad, no crea Ud. que las intrigas sean tan grandes que nos puedan destruir. Jamás he tenido una situación más feliz, a pesar de quien diga lo que quiera. A mi voz obedecen tres mil hombres, que harán lo que mande, defenderán la inocencia y no permitirán facciones, créame

Briceño: Ud. no debe temer nada: Ud. no está ni en Constantinopla ni en Haití: aquí no hay tiranos ni anarquía mientras yo respire con la espada en la mano”.

Pero de nada sirven las admoniciones, Piar continua su camino de división.

Mientras tanto el trabajo de fortificación de las márgenes del Orinoco, el aislamiento del puerto de Angostura (hacia el mar y hacia el Casanare) por la llegada de la escuadrilla de Brión, después de una serie de acciones fluviales combinadas en Borbón y en Casacoima en donde el propio Bolívar tiene que arrojar a la laguna que hace allí al Orinoco; llevan a los colonialistas a evacuar el 17 de julio de 1817 el apreciado y estratégico puerto de Angostura.

En la laguna de Casacoima, debido a una escaramuza con una patrulla realista, Bolívar queda sin cabalgadura y para salvarse debe arrojar a la rebalsa y atravesarla a nado en dirección al campamento, mientras vienen algunos de sus compañeros a auxiliarlo. Por la noche, sentado en un tronco empapado, rodeado de mosquitos y sin poder dormir, empieza a relatar su plan estratégico. Episodio que posteriormente ha dado origen a innumerables versiones deformadas y no pocas leyendas, como la de que en el colmo del desespero intenta cortarse la garganta antes de caer en manos realistas, o que “delira” al relatar su “fabuloso” plan de campaña.

Tomás Cipriano de Mosquera, su edecán, recoge directamente las notas de lo sucedido y lo relata con toda credibilidad así: “El libertador y sus compañeros pasaron la noche sentados sobre los troncos mojados y molestados por los mosquitos y otros insectos de aquellos bosques anegadizos. Como era natural, no dormían, sometidos al disgusto de la incertidumbre en que se encontraban. Bolívar para reanimar el espíritu abatido de sus compañeros, temerosos no por sí mismos sino por la vida del jefe de la naciente república, empezó a relatarles el plan de operaciones que tenía concebido. Comenzó por manifestarles que si bien se había perdido una flotilla de canoas, con la entrada de Brión al Orinoco, se podía concertar un ataque simultáneo a la vieja Guayana pues emprendiendo operaciones decisivas por tierra tendrían los españoles que reconcentrar sus fuerzas. Dio por sentado que se

apoderarían de toda la región de la Guayana y que cuando Murillo regresase de Margarita, vencedor o vencido, imposible le sería hacer una campaña ventajosa sobre el Orinoco. Les manifestó que lo más probable era que no pudiera dominar completamente a Margarita y que la pérdida de Guayana, los triunfos de Páez en el Apure, las guerrillas de Zaraza y Monagas en los Llanos de Caracas y Barcelona era un conjunto de circunstancias que obligarían al jefe español a regresar a Occidente para reorganizar de otro modo sus operaciones. Con inspiración profética trazó rápidamente la campaña de Venezuela y la libertad de Nueva Granada, el levantamiento en masa de todo el virreinato, la libertad de Quito la formación de Colombia y la organización de un ejército capaz de ir a batir al real en Lima y el alto Perú. En el Desaguadero, decía, nos abrazaremos con Belgrano, Alvear y demás jefes argentinos, y juntos todos los pueblos libres de América del sur, impondremos la ley a España: La gloria de Colombia será inmarcesible. Cuando hubo concluido el libertador su cuadro abrigado con la sublimidad de sus frases de fuego, sus amigos temieron fuera preso de un delirio febril determinado por la acción del agua o la insalubridad del clima. Años después el capitán Martel me refería memorando este incidente, que, sobrecogido por la fantasía profética del libertador, experimentó el dolor de creer que su jefe había enloquecido”.

Nadie sabe que la “premonición” es una situación psicológica natural, completamente normal y posible en ciertas mentalidades intuitivas especiales, porque esto es un hallazgo de la ciencia actual, y se explican el incidente de una manera simple. Otra cosa es la posterior utilización malintencionada del episodio que hacen los enemigos de Bolívar, calificándolo de delirante y loco, con el claro propósito de desprestigiar su personalidad y jefatura.

Dos días antes de la toma de Angostura el 15 de julio de 1817, llegan al campamento de Bolívar, Urdaneta y Sucre. Les asigna funciones de mando dentro del plan de la liberación de la provincia de Guayana y la limpieza de toda la rívera del Orinoco, que se está ejecutando mediante operaciones combinadas por tierra, y por agua utilizando las embarcaciones ligeras

hechas en los campamentos junto con los barcos corsarios de guerra del almirante Brión.

El enfrentamiento más importante y que causa el definitivo abandono del río Orinoco por el jefe realista La Torre con los 2.000 hombres -entre marineros y soldados- que tiene concentrados en la fortaleza de la Guayana, se presenta en las inmediaciones de Guayana Antigua, en la ensenada del Cabrián el 3 y 4 de agosto de 1817. El ataque por tierra de la fortaleza por las tropas de Bolívar dirigidas por Anzoátegui, combinado con la operación acuática adelantada por la flotilla de 8 barcos de guerra de Brión; desarticula y prácticamente destruye la escuadra realista compuesta por cerca de 23 buques de guerra y 12 embarcaciones grandes artilladas de transporte, pues logra capturarle 14 buques mayores con 73 cañones, fusiles y abundante munición, además de hacerle 1.700 prisioneros.

Mientras tanto, Piar, quien ha logrado escapar de la conminación que a finales de julio (1817) le hace Bermúdez por orden de Bolívar, abandona el mando y se fuga a Maturín en donde da inicio a una desesperada prédica, tendiente a dividir y sublevar las tropas patriotas incitándolas a la guerra contra los blancos y ricos mantuanos, al mejor estilo del instrumento colonialista llamado Tomas Boves pero sin resultados favorables. Muy por el contrario, separándose cada vez más de sus antiguos compañeros, quienes ahora cierran filas bajo el mando de Bolívar.

Intenta convencer el 17 de agosto de 1817, en cercanías de Aragua, lo que queda de Mariño para unirlo en contra de Bolívar, sin contar con la obcecada vanidad de éste quien además de blanco, también es un arrogante mantuano. Bolívar espera hasta último momento a que Piar entre en razón y abandone su egoísmo faccioso, hasta que finalmente ordena el 17 de septiembre de 1817, a Cedeño ir con su división a reducirlo por la fuerza y traerlo a Angostura, capital del nuevo poder emergente, a que rinda cuentas de sus actos. Capturado 10 días después, es conducido a Angostura a donde llega el 2 de octubre de 1817.

Bolívar instala un jurado notable compuesto incluso por antiguos compañeros de armas y amigos de Piar y de fiscal designa al jefe patriota

Soublette. Después de innumerables testimonios, careos y pruebas testimoniales cuyos documentos se salvan para la historia, Piar es sentenciado por unanimidad, trece días después (el 15 de octubre de 1817), a ser pasado por las armas sin degradación, por los crímenes de lesa patria, conspiración y deserción de la segunda autoridad del ejército patriota. La orden se ejecuta al otro día de manera inexorable después de haber sido confirmada por Bolívar.

Mariño por su parte logra sobrevivir con algunos pocos partidarios como comandante general de la provincia de Cumaná, rechazando también con terquedad inexplicable la solicitud unitaria que a nombre de Bolívar le hace su antiguo compañero Sucre. Responde protestando por el nombramiento que le ha hecho a Bermúdez de jefe militar de su región, quien ahora lo presiona para que se le someta.

Finalmente, sin más perspectivas, en noviembre de 1817, entrega su pequeña fuerza a Bermúdez y solicita autorización para retirarse a Margarita. Bolívar pronto le responde aceptando su decisión y le impone las condiciones de no salir de esa isla, sin orden expresa suya.

Restablecida la navegación y el comercio con la isla inglesa de Trinidad en el Atlántico y con el interior hasta los llanos de la Nueva Granada; el río Orinoco y sus afluentes se convierten en el eje vial de la nueva fase de la guerra anticolonial, cuya retaguardia estratégica queda centrada en la villa de Angostura, capital del nuevo Estado republicano.

El 30 de octubre de 1817 Bolívar, quien viene dando todos los pasos en este sentido, decreta la creación de un Consejo de Estado de amplísima participación, conformado por tres secciones: Estado y Hacienda; Interior; y Marina, Guerra y Justicia, con el fin de discutir y acordar las leyes necesarias a la administración de las provincias libres o que se liberen.

Bolívar jefe supremo, conserva la facultad de adoptar o no, las decisiones tomadas por el Consejo. Junto con la reorganización del nuevo Estado, continúa los preparativos para llevar la guerra anticolonial al centro estratégico de Caracas. Las fuerzas que luchan contra el poderío colonial de España en esa fecha, están dispersas en un amplio territorio de la Orinoquía venezolana y neogranadina: Páez en el Apure con 1.000 jinetes; Bermúdez en Cumaná con 700 hombres; Monagas en la

provincia de Barcelona con 800 jinetes e infantes; Zaraza con 600 jinetes en Cabrutica; y Anzoátegui, Cedeño y Pedro León Torres en Guayana con 700 hombres cada uno. Para un total aproximado de 5.200 hombres principalmente de caballería, apoyados por infantería.

Por su parte Murillo quién se ha movido hacia la región de Calabozo, antiguo reducto de Boves, cuenta para someter a Venezuela con un ejército colonial de seis fuertes divisiones con cerca de 8.000 hombres muy bien adiestrados y apertrechados. Aproximadamente 4.000 de ellos cuidando a Caracas.

Bolívar que planea hacer confluír sus fuerzas en el centro, debe contar con el impulsivo y no menos ambicioso Páez, quien como lo demuestra años después, de rústico pastor de marranos dirigido por un capataz esclavo negro, valiéndose de la posición militar alcanzada en el ejército patriota, llega a ser el propietario más grande de tierras de Venezuela. Y en concordancia con Santander, disuelven la Gran Colombia Bolivariana, para poder llegar (en representación de su reciente clase) a ser el presidente de Venezuela.

El nuevo “caudillo” Páez ha llenado el vacío dejado por Boves en los llanos de Apure, dentro de los pardos y hombres de color, no con el señuelo del saqueo, sino con la palabra “Libertad”, que los hombres nacidos en la inmensidad de la llanura Orinóquica anhelan. Bolívar por esos días ya sin las rémoras facciosas y caudillistas de Piar y Mariño, inicia una nueva pero conocida batalla política por ganarse a Páez, no solo para la causa de la libertad a secas, sino para la lucha anticolonial contra España. Bolívar sale de Angostura hacia el Occidente, la tercera semana de noviembre de 1817, conduciendo 750 hombres sin alejarse demasiado de los “socorros del Orinoco” para concentrarse con Zaraza en Cabrutica. El realista La Torre atento a los movimientos de los patriotas se mueve hacia el poblado del Calvario adelante de Calabozo, con 600 infantes y 700 jinetes. Zaraza no escucha la advertencia que le hace Bolívar, de no presentarle batalla aislado. Se precipita contando con que sus 1.000 jinetes y 1.000 fusileros son suficientes, pero el 2 de agosto de 1817 es derrotado en la batalla de la Hogaza. Allí se pierde todo el cuerpo armado patriota con sus abastecimientos y se causa un serio retroceso al plan general.

Bolívar escribe a Zaraza que recoja los dispersos y le advierte: “Estoy resuelto a emplear la espada y el fuego contra todos los que directa e indirectamente no cooperen en la salvación de la República”, y se regresa a Angostura a conformar otro ejército de por lo menos 5.000 hombres, necesarios para enfrentar al Ejército colonial de Morillo.

Escribe a Páez alertándolo sobre la posibilidad de que los colonialistas ahora volteen sus fuerzas hacia los llanos de Apure y le insiste en la necesidad de unir sus fuerzas para golpear los 4.000 hombres del ejército de Morillo en su centro estratégico. En efecto, a finales de noviembre de 1817, Morillo sitúa su cuerpo expedicionario en el río Apure, fortifica los poblados de San Antonio y Apurito amenazando a Páez, pero sin perder su punto de control en Calabozo. Bolívar se aprovisiona con fusiles y municiones traídos por el Orinoco desde Las Antillas, y el 31 de diciembre de 1817 con un cuerpo de 3.000 infantes más 1.000 jinetes, se dirige nuevamente al Apure por la vía de Cabrutica a unirse con Páez, no sin antes disponer que Bermúdez cubra la Guayana, que Zaraza se le una en Caicara, y que Brión se quede en Angostura al mando de la república.

Bolívar recorre en un mes algo más de 700 kilómetros, con una caravana de 39 buques hasta llegar a San Fernando en el río Arauca. En la hacienda Cañafístula en cercanías al poblado de San Juan de Payara, se entrevista con Páez y acuerdan juntar fuerzas para caer sobre el cuartel general de Morillo en Calabozo. Páez aporta 1.000 jinetes llaneros y 300 infantes. Con cerca de 4.000 soldados Bolívar llega el 6 de febrero de 1818 a San Fernando, en donde deja algunas fuerzas asediando este poblado que sirve de puerta de entrada a los llanos del Apure, para continuar hacia la meseta del Calabozo, en donde se presenta tres días después de haber recorrido 170 kilómetros más. El 12 de febrero de 1818 por la mañana, un verdadero ejército de 4.000 hombres da la más extraordinaria sorpresa a Morillo: Bolívar ha recorrido 870 kilómetros en 43 días, desde Angostura hasta Calabozo, en una de las marchas más brillantes de la guerra anticolonial, poco valorada en su dimensión.

-“¿Un ejército aquí?”, pregunta Morillo alarmado a quien le trae la noticia, “¿Pero de donde ha salido?” y monta su caballo para ir a constatarlo personalmente. Imprudencia que por poco le cuesta ser

lanceado por el llanero Aramendi quien lo reconoce en la distancia y carga contra él.

Morillo sorprendido no alcanza a reunir todas sus tropas dispersas en los alrededores: 2.500 hombres bien armados, la mayoría de infantería. Y viéndose forzado, presenta una encarnizada batalla mandando formar en rombo a sus infantes con el fin de poder resistir las mortíferas cargas de caballería de Páez y Cedeño por el frente, de Monagas por la retaguardia y de Bolívar por los flancos. Y aunque pierde más de 600 hombres, 400 de ellos muertos, logra retirarse ordenadamente hacia las fortificaciones que tiene en la población de Calabozo. Viendo Bolívar que es inútil atacar las fortificaciones realistas y previendo que Morillo reúna algunas tropas para marchar sobre Caracas, deja al oficial Iribarren asediando a Calabozo y se ubica en el Rastro en donde tiene la posibilidad de dar una batalla a campo abierto favorable a su caballería.

Pero nuevamente la ambición echa a pique la posibilidad de acabar con el ejército colonial de Morillo: la noche del 14 de febrero de 1812 “El valentón” de Páez, llamado así por Morillo por su gran cabeza y cuello corto a semejanza del pez bagre de ese nombre abundante en los ríos llaneros, increpa iracundo a Bolívar, por no haber ordenado la toma de la bien defendida población de San Fernando del Apure, que para él constituye el máximo objetivo de su poder regional. Intempestivamente (rasgo característico de toda personalidad epiléptica) levanta su división y se marcha a todo galope hacia Calabozo sin atender a ninguna palabra.

Morillo que por algo es mariscal, aprovecha y a media noche evacua Calabozo, hacia la población del Sombrero y se escabulle, pues Bolívar no puede salir tras él, por tener que ir a convencer al voluntarioso caudillo apureño. Cuando la caballería patriota reinicia la persecución, al otro día (15 de febrero de 1812), el jefe realista ya ha cruzado la llanura abierta y evitado un gran desastre. Sin embargo, Bolívar continúa el asedio, contactándolo en la Uriosa y el Juncal sin que Morillo logre presentar batalla abierta. El 17 de febrero de 1812, cuando todo el ejército se halla nuevamente reunido en el Sombrero, Páez se niega a continuar con Bolívar, argumentando que los cascos de sus caballos llaneros no soportan el terreno montañoso hacia donde se dirigen, pero con la verdadera intención de regresar al Apure a tomar y formar

gobierno en la capital provincial de San Fernando.

El ex presidente de la República de Venezuela general de brigada Eleazar López Contreras, en su libro sobre Bolívar (1930), escribe un juicio inusitado para un militar de ese país: “Páez que no se aviene al régimen de subordinación y disciplina requerido por las circunstancias, solicita insistentemente autorización para ir a sitiar con los cuerpos a sus órdenes la plaza de San Fernando, operación que aprueba Bolívar muy a su pesar, permitiéndole conducir un batallón de infantería, además de los efectivos de caballería”.

Morillo puede retirarse holgadamente a Villa del Cura el 23 de febrero de 1812, en donde reorganiza su compañía. Bolívar se regresa a Calabozo a continuar levantando recursos y brazos para el ejército y a reconocer el terreno. El 5 de marzo de 1818, se reúne con sus oficiales Cedeño, Zaraza y Monagas en el hato de San Pablo ubicado entre los poblados de Calabozo y Ortiz, y deciden que el Ejército patriota en ese momento compuesto por cerca de 3.000 hombres, la mitad jinetes y la otra fusileros; debe iniciar la marcha ofensiva sobre los Valles de Aragua, al sur oriente de Caracas. Cedeño es enviado al Apure con la misión de convencer a Páez de hacerse presente con sus tropas de caballería, para reforzar la ofensiva. El 10 de marzo de 1818 Bolívar llega a la Villa del Cura abandonada por los realistas que se han retirado. Morillo se ha movido hacia Valencia en el Noroccidente y su lugarteniente La Torre a custodiar a Caracas desde la población del Consejo. Bolívar entonces marcha hacia allí y toma el Consejo el 13 de marzo. La Torre se fortifica en las estribaciones de las Cocuizas al final de los Valles de Aragua. Bolívar que está ubicado entre Morillo y La Torre percibe el riesgo que está tomando sin las caballerías de Páez. Estando en la preparación de la batalla, le informan que las tropas de Morillo han tomado la contraofensiva en Maracay, haciendo retirar profundamente a los 1.500 patriotas de Monagas y Zaraza hacia Villa del Cura. Entonces decide retirarse también a este sitio a reagruparse con sus tropas, para salir a los llanos por el poblado de Ortiz; cuando es alcanzado por las avanzadas realistas de Morales, el reemplazo de Boves, en los desfiladeros de “La Puerta” formados por el río Guárico y la quebrada del Semén.

El 16 de marzo de 1818 Bolívar busca una meseta donde desplegar y maniobrar y pronto se traba un sangriento combate cuerpo a cuerpo, apoyado por cargas de caballería, con avances y retrocesos que dura todo el día. El mariscal Morillo cae herido por un lanzazo que él mismo describe “con una entrada de más o menos seis centímetros entre el ombligo y la cadera izquierda saliendo por la espalda”. Sin embargo, continúa dirigiendo sus tropas hasta lograr una importante victoria sobre los patriotas quienes pierden además de bagajes cerca de 1.500 hombres. El rey de España para celebrar ese triunfo, le confiere el título de “Marqués de La Puerta” a don Pablo Morillo.

Bolívar no se da por vencido. Continúa su marcha hacia el Llano y llega el 20 de marzo de 1818 a Calabozo, donde reorganiza sus destacamentos. Busca a Cedeño en el Rastro y le solicita a Páez que haga efectiva su contribución saliendo del Apure y haciéndose presente en ésta parte del Centro de Venezuela. Seis días después, tiene cerca de 2.500 hombres ubicados en el Poblado de Ortiz en actitud ofensiva. Enfrente, el jefe realista La Torre tiene apostados cerca de 1.000 infantes en esa Villa. Después de seis horas de encarnizado combate, en la que no hay un claro vencedor, Bolívar se retira hacia el sur, al hatillo de San Pablo, y el ejército colonialista con su jefe Morillo herido de gravedad, lo hace hacia el norte, a las proximidades de Valencia. Bolívar envía a Soublette a Angostura con amplias facultades para negociar con los comerciantes ingleses la compra de material de guerra y acordar con Bermúdez y Brion el inicio de la ofensiva en Cumaná y el litoral. Y en busca de reclutas salen el patriota Torres para el Apure y Monagas hacia los llanos de Barcelona.

Bolívar se pone en marcha desde Calabozo hacia las cabeceras del río Pao el 8 de abril de 1818 y llega el 16 de marzo de 1818 al poblado de San José, ubicado en la sabana llamada el Rincón de los Toros, en donde acampa en una mata de monte adelante del campamento. Un venezolano al servicio de los colonialistas de nombre Rafael López, informado por un desertor de las guardias de Bolívar de los lugares y contraseñas, intenta dar un golpe de mano, enviando al arrojado llanero al servicio de los realistas Tomás Renovales junto con 8 hombres de su confianza hasta las hamacas de Bolívar, para dispararle a quemarropa.

Bolívar también informado de la presencia del jefe realista en las proximidades, ha aumentado sus precauciones. En efecto, la noche del 16 de abril de 1818 el llanero Renovales llega hasta los dormitorios, pero Bolívar al oír ruidos y voces se tira al piso. A los pocos instantes suenan las descargas, y las cuatro hamacas que constituían el dormitorio con sus ocupantes quedan despedazadas: dos muertos, un herido grave y el caballo de Bolívar muy herido.

Aprovechando la confusión, los realistas asaltan el campamento, rematan al herido que queda en la hamaca y les causan más de 400 bajas a los patriotas. Bolívar logra sobrevivir caminando aislado por la llanura por el resto de la noche hasta que por fin es auxiliado por un soldado que lo conduce al poblado de San José a donde se han retirado sus tropas sobrevivientes. Allí se reúne con su leal Cedeño quien conociendo el desastre no duda en acudir en su apoyo. Después de mucho pensarlo, Páez sale de San Fernando por la vía del río Pao hacia San Carlos, en donde se halla el jefe realista La Torre y allí llega a finales de abril. El 2 de mayo de 1818 sitúa su caballería de cerca de 1.300 jinetes junto con 700 infantes en las llanuras de Cojedes buscando campo abierto para maniobrar. Las tropas coloniales de La Torre ahora reforzadas con las de Correa suman cerca de 3.000 hombres la mayoría de infantería. Páez trata de rodear con sus llaneros a los realistas y se presenta una incierta batalla, de efectos desastrosos para los patriotas, pues pierden cerca de 700 hombres, muchos de ellos muertos, mientras que los realistas solo tienen 100 muertos y lo peor: Páez con sus fuerzas debe abandonar el territorio central para regresar al Apure.

Mientras tanto Bolívar reagrupa sus tropas sorprendidas en el Rincón de los Toros, en la región de Calabozo. Parte con su escolta hacia el Occidente hasta el río Chirgua, para luego torcer hacia el sur a San Fernando del Apure por la ruta de Guadarrama y la Unión. Sus defensas orgánicas empiezan a fallar y en la primera semana de mayo de 1818 presenta un “ataque de fiebre”, seguido de una forunculosis glútea que lo inmovilizan para cabalgar. Informado de la derrota infligida por el reemplazo de Boves, Morales, a Zaraza en la Laguna de los Patos y en la China, que permite a los colonialistas ocupar la villa de Calabozo; sin

pertrechos ni víveres y sin recursos para continuar la lucha, decide dejar a Páez en acción en los llanos de Apure y se embarca en el Orinoco hacia Angostura, a donde llega el 5 de junio de 1818, con el objetivo indolegable de organizar otro ejército.

Una vez en territorio bajo control patriota, toma las medidas necesarias en ese sentido: mantiene los contactos estrechos con las partidas guerrilleras patriotas de Rojas en Maturín, de Monagas ubicado ahora en los Llanos de Barcelona, de Zaraza en los llanos del Centro y con Páez en el Apure, encomendándoles acopiar recursos y redoblar el reclutamiento. Además, toma otra serie de medidas administrativas complementarias, por ejemplo, suspender la circulación de la moneda de baja ley creada en Barinas llamada “macuca”. Conceder una especie de “patentes de corso” con amplias ventajas, a piratas de las Antillas que simpaticen con la causa patriota. Separar el poder civil del militar creando gobernaciones para desarrollar la marcha del nuevo Estado. Y distribuir dentro del Ejército patriota a los cerca de 150 soldados de fortuna, sobrantes de las guerras de Europa, en su mayoría ingleses que a causa de la crisis económica de sobreproducción que se está viviendo en Inglaterra maquinizada, se han embarcado hacia América y las Antillas, enviados por su compañero de misión en Londres en 1810, Luis López Méndez.

Uno de ellos, el “teniente Wilson”, que se hace famoso por haber develado en su tamaño la real personalidad de Páez. Logra ganarse la amistad del caudillo apureño, para urdir con él un complot con el fin de quitarle el mando a Bolívar y hacerse proclamar capitán general y jefe supremo de la República de Venezuela. Descubierta en Angostura, Bolívar no lo manda fusilar inmediatamente. Le pide a Páez el acta de compromisos firmada, pero el caudillo en lugar de enviarla la quema y el inglés sale expulsado del territorio venezolano. Páez debe esperar hasta la muerte de Bolívar, doce años después, para completar la intriga y satisfacer su parroquial ambición.

A mediados de julio de 1818, hace entrada en Angostura la flotilla naval de Brión con cerca de 7.000 fusiles, 500 quintales de pólvora, plomo y uniformes conseguidos en las Antillas inglesas. Por esos días llega también el muy conocido agente del Gobierno de los Estados Unidos,

Míster Irvine. Bolívar ha escrito el 5 de enero del año anterior (1817) desde el puerto de Barcelona, las credenciales del general Lino Clemente enviado diplomático ante el Gobierno de los Estados Unidos, en las cuales fija con gran claridad, las directrices de su política internacional que bien vale repasar:

“Deseando establecer con el Gobierno de los Estados Unidos, de la América del Norte las relaciones de amistad y fraternidad que deben existir entre gobiernos libres de América, para proveer a su mutua defensa y a la prosperidad de su pueblo; diputamos y nombramos al general Lino Clemente para que en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República de Venezuela como un Estado libre e independiente, confiera y acuerde con el ministro o ministros designados al efecto por su excelencia el Presidente de aquellos Estados, los convenios y tratados que juzguen necesarios para dicho reconocimiento, a fin de establecer de un modo sólido y permanente las relaciones comerciales y políticas que convengan a las dos naciones”.

Pero Mr. Irvine no está interesado en discutir el reconocimiento en pie de igualdad y las relaciones de amistad, fraternidad con convenios comerciales y políticos que convengan a las dos naciones, sino en reclamar con tenaz insistencia dos barcos norteamericanos; el Tiger y el Liberty que, cargados con fusiles para el Ejército colonial español, son capturados en el Orinoco por la flotilla de Brión y hundidos, cuando intentan burlar el bloqueo patriota en Angostura decretado en enero del año anterior (1817).

“Desde el momento que un buque introduce elementos militares a nuestros enemigos, para hacernos la guerra, viola la neutralidad y pasa al estado de beligerancia”, le escribe Bolívar a Mr. Irving. El agente comercial norteamericano insiste en su reclamación monetaria sin atender otras razones. Bolívar durante tres largos meses le responde once misivas con la misma tenacidad defendiendo la necesidad de las relaciones en pie de igualdad y respeto mutuo entre las dos naciones. Incluso le propone un arbitraje a lo cual Mr. Irvine responde con insultos. Bolívar da por concluida la comunicación.

Los informes periódicos de Morillo a la Corona Española no dejan dudas: el restablecimiento militar del orden colonial en la región norte de Sudamérica, cada día es más difícil dada la determinación de los patriotas y su conducción político militar. Entonces el colonialismo español recurre a los reyes agrupados en la llamada “Santa Alianza de las altas potencias europeas”, para proponer una mediación que restablezca su imperio subsidiario a través de un emperador europeo en Hispanoamérica.

Sabiéndolo Bolívar, aprovecha la oportunidad para responder al director supremo de las Provincias del Río de la Plata, Juan M. Pueyrredón, una nota enviada por éste. El 12 de junio de 1818 en su párrafo final le dice:

“¡Habitantes del Río de la Plata!, la República de Venezuela, aunque cubierta de luto os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea ‘Unidad en la América meridional’”.

Cinco meses más tarde, el 20 de noviembre de 1818, escribe de su propia mano esta pieza diplomática con la que liquida cualquier aspiración intervencionista:

“Simón Bolívar, Jefe Supremo de la República de Venezuela, etc., etc., etc.

Considerando que cuando el Gobierno español solicita la mediación de las altas potencias para restablecer su autoridad, a título de reconciliación sobre los pueblos libres de América, conviene declarar a la faz del mundo los sentimientos y decisión de Venezuela.

Que, aunque estos sentimientos y esta decisión se han manifestado en la República desde el 5 de julio de 1811, y más particularmente desde los primeros anuncios de la solicitud del gabinete de Madrid, es del deber del Gobierno en quien reside la representación nacional, reiterarlos y declararlos legal y solemnemente.

Que esta declaración franca y sincera, no solo es debida a las altas potencias, en testimonio de consideración y respeto, sino indispensable

para calmar los ánimos de Venezuela. Reunidos en Junta Nacional de Consejo de Estado, la alta corte de justicia, el gobernador vicario general de este obispado sede vacante, el estado mayor general a todas las autoridades civiles y militares, después de haber examinado detenidamente la conducta del Gobierno español, hemos tenido presente:

1° Que la idea de una reconciliación cordial jamás ha entrado en las miras del Gobierno español.

2° Que, habiéndosela propuesto la Gran Bretaña por dos veces desde los primeros días de las desavenencias, la ha desechado con desprecio de todos.

3° Que al mismo tiempo que se trataba de reconciliación ella bloqueaba nuestros puertos, mandaba ejércitos contra nosotros y tramaba conspiraciones para destruirnos.

4° Que habiéndose sometido Venezuela bajo una capitulación solemne (a Monteverde), apenas ésta depuso las armas, cuando ella la violó en todas sus partes, sacrificando millares de ciudadanos, cuyos derechos había jurado respetar.

5° Que, haciéndonos una Guerra de Exterminio sin respetar el sexo, la edad, ni la condición, ha roto los vínculos sociales y ha excitado un odio justo e implacable.

6° Que este odio se ha exaltado por las atrocidades que ha cometido y por la mala fe con que nos mira bajo de todos aspectos.

7° Que toda América, y muy particularmente Venezuela, está íntimamente convencida de la imposibilidad absoluta en que se halla la España de restablecer de ningún modo su autoridad en este continente.

8° Que toda la América está ya satisfecha de sus fuerzas y de sus recursos: conoce sus ventajas naturales y medios de defensa y está segura de que no hay sobre la tierra poder bastante para ligarla otra vez a la España.

9° Que cuando lo hubiese, está resuelta a perecer primero que someterse de nuevo a un gobierno de sangre, de fuego y de exterminio.

10° Que hallándose en posesión de la libertad e independencia que la naturaleza nos había concedido, y que las leyes mismas de España, y los ejemplos de su historia, nos autorizaban a recobrar por las armas, como efectivamente lo hemos ejecutado, sería un acto de demencia y estolidez someternos bajo cuales quiera condiciones que sean, al Gobierno español.

Por todas estas consideraciones, el Gobierno de Venezuela, intérprete de la intención y de la voluntad nacional, ha tenido a bien pronunciar a la faz del mundo la siguiente declaración:

1° Que la República de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española y constituida en un Estado independiente, libre y soberano.

2° Que la España no tiene justicia para reclamar su dominación, ni la Europa derecho para intentar someterla al Gobierno español.

3° Que no ha solicitado ni solicitará jamás, su incorporación a la nación española.

4° Que no ha solicitado la mediación de las altas potencias para reconciliarse con la España.

5° Que no tratará jamás con la España sino de igual a igual, en paz y en guerra como lo hacen recíprocamente todas las naciones.

6° Que únicamente desea la mediación de las potencias extranjeras, para que interpongan sus buenos oficios a favor de la Humanidad, invitando a la España a ejecutar y concluir un tratado de paz y amistad con la nación venezolana, reconociéndola y tratándola como una nación libre, independiente y soberana.

7° Últimamente declara la República de Venezuela que desde el 10 de abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos

sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos y que por mantenerlos ilesos, como la divina providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñaren encorvarla bajo el yugo español.

Dado y firmado de mi mano, sellado con el sello provisional de la República, y refrendado por el secretario de Estado en el Palacio de Gobierno en Angostura a 20 de noviembre de 1818, año octavo de la independencia”.

Se fabrica papel con trapos molidos como en la edad media y en una oxidada y remendada imprenta empieza a circular semanalmente desde Angostura y para las Antillas, el periódico oficial de la República El correo del Orinoco. Se hacen planes militares, pero también políticos. Bolívar decide que es el momento de convocar para inicio del año siguiente, un congreso en ésta ciudad que organice la vida civil de la naciente Republica, mediante una constitución, y presenta ante el Concejo de Estado su proyecto el 1º de octubre de 1818, que es aprobado junto con su reglamentación, tres semanas después.

A su vez concibe el plan militar de concentrar una fuerza que ofenda en Cumaná y Barcelona en la costa oriental, para luego marchar sobre Caracas (¡siempre Caracas!), atrayendo sobre si el mayor número posible de tropas realistas, dejando en libertad a Páez en el Occidente, para que marche y libere por la ruta de Barinas, con la ayuda de Anzoategui y Cedeño, al centro de Venezuela.

Después de ordenar a Anzoategui marchar por el Orinoco hacia el río Apure, Bolívar sale el 24 de octubre de 1818 de Angostura rumbo a Maturín, para desde allí coordinar las campañas de oriente proyectada sobre el centro de Venezuela, y preparar la marcha hacia los llanos de Apure, pero por el camino se informa de las derrotas propinadas a Bermúdez y otras tropas en el oriente. Entonces se regresa, dos semanas después a Angostura, a continuar sus preparativos para marchar a la región occidental del Apure.

Morillo dominando los principales poblados del oriente y las regiones de Barquisimeto y Valencia en el centro, concentra las divisiones de Morales y La Torre, 6.500 hombres en total, con el fin de atacar a Páez en el Apure, atravesando el territorio de Barinas. Al saberlo Bolívar apresura su salida. Finalmente, después de responder a las potencias europeas la nota de que el Pueblo Suramericano jamás se “encorvaría ante el yugo colonial de ninguna potencia”; parte ante el 21 de diciembre de 1818, con una flotilla de 20 buques hacia el Apure, para llegar 26 días después, el 16 de enero de 1819, a San José de Payara en donde Páez tiene su cuartel general. Allí se concentra un ejército de cerca de 5.000 hombres, mitad jinetes y mitad fusileros, que deja a disposición de Páez y se regresa a Angostura a donde llega el 29 de febrero de 1819 con el fin de instalar el célebre Congreso de Angostura a mediados del mes siguiente.

En la oración inaugural del Congreso de Angostura, reunido el 15 de febrero de 1819, conocido como El Discurso de Angostura, Bolívar hace explícito su ideario republicano. Veámoslo:

“Señor. ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la Soberanía Nacional para que ejerza su voluntad absoluta! Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la Nación.

Al transmitir a los representantes del pueblo del poder supremo que se me había confiado, colmo los votos de mi corazón, los de mis conciudadanos y los de nuestras futuras generaciones, que todo lo esperan de vuestra sabiduría, rectitud y prudencia. Cuando cumplo con éste dulce deber, me liberto de la inmensa autoridad que me agobiaba, como de la responsabilidad ilimitada que pesaba sobre mis débiles fuerzas. Solamente una necesidad forzosa, unida a la voluntad imperiosa del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de Dictador Jefe Supremo de la República. ¡Pero ya respiro devolviéndoos esta autoridad, que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener en medio de las tribulaciones más horrorosas que pueden

afligir a un cuerpo social! No ha sido la época de la República, que he presidido, una nueva tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular, ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores: ha sido la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela. Un hombre ¡y un hombre como yo! ¿Qué diques podría oponer al ímpetu de éstas devastaciones? En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos; atribuírmelos no sería justo y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela; sin embargo, mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas a la censura del pueblo.

¡Representantes! Vosotros debéis juzgarlas. Yo someto la historia de mi mando a vuestra imparcial decisión; nada añadiré para excusarla; ya he dicho cuánto puede hacer mi apología. Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de Libertador que me dio Venezuela, al de Pacificador que me dio Cundinamarca, y a los que el mundo entero puede dar.

¡Legisladores! Yo deposito en vuestras manos el mando supremo de Venezuela. Vuestro es ahora el augusto deber de consagraros a la felicidad de la república: en vuestras manos está la balanza de nuestros destinos, la medida de nuestra gloria: ellas sellarán los decretos que fijan nuestra libertad. En este momento el jefe supremo de la república no es más que un simple ciudadano; y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré sin embargo en la carrera de las armas mientras haya enemigos en Venezuela. Multitud de beneméritos hijos tiene la patria capaces de dirigirla, talentos, virtudes, experiencia y cuanto se requiere para mandar

a hombres libres, son el patrimonio de muchos de los que aquí representan el pueblo; y fuera de este soberano cuerpo se encuentran ciudadanos que en todas épocas han mostrado valor para arrostrar los peligros, prudencia para evitarlos y el arte en fin de gobernarse y gobernar a otros. Estos ilustres varones merecerán sin duda los sufragios del congreso y a ellos se encargará del gobierno, que tan cordial y sinceramente acabo de renunciar para siempre.

La continuación de la autoridad en un mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle y él se acostumbra a mandarlo; de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado, que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente. Ya pues, que por este acto de mi adhesión a la libertad de Venezuela puedo aspirar a la gloria de ser contado entre sus más fieles amantes; permitidme, Señor, que exponga con la franqueza de un verdadero republicano mi respetuoso dictamen en este proyecto de constitución que me tomo la libertad de ofreceros en testimonio de la sinceridad y del candor de mis sentimientos. Como se trata de la salud de todos, me atrevo a creer que tengo derecho para ser oído por los representantes del pueblo. Yo sé muy bien que vuestra sabiduría no ha menester de consejos y sé también que mi proyecto, acaso, os parecerá erróneo, impracticable. Pero, Señor, aceptad con benignidad este trabajo, que más bien es el tributo de mi sincera sumisión al congreso que el efecto de una levedad presuntuosa. Por otra parte, siendo vuestras funciones la creación de un cuerpo político y aún se podría decir la creación de una sociedad entera, rodeada de todos los inconvenientes que presenta una situación la más singular y difícil, quizás el grito de un ciudadano pueda advertir la presencia de un peligro encubierto o desconocido.

Echando una ojeada sobre lo pasado, veremos cuál es la base de la República de Venezuela.

Al desprenderse la América de la monarquía española, se ha encontrado

semejante al imperio romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la Libertad cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica. Permítaseme explicar esta paradoja. En el régimen absoluto, el poder autorizado no admite límites. La voluntad del déspota es la ley suprema ejecutada arbitrariamente por los subalternos que participan de la opresión organizada en razón de la autoridad de que gozan.

Ellos están encargados de las funciones civiles, políticas, militares y religiosas; pero al fin son persas los sátrapas de Persia, son turcos los bajaes del gran señor, son tártaros los sultanes de Tartaria. La China no envía a buscar mandarines a la cuna de Gengis Kan que la conquistó. Por el contrario, la América todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa, no permitiéndonos sus funciones en nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos: tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del universo en cuanto era relativo a la ciencia del Gobierno.

Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido,

y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia.

Semejante a un robusto ciego que, instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos. Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud; que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes; que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad. Así, legisladores, vuestra empresa es tanto más ímproba cuanto tenéis que constituir a hombres pervertidos por las ilusiones del error y por incentivos nocivos.

La libertad, dice Rousseau, es un alimento succulento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que en robustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad. Entumidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las mazmorras, y aniquilados por las pestilencias serviles, ¿Serán capaces de marchar con pasos firmes hacia el augusto templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respira sin opresión el éter puro que allí reina?

Meditad bien vuestra elección, legisladores. No olvidéis que vas a echar los fundamentos a un pueblo naciente que podrá elevarse a la grandeza que la naturaleza le ha señalado, si vosotros proporcionáis su base al eminente rango que le espera. Si vuestra elección no está presidida por el genio tutelar de Venezuela, que debe inspiraros el acierto al escoger la naturaleza y la forma de gobierno que vais a adoptar para la felicidad del

pueblo; si no acertáis, repito, la esclavitud será el término de nuestra transformación. Los anales de los tiempos pasados os presentarán millares de gobiernos. Traed a la imaginación las naciones que han brillado sobre la tierra, y contemplaréis afligidos que casi toda la tierra ha sido, y aún es, víctima de sus gobiernos. Observaréis muchos sistemas de manejar hombres, más todos para oprimirlos; y si la costumbre de mirar al género humano conducido por pastores de pueblos, no disminuyese el horro de tan chocante espectáculo, nos pasmaríamos al ver nuestra dócil especie nacer sobre la superficie del globo como viles rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores. La naturaleza a la verdad nos dota, al nacer, del incentivo de la libertad; más sea pereza, sea propensión inherente a la humanidad, lo cierto es que ella reposa tranquila, aunque ligada con las trabas que le imponen. Al contemplarla en este estado de prostitución, parece que tenemos razón para persuadirnos que los más de los hombres tienen por verdadera aquella humillante máxima, que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía. ¡Ojalá que esta máxima contraria a la moral de la naturaleza, fuese falsa! ¡Ojalá que esta máxima no estuviese sancionada por la indolencia de los hombres con respecto a sus derechos más sagrados!

Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión; pero son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos; porque son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía. El hábito de la dominación los hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional; y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad, bajo la tutela de leyes dictadas por su propia voluntad. Los fastos del universo proclaman esta espantosa verdad.

Sólo la democracia en mi concepto, es susceptible de una absoluta libertad; pero, ¿Cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo, poder, prosperidad y permanencia? ¿Y no se ha visto por el contrario la aristocracia, la monarquía cimentar grandes y poderosos imperios por siglos y siglos?

¿Qué gobierno más antiguo que el de China? ¿Qué república ha excedido

en duración a la Esparta, a la de Venecia? ¿El Imperio Romano no conquistó la tierra? ¿No tiene la Francia catorce siglos de monarquía? ¿Quién es más grande que la Inglaterra? Estas naciones, sin embargo, han sido o son aristocracias y monarquías. A pesar de tan crueles reflexiones, yo me siento arrebatado de gozo por los grandes pasos que ha dado nuestra república al entrar en su noble carrera.

Amando lo más útil, animada de lo más justo, y aspirando a lo más perfecto al separarse Venezuela de la nación española, ha recobrado su independencia, su libertad, su igualdad, su Soberanía Nacional. Constituyéndose en una república democrática, proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios: declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir. Estos actos eminentemente liberales jamás serán demasiado admirados por la pureza que los ha dictado. El primer congreso de Venezuela ha estampado en los anales de nuestra legislación, con caracteres indelebles, la majestad del pueblo dignamente expresada, al sellar el acto social más capaz de formar la dicha de una nación.

Necesito de recoger todas mis fuerzas para sentir con toda la vehemencia de que soy susceptible, el supremo bien que encierra en sí este código inmortal de nuestros derechos y de nuestras leyes. ¡Pero cómo osaré decirlo! ¿Me atreveré yo a profanar con mi censura las tablas sagradas de nuestras leyes...? Hay sentimientos que no se pueden contener en el pecho de un amante de la patria; ellos rebosan agitados por su propia violencia, y a pesar del mismo que los abriga, una fuerza imperiosa los comunica. Estoy penetrado de la idea de que el gobierno de Venezuela debe reformarse; y que, aunque muchos ilustres ciudadanos piensan como yo, no todos tienen el arrojo necesario para profesar públicamente la adopción de nuevos principios. Esta consideración me insta a tomar la iniciativa en un asunto de la mayor gravedad, y en que hay sobrada audacia en dar avisos a los consejeros del pueblo.

Cuánto más admiro la excelencia de la constitución federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro Estado. Y según mi modo de ver, es un prodigio que su modelo en el Norte de América subsista tan prósperamente y no se trastorne al aspecto del primer embarazo o peligro. A pesar de que aquel pueblo es un modelo

singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la libertad ha sido su cuna, se ha criado en la libertad y se alimenta de pura libertad: lo diré todo, aunque bajo de muchos respetos, este pueblo es único en la historia del género humano, es un prodigio, repito, que un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas. Pero sea lo que fuere de este gobierno con respecto a la nación americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de dos Estados tan distintos como el inglés americano y el americano español.

¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice el espíritu de las leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen; que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra; que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!

La Constitución venezolana sin embargo de haber tomado sus bases de la más perfecta, si se atiende a la corrección de los principios y a los efectos benéficos de su administración, difirió esencialmente de la americana en un punto cardinal, y sin duda el más importante. El Congreso de Venezuela como el americano participa de algunas de las atribuciones del poder ejecutivo. Nosotros, además subdividimos este poder habiéndolo cometido a un cuerpo colectivo sujeto por consiguiente a los inconvenientes de hacer periódica la existencia del gobierno, de suspenderla y disolverla siempre que se separan sus miembros.

Nuestro triunvirato carece, por decirlo así, de unidad, de continuación y de responsabilidad individual; está privado de acción momentánea, de vida continua, de uniformidad real, de responsabilidad inmediata, y de un gobierno que no posee cuanto constituye su moralidad, debe llamarse nulo. Aunque las facultades del presidente de los Estados Unidos están

limitadas con restricciones excesivas, ejerce por sí solo todas las funciones gubernativas que la constitución le atribuye, y es indubitable que su administración debe ser más uniforme, constante y verdaderamente propia que la de un poder diseminado entre varios individuos cuyo compuesto no puede ser menos que monstruoso.

El poder judicial en Venezuela es semejante al americano, indefinido en duración, temporal y no vitalicio; goza de toda la independencia que le corresponde. El primer Congreso en su constitución federal más consultó el espíritu de las provincias, que la idea sólida de formar una república indivisible y central. Aquí cedieron nuestros legisladores al empeño inconsiderado de aquellos provinciales seducidos por el deslumbrante brillo de la felicidad del pueblo americano, pensando que las bendiciones de que goza son debidas exclusivamente a la forma de gobierno y no al carácter y costumbres de los ciudadanos. Y en efecto, el ejemplo de los Estados Unidos por su peregrina prosperidad era demasiado lisonjero para que no fuese seguido. ¿Quién puede resistir al atractivo victorioso del goce pleno y absoluto de la soberanía, de la independencia, de la libertad? ¿Quién puede resistir al amor que inspira un gobierno inteligente que liga a un mismo tiempo los derechos particulares a los derechos generales; que forma de la voluntad común la ley suprema de la voluntad individual? ¿Quién puede resistir al imperio de un gobierno bienhechor que, con una mano hábil, activa y poderosa, dirige siempre, y en todas partes, todos sus resortes hacia la perfección social, que es el fin único de las instituciones humanas?

Mas por halagüeño que parezca y sea en efecto este magnífico sistema federativo, no era dado a los venezolanos ganarlo repentinamente al salir de las cadenas. No estábamos preparados para tanto bien; el bien, como el mal, da la muerte cuando es súbito y excesivo. Nuestra constitución moral no tenía todavía la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un gobierno completamente representativo, y tan sublime cuanto que podía ser adaptado a una república de santos.

¡Representantes del pueblo! Vosotros estáis llamados para consagrar o suprimir cuanto os parezca digno de ser conservado, reformado o desechado en nuestro pacto social. A vosotros pertenece el corregir la obra de nuestros primeros legisladores; yo querría decir que a vosotros

toca cubrir una parte de la belleza que contiene nuestro código político; porque no todos los corazones están formados para amar a todas las bellezas; ni todos los ojos son capaces de soportar la luz celestial de la perfección. El libro de los apóstoles, la moral de Jesús, la obra divina que nos ha enviado la providencia para mejorar a los hombres, tan sublime, tan santa, es un diluvio de fuego en Constantinopla, y el Asia entera ardería en vivas llamas, si este libro de paz se le impusiese repentinamente por código de religión, de leyes y de costumbres.

Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

Los ciudadanos de Venezuela gozan todos por la constitución, intérprete de la naturaleza, de una perfecta igualdad política. Cuando ésta igualdad no hubiese sido un dogma en Atenas, en Francia y en América, deberíamos nosotros consagrarlo para corregir la diferencia que aparentemente existe. Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela. Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud y no todos la practican; todos deben ser valerosos y todos no lo son; todos deben poseer talentos y todos no los poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres

desiguales, en genio, temperamento, fuerzas y caracteres.

Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social. Es una inspiración eminentemente benéfica la reunión de todas las clases en un Estado, en que la diversidad se multiplicaba en razón de la propagación de la especie. Por este solo paso se ha arrancado de raíz la cruel discordia.

¡Cuántos celos, rivalidades, y odios se han evitado! Habiendo ya cumplido con la justicia, con la humanidad, cumplamos ahora con la política, con la sociedad, allanando las dificultades que opone un sistema tan sencillo y natural, mas tan débil que el menor tropiezo lo trastorna, lo arruina. La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración.

El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política. Por las leyes que dictó el primer congreso tenemos derecho de esperar que la dicha sea el dote de Venezuela; y por las vuestras, debemos lisonjearnos que la seguridad y la estabilidad eternizarán esa dicha. A vosotros toca resolver el problema. ¿Cómo después de haber roto todas las trabas de nuestra antigua opresión, podemos hacer la obra maravillosa de evitar que los restos de nuestros duros hierros no se cambien en armas liberticidas? Las reliquias de la dominación española permanecerán largo tiempo antes que llegemos a anonadarlas; el contagio del despotismo ha impregnado nuestra atmósfera, y ni el fuego de la guerra, ni el específico de nuestras saludables leyes han purificado el aire que respiramos. Nuestras manos ya están libres, y todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre. El hombre, al perder la libertad, decía Homero, pierde la mitad de su espíritu.

Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo: la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas. Luego extendiendo la vista sobre el vasto campo que nos falta por recorrer, fijemos la atención sobre los peligros que debemos evitar. Que la historia nos sirva de guía en esta carrera. Atenas la primera nos da el ejemplo más brillante de una democracia absoluta, y al instante, la misma Atenas nos ofrece el ejemplo más melancólico de la extrema debilidad de esta especie de gobierno. El más sabio legislador de Grecia no vio conservar su república diez años, y sufrió la humillación de reconocer la insuficiencia de la democracia absoluta para regir ninguna especie de sociedad, ni aun la más culta, morigera y limitada, porque sólo brilla con relámpagos de libertad. Reconozcamos, pues, que Solón ha desengañado al mundo; y le ha enseñado cuán difícil es dirigir por simples leyes a los hombres.

La República de Esparta que parecía una invención quimérica, produjo más efectos reales que la obra ingeniosa de Solón. Gloria, virtud, moral y por consiguiente la felicidad nacional, fue el resultado de la legislación de Licurgo. Aunque dos reyes en un Estado son dos monstruos para devorarlo, Esparta poco tuvo que sentir en su doble trono; en tanto que Atenas se prometía la suerte más espléndida, con una soberanía absoluta, libre elección de magistrados, frecuentemente renovados, leyes suaves, sabias y políticas. Pisistrato usurpador y tirano, fue más saludable a Atenas que sus leyes; y Pericles, aunque también usurpador, fue el más útil ciudadano.

La República de Tebas no tuvo más vida que la de Pelópidas y Epaminondas; porque a veces son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos. Los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!

La constitución romana es la que mayor poder y fortuna ha producido a ningún pueblo del mundo; allí no había una exacta distribución de los poderes. Los cónsules, el senado, el pueblo, ya eran legisladores, ya magistrados, ya jueces; todos participaban de todos los poderes. El ejecutivo, compuesto de dos cónsules, padecía del mismo inconveniente que el de Esparta. A pesar de su deformidad no sufrió la república la desastrosa discordancia que toda previsión habría supuesto inseparable, de una magistratura compuesta de dos individuos, igualmente autorizados con las facultades de un monarca.

Un gobierno cuya única inclinación era la conquista, no parecía destinado a cimentar la felicidad de su nación. Un gobierno monstruoso y puramente guerrero elevó a Roma al más alto esplendor de virtud y de gloria; y formó de la tierra un dominio romano para mostrar a los hombres de cuánto son capaces las virtudes políticas y cuán indiferentes suelen ser las instituciones.

Y pasando de los tiempos antiguos a los modernos encontraremos la Inglaterra y la Francia, llamando la atención de todas las naciones y dándoles lecciones elocuentes de todas especies en materias de gobierno. La revolución de estos dos grandes pueblos, como un radiante meteoro, ha inundado al mundo con tal profusión de luces políticas, que ya todos los seres que piensan han aprendido cuáles son los derechos del hombre y cuáles sus deberes; en qué consiste la excelencia de los gobiernos y en qué consisten sus vicios. Todos saben apreciar el valor intrínseco de las teorías especulativas de los filósofos y legisladores modernos. En fin, este astro, en su luminosa carrera, aún ha encendido los pechos de los apáticos españoles, que también se han lanzado en el torbellino político; han hecho sus efímeras pruebas de libertad, han reconocido su incapacidad para vivir bajo el dulce dominio de las leyes y han vuelto a sepultarse en sus prisiones y hogueras inmemoriales.

Aquí es el lugar de repetiros, legisladores, lo que os dice el elocuente Volney en la dedicatoria de sus ruinas de Palmira: ‘A los pueblos nacientes de las indias castellanas, a los jefes generosos que los guían a la libertad: que los errores e infortunios del mundo antiguo enseñen la sabiduría y la felicidad al mundo nuevo’. Que no se pierdan, pues, las lecciones de la experiencia; y que las escuelas de Grecia, de Roma, de

Francia, de Inglaterra y de América nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas y sobre todo útiles. No olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye.

Roma y la Gran Bretaña son las naciones que más han sobresalido entre las antiguas y modernas; ambas nacieron para mandar y ser libres; pero ambas se constituyeron no con brillantes formas de libertad, sino con establecimientos sólidos. Así, pues, os recomiendo, Representantes, el estudio de la constitución británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan; pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil. Cuando hablo del gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de republicanismo, y a la verdad ¿Puede llamarse pura monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta, y cuánto es sublime en la política? ¿Puede haber más libertad en ninguna especie de república? ¿Y puede pretenderse a más en el orden social? Yo os recomiendo esta constitución como la más digna de servir de modelo a cuantos aspiran al goce de los derechos del hombre y a toda la felicidad política que es compatible con nuestra frágil naturaleza.

En nada alteraríamos nuestras leyes fundamentales si adoptásemos un poder legislativo semejante al Parlamento británico. Hemos dividido como los americanos la representación nacional en dos cámaras: la de Representantes y el Senado. La primera está compuesta muy sabiamente, goza de todas las atribuciones que le corresponden y no es susceptible de una reforma esencial, porque la constitución le ha dado el origen, la forma y las facultades que requiere la voluntad del pueblo para ser legítima y competentemente representada. Si el Senado en lugar de ser efectivo fuese hereditario, sería en mi concepto la base, el lazo, el alma de nuestra república. Este cuerpo en las tempestades políticas pararía los rayos del gobierno y rechazaría las olas populares. Adicto al gobierno por el justo interés de su propia conservación, se opondría siempre a las invasiones que el pueblo intenta contra la jurisdicción y la autoridad de sus magistrados.

Debemos confesarlo: los más de los hombres desconocen sus verdaderos intereses, y constantemente procuran asaltarlos en las manos de sus depositarios: el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad. Por tanto, es preciso que en todos los gobiernos exista un cuerpo neutro que se ponga siempre de parte del ofendido y desarme al ofensor. Este cuerpo neutro, para que pueda ser tal, no ha de deber su origen a la elección del gobierno, ni a la del pueblo; de modo que goce de una plenitud de independencia que ni tema ni espere nada de estas dos fuentes de autoridad. El senado hereditario como parte del pueblo, participa de sus intereses, de sus sentimientos y de su espíritu. Por esa causa no se debe presumir que un senado hereditario se desprenda de los intereses populares, ni olvide sus deberes legislativos. Los senadores en Roma y los lores en Londres han sido las columnas más firmes sobre las que se ha fundado el edificio de la libertad política y civil.

Estos senadores serán elegidos la primera vez por el congreso. Los sucesores al senado llaman la primera atención del gobierno, que debería educarlos en un colegio especialmente destinado para instruir aquellos tutores, legisladores futuros de la patria. Aprenderían las artes, las ciencias y las letras que adornan el espíritu del hombre público; desde su infancia ellos sabrían a qué carrera la providencia los destinaba, y desde muy tiernos elevarían su alma a la dignidad que los espera.

De ningún modo sería una violación de la igualdad política la creación de un senado hereditario; no es una nobleza la que pretendo establecer porque, como ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura de las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada.

Por otra parte, los libertadores de Venezuela son acreedores a ocupar siempre un alto rango en la república que les debe su existencia. Creo que la posteridad verá con sentimiento anonadado los nombres ilustres de sus primeros bienhechores: digo más, es del interés público, es de la gratitud de Venezuela, es del honor nacional, conservar con gloria, hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que, superando todos los obstáculos, han fundado la república a costa de los más heroicos sacrificios. Y si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás.

Un senado hereditario, repito, será la base fundamental del poder legislativo, y por consiguiente será la base de todo gobierno. Igualmente servirá de contrapeso para el gobierno y para el pueblo: será una potestad intermedia que embote los tiros que recíprocamente se lanzan estos eternos rivales. En todas las luchas la calma de un tercero viene a ser el órgano de la reconciliación, así el senado de Venezuela será la traba de este edificio delicado y harto susceptible de impresiones violentas; será el iris que calmará las tempestades y mantendrá la armonía entre los miembros y la cabeza de este cuerpo político.

Ningún estímulo podrá adulterar un cuerpo legislativo investido de los primeros honores, dependiente de sí mismo sin temer nada del pueblo ni esperar nada del gobierno; que no tiene otro objeto que el de reprimir todo principio de mal y propagar todo principio de bien; y que está altamente interesado en la existencia de una sociedad en la cual participa de sus efectos funestos o favorables. Se ha dicho con demasiada razón que la cámara alta de Inglaterra es preciosa para la nación porque ofrece un baluarte a la libertad; y yo añado que el senado de Venezuela, no sólo sería un baluarte de la libertad, sino un apoyo para eternizar la república.

El poder ejecutivo británico está revestido de toda la autoridad soberana que le pertenece; pero también está circunvalado de una triple línea de diques, barreras y estacadas. Es jefe del gobierno, pero sus ministros y subalternos dependen más de las leyes que de su autoridad, porque son personalmente responsables, y ni aun las mismas órdenes de la autoridad real los eximen de esa responsabilidad. El generalísimo del ejército y de la marina; hace la paz y declara la guerra; pero el parlamento es el que

decreta anualmente las sumas con que deben pagarse estas fuerzas militares.

Si los tribunales y jueces dependen de él, las leyes emanan del parlamento que las ha consagrado. Con el objeto de neutralizar su poder, es inviolable y sagrada la persona del rey; y al mismo tiempo que le dejan libre la cabeza le ligan las manos con que debe obrar. El soberano de la Inglaterra tiene tres formidables rivales, su gabinete que debe responder al pueblo y al parlamento; el senado que defiende los intereses del pueblo como representante de la nobleza de que se compone; y la cámara de los Comunes que sirve de órgano y de tribuna al pueblo británico. Además, como los jueces son responsables del cumplimiento de las leyes, no se separan de ellas, y los administradores del erario, siendo perseguidos no solamente por sus propias infracciones, son aún por las que hace el mismo gobierno, se guardarán bien de malversar los fondos públicos. Por más que se examine la naturaleza del poder ejecutivo en Inglaterra, no se puede halar nada que no incline a juzgar que es el más perfecto modelo, sea para un reino, sea para una aristocracia, sea para una democracia. Aplíquese a Venezuela este poder ejecutivo en la persona de un presidente, nombrado por el pueblo o por sus representantes, y habremos dado un gran paso hacia la felicidad nacional.

Cualquiera que sea el ciudadano que llene estas funciones, se encontrará auxiliado por la constitución: autorizado para hacer bien, no podrá hacer mal, porque siempre que se someta a las leyes, sus ministros cooperarán con él; si por el contrario pretende infringirlas, sus propios ministros lo dejarán aislado en medio de la república, y aun lo acusarán delante del senado. Siendo los ministros los responsables de las transgresiones que se cometan, ellos son los que gobiernan, porque ellos son los que las pagan. No es la menor ventaja de este sistema la obligación en que pone a los funcionarios inmediatos al poder ejecutivo de tomar la parte más interesada y activa en las deliberaciones del gobierno, y a mirar como propio este departamento. Puede suceder que nos sea el presidente un hombre de grandes talentos, ni de grandes virtudes, y no obstante la carencia de estas cualidades esenciales, el presidente desempeñará sus deberes de un modo satisfactorio; pues en tales casos el ministerio, haciendo todo por sí mismo, lleva la carga del Estado.

Por exorbitante que parezca la autoridad del poder ejecutivo de Inglaterra, quizás no es excesiva en la República de Venezuela. Aquí el congreso ha ligado las manos y hasta la cabeza a los magistrados. Este cuerpo deliberante ha asumido una parte de las funciones ejecutivas contra la máxima de Montesquieu que dice que un cuerpo representativo no debe tomar ninguna resolución activa; debe hacer leyes, y ver si se ejecutan las que hace. Nada es tan contrario a la armonía entre los poderes, como su mezcla. Nada es tan peligroso con respecto al pueblo como la debilidad del ejecutivo, y si en un reino se ha juzgado necesario concederle tantas facultades, en una república son éstas infinitamente más indispensables.

Fijemos nuestra atención sobre esa diferencia y hallaremos que el equilibrio de los poderes debe distribuirse de dos modos. En las repúblicas el ejecutivo debe ser el más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el legislativo, porque todo conspira a favor del monarca. La veneración que profesan los pueblos a la magistratura real es un prestigio, que influye poderosamente a aumentar el respeto supersticioso que se tributa a esta autoridad. El esplendor del trono de la Corona, de la púrpura; el apoyo formidable que le presta la nobleza; las inmensas riquezas que generaciones enteras acumulan en una misma dinastía; la protección fraternal que recíprocamente reciben todos los reyes, son ventajas muy considerables que militan a favor de la autoridad real y la hacen casi ilimitada. Estas mismas ventajas son, por consiguiente, las que deben confirmar la necesidad de atribuir a un magistrado republicano una suma mayor de autoridad que la posee un príncipe constitucional.

Un magistrado republicano es un individuo aislado en medio de una sociedad; encargado de contener el ímpetu del pueblo hacia la licencia, la propensión de los jueces y administradores hacia el abuso de las leyes. Está sujeto inmediatamente al cuerpo legislativo, al senado, al pueblo: es un hombre solo resistiendo el ataque combinado de las opiniones, de los intereses y de las pasiones del Estado social, que como dice Carnot, no hace más que luchar continuamente entre el deseo de dominar y el deseo de substraerse a la dominación. Es en fin un atleta lanzado contra otra multitud de atletas.

Solo puede servir de correctivo a esta debilidad el vigor bien cimentado y más bien proporcionado a la resistencia que necesariamente le oponen al poder ejecutivo, el legislativo, el judicial y el pueblo de una república. Si no se ponen al alcance del Ejecutivo todos los medios que una justa atribución le señala, cae inevitablemente en la nulidad o en su propio abuso; quiero decir, en la muerte del gobierno, cuyos herederos son la anarquía, la usurpación y la tiranía. Se quiere contener la autoridad ejecutiva con restricciones y trabas; nada es más justo; pero que se advierta que los lazos que se pretenden conservar se fortifican, si, más no se estrechan.

Que se fortifique, pues, todo el sistema del gobierno, y que el equilibrio se establezca de modo que no se pierda, y de modo que no sea su propia delicadeza una causa de decadencia. Por lo mismo que ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez; y sus instituciones consultarse para la estabilidad. Si no es así, contemos con que se establece un ensayo de gobierno, y no un sistema permanente; contemos con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica, y no con un establecimiento social, donde tengan su imperio la felicidad, la paz y la justicia.

No seamos presuntuosos, legisladores; seamos moderados en nuestras pretensiones. No es probable conseguir lo que no ha logrado el género humano; lo que no han alcanzado las más grandes y sabias naciones. La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas. Echad una mirada sobre las repúblicas antiguas, sobre las repúblicas modernas, sobre las repúblicas nacientes; casi todas han pretendido establecerse absolutamente democráticas y a casi todas se les han frustrado sus justas aspiraciones.

Son laudables ciertamente hombres que anhelan por instituciones legítimas y por una perfección social; pero ¿quién ha dicho a los hombres que ya poseen toda la sabiduría, que ya practican toda la virtud, que exigen imperiosamente la liga del poder con la justicia? ¡Ángeles, no hombres pueden únicamente existir libres, tranquilos y dichosos, ejerciendo todos la potestad soberana!

Ya disfruta el pueblo de Venezuela de los derechos que legítima y fácilmente puede gozar; moderemos ahora el ímpetu de las pretensiones excesivas que quizás le suscitaría la forma de un gobierno incompetente para él. Abandonemos las formas federales que no nos convienen; abandonemos al triunvirato del poder ejecutivo; y concentrándolo en un presidente, confiémosle la autoridad suficiente para que logre mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación, al estado de guerra que sufrimos y a la especie de los enemigos externos y domésticos, contra quienes tendremos largo tiempo que combatir. Que el poder legislativo se desprenda de las atribuciones que correspondan al ejecutivo; y adquiera no obstante nueva consistencia, nueva influencia en el equilibrio de las autoridades. Que los tribunales sean reforzados por la estabilidad y la independencia de los jueces; por el establecimiento de jurados; de códigos civiles y criminales que no sean dictados por la antigüedad ni por reyes conquistadores, sino por la voz de la naturaleza, por el grito de la justicia y por el genio de la sabiduría.

Mi deseo es que todas las partes del gobierno y administración adquieran el grado de vigor que únicamente puede mantener el equilibrio, no sólo entre los miembros que componen el gobierno, sino entre las diferentes fracciones de que se compone nuestra sociedad. Nada importaría que los resortes de un sistema político se relajasen por su debilidad si ésta relajación no arrastrase consigo la disolución del cuerpo social y la ruina de los asociados. Los gritos del género humano en los campos de batalla, o en los campos tumultuarios claman al cielo contra los inconsiderados y ciegos legisladores, que han pensado que se pueden hacer impunemente ensayos de quiméricas instituciones.

Todos los pueblos del mundo han pretendido la libertad; los unos por las armas, los otros por las leyes, pasando alternativamente de la anarquía al despotismo o del despotismo a la anarquía; muy pocos son los que se han contentado con pretensiones moderadas, constituyéndose de un modo conforme a sus medios, a su espíritu y a sus circunstancias.

No aspiremos a lo imposible, no sea que, por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos

es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada. Hagamos que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben; que la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala; que una legislación civil y criminal, análoga a nuestra actual constitución, domine imperiosamente sobre el poder judicial, y entonces habrá un equilibrio, y no habrá el choque que embaraza la marcha del Estado, y no habrá esa complicación que traba, en vez de ligar, la sociedad.

Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. Los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son de una difícil asignación; pero se puede concebir que la regla que debe dirigirlos es la restricción, y la concentración recíproca a fin de que haya la menor fricción posible entre la voluntad y el poder legítimo. Esta ciencia se adquiere insensiblemente por la práctica y por el estudio. El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces.

El amor a la patria, el amor a las leyes, el amor a los magistrados, son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano. Los venezolanos aman la patria, pero no aman sus leyes; porque éstas han sido nocivas y eran la fuente del mal. Tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inicuos, y los nuevos apenas son conocidos en la carrera en que han entrado. Si no hay un respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo; es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo.

Para sacar de éste caos nuestra naciente república, todas nuestras facultades morales no serán bastantes si no fundimos la masa del pueblo en un todo; la composición del gobierno en un todo; la legislación en un todo; y el espíritu nacional en un todo. Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla; nuestra constitución ha dividido los poderes, enlacémoslos para unirlos; nuestras leyes son funestas reliquias de todos

los despotismos antiguos y modernos, que este edificio monstruoso se derribe, caiga y apartando sus ruinas, elevemos un templo a la justicia; y bajo los auspicios de su santa inspiración, dictemos un código de Leyes Venezolanas. Si queremos consultar monumentos y modelos de legislación, la Gran Bretaña, la Francia, la América septentrional los ofrecen admirables.

La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del congreso. Moral y luces son los polos de una república, moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra república una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana.

Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la república; que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos; debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la constitución, sino lo que viola el respeto público. La jurisdicción de éste tribunal verdaderamente santo, deberá ser efectiva con respecto a la educación y a la instrucción, y de opinión solamente en las penas y castigos. Pero sus anales, o registros donde se consignen sus actas y deliberaciones, los principios morales y las acciones de los ciudadanos, serán los libros de la virtud y del vicio. Libros que consultarán el pueblo para sus elecciones, los magistrados para sus resoluciones y los jueces para sus juicios. Una institución semejante, por más que parezca quimérica, es infinitamente más realizable que otras que algunos legisladores antiguos y modernos han establecido con menos utilidad del género humano.

¡Legisladores! Por el proyecto de constitución que reverentemente someto a vuestra sabiduría, observaréis el espíritu que lo ha dictado. Al proponeros la división de los ciudadanos en activos y pasivos, he pretendido excitar la prosperidad nacional por las dos más grandes palancas de la industria: el trabajo y el saber. Estimulando estos dos poderosos resortes de la sociedad, se alcanza lo más difícil entre los hombres, hacerlos honrados y felices. Poniendo restricciones justas y prudentes en las asambleas primarias y electorales, ponemos el primer dique a la licencia popular, evitando la concurrencia tumultuaria y ciega que en todos los tiempos ha impreso el desacierto en las elecciones y ha ligado por consiguientes, el desacierto a los magistrados y a la marcha del gobierno; pues este acto primordial es el acto generativo de la libertad o de la esclavitud de un pueblo.

Aumentando en la balanza de los poderes el peso del Congreso por el número de los legisladores, y por la naturaleza del Senado, he procurado darle una base fija a este primer cuerpo de la nación y revestirlo de una consideración importantísima para el éxito de sus funciones soberanas.

Separando con límites bien señalados la jurisdicción ejecutiva de la jurisdicción legislativa no me he propuesto dividir sino enlazar con los vínculos de la armonía que nace de la independencia estas potestades supremas, cuyo choque prolongado jamás ha dejado de aterrar a uno de los contendientes. Cuando deseo atribuir al Ejecutivo una suma de facultades superior a la que antes gozaba, no he deseado autorizar un déspota para que tiranice la república, sino impedir que el despotismo deliberante no sea la causa inmediata de un círculo de vicisitudes despóticas en que alternativamente la anarquía sea reemplazada por la oligarquía y por la monocracia.

Al pedir la estabilidad de los jueces, la creación de jurados y un nuevo código, he pedido al Congreso la garantía de la libertad civil, la más preciosa, la más justa, la más necesaria; en una palabra, la única libertad, pues que sin ella las demás son nulas. He pedido la corrección de los más lamentables abusos que sufre nuestra judicatura, por su origen vicioso de ese piélagos de legislación española que semejante al tiempo recoge de todas las edades y de todos los hombres, así las obras de la demencia como las del talento, así las producciones sensatas como las

extravagantes, así los monumentos del ingenio como los del capricho.

Esta enciclopedia judiciaria, monstruo de diez mil cabezas, que hasta ahora ha sido el azote de los pueblos españoles, es el suplicio más refinado que la cólera del cielo ha permitido descargar sobre este desdichado Imperio.

Meditando sobre el modo efectivo de regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía y la guerra nos han dado, he sentido la audacia de inventar un poder moral, sacado del fondo de la oscura antigüedad, y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron algún tiempo la virtud entre los griegos y romanos. Bien puede ser tenido por un cándido delirio, más no es imposible, y yo me lisonjeo que no desdeñareis enteramente un pensamiento que, mejorado por la experiencia y las luces, puede llegar a ser muy eficaz.

Horrorizado de la divergencia que ha reinado y debe reinar entre nosotros por el espíritu sutil que caracteriza al Gobierno Federativo, he sido arrastrado a rogaros para que adoptéis el centralismo y la reunión de todos los estados de Venezuela en una República sola e indivisible. Esta medida, en mi opinión, urgente, vital, redentora, es de tal naturaleza que sin ella el fruto de nuestra regeneración será la muerte.

Mi deber es, legisladores, presentaros un cuadro prolijo y fiel de mi administración política, civil y militar, más sería cansar demasiado vuestra importante atención, y privaros en este momento de un tiempo tan precioso como urgente. En consecuencia, los secretarios de estado darán cuenta al Congreso de sus diferentes departamentos, exhibiendo al mismo tiempo los documentos y archivos que servirán de ilustración para tomar un exacto conocimiento del estado real y positivo de la República.

Yo no os hablaría de los actos más notables de mi mando, si éstos no incumbiesen a la mayoría de los venezolanos. Se trata, Señor, de las resoluciones más importantes de éste último período. La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro

cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del dios de la humanidad, y luego la redención disipó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos, y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de libertad. Si, los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de una patria.

Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de ésta medida es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los helotas, de Espartaco y de Haití; cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

Representaros la historia militar de Venezuela sería recordaros la historia de heroísmo republicano entre los antiguos; sería deciros que Venezuela ha entrado en el gran cuadro de los sacrificios hechos sobre el altar de la libertad. Nada ha podido llenar los nobles pechos de nuestros generosos guerreros, sino los honores sublimes que se tributan a los bienhechores del género humano. No combatiendo por el poder, ni por la fortuna, ni aún por la gloria, sino tan solo por la libertad, títulos de libertadores de la república son sus dignos galardones. Yo, pues, fundando una sociedad sagrada con éstos ínclitos varones, he instituido el orden de los libertadores de Venezuela. ¡Legisladores! A vosotros pertenecen las facultades de conceder honores y decoraciones, vuestro es el deber de ejercer este acto augusto de gratitud nacional.

Hombres que se han desprendido de todos los goces, de todos los bienes que antes poseían, como el producto de su virtud y talentos; hombres que han experimentado cuánto es cruel en una guerra horrorosa, padeciendo las privaciones más dolorosas y los tormentos, más acerbos; hombres tan beneméritos de la patria, han debido llamar la atención del gobierno. En consecuencia, he mandado recompensarlos con los bienes de la nación. Si he contraído para con el pueblo alguna especie de mérito, pido a sus

representantes oigan mi súplica como el premio de mis débiles servicios. Que el Congreso ordene la distribución de los bienes nacionales, conforme a la ley que a nombre de la república he decretado a beneficio de los militares venezolanos.

Ya que por infinitos triunfos hemos logrado anonadar las huestes españolas, desesperada la corte de Madrid ha pretendido sorprender vanamente la conciencia de los magnánimos soberanos que acaban de extirpar la usurpación y la tiranía en Europa, y deben ser los protectores de la legitimidad y de la justicia de la causa americana. Incapaz de alcanzar con sus armas nuestra sumisión, recurre la España a su política insidiosa: no pudiendo vencernos, ha querido emplear sus artes suspicaces. Fernando se ha humillado hasta confesar que ha menester de la protección extranjera para retornarnos a su ignominioso yugo ¡A un yugo que todo poder es nulo para imponerlo! Convencida Venezuela de poseer las fuerzas suficientes para repeler a sus opresores, ha pronunciado, por el órgano del gobierno, su última voluntad de combatir hasta expirar, por defender su vida sólo contra la España, sino contra todos los hombres, si todos los hombres se hubiesen degradado tanto que abrazasen la defensa de un gobierno devorador, cuyos únicos móviles son una espada exterminadora y las llamas de la inquisición. Un gobierno que ya no quiere dominios, sino desiertos; ciudades, sino ruinas; vasallos, sino tumbas. La declaración de la república de Venezuela es el acta más gloriosa, más heroica, más digna de un pueblo libre; es la que con mayor satisfacción tengo el honor de ofrecer al congreso ya sancionada por la expresión unánime del pueblo de Venezuela.

Desde la segunda época de la República nuestro ejército carecía de elementos militares: siempre ha estado desarmado; siempre le han faltado municiones; siempre ha estado mal equipado. Ahora los soldados defensores de la independencia no solamente están armados de la justicia, sino también de la fuerza. Nuestras tropas pueden medirse con las más selectas de Europa, ya que no hay desigualdad en los medios destructores. Tan grandes ventajas las debemos a la liberalidad sin límites de algunos generosos extranjeros que han visto gemir la humanidad y sucumbir la causa de la razón, y no la han visto tranquilos espectadores, sino que han volado con sus protectores auxilios y han prestado a la república cuanto ella necesitaba para hacer triunfar sus principios

filantrópicos. Estos amigos de la humanidad son los genios custodios de la América, y a ellos somos deudores de un eterno reconocimiento, como igualmente de un cumplimiento religioso a las sagradas obligaciones que con ellos hemos contraído. La deuda nacional, legisladores, es el depósito de la fe, del honor y de la gratitud de Venezuela. Respetadla como la arca santa que encierra no tanto los derechos de nuestros bienhechores, cuanto la gloria de nuestra fidelidad.

Perezamos primero que quebrantar un empeño que ha salvado la patria y la vida de sus hijos. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho, estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la llevo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado, y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad empuñando el cetro de la justicia; coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.

Dignaos, legisladores, acoger con indulgencia la profesión de mi conciencia política, los últimos votos de mi corazón y los ruegos fervorosos que a nombre del pueblo me atrevo a dirigiros. Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión,

la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar, bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad.

Señor, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías. SIMON BOLÍVAR”.

El profesor norteamericano Waldo Frank en su biografía sobre Bolívar (1951) al referirse a esta original pieza política hispanoamericana escribe lo siguiente: “Hay en la lógica del discurso una profunda grieta interior. Bolívar afirma que la anarquía de su pueblo nace de las características mismas de su cultura; está en la sangre y en el meollo de su historia y pretende curarla con leyes. Diagnostica como vidente y receta como racionalista. La redacción dista mucho de su lúcida prosa expositiva; y no porque la compusiese dentro de un zampan y en la selva, sino debido a sus propias dudas. Era el hombre que ve; pero era también el vidente que está obligado a actuar, ahora bien, por su hazaña visionaria solo disponía de los elementos de su tiempo: la revolución militar y una legislación benévola”.

El presidente del Congreso, el antioqueño Francisco Antonio Zea, le responde a uno de sus apartes finales con el realismo de un comerciante que conoce la sicología de los hombres: “Cuando nuestras instituciones hayan recibido a sanción del tiempo, cuando todo lo débil, todo lo pequeño de nuestra edad, las pasiones, los intereses y las vanidades hayan desaparecido y solo queden los grandes hechos y los grandes hombres, el nombre de Bolívar se pronunciará en el mundo con veneración”.

Bolívar a pesar de sus resistencias es nombrado presidente temporal hasta la celebración de nuevas elecciones citadas al amparo de la nueva constitución. Zea vicepresidente y tres secretarios de Estado, completan el poder ejecutivo. El Congreso desecha el proyecto del senado hereditario, la residencia vitalicia y el cuarto poder, el moral por ser equiparado a una nueva Inquisición. El presidente se renovará cada cuatro años y los congresistas serán ellos sí, vitalicios. La República abandona su forma federal para proclamarse una e indivisible.

Pero mientras nace un nuevo país, el jefe colonial Morillo según lo esperado da inicio a su ofensiva cruzando el río Apure con más de 6.000 hombres de los cuales 4.700 eran infantes y 1.300 jinetes. El 26 de enero de 1819 combate con varias partidas o “destacamentos” de llaneros patriotas y se ubica en el conocido paso de Caujaral. No obstante, los ataques de desgaste producidos al grueso de las tropas colonialistas por la caballería llanera patriota, en el Jobo, en Cañafístola, Cunaviche y Payara, que le producen la pérdida de casi 1.000 hombres, Morillo llega el 8 de marzo de 1818, tras grandes penalidades a establecerse en Achaguas, desplazando a las caballerías de Páez de una importante fuente de recursos.

Una vez instalado el Congreso en Angostura, Bolívar deja al vicepresidente Zea como jefe del gobierno y con cerca de 500 legionarios británicos recién llegados y un centenar de soldados patriotas, avanza hasta el Apure a reunirse con Páez el 16 de marzo de 1819, en el sitio de Araguaquen. Su ejército ahora equiparable al de Morillo, con 3.000 infantes y algo más de 1.500 jinetes, le permite tomar la ofensiva. Escribe a Santander el 24 de marzo de 1819: “Hace cuatro días ocupo la ribera derecha del Arauca esperando una ocasión oportuna para dar un golpe al enemigo. Esta ha llegado y hoy mismo emprendo la marcha. Si la operación que intento se logra como es probable, el ejército de Morillo sería muy pronto destruido al detal porque dividida su fuerza en cuatro puntos diferentes (Aldana en Calabozo, La Torre en Nutrias, Morales en San Fernando, Pereira en Gamarra, y Morillo en Achaguas, AP), nos es fácil batirlas sucesivamente todas. Si los reuniese y mi proyecto se frustra, cuando más podrá forzarme a repasar el Arauca o a dar una batalla que solo he rehusado hasta ahora, por aguardar la cooperación del señor General Urdaneta”.

En efecto, el 27 de marzo de 1819 ataca a los dos batallones que tiene el realista Pereira en la Gamarra y, a pesar de que Páez sufre un ataque epiléptico en plena batalla, los colonialistas desorganizados y con graves pérdidas deben cruzar el río Apurito y ponerse bajo la protección de Morillo en Achaguas. Bolívar cruza el 28 de marzo de 1819 un poco más abajo y acampa varios días en plena llanura con la intención

predeterminada de invitar a Morillo a la batalla, pero este no responde a la incitación.

El 30 de marzo de 1819 Bolívar se dirige al sur y Morillo sale de Achaguas formando un dispositivo en las orillas del río Arauca, en los sabanales llamados las Queseras del Medio. El 2 de abril de 1819, ambos ejércitos se encuentran enfrentados con el río Arauca de por medio.

Súbitamente, el impulsivo Páez se lanza con 150 de sus mejores jinetes lanceros a cruzar el río a nado.

Morillo mueve a La Torre para que lo rodee por la izquierda, a Narciso López lo manda con 1.200 jinetes perseguir al galope a Páez y a Calzada lo despliega con sus tropas en la orilla del río para cortarles el regreso. Los llaneros de Páez galopan un trecho separando a sus perseguidores del grueso del ejército y siguiendo la técnica de los combates en llano abierto; de un momento a otro se oye el “vuelvan caras” que los llaneros patriotas ejecutan con precisión, contramarchando y lanceando a los que vienen al galope tras ellos, que por la inercia no pueden parar en seco y retroceder, por lo que son desorganizado y lanceados en gran número. Morillo sorprendido por esta nueva técnica de combate, se retira maltrecho de nuevo a Achaguas. Desde allí intenta aprovisionarse recolectando caballos y vacunos pero numerosos destacamentos de guerrillas patriotas le hostigan permanentemente sus tropas: Nonato Pérez en el alto Apure, Antonio Rangel en Nutrias, Peña en el Trapiche, Urquiola en Calabozo y Villasana en el poblado del Baúl.

El 23 de abril de 1819 Bolívar cruza el Apure hacia el Norte, buscando el pueblo de Mantecal dando señales de amenazar a Barinas, pero con el fin de inducir a Morillo a salir de Achaguas, y tomar una mejor posición en el caso de que jefe colonialista decida abandonar los llanos del Apure. Lo que en efecto sucede un mes después, poco antes de la entrada de la estación de las lluvias del Orinoco, cuando Morillo sale hacia el centro de Venezuela a fortificarse de nuevo en la localidad de Calabozo.

Casi simultáneamente, en el territorio de la Nueva Granada, Barreiro incursiona sobre la provincia de Casanare buscando ganados y recursos, pero también debe regresarse a Tunja sin éxitos notables al aproximarse la estación lluviosa, bajo el constante asedio de los destacamentos

guerrilleros de los casanareños, Antonio Obando y Arredondo, coordinados por Santander desde Pore.

Bolívar informado con amplitud de esta situación, trata de evitar que desde la Nueva Granada le lleguen recursos a Morillo en Calabozo. Se regresa al sur a Achaguas, a reunirse de nuevo con Páez y con unos 200 legionarios ingleses que vienen por el río Apure desde Angostura. Y a mediados de mayo (1819), vuelve a tomar la ruta del Noroccidente hacia el alto Apure en el hato de Cañafístula, cerca del poblado de Santa Catalina y del caño llamado Setenta, con intenciones de avanzar dando un rodeo por Nutrias hacia Barinas y el centro de Venezuela, según su ideal inicial. Pero conocedor de que Barreiro por el asedio de las guerrillas del Casanare se retira a Tunja, celebra esto como un triunfo y adelanta su plan de invadir a la Nueva Granada, cambiando el centro de operaciones.

Capítulo VIII: Los Andes Neogranadinos.

El 23 de mayo de 1819 Bolívar reúne a sus oficiales Soublette, Anzoategui, Briceño Méndez, Carrillo, Iribarren, Rangel, Manrique, Plaza y Rook en una choza destruida en la aldea de Setenta a orillas del Apure, para exponerles su plan militar de sorprender al Ejército colonialista por donde menos lo esperan. El nuevo objetivo estratégico ahora es Bogotá, la capital del Virreinato de la Nueva Granada, y ante el asombrado silencio de sus oficiales, el plan se aprueba por unanimidad. El 26 de mayo de 1819 envía una nota al vicepresidente Zea en Angostura y solicita su concurso, tras explicarle brevemente el proyecto.

El grueso de las tropas del Apure con Bolívar, marcharán a reunirse con los casanareños en esa provincia, en tanto que Páez sin alejarse demasiado de sus llanuras amagará sobre el valle de Cúcuta ubicándose entre Barreiro y Morillo para hacer creer que por allí marcha el grueso de la marcha hacia la Nueva Granada. Bermúdez cubriendo el Oriente amenazará constantemente el Centro de Venezuela y Caracas, para forzar la división de las tropas coloniales.

En Mantecal el 27 de mayo de 1819 al mando de Bolívar parten 2.200 hombres del Ejército patriota hacia Bogotá por la ruta del Casanare: cuatro batallones con 1.300 infantes comandados por Sanders, Ambrosio Plaza, Cruz Carrillo y la Legión Británica mandada por James Rook, junto con 900 jinetes dispuestos en cinco escuadrones de caballería conducidos por Juan José Rondón, Leonardo Infante, Lucas Carbajal, Julián Mellado y Hermenegildo Mujica.

El 3 de junio de 1819 se reúne en Guasqualito con Páez para acordar verbalmente lo escrito en el plan. Allí tiene que resolver otra disputa de caudillos parroquiales entre Páez y el guerrillero casanareño Nonato Pérez, diciéndoles que el único enemigo a combatir es el Ejército colonialista. Parte al otro día rumbo al río Arauca ubicado al sur occidente atravesando la llanura Orinóquica que empieza a inundarse con los monzones de medio

año, hasta el río Cravo Norte. Tuerce camino hacia el Occidente en dirección al piedemonte cordillerano hasta Tame en la provincia neogranadina del Casanare, a donde llega el 14 de junio de 1819. Allí se presenta muy amigablemente Santander con algunos casanareños. Da informes de la situación de las tropas realistas, y presenta a Bolívar las posibles vías para trasmontar la cordillera y salir a Boyacá. Bolívar pensando siempre en la sorpresa táctica, escoge el camino menos transitado por ser el más inhóspito y difícil que va por Pisba. Bordea la cordillera y atraviesa los ríos crecidos de Casanare, el Chire, el Acaripor, el Ariporo, el Guachiría y el 20 de junio de 1819 se presenta en Pore.

Desde Mantecal ha recorrido algo más de 600 kilómetros en 23 días y ha perdido cerca de 350 soldados entre ahogados, perdidos y desertados. Toma un descanso de tres días y reinicia la marcha cruzando el río Pauto para llegar a Nunchía el 26 de junio de 1819. Al otro día está en Morcote. Ahora el enemigo inmediato es el frío, pero también sabe que la quietud significa es la destrucción. Continúa hacia el caserío de Paya que es abandonado por los realistas ante la presencia de las tropas de avanzada, el cual es ocupado el 29 de junio de 1819; para iniciar el ascenso al páramo al otro día. Tres días demoraron en llegar a Pisba y seis en cruzar el páramo por el sitio de Las Quebradas.

A pesar de las pérdidas en hombres, cabalgaduras y el lamentable estado de las tropas debido al frío y las alturas, Bolívar da a Anzoategui y a las guerrillas casanareñas de Antonio Obando la orden de avanzar con las tropas de vanguardia y sorprender a los realistas en el pueblo de Socha, que es abandonado prontamente por los realistas. Allí se establece el 7 de junio de 1819 con toda premura, un puente de socorro para recuperar los “emparamados”, recoger los caballos y mulas extraviadas y los armamentos abandonados en la travesía.

Se acopian ganados, víveres y ropas. Se hace una recolecta general y sin demora se continúa la marcha sobre Bogotá. El 7 de julio de 1819 Bolívar en Socha ordena explorar el valle de Sogamoso. Informado el jefe colonial Barreiro y sin reponerse de la sorpresa; envía dos columnas a Corrales de Bonza y Gámeza, que son desorganizadas rápidamente por los patriotas.

Barreiro sin recuperarse se retira a Tópaga con la idea de fortificarse. Bolívar continúa con la acción ofensiva.

Cruza el río Gámeza y el 11 de julio de 1819 en sangriento combate obliga al jefe realista Barreiro a replegarse a Sogamoso. Bolívar se regresa a Tasco a esperar la Legión Británica indispensable para poder continuar la ofensiva y seguir conservando la iniciativa estratégica.

El 18 julio de 1819 Bolívar ubica la Legión Británica en Cerinza, indicando su pretensión de marchar sobre Tunja, mientras que las tropas colonialistas de Barreiro, agrupadas en cerca de 3.000 hombres, marchan en paralelo hacia atrás, a proteger esa ciudad y se ubican cerrando el paso en Bonza, cerca de Paipa.

El 25 de julio de 1819 Bolívar con un ejército recompuesto de cerca de 2.500 hombres; 600 de ellos jinetes de reserva bajo su mando, continúa avanzando por el camino del salitre de Paipa con el fin de rodear a los realistas y atacarlos por la retaguardia, pero al llegar a la parte del Pantano de Vargas, es forzado al combate. La Legión Británica conducida con bravura por su comandante Rooke -quien muere dos días después a causa de sus heridas- soporta el grueso del fiero combate, pero quienes definen la acción, son el medio millar de jinetes llaneros de la partida de Zaraza, comandados por el mestizo llanero Juan José Rondón, en una carga mortífera al final del día, cuando los realistas han agotado todas sus reservas. El propio Barreiro en un informe a sus superiores relata así la acción: “Su destrucción era inevitable y tan completa que ni uno solo hubiera podido escaparse. Pero la desesperación les inspiró una resolución sin ejemplo: su infantería y su caballería saliendo de los abismos en que se hallaban, treparon por aquellos cerros con furor; nuestra infantería que por su ardor excesivo y por la escarpada de la posición se encontraba desordenada, no pudo resistir sus fuerzas”.

Los realistas retroceden a Paipa. Bolívar regresa a corrales de Bonza, a continuar la organización del ejército. Escribe a Páez, quien no ha cumplido lo acordado de salir de su llanura apureña para marchar sobre San Cristóbal y Cúcuta e interponerse entre Morillo y Barreiro. Y manda por refuerzos a las ciudades de Socorro y Pamplona.

El 3 de agosto de 1819 las tropas del patriota Leonardo Infante arrollan a los colonialistas en Bonza quienes se retiran apresurados evacuando a Paipa, que es ocupada esa noche por el mando patriota. Bolívar trata de flanquear la posición realista, marchando por Combita, Motavita y el camino de Samacá, que confluye en el camino que lleva de Tunja a Bogotá, en el Puente de Boyacá. La vanguardia realista llega al mediodía del 6 de agosto de 1819 a inmediaciones del puente, en Casa de Teja. De inmediato Bolívar pone en marcha su ejército para imponer su voluntad a Barreiro quien va en retirada. Se presenta en las alturas de la posición realista.

Barreiro ya está en el Puente en disposición de combate con sus 3.000 hombres. Bolívar avanza sus fuerzas para romper el cuerpo realista en dos y logra aislar a Barreiro de su vanguardia, obligándolo a combatir por separado. Luego lanza a la división de Anzoátegui junto con los británicos, contra el grueso de la tropa colonial; reservando dos columnas para el final. La caballería llanera de Rondón ataca la caballería realista desplegada por Barreiro y la desbanda. Simultáneamente el otro cuerpo del ejército realista, la vanguardia, que se encuentra distante unos mil metros en el Puente, separada del grueso de la tropa de Barreiro, por las tropas de la división de vanguardia patriota, dirigidas por los comandantes patriotas Ibarra y París en coordinación con Santander; abandona el Puente en derrota. Al final del día 1.600 soldados realistas son hechos prisioneros, incluido el propio Barreiro y en el campo dejan más de 300 muertos y un número igual de heridos.

Bolívar en persona explota el triunfo, persiguiendo a los derrotados hasta Ventaquemada, donde encuentra a Fernández Vinoni, el traidor de Puerto Cabello en 1812, y lo manda ahorcar en el árbol central de la Plaza de ese pueblo. Continúa su marcha acelerada hacia el objetivo estratégico de Bogotá y en camino se entera que el cruel y arrogante virrey Sámano, el del régimen del terror, huye cobardemente con una escasa comitiva por el camino de Honda al río Magdalena.

Y según todas las fuentes verídicas, contrastadas con los documentos, Bolívar entra en Bogotá el 10 de agosto de 1819 a eso de las cinco de la tarde: 75 días después de haber iniciado su marcha en las llanuras

Orinóquicas de Mantecal y haber recorrido cerca de 1.200 km cruzando ríos caudalosos a nado o en improvisadas canoas de cuero, caminando por la llanura anegada con el agua a la cintura, comiendo carne seca y mohosa llamada tasajo, transportando el material de guerra en bolsas de cuero, unas veces en mulas y otras a lomo de hombre, escalando y atravesando el páramo de Pisba sin ropas adecuadas, reponiendo en el Valle de Sogamoso el 40% de sus hombres perdidos en la marcha; conservando siempre la sorpresa estratégica y táctica, como en la Campaña Admirable de 1813, cambiando de territorio, golpeándolas inesperadamente por la retaguardia, hasta derrotarlas y tomar el nuevo objetivo estratégico: el cuartel general de las tropas coloniales en la Nueva Granada en Bogotá.

El mismo Morillo, el 12 de septiembre de 1819, casi un mes después informa desde Valencia al ministro de Guerra de la Corona Española, el significado político que tiene esta acción para el poder colonial: “Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del sur; donde se acogerán sus piratas. Popayán, Quito y Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, quedan a merced del que domina en Bogotá; a quien, al mismo tiempo, se le abren las casas de acuñar monedas, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuánto poseía el rey nuestro señor en todo el Virreinato. Tres mil venezolanos aguerridos que formaban la tercera división, muy buenos oficiales y cuatro o cinco mil fusiles aumentan ya el ejército de Bolívar, que con los ingleses que acompañan y los hombres que sacará de las vastas y pobladas provincias del Reino, tendrá más que suficiente para acabar de dominar en pocos meses en toda Venezuela. Mientras Bolívar en un solo día acaba con los frutos de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates, por la disposición, sentimientos y opinión general de los habitantes, nuevas expediciones van llegando de Europa a Barlovento, en refuerzo de los tres mil extranjeros que ocupan, además de los naturales, las provincias de Guayana y Cumaná, cuya sola fuerza es suficiente para apoderarse en el día de todas estas provincias, que apenas cuentan con dos mil europeos. Los llanos de Barcelona, los de Apure y Casanare, todos están en poder de los rebeldes y allí los insurgentes Páez, Cedeño y Monagas, tienen los almacenes, los caballos y los únicos recursos con que en estos países se

cuenta para hacer la guerra. Las comunicaciones de los ríos navegables, les facilita surtirse con profusión de sus grandes depósitos de armas y vestuarios establecidos en Guayana. Depósitos y provisiones que pusieron allí los avaros comerciantes ingleses, y que ahora con la noticia de los nuevos triunfos de Bolívar y la certeza de asegurar sus créditos, aumentarán más, de los que los insurgentes podían desear”.

Bolívar manda a Anzoátegui a perseguir al cruel y tiránico vice-rey Sámano que huye despavorido por el río Magdalena a embarcarse en Cartagena. El oficial Ambrosio Plaza marcha contra el conocido jefe realista Calzada quien se dirige con algunos soldados hacia Popayán y Pasto en el sur. Y el joven y aguerrido oficial patriota José María Córdoba junto con el célebre general Maza, parten hacia Antioquia y Chocó en el occidente a consolidar el triunfo.

Los primeros días son de reorganización del poder político: para cada provincia nombra dos altos responsables, un gobernador civil encargado de la justicia y un comandante general encargado del mando gubernamental. Santander ya ha ganado su confianza: lo nombra el 11 de septiembre de 1819 vicepresidente de la Nueva Granada. Solicita nuevas rentas para armar el Ejército del norte ubicado en Cúcuta y ordena que los cien mil pesos (no un millón como afirman algunos comentaristas), dejados en la casa de la moneda de Bogotá por el virrey Sámano en su huida, sean empleados en restañar la ruina en que han dejado a la Nueva Granada los colonialistas. Simultáneamente el 9 de septiembre de 1819 propone a Sámano, quien ha logrado escapar a Cartagena, un intercambio de prisioneros. Propuesta generosa y humanitaria que ni siquiera es respondida por el déspota, argumentando que él representante del rey de España, no trata con delincuentes. El 14 de septiembre de 1819 Santander hace premiar sus “servicios”, con un Decreto de Bolívar que le adjudica la hermosa y grande hacienda sabanera de Hato Grande, expropiada para tal fin a un exiliado español, junto con una inmensa casona en Bogotá. Además de hacerse asignar una jugosa pensión anual de 6.000 pesos oro, exentos de impuestos.

Concluidos los arreglos administrativos e investido Santander con la Vicepresidencia de Gobierno, el 20 de septiembre de 1819 Bolívar reinicia su viaje de regreso a Venezuela por la vía de Tunja, Puente Real,

Vélez, Socorro, San Gil, Barichara, Piedecuesta, Girón, Bucaramanga y Pamplona. Allí decide cruzar la cordillera por Chita, bajar para seguir al Arauca y embarcarse hasta Angostura, cuando se entera con gran disgusto, por considerarlo una torpe medida política para un gobierno en nacimiento, que el vicepresidente Santander para afianzarse en el poder y exhibirlo innecesariamente, como una fría venganza que contradice su beatería católica y el legalismo que dice profesar, el 11 de octubre de 1819 ordena fusilar de la manera más arbitraria y cruel a los 38 prisioneros realistas incluido el comandante de ellos Barreiro, capturados después de la batalla de Boyacá. Con el argumento baladí de que el vicerrey Sámano no ha aceptado el canje propuesto por Bolívar y que los prisioneros están preparando una conjura. Cuando Santander como vicepresidente de la Nueva Granada tiene a su disposición una brigada de artillería, un escuadrón de caballería y un cuerpo disciplinado de milicia importante, con lo cual puede imponer fácilmente el orden. Además de que el canje de prisioneros, no es asunto diplomático una vicepresidencia delegada, sino una propuesta de su superior, el presidente Bolívar.

Con músicos que recorren durante el día las calles invitando a la ejecución, Santander desfila vestido de gala, acompañado de su estado mayor, hasta el atrio de la catedral, mientras la muchedumbre espera su llegada. Se ubica ceremoniosamente a un balcón desde donde domina el escenario y, como cualquier sanguinario emperador romano de provincia, da la señal para iniciar el espectáculo.

Los oficiales realistas prisioneros: seis venezolanos, cinco granadinos, uno de Quito y un boticario, encadenados y con grillos, no se arrodillan. Se les obliga para dispararles por la espalda.

El 5 de diciembre de 1819 en Achaguas territorio del Arauca, Bolívar se entrevista nuevamente con Páez a quien trata de mantener en términos políticos en el gran diseño que trae en mente. Por el camino se entera de que, en reemplazo del agente norteamericano Mr. Irvine, ha llegado a Angostura el teniente de la Marina norteamericana Perry, en una goleta de guerra, a exigir la indemnización por las goletas Tigre y Libertad, que se le ha negado a Mr. Irvine. El vicepresidente de Venezuela Zea, muy

debilitado políticamente por las intrigas de Bermúdez, Arismendi y Mariño en contra de su gobierno, cede a casi todo lo solicitado por el oficial naval norteamericano Perry. Mientras Bolívar lucha contra la naturaleza tratando de llegar a Angostura los tres caudillos de Oriente, cada uno pretendiendo dominar sobre el otro, han postrado el gobierno delegado por Bolívar a Zea en Angostura.

A fines de mayo de 1819 Urdaneta captura a Arismendi el caudillo patriota de la isla Margarita, por negarse a obedecer las órdenes del gobierno y lo envía preso a Angostura a rendir cuentas por su conducta. A mediados de agosto (1819), cuando Bolívar trata de reorganizar el poder político en la Nueva Granada recién conquistada; Mariño y Arismendi a través de sus amigos, propalan falsas noticias, sobre una supuesta derrota de Bolívar en Boyacá y soliviantan a los delegados al Congreso de Angostura, que se desarrolla en ese momento. Llegan incluso a pedir un juicio en contra de Bolívar por haber abandonado a Venezuela y haber desertado, por lo que el Congreso se ve forzado a declararse en sesión permanente.

Un mes después, el 14 de septiembre de 1819, Mariño se hace presente sable en mano en el recinto del Congreso y pide la dimisión del vicepresidente Zea, quien se ve forzado a renunciar. El Congreso por nueve votos contra siete nombra a Arismendi vicepresidente. Sacado de la cárcel su primer acto de gobierno es nombrar a Mariño comandante en jefe del Ejército de oriente. La intentona solo dura cuatro días. Lo que tarda en saberse que Bolívar ha propinado la más contundente y estratégica derrota al colonialismo en Nueva Granada. Zea es repuesto en su cargo, Mariño se regresa a su refugio en Cumaná, y Arismendi a la isla Margarita.

El 11 de diciembre de 1819 en la mañana, Bolívar desembarca en el puerto fluvial de Angostura. Sabe por la correspondencia que le llega regularmente de los fusilamientos realizados por Santander en Bogotá, y de la conjura de sus compañeros de armas Arismendi y Mariño en el congreso de Angostura. Sin embargo, insiste en que la política y la persuasión son la única solución para continuar la lucha y enfrentar unitariamente el colonialismo español. El Congreso continúa sesionando y Bolívar se hace presente en su reunión, con el fin de rendir informe y

salirle al paso al mezquino caudillismo lugareño, que ya empieza a causar serios estragos, mostrando una vez más la dimensión universal de su pensamiento político militar, en este corto y sorprendente informe:

“Señores del Cuerpo Legislativo:

Al entrar en este a agosto recinto, mi primer sentimiento es de gratitud por el honor infinito que se ha dignado dispensarme el Congreso permitiéndome volver a ocupar esta silla que no ha un año cedí al presidente de los representantes del pueblo. Cuando inmerecidamente y contra mis más fuertes sentimientos, fui encargado del poder ejecutivo, al principio de este año, representé al cuerpo soberano que mi profesión, mi carácter y mis talentos eran incompatibles con las funciones de magistrado; así, desprendido de estos deberes, los dejé al vicepresidente, y únicamente tomé sobre mí el encargo de dirigir la guerra. Marché luego al Ejército de Occidente, a cuyo frente se hallaba el general Morillo con fuerzas superiores. Nada habría sido más aventurado que dar una batalla en circunstancias en que la capital de Caracas debía ser ocupada por las tropas expedicionarias, últimamente venidas de Europa y en momentos en que esperábamos nuevos auxilios. El general Morillo, al aproximarse el invierno, abandonó las llanuras del Apure y juzgué que más ventajas producirían a la República, la libertad de la Nueva Granada que completar la de Venezuela.

Sería demasiado prolijo detallar al Congreso los esfuerzos que tuvieron que hacer las tropas del Ejército libertador para conseguir la empresa que nos propusimos. El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, la súbita mutación del clima, un triple ejército aguerrido, y en posesión de las localidades más militares de la América meridional y otros muchos obstáculos tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada.

Yo recomiendo a la soberanía nacional el mérito de estos grandes servicios por parte de mis esforzados compañeros de armas, que, con una constancia sin ejemplo, padecieron privaciones mortales y con un valor sin igual en los anales de Venezuela, vencieron y tomaron el ejército del rey. Pero no es solo al Ejército libertador a quien debemos las ventajas

adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz cooperación reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas. El delirio que produce una pasión desenfrenada, es menos ardiente que el sentido por la Nueva Granada al recobrar su libertad. Este pueblo generoso, ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en las aras de la patria, ofrendas tanto más meritorias cuánto que son espontáneas. Si la unánime determinación de morir libres y de no vivir esclavos ha dado a la Nueva Granada un derecho a nuestra admiración y respeto. Su anhelo por la reunión de sus provincias a las de Venezuela es también unánime. Los granadinos están íntimamente penetrados de la inmensa ventaja que resulta a uno y otro pueblo, la creación de una nueva república, compuesta de estas dos naciones. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del sur.

¡Legisladores! El tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra República ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va a fundarse esta vasta República. Proclamadla a la faz del mundo y mis servicios quedarán recompensados. 14 de diciembre de 1819. SIMÓN BOLÍVAR”.

El 17 de diciembre (día para recordar) de 1819 el Congreso de Angostura decreta la Ley Fundamental de la Gran República de Colombia. Y Bolívar puede continuar su viaje.

En la última semana de diciembre de 1819 sale de Angostura hacia el Apure y llega a Payara en la primera semana de enero del año 1819. Distribuye las tropas en Apure: la Legión Británica, las tropas de Urdaneta y la caballería de Páez, unos 4.000 soldados, en el centro de Venezuela. El resto, 2.600 infantes y jinetes divididos en dos columnas de marcha, salen para la Nueva Granada, una por Cúcuta y la otra por Casanare. Sucre viaja a las Antillas inglesas a comprar armas, y Zea rumbo a Europa a pedir plata prestada para la República.

El rey Fernando VII insiste en la reconquista de sur Sudamérica para recomponer su poder colonial; arma una expedición con 20.000 veteranos de la guerra contra Francia y los dispone a zarpar desde Cádiz.

Pero algo inesperado sucede: las tropas comandadas por el general del Riego, conocedoras ya de la derrota de los colonialistas en Boyacá, se sublevan el 1° de enero de 1820 en el puerto español, levantando la bandera de la restauración de la Constitución liberal de 1812, que Fernando VII al regresar al poder, cuatro años atrás, ha derogado para imponer la suya, absolutista. Piden también libertades. La sublevación pronto es acogida rápidamente en el resto de España y el inepto rey godo debe aceptar y jurar la nueva ley.

Sin disimular la alegría por la noticia de lo sucedido en Cádiz, Bolívar continua hacia San Cristóbal a donde llega el 7 de febrero de 1820, con su idea de construir un verdadero ejército, tipo gran armé europeo moderno. Al oficial patriota Bartolomé Salom lo destina a ocupar la provincia del Cauca y a extender las operaciones hacia Pasto y Quito en el sur, y al amparo de la nueva Constitución Gran Colombiana que prohíbe la esclavitud, le ordena reclutar en esa zona minera y centro de la explotación del trabajo esclavo, 5.000 de ellos para el Ejército del sur. A Mariano Montilla, antiguo adversario suyo, ahora bajo sus órdenes, lo envía a consolidar el Ejército del norte, por la vía de Ocaña y el río Magdalena -que está siendo limpiado por los comandantes patriotas Maya y el célebre Maza- para que hostigue y rinda el baluarte realista de Santa Marta; operación que debe ser apoyada desde el mar por la flotilla de Brión. A Urdaneta le manda desplegar sus tropas sobre la provincia de Maracaibo reconocida también por el arraigo de su adhesión al rey. Y hacia Occidente, en las provincias de Antioquia y el Chocó, va Córdoba con el fin de consolidar el poder republicano.

Bolívar permanece en la región de Cúcuta -San Cristóbal- lugar estratégico por estar equidistante de casi todas las partes donde en ese momento se combate el poder colonial: cerca de Barinas y el Apure y por tanto del Oriente por la vía del Orinoco; del Centro de Venezuela en donde está fortificándose Morillo; del Táchira y Maracaibo; de las provincias comuneras, Bogotá y del llamado Oriente Neogranadino; y de las provincias de Ocaña, Cartagena y Santa Marta por la vía del río Magdalena, que pretende convertir en otra vía estratégica igual al Orinoco.

El 24 de febrero de 1820 llega a la ciudad comunera de Socorro para

agradecer a las matronas su coraje y decidida participación en la lucha anticolonial. Continúa viaje a Bogotá a donde llega el 5 de marzo de 1820, para asistir al acto de ratificación de la unión de la Nueva Granada con Venezuela. Divide el peso de las operaciones militares: en Venezuela son responsabilidad del vicepresidente de la Gran Colombia, Juan Germán Roscio, residente en Angosturas, mientras que en la Nueva Granada son responsabilidad del vicepresidente de Cundinamarca, Santander, residente en Bogotá. Ambos bajo órdenes directas del jefe de los Ejércitos de la Gran Colombia.

A raíz de las órdenes dadas por Bolívar para incorporar los esclavos negros al Ejército del sur, los esclavistas resienten su economía y el vicepresidente Santander ya convertido en el vocero de sus intereses, inicia su carrera de oposición a la libertad de los esclavos, argumentando “la ruina de la minería, la agricultura y por consiguiente los recursos del Estado”. Bolívar le responde de cuerpo entero, con esta contundente carta fechada el 24 de abril de 1820, y que ha sido tratada de “enmendar” posteriormente, pero que el eminente y meticuloso bolivariano Vicente Lecuna ha recuperado para la historia:

“Con la ley quedo cubierto y respondo a todas las observaciones que VE me hace. Pero siguiendo mí costumbre explicaré mis órdenes: He mandado que se tomen los esclavos útiles para las armas. Debe suponerse, que se entiende solamente los necesarios para las armas, pero de otro modo, serían más perjudiciales que útiles al ejército un número excesivo de ellos.

Las razones militares y políticas que he tenido para ordenar la leva de esclavos son muy obvias. Necesitamos de hombres que abracen la causa y la carrera con entusiasmo: de hombres que vean identificada su causa pública y en quienes el valor de la muerte sea poco menos que el de su vida.

Las razones políticas son aún más poderosas. Se ha declarado la libertad de los esclavos de derecho aún de hecho. El Congreso (de Angostura) ha tenido presente lo que dice Montesquieu: en los gobiernos moderados, la libertad política hace preciosa la libertad civil; y el que está privado de esta última está aún privado de la otra; ve una sociedad feliz, de la cual

no es ni aun parte; encuentra la seguridad establecida para los otros y no para él. Nada acerca tanto a la condición de bestias como ser siempre hombres libres y no serlo. Tales gentes son enemigas de la sociedad y su número sería peligroso. No se debe admirar que, en los gobiernos moderados, el Estado haya sido turbado por la rebelión de los esclavos y que esto haya sucedido rara vez en los Estados despóticos.

Es pues demostrado por las máximas de la política sacadas de los ejemplos de la historia, que todo gobierno libre que comete el absurdo de mantener la esclavitud; es castigado por la rebelión y algunas veces con su exterminio como en Haití. En efecto la Ley del Congreso es sabia en todas sus partes. ¿Qué medio más adecuado ni más legítimo para obtener la libertad que pelear por ella? ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres para emancipar a los esclavos? ¿No será útil que estos adquieran sus derechos en el campo de batalla y que se disminuya su peligroso número por un medio necesario y legítimo?

Hemos visto en Venezuela morir la población libre y quedar cautiva; no sé si esto es política; pero sé que si en Cundinamarca no empleamos los esclavos sucederá otro tanto. Yo pues, usando de las facultades que me concede la ley de la libertad de los esclavos, reitero mis anteriores órdenes: que el Ejército del sur tome los esclavos útiles para las armas que necesite y que vengan tres mil jóvenes solteros para el Ejército del norte. Sobre estos últimos insto fuertemente”.

No es entonces según se ha dicho que Bolívar trata el problema de la liberación del trabajo esclavo como una concesión temporal hecha al presidente haitiano Alexander Pétion por su ayuda, sino una verdadera y honda convicción política.

Regresa al estratégico valle de Cúcuta, en donde expide los famosos Decretos del 20 de mayo de 1820 sobre el restablecimiento de los derechos de los pueblos indígenas a sus resguardos, a la educación y al progreso económico. Y el del día siguiente sobre la creación de juntas provinciales de agricultura y comercio, como promotoras del desarrollo económico regional y general. Medidas de hondo contenido económico y social progresista que bien valen la pena repasar:

“Corregir los abusos introducidos en Cundinamarca en la mayor parte de los pueblos de naturales, así contra sus personas como contra sus resguardos y aun contra sus libertades y considerando, que esta parte de la población de la república merece las más paternales atenciones del gobierno por haber sido la más vejada, oprimida y degradada durante el despotismo español, con presencia de lo dispuesto por las leyes canónicas y civiles, he venido en decretar y DECRETO:

Artículo 1°. Se devolverá a los naturales, como propietarios legítimos, todas las tierras que formaban los resguardos según sus títulos, cualquiera que sea el que aleguen para poseerlas los actuales tenedores.

Artículo 2°. Las fundaciones que carguen sobre los dichos resguardos, no teniendo aprobación de la autoridad a quien corresponde o ha correspondido concederla, quedarán sin efecto ni valor, aunque hayan subsistido por tiempo inmemorial.

Artículo 3°. Integrados los resguardos en lo que se les haya usurpado, los jueces políticos repartirán a cada familia tanta extensión de terreno cuanto cómodamente pueda cultivar cada una, teniendo presente el número de personas de que conste la familia y la extensión total de los resguardos.

Artículo 4°. Si repartidos los resguardos a las familias, como se ha dicho, quedaren tierras sobrantes, las arrendarán por remate los mismos jueces políticos a los que más dieren y afianzaren mejor, prefiriendo siempre por el tanto a los actuales poseedores.

Artículo 5°. Las familias o los miembros de ellas, no podrán arrendar la parte que les toque sino con conocimiento del juez político para evitar los daños y fraudes que se les causaren.

Artículo 6°. Los productos de los terrenos que se arrienden conforme al artículo 4°, se destinarán, parte para el pago de tributos y para el pago de los sueldos de maestros de las escuelas que se establecerán en cada pueblo. Cada maestro gozará anualmente de un sueldo de ciento veinte pesos si alcanzaren o excedieren de esta cantidad los arrendamientos; si fueren menos, será todo para el maestro.

Artículo 7°. El juez político, de acuerdo con el cura de cada pueblo, nombrará estos maestros y participará sus nombramientos a los gobernadores de la provincia para que éstos lo hagan el gobernador del departamento.

Artículo 8°. Los gobernadores políticos de las provincias formarán el reglamento que deba observarse en las escuelas de sus respectivas provincias, detallando el método de enseñanza y de educación.

Artículo 9°. Todos los jóvenes mayores de cuatro años y menores de catorce asistirán a las escuelas, donde se les enseñarán las primeras letras, la aritmética, los principios de la religión y los derechos y deberes del hombre y del ciudadano en Colombia conforme a las leyes.

Artículo 10°. Deducido el sueldo de los maestros, se aplicarán las rentas que sobren de los arrendamientos al ramo de tributos, rebajando este total del total que se aplique del total general con que contribuya el pueblo a quien se aliviará la contribución a prorrata.

Artículo 11°. Para que estas operaciones se ejecuten con todo el método, orden y exactitud que exige la utilidad general de los pueblos, estarán obligados los jueces políticos a llevar cuenta corriente de los arrendamientos y la presentarán con la de los tributos a los ministros respectivos del tesoro público.

Artículo 12°. Ni los curas, ni los jueces políticos, ni ninguna otra persona empleada o no, podrán servirse de los naturales de ninguna manera, ni en caso alguno, sin pagarles el salario que antes estipulen en contrato formal celebrado a presencia y con consentimiento del juez político. El que infringiere este artículo pagará el doble del valor del servicio hecho y los jueces políticos exigirán esta multa irremediamente a favor del agraviado por la menor queja que tengan; cuando los jueces mismos sean los delincuentes, serán los gobernadores políticos los que exigirán la multa dicha.

Artículo 13°. La misma disposición del artículo 12° comprende a las cofradías cuyos ganados no pastarán en los resguardos si no pagan arrendamiento, ni serán guardados por los naturales sino del modo dicho en el artículo precedente.

Artículo 14°. Cesarán absolutamente desde este momento, como escandalosas y contrarias al espíritu de la religión, a la disciplina de la iglesia y a todas las leyes, las costumbres de no administrar los sacramentos a los feligreses mientras no han pagado los derechos de cofradía y congrua, la de obligarlos a que hagan fiestas a los santos y la de exigirles derechos parroquiales de que están exentos los naturales por el estipendio que da el Estado a los curas. Los curas que contravinieren a este artículo, continuando los mismos abusos, sufrirán el rigor de las leyes en un juicio severo, y al efecto los jueces políticos velarán la conducta de los curas para dar cuenta al gobierno de la menor falta que noten en esta parte y que se provea lo que corresponda.

Artículo 15°. Los naturales, como todos los demás hombres libres de la República, pueden ir y venir con sus pasaportes, comerciar sus frutos y efectos, llevarlos al mercado o feria que quieran, y ejercer su industria y talentos libremente, del modo que ellos elijan sin que se les impida.

Artículo 16°. El presente decreto no sólo se publicará del modo acostumbrado, sino que los jueces políticos instruirán de su contenido a los naturales, instándolos a que representen sus derechos, aunque sea contra los mismos jueces y a que reclamen cualquiera infracción que se cometa.

Artículo 17°. El Vicepresidente de Cundinamarca se encarga de su cumplimiento y ejecución de este Decreto.

Dado en el Cuartel General del Rosario de Cúcuta, a 20 de mayo de 1820.
SIMÓN BOLÍVAR”.

“Considerando que la agricultura, el comercio y la industria son el origen de la abundancia y prosperidad nacional y el verdadero y más inagotable manantial de las riquezas del Estado, y no habiendo corporaciones que las promuevan, animen y fomenten, permanecerán siempre en el estado de languidez e inacción en que la barbaridad de los antiguos tiranos las mantenían, he venido a decretar y DECRETO:

Artículo 1°. Habrá en cada capital de provincia una junta provincial de comercio y agricultura compuesta por un presidente, seis cónsules y un procurador consular.

Artículo 2°. El gobernador político de la provincia será el presidente de la junta, y los demás miembros serán elegidos a pluralidad de votos por el cuerpo de hacendados y comerciantes de la provincia dentro de ellos mismos.

Artículo 3°. Se entiende por comerciante todo el que maneje un capital de dos mil o más pesos empleados en comprar y vender cualquier especie de mercancía; y por hacendado el que posea una propiedad fundal del valor de cuatro mil o más pesos. Los gobernadores políticos formarán matrículas de los individuos que estén comprendidos en estas dos clases para arreglar por ellas las elecciones para la junta.

Artículo 4°. Las elecciones se harán cada año, el día 21 de enero; por esta primera vez será luego que se publique este Decreto.

Artículo 5°. En el día señalado para las elecciones de cada año (y esta primera vez en el que señale el gobernador político) se reunirán todos los hacendados y comerciantes matriculados en casa del presidente del acto, que lo será el alcalde primero de la ciudad, villa o lugar de su residencia, y nombrará cada uno tres comerciantes y tres hacendados matriculados del mismo lugar o de cualquiera otro de la provincia. Estos votos, asentados por escrito y firmados por todos los sufragantes, se remiten al gobernador político.

Artículo 6°. Cada junta hace el escrutinio y su presidente comunica los nombramientos a los tres hacendados y a los tres comerciantes que hayan obtenido a mayoría de votos. Por la primera vez hace esta operación el gobernador político solo.

Artículo 7°. En caso de vacante por muerte, enfermedad u otra causa legítima son reemplazados los cónsules por los que obtuvieron en las elecciones más votos después de ellos.

Artículo 8º. El objeto y funciones de la junta son: 1) Nombrar el procurador consular y el secretario, que no tienen más duración que los cónsules y que deben salir del mismo seno de ellos; 2) Nombrar las juntas subalternas de comercio y agricultura que crean necesario establecer en otros puntos de las provincias, sacando sus miembros de los comerciantes y hacendados de la ciudad, villa, pueblo o lugar donde deba residir; 3) Nombrar jueces de agricultura y comercio donde sean convenientes; 4) Promover la agricultura en todos sus ramos y procurar el aumento y mejoras de las crías de ganado caballar, vacuno y lanar; presentar al pueblo proyectos de mejoras y reformas, extendiendo de todos modos hasta hacer vulgar el conocimiento de los principios científicos de estas artes y facilitando la adquisición de libros y manuscritos que ilustren al pueblo en esta parte, animando a los propietarios y ricos hacendados a que emprendan el cultivo del añil, cacao, café, algodón y grana, del olivo y de la vid, detallándoles los terrenos que ofrezcan más ventajas para cada una de éstas plantas; y premiando debidamente a los que se aventajaren en cualquier género de cultivo; 5) Animar y dar acción al comercio interior y exterior por medios semejantes a los anteriores, reparando o abriendo caminos cómodos y breves por sí mismo o por contratas; facilitando el tráfico con el establecimiento de mercados; presentando especulaciones productivas para que se emprendan e inspirando sobre todo la buena fe y religiosidad en el cumplimiento de los contratos y obligaciones; 6) Fomentar la industria proponiendo y concediendo premios a los que inventen, perfeccionen o introduzcan cualquier arte o género de industria útil, muy particularmente a los que establezcan las fábricas de papel, paño u otras, a los que mejoren y faciliten la navegación de los ríos y hagan menos dispendiosos, fáciles y cómodos los transportes por tierra. Para todos estos objetos usará de las liberalidades del comercio y agricultores y de las rentas sobrantes de propios de la provincia, poniéndose de acuerdo con los cabildos que cooperarán por su parte de todos modos.

Artículo 9º. Será también del cuidado de las juntas informarse cuáles son los terrenos baldíos de las provincias y denunciarlos al pueblo para que los pretendan, y al gobierno para que los conceda, anunciando al mismo tiempo las ventajas que ofrezcan y tomando el más vivo interés en que se repartan y cultiven.

Artículo 10°. Como la fundación de pueblos en los países desiertos y en los caminos públicos facilita en gran manera el tráfico y el cultivo de las tierras, cuidará la junta de proponer proyectos de estos establecimientos donde sean más necesarios, explicando los medios que crea más adaptables y designando la posición que sea más cómoda y ventajosa. Estos proyectos se ejecutarán siendo de la aprobación del gobernador militar de la provincia, enviando al lugar señalado todos los vagos y mal entretenidos de la provincia, bajo la dirección e inspección de las juntas y de los comisionados que nombre para dirigir y arreglar el establecimiento. Cuándo el número de vecinos sea tan considerable que pueda sostener un párroco, se le nombrará por quien corresponde.

Artículo 11°. El procurador consular se ocupará de promover e ilustrar a la junta de todo lo que se dirija a mejorar la agricultura, comercio e industria de cualquier modo que sea.

Artículo 12°. Las juntas subalternas tendrán tantos miembros cuantos la provincial quiera darles y sus funciones serán la que ésta les delegue. Ellas serán presididas por el juez de comercio donde lo haya o por el alcalde primero si falta aquél.

Artículo 13°. Estas juntas subalternas se establecen o disuelven a voluntad de la provincial.

Artículo 14°. Los jueces que la junta nombre conocerán y determinarán de los asuntos y contratos de que habla la cédula de 14 de junio de 1795, con las mismas formalidades que prescribe. El juez de comercio de la capital de la provincia será Vicepresidente de la junta, pero no tendrá voz ni voto en ella sino cuando por ausencia del gobernador político la presida.

Artículo 15°. De las determinaciones y providencias del juez de comercio se apelará ante un tribunal de alzadas, que se compondrá del gobernador político y dos colegas elegidos uno por cada parte contendiente.

Artículo 16°. La cédula de 14 de junio de 1795, citada en el artículo 14, será el código que regirá a los jueces y al tribunal de alzadas en todos los negocios judiciales de comercio en lo que no esté derogada por el presente decreto.

Artículo 17°. Las juntas provinciales se corresponderán entre sí para informarse recíprocamente y ayudarse del modo posible. Ellas darán al gobierno del Departamento cada año razón circunstanciada de los progresos y esperanzas que prometen sus proyectos de mejora o reforma, dirigiéndole también éstos.

Artículo 18°. El presente Decreto se ejecutará por ahora solamente en el Departamento de Cundinamarca y se comete la ejecución de él a su Vicepresidente.

Publíquese y comuníquese a quienes corresponda. Dado en el Rosario, a 21 de mayo de 1820. SIMÓN BOLÍVAR”.

El fugitivo ex virrey de la Nueva Granada, Sámano, ha logrado escapar de la persecución patriota después de la batalla de Boyacá y se fortifica en Cartagena que se encuentra en poder de los realistas desde cuando Morillo la reconquistara en 1815. Se niega a aceptar la Constitución liberal de 1812, que la rebelión del general del Riego en Cádiz (enero 1820), ha obligado a firmar al rey Fernando VII, y por tanto se embarca para España a comienzos de junio 1820, dejando el mando de más de 1.000 hombres en manos del brigadier Torres.

Un mes después, el 1 de julio de 1820, siguiendo las instrucciones de Bolívar el jefe patriota Mariano Montilla avanza con 700 infantes desde Barranquilla hasta el puerto amurallado de Cartagena, mientras Brión con su flotilla naval bloquea su bahía. Córdoba en combinación con Maza toma la guarnición de Tenerife en el río Magdalena, lugar de inicio en 1812 de la Marcha Admirable de Bolívar sobre Caracas, y avanza sobre las sabanas que rodean a Cartagena, dejando establecido el asedio de la ciudad que se prolonga durante catorce meses, hasta el 1 de octubre de 1821, fecha en que los colonialistas después de haber librado una tenaz resistencia, entregan los castillos amurallados al Ejército patriota.

Bolívar va al Magdalena entre agosto y septiembre de 1820 a supervisar las operaciones que se adelantan entre Cartagena y Santa Marta, para regresar de nuevo a Cúcuta a concentrar 2.500 hombres con el fin de avanzar sobre la célebre ciudad de Trujillo, en donde se halla el jefe

realista La Torre; quien el 7 de julio de 1820 hace la propuesta a Bolívar de realizar un armisticio, que no prospera, debido a que Bolívar solo lo acepta para el Ejército del norte que comanda Urdaneta y por el lapso de un mes.

El 7 de octubre de 1820 Bolívar con sus tropas recupera Trujillo y allí espera la reacción de Morillo quien se halla en Caracas. Este rápidamente responde al avance ofensivo de Bolívar y se ubica en Valencia con 3.000 de sus mejores hombres, a la vez que ordena reforzar con 4.000 hombres a Morales, el reemplazo de Boves, quien está en Calabozo conteniendo a los llaneros de Páez. El 20 de octubre de 1820, Bolívar recibe sorprendido la nota que Morillo le envía desde San Carlos, donde lo invita a celebrar un armisticio.

Bajo el efecto de la llamada Constitución liberal de 1812, proclamada por los generales Riego y Quiroga en el Alzamiento de Cádiz a inicios de 1820, ya juramentada por Fernando VII en marzo de 1820, y a partir de la nueva situación generada por el triunfo patriota en Boyacá, la Corona cree que, ofreciendo libertad civil a sus vasallos americanos, a cambio de continuar formando parte del Imperio Español, puede reintegrar de nuevo el poderío colonial. En consecuencia, Morillo recibe órdenes de Madrid de iniciar contactos con Bolívar para negociar un armisticio y delega en junio al general La Torre, que se halla en la región de Mérida, para iniciar contactos.

La máquina militar colonialista comandada por Morillo, desplegada en toda Venezuela, cuando se le ordena realizar el armisticio, se compone de cerca de 15.600 soldados perfectamente aprovisionados, distribuidos así: Morillo con 3.500 hombres en Valencia y Guanare. Real con 1.000 hombres en Barinas. García con 800 hombres en Aragua. Morales con 4.000 en Calabozo. Tovar con 1.000 en Cumaná. Lorenzo con 400 hombres en Carúpano. Arana con 1.000 hombres en Barcelona. Y La Torre con 2.200 en Mérida. Además de las guarniciones de Caracas y La Guaira que suman 800 hombres, están también las de Puerto Cabello, Coro y Maracaibo; cada una con 300 hombres en armas.

El 3 de noviembre de 1820, Bolívar responde a Morillo proponiéndole celebrar no sólo un armisticio sino un tratado de regularización de la guerra, para que esta se haga de acuerdo al uso entre naciones

civilizadas. El jefe colonial contesta enviando al coronel Pita como su delegado, quien propone a Bolívar retirarse a las posiciones de Cúcuta, antes del inicio de las conversaciones.

Bolívar es tajante: “Dígale usted al general Morillo que él se retira a Cádiz, antes que yo a Cúcuta”. Morillo responde con moderación desautorizando al edecán y propone avanzar nombrando comisionados al general Correa, a Juan Rodríguez del Toro y a Francisco González de Linares. Bolívar comisiona a Sucre, a Briceño Méndez y al oficial José G. Pérez.

Para fines de noviembre de 1820 se firman dos tratados: uno, el armisticio por seis meses conservando los contendientes sus posiciones; y otro, redactado por el propio Bolívar fechado el 26 de noviembre de 1820 a las 10 de la noche, sobre la regularización de la guerra, respeto y canje de prisioneros y entrega de los cadáveres de los adversarios para enterrarlos debidamente; con lo cual se pone punto final a la Guerra a Muerte proclamada en 1813, siete años atrás, en la misma ciudad de Trujillo.

Una vez ratificados por los comandantes supremos los acuerdos, Morillo manifiesta Sucre el deseo de conocer a Bolívar. El 27 de noviembre de 1820 en la polvorienta aldea de Santana en la mitad del camino entre Trujillo y el puesto de Carache, se realiza la entrevista entre ellos dos. Bolívar viene acompañado de sus tres comisionados y doce oficiales de escolta en traje sencillo, Morillo viene con uniforme de gala, medallas y cintas de mariscal. Lo acompaña su lugarteniente La Torre con más de 50 oficiales y un escuadrón de húsares del rey.

-“Vaya, yo creí que mi escolta era pequeña”, dice Morillo con sorna y manda regresar a la mayoría de los suyos cuando ve acercarse el pequeño grupo de jinetes que viene con Bolívar.

-“¿Cuál de ellos es Bolívar?” pregunta. Y cuando se lo señalan, responde un tanto asombrado:

- “¿Cómo, aquel hombre pequeño de levita azul y gorra de campaña? ¿Aquel que viene en una mula?”. Ambos generales se apean y se saludan de mano. Y en la mejor casucha del villorrio, sobre mesas desnudas de

madera después de un frugal almuerzo, brindan con vino tinto de Rioja por los acuerdos alcanzados. La conversación gira alrededor del entendimiento. Bolívar propone al oficial realista Correa de garante en los desacuerdos. Morillo conmovido de que Bolívar propusiera a un oficial español para resolver los malentendidos, anota la fecha de la reunión y propone levantar una columna en ese sitio. Por la noche cenar y vuelven a conversar con sinceridad.

Morillo pregunta a Bolívar:

-“¿Qué motivo tuvo usted para mandar fusilar al general Barreiro y 37 oficiales españoles, después de que fueron conservados como prisioneros de guerra?”.

Bolívar, contesta:

-“No solamente no lo he ordenado, sino que improbé la conducta de Santander y lo he obligado a que de un manifiesto que explique su conducta”.

Enseguida Bolívar le pregunta sobre la razón para ordenar las ejecuciones de tantos ciudadanos ilustres en Bogotá, como Caldas, Torres, Pombo, Cabal, Los Gutiérrez, García Rovira y muchos otros que sería prolijo enumerar.

Morillo responde con franqueza militar:

-“General, hice a usted un gran servicio, al librarlo de unos cuántos demagogos de la escuela francesa que, si estuvieran vivos, no lo dejarían formar un gobierno”.

Concluida la entrevista, duermen bajo el mismo techo y al otro día, se dicen adiós para no volver a verse jamás.

De Santa Ana, Bolívar con su jefe de estado mayor Sucre se dirige a comienzos de diciembre a la rica región de Barinas, a reconocer la situación militar presionado por el eterno problema de los suministros. El

24 de diciembre de 1820 está de regreso en la cordillera de Cúcuta camino a Bogotá, a donde llega a comienzos de 1821 y en compañía de Sucre prepara el plan estratégico para tomar el Perú. Envía al oficial José Mires, español de origen, pero militar del Ejército patriota, a viajar por Buenaventura hasta Guayaquil con mil fusiles y munición para ponerlos a disposición de la Junta Patriota de Gobierno que se ha conformado el 9 de octubre de 1820 en esta ciudad y que ha invitado al experimentado oficial patriota Manuel Valdés, que se encuentra en campaña por el sur de Colombia enviado por el Gobierno de Bogotá, para que concurra a Guayaquil.

El 10 de enero de 1821 Bolívar marcha hacia el sur. Pero cuando llega al poblado a la Mesa es alcanzado por un correo que le trae un mensaje fechado en Caracas, el 24 de diciembre anterior, firmado por dos emisarios directos del propio rey de España, enviados a proponer una negociación mayor para pacificar el país, después de los acuerdos firmados en Trujillo el 25 de noviembre de 1820. Bolívar regresa al día siguiente para dirigirse a Venezuela y envía a Sucre en su reemplazo a continuar la campaña en el sur, que adelantan las tropas del capitán patriota Manuel Valdés sobre provincia realista de Pasto, dominada por el jefe colonial Melchor Aymerich.

El 26 de febrero de 1821, después de haber visitado los valles de Sogamoso, Pamplona y Cúcuta, llega a Mérida y un mes después está en Trujillo. Por el camino se informa de la liberación de Maracaibo, otro bastión realista estrechamente ligado con Riohacha y Santa Marta, que el general Urdaneta ha apoyado desde su guarnición en Trujillo y con lo cual queda abierto el camino desde Pamplona por Mérida, hasta Maracaibo.

Morillo una vez firmado los acuerdos de Trujillo, regresa a España dejando a La Torre en su reemplazo. Este envía una protesta a Bolívar aduciendo que la liberación de Maracaibo viola el armisticio firmado. Bolívar propone al general español Ramón Correa de árbitro, según lo acordado con Morillo. La Torre se niega y exige la devolución del puerto o la denuncia del armisticio. Bolívar refuerza a Urdaneta en la posesión de Maracaibo y ordena estar preparados para el inicio de las hostilidades. Se concentra en la rica despensa de aprovisionamientos de la región de

Barinas, a donde llega el 4 de abril de 1821 y calculando el reinicio de la lucha para primeros de mayo de 1821, de acuerdo con el artículo 12 del armisticio, anuncia con anticipación de cuarenta días al jefe colonialista La Torre la ruptura del mismo.

Ordena a Páez a avanzar desde Achaguas unos 250 km hacia el Noroccidente y concentrarse en el Jobo cerca de Mijagual que está situado unos 80 km de Barinas. Así mismo ordena a Urdaneta marchar hacia la provincia de Coro y seguir a Corora; mientras el Ejército de oriente al mando de Bermúdez, ahora afecto a Bolívar, avanza desde Barcelona a marchas forzadas sobre Caracas, reforzado por las fuerzas de Monagas y Zaraza. Sorprendido La Torre que se halla reagrupando sus fuerzas calculadas en 6.000 hombres en la región de las cabeceras del Pao y San Carlos, se ve forzado a contener a Urdaneta que ya está ubicado en Coro desde el 11 de mayo de 1821 y a recuperar Caracas ahora atacada por el Ejército patriota desde el Oriente.

Mariño por fin “acepta” la jefatura de Bolívar y después de un último llamado se presenta a la comandancia general a fines de abril de 1821, fecha en que Bolívar va camino de El Jobo hacia San Carlos, a donde también han sido citados Urdaneta y Páez.

San Carlos cae dos meses después, el 2 de junio de 1821, en manos de Cedeño. Bolívar se ubica allí a esperar la concentración de todas las tropas convocadas y da una vez más muestras de su espíritu unitario, nombrando a Mariño jefe del estado mayor general. Páez que viene por la ruta de Guanare con su caballería calculada en más de 1.000 jinetes apureños y abundantes ganados, llega a San Carlos el 11 de junio de 1821. Urdaneta también concurre a la cita en San Carlos el 16 de junio de 1821, después de haberse tomado Barquisimeto tres días antes.

El jefe del Ejército Patriota de oriente, Bermúdez, después de una incursión a Caracas, debe retirarse bajo la presión del realista Morales, quien después marcha hacia los llanos de Carabobo a unos 25 km al sur occidente de Valencia en donde una importante fuerza colonialista con cerca de 5.000 hombres se reúne y fortifica. La batalla queda dispuesta y Bolívar con sus más importantes destacamentos reunidos, la acepta.

Ordena el 23 de junio de 1821 a sus 6.400 hombres formados en tres divisiones en la sabana de Taguanes, avanzar hacia Carabobo. Se adelanta y observa desde el techo de una casa ubicada en una colina, la disposición del ejército colonialista y comprende que este se prepara para un ataque por el frente y por la izquierda, pues protege su derecha y la retaguardia con un terreno montañoso escarpado, de muy difícil acceso para atravesar. Precisamente por allí, ordena a Páez marchar con gran rapidez con el grueso de su división, sin darles tiempo a maniobrar, para desbordarlos.

En el amanecer del 24 de junio de 1821, la caballería apureña y la Legión Británica, cruzan en medio de la lluvia la montaña y llegan a la llanura de Carabobo. Cuando aparecen, La Torre que no los espera trata de reorientar sus líneas de artillería, pero una carga de la legión extranjera se lo impide. Páez reorganiza una nueva carga mortífera de caballería y Cedeño entra en acción por el sur dejando a La Torre cercado. El reemplazo colonial de Boves, Morales huye y en una hora de combate deja en el campo 1.200 soldados realistas muertos y algo más de 1.500 prisioneros. Los comandantes de la Legión Británica Farriar y Davy mueren, junto con los oficiales patriotas comandantes de las otras dos divisiones Cedeño y Plazas y cerca de 200 soldados patriotas que también caen en la acción. Páez en medio del combate sufre uno de sus ataques epilépticos que lo tumban del caballo. Y el jefe realista La Torre a pesar de semejante desastre, logra retirarse con 400 hombres en orden, resistiendo la persecución patriota hasta Puerto Cabello. Bolívar ocupa Valencia esa misma noche, para continuar su marcha sobre Caracas acompañado de Páez ya recuperado de las convulsiones.

El 28 de junio de 1821 el comandante del Ejército colonialista ubicado en Caracas, José Pereira al saber lo ocurrido en Carabobo, se retira con sus 900 hombres a la Guaira, pero viéndose cercado se rinde el 2 de julio de 1821. Se le permite ir a Puerto Cabello, en donde el ejército expedicionario colonial de 10.000 hombres traído por Pablo Morillo, ha quedado reducido a menos de 2.500 hombres sitiados.

Una vez en Caracas, Bolívar dispone la reorganización de Venezuela en tres distritos militares a cargo de sus generales: uno para Páez, otro para Bermúdez y otro para Mariño. Dos meses antes, en abril (1821),

mientras Bolívar prepara la marcha desde Barinas al lugar de concentración del ejército en San Carlos, se le ha informado de la muerte del vicepresidente de Colombia, Juan Germán Roscio; entonces escribe una carta a Antonio Nariño, quien acaba de llegar a Bogotá recién salido de las mazmorras de Cádiz, donde le reconoce sus méritos de gran luchador por la independencia de Hispanoamérica y lo nombra vicepresidente (interino) de Colombia en reemplazo del fallecido Roscio. Bolívar comete el ingenuo error de enviarle copia de esa carta, a quien supone su amigo, el vicepresidente de Cundinamarca (no de Colombia) Francisco de Paula Santander. El sentimiento de recelo que Santander tiene hacia el endurecido y cansado conspirador Nariño, quien ha gastado muchos años de su vida en las horrorosas bóvedas de las mazmorras españolas; desde ese momento se transforma en sentimiento de abierta rivalidad hacia este y en despecho y hostilidad taimada hacia Bolívar por no haber pensado en él como su primer reemplazo. Reforzado y enconado aún más, por la preferencia abierta mostrada por Bolívar hacia Sucre, al encargarlo sucesor político militar suyo, en la campaña del sur.

Sin embargo, el fondo de la oposición política real de Santander a Bolívar se fundamenta en el asunto económico de la liberación total de los esclavos y la liberación del tributo a los indígenas, que Bolívar cuando va camino a la concentración en San Carlos, previa a la Batalla de Carabobo, solicita al Congreso de Cúcuta, que ha iniciado sesiones un poco más tarde de lo previsto: el 6 de mayo de 1821.

El Congreso expide la Constitución republicana a fines de agosto de 1821 y el 7 de septiembre no acepta la renuncia a la presidencia presentada por Bolívar, sino que lo ratifica, cursándole invitación para que se haga presente a tomar posesión de su cargo. Nariño es derrotado por los delegados santanderistas en la elección para la Vicepresidencia de Colombia, al obtener 19 votos contra 38 de Santander. La esclavitud se vuelve un problema de “gradualidad pagada” mediante el truco de la “libertad de vientres”. Los tributos coloniales no sufren modificaciones. Y el presidente para dirigir un país en guerra, anarquizado por las rencillas lugareñas de los jefes militares, queda amarrado a la previa autorización de Congreso, constituido por delegados provinciales impuestos por aquellos.

Después de la batalla de Carabobo, Bolívar desde Caracas a principios de julio de 1821, ha reorganizado el mando político y militar de Venezuela en tres distritos militares: el Oriente y Guayana a cargo de Bermúdez; a Mariño el Centro (Caracas, Coro, Maracaibo, Mérida y Trujillo); y Páez, quien como dijo Soublotte por el momento se conforma con su “patriecita de Apure”. Sin embargo, el Ejército colonialista a pesar de estar cercado en Puerto Cabello, Cumaná y Cartagena, aun es dueño de Panamá, la región de Pasto, Quito y el Perú en Sur. Y sus partidarios continúan la guerra mediante grupos de pillaje, en los llanos de Venezuela y regiones aledañas a Santa Marta.

Bolívar una vez asegurada Caracas, se dirige a visitar después de tantos años, su casa paterna de San Mateo cerca del río Aragua y a meditar en su proyecto de liberación continental. Regresa por San Carlos, Barquisimeto y Trujillo. Allí ya tiene claro el plan estratégico de la denominada Campaña del Sur, y el 23 de agosto de ese año lo envía detallado al vicepresidente Santander. El 31 de agosto de 1821, está en Maracaibo intentando organizar una expedición marítima que pasando por Panamá llegue al Perú. Le envía solicitudes a Santander pidiéndole 4.000 soldados, municiones, alpargatas, tela para uniformes, que sean ubicados a través del puerto de Buenaventura en Guayaquil. También lo autoriza para que emita bonos y \$ 50.000 pesos en billetes.

El plan general para la Campaña del Sur que Bolívar acaricia es así: de Guaira y Ocumare, con destino a Santa Marta, a donde deben llegar a fines de Septiembre (1821), partirán la legión extranjera ahora llamada Batallón Carabobo junto con seis compañías más. De Maracaibo rumbo al vecino puerto colombiano, saldrán 3.000 soldados que se aumentarán con 1.000 hombres reclutados en esa provincia, que luego se embarcarán por la vía de Panamá hacia el Callao. Santander con 4.000 hombres reclutados en Cundinamarca, reforzará por la vía de Buenaventura, la división de Sucre en Guayaquil. Total, de planeado: un ejército de 10.000 hombres armados y apertrechados con 3.000 fusiles y munición, para marchar a liberar el Perú. Entonces escribe a Santa Marta ofreciendo esta fuerza.

En el momento de embarcarse en Maracaibo para Santa Marta, a mediados de septiembre de 1821, recibe la invitación del Congreso de

Cúcuta, para que se posesione del cargo de presidente, por lo que debe dirigirse a esta ciudad. El 2 de octubre de 1821 toma posesión de su cargo, y Santander lo hace de vicepresidente. Las campanas de la iglesia de la villa del Rosario de Cúcuta se echan al vuelo y, según lo narra O'Leary en su diario, Bolívar dice premonitoriamente: "Doblan por Colombia". En efecto, el funeral se lleva a cabo 9 años después.

Los triunfos político militares de Boyacá en 1819 y Carabobo 1821 que consolidan el nacimiento de una nueva República en el norte de Sudamérica, producen otros desprendimientos al Imperio Español, sobre todo en el mes de septiembre de 1821: los países centroamericanos se declaran independientes el 15 de ese mes, el 21 capitula ante los independentistas la plaza del Callao en el Perú. Y el 28 se logra definitivamente la independencia de México. Todo lo cual agujonea a Bolívar para presionar su marcha hacia el sur.

Capítulo IX: Los Andes del Sur.

Por el camino de Cúcuta a Bogotá se entera que Cartagena después de tres meses largos de asedio, se ha rendido el 1 de octubre de 1821 a las tropas del oficial Mariano Montilla. Y que Bermúdez ha logrado también hacer rendir el 16 de octubre de 1821 la plaza fuerte de Cumaná. El 22 de octubre llega a Bogotá y se entera que en Panamá el 28 de noviembre de 1821, las autoridades civiles y militares se han separado de España y adherido a la Gran República de Colombia. Así mismo se le informa que un fuerte escuadrón de cinco buques de guerra organizado por el general español Juan de la Cruz Mourgeon en Panamá, ha zarpado previamente, para llevar refuerzos a Quito y bloquear la ruta de Buenaventura a Guayaquil.

Debe entonces desistir de esa ruta por mar y hacer el tránsito al sur por tierra, atravesando la hostil región del Patía y el Guáitara en la provincia de Pasto, profundamente fanatizada por los predicadores religiosos a favor del rey de España y en contra de las ideas republicanas. El 15 de diciembre de ese año (1821) parte hacia el sur, después de haber obtenido por parte del vicepresidente Santander todas las garantías para la dotación de esas fuerzas.

El 26 de enero de 1822 Bolívar está en Popayán y recibe una nota de Santander diciéndole que no puede enviarle lo acordado argumentando aparentemente y como siempre, falta de recursos. Espera hasta el día 25 de febrero y sin los recursos acordados con el vicepresidente, parte con cerca de 2.800 soldados rumbo a Pasto, por el camino de Tambo y Mercaderes. Descansa en Tominango y en el Peñol deja en improvisados hospitales cerca de 500 hombres atacados de viruela y disentería.

Pasando el río Juanambú, las abundantes “partidas realistas” de esa región empiezan a hostilizar la retaguardia patriota en molinos de Aco, Jenoy, Sandoná y Consacá. El 6 de abril de 1822 llega a Consacá con menos de 2.000 hombres. Encuentra taponado el camino por las tropas del oficial realista Basilio García quien ha ubicado sus 2.500 hombres en contra de los abismos del río Guaitara. Hay necesidad de combatir para pasar y el combate se desarrolla, al otro día en las “Lomas de Bomboná”,

entre el río Guaitara y las faldas del volcán Galeras. Después de 6 horas de lucha con bayoneta, las tropas patriotas, comandadas por el general Pedro León Torres, los comandantes Manuel Valdés, Joaquín París, Ignacio Luque, Lucas Carvajal y José Pulido, tienen más de 500 bajas. El general Torres gravemente herido muere poco después, 23 oficiales y 319 soldados son heridos y 9 oficiales, más 137 soldados mueren, a pesar de haber ganado la batalla y retener la Loma de Cariaco.

Bolívar se da cuenta que con 1.200 hombres no puede cruzar el río Guaitara camino de Quito y se regresa al poblado del Peñol prácticamente derrotado, a esperar refuerzos que, según lo acordado, ha quedado de enviarle Santander desde Bogotá. Mientras tanto el experimentado jefe realista García, protegido por las “partidas” que tiene diseminadas a lo largo del camino, se ubica enfrente con los molinos de Aco, en actitud vigilante durante 15 días. Allí espera hasta cuando enterado de los avances de Sucre sobre Quito se retira a Pasto. Mientras tanto, llegan a reforzar las tropas patriotas tan solo 900 hombres enviados desde Bogotá y Panamá.

Reabastecido y con el conocimiento de que Sucre marcha sobre Quito, Bolívar se dirige hacia Pasto por el camino de Berruecos, que ocupa el 30 de mayo de 1822. Allí se entera que Sucre seis días antes (24 de mayo, 1822), ha derrotado en la espectacular batalla de Pichincha las tropas colonialistas comandadas por el poderoso Aymerich y ha tomado el baluarte realista de la importante ciudad de Quito. Durante los primeros días de junio (1822) Bolívar le propone al comandante realista García ubicado en Pasto una capitulación honrosa, que finalmente se logra el 6 de junio de 1822, día en que fue recibido por el obispo de esa diócesis. Diez días después el 16 de junio de 1822 Bolívar entra triunfal a Quito.

Siguiendo las instrucciones de Bolívar y a solicitud de la ciudad de Guayaquil, Sucre se ha embarcado un año antes, el 3 de abril de 1821, desde el Puerto de Buenaventura con 400 hombres, rumbo a Guayaquil, con el fin de liberar el fuerte baluarte colonial de Quito. Una vez llega al puerto del Guayas, recoge las pocas fuerzas patriotas que han sido dispersadas por las poderosas tropas comandadas por Aymerich. Este poderoso jefe realista, informado de la llegada de Sucre, desde principios de agosto (1821) organiza una fuerza calculada en cerca de 3.000 infantes

y 1.000 jinetes, y coordina desde Quito un cerco para derrotarlo y recapturar Guayaquil.

Sucre sale a enfrentar las tropas de Aymerich enviadas sobre Guayaquil con sus apenas 1.200 hombres y en una brillante concepción táctica el 18 de agosto de 1821, derrota en Yaguachi a la primera columna realista para avanzar sobre el jefe colonial situado cerca de Ambato. Conocedor del movimiento de Sucre, Aymerich marcha hacia Guachi y aprovechando los errores de algunos comandantes patriotas, quienes deseosos de salir a combatir, presentan combate en una zona favorable a la caballería realista, Sucre sufre el 12 de septiembre de 1821 la única derrota en toda su carrera militar, que lo fuerza a retirarse maltrecho a Guayaquil.

Aymerich encarga a Carlos Tolrá continuar la ofensiva realista, mientras él regresa a Quito a detener el avance que por Pasto hace Bolívar. En octubre (1821), Sucre recibe 500 hombres procedentes de Buenaventura y para enero de 1822, ya con cerca de 1.400 hombres reinicia su ofensiva sobre Quito, esta vez por Loja. En Saraguro el 2 de febrero de 1822, recibe el auxilio de cerca de 1.000 soldados peruanos, chilenos, argentinos y bolivianos al mando del oficial peruano Andrés Santa Cruz, enviados por el protector del Perú general argentino José de San Martín, que constituye “la primera reunión de los luchadores de toda América en contra del colonialismo español”.

Sucre avanza sobre Cuenca en donde continúa reforzando sus tropas. En marzo 1822 Santa Cruz recibe órdenes de San Martín de regresar al Perú a participar de la defensa de Lima, pero Sucre en una actitud enérgica se lo impide. Para principios de abril 1822, Sucre con una fuerza organizada de cerca de 2.000 infantes mejor dotados y 400 jinetes avanza hacia el norte buscando a Quito. En la Tacunga se le reúne el joven oficial antioqueño José María Córdoba con un centenar de soldados provenientes por mar de Buenaventura y a principios de mayo 1822 inicia su avance sobre Quito. Los colonialistas concentrados en Machachí (hoy Mejía), se repliegan a las gargantas de Jalupana y el Viudito, para impedir el avance de los patriotas. Sucre en una maniobra admirable rodea el volcán Cotopaxi, para caer por atrás al valle de los Chillos ubicado al sur oriente de Quito. Los colonialistas entonces retroceden

buscando una mejor posición desde donde defender la ciudad y se ubican en Puengasí. Sucre rápidamente los rodea y se ubica en Chillogallo a pocos kilómetros de Quito. Ascende el volcán Pichincha para colocarse al Norte de la ciudad, cortando cualquier comunicación con Pasto.

Duerme en la cumbre helada y al amanecer del 24 de mayo de 1822 culmina toda la maniobra, en una memorable y espectacular batalla de más de cuatro horas, cuyo fragor producido por el choque de sables bayonetas y lanzas, se alcanza a oír desde los balcones por los aterrados quiteños: Aymerich queda derrotado. El general español Murgeon quien ha venido en su refuerzo desde Panamá muere junto con 400 realistas y se hacen 1.200 prisioneros. Quito puede ser ocupada definitivamente por Sucre quien con la espada entregada por el soberbio Aymerich, espera a Bolívar. Una vez en Quito, Bolívar le responde al general de San Martín, el 17 de junio de 1822, la carta que le ha enviado de Lima a Pasto el 3 de marzo de 1822, en donde le pide que “es preciso dejar que el pueblo de Guayaquil decida su libertad”:

“Excelentísimo Sr. general José de San Martín: Tengo el honor de responder su nota del 3 de marzo, que no ha podido venir a mis manos sino después de muchos retardos, a causa de las dificultades que para las comunicaciones presentaba el país de Pasto. V.E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para decidir sobre la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo; el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente. La Constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil una representación, la más perfecta y todos los pueblos de Colombia inclusive la cuna de la libertad que es Caracas, se han creído suficientemente honrados en ejercer ampliamente el sagrado derecho de la liberación”. A continuación, acepta la entrevista que le propone.

Los habitantes de Guayaquil están gobernados por una junta que quiere anexarse al Perú, pero dentro de la población, existen otras dos tendencias: una que desea la libertad total y otra que desea junto con Quito formar parte de Colombia. Para decidirlo, la Junta de Gobierno contando con el triunfo y la anexión a Lima, convoca a elecciones para el

28 de julio de 1822. Estos son los reparos que en este cruce de notas se hacen. Bolívar está convencido de que históricamente Guayaquil forma parte de la gobernación de Quito y por lo tanto debe entrar a formar parte de la Gran Colombia, mientras que San Martín apoya a la junta de gobierno que desea anexarse al Perú.

San Martín responde el 13 de julio de 1822, diciendo: “antes del 18 de julio saldré del Callao y tan pronto como desembarque en Guayaquil, marcharé a saludar a V.E. en Quito”. Es decir, le sugiere que se quede en Quito, mientras en la realidad se embarca no cuando dice, sino al día siguiente. Pero Bolívar le ha ganado la carrera: sale de Quito al 2 de julio de 1822 y nueve días después el 11 de julio, entra en Guayaquil. De manera que cuando San Martín después de 11 días de navegación el 25 de julio de 1822, llega a Guayaquil y en la bahía de ese puerto, se cruza con el presidente de la junta pro-Perú, el poeta lírico José Joaquín Olmedo quien va rumbo a Lima y le comenta al general San Martín del recibimiento que dos semanas atrás, el pueblo guayaquileño le ha brindado a Bolívar y a Sucre, San Martín le responde: “Ustedes me han inducido a error”.

Sabedor Bolívar que San Martín está en el puerto le insiste con dos esquelas en el encuentro entre ambos. La entrevista se realiza el 26 de julio de 1822. El protector del Perú, general San Martín, permanece 40 horas en Guayaquil. Al despedirse de Bolívar que lo acompaña al buque y subir a bordo, les dice a sus edecanes: “¿No han visto ustedes como Bolívar nos ha ganado de mano?”. Se retorna a Lima y se entera que su gabinete ha sido derrocado. Reúne una asamblea y dimite irrevocablemente. Regresa a Buenos Aires, recoge su hija y se embarca para Europa, negándose rotundamente en adelante a participar en política.

Durante las 40 horas que San Martín está en Guayaquil asiste a un banquete y un baile de gala. Habla con Bolívar en dos oportunidades: ambas a puerta cerrada y sin testigos. La primera durante media hora y la segunda durante cinco horas. Lo cual se ha prestado para que aún se continúen haciendo especulaciones y elucubraciones. Bolívar informa lacónicamente al Gobierno colombiano y a Sucre:

“El protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir a favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del congreso Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires para que admitan la Federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Dice que no quiere ser rey pero que tampoco quiere la democracia y sí que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo es pro forma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado de mando y de sufrir a sus enemigos”. Los hechos históricos dejan en claro una sola cosa: Guayaquil se reincorpora el 31 de julio de 1822 a Colombia. San Martín regresa al Perú que está sumido en el caos y luego se retira a Europa sin que se pueda establecer allí la monarquía constitucional que propone, y Bolívar, de acuerdo a su plan estratégico del sur, continúa su viaje.

Por su parte el general San Martín cierra el episodio con este juicio escrito en 1840: “En cuanto a los hechos militares de este general (se refiere a Bolívar), ellos le han granjeado con razón la fama de ser considerado el hombre más asombroso de la América del Sur. Lo que lo caracteriza por, sobre todo, formando en cierto sentido un rasgo especial, es su constancia a prueba, que se fortalecía en las dificultades, sin dejarse abatir por ellas, por más grandes que fuesen los peligros a los cuales se hubiera arrojado su alma ardiente”.

Durante los meses de octubre y noviembre de 1822 Bolívar visita las provincias de Loja y Cuenca. El 15 de noviembre de 1822, está de nuevo en Quito. Allí se informa que el jefe realista Morales, el segundo de Boves, ha reconstruido un cuerpo armado de cerca de 1.800 hombres en la ciudad de Puerto Cabello con el que derrota a Soublette y toma a Maracaibo. Se enfrenta con Páez en septiembre de 1822 en Nagua, donde muere el valiente Juan José Rondón ya amenaza el centro de Venezuela junto con la costa norte de la Nueva Granada. También se entera que los pastusos, estimulados por un sobrino de Boves, llamado Benito, se han

sublevado contra las autoridades dejadas por Bolívar, y que Sucre con 600 veteranos ha debido restablecer el orden republicano en esa arisca capital provincial, derrotando a los realistas en varios combates alrededor de Pasto; ocurridos a mediados de diciembre de 1822. Bolívar se acerca visitando las provincias de Ibarra y Tulcán.

A comienzos de 1823 está con Sucre en Pasto, para regresar a Guayaquil un mes después a organizar las tropas terrestres y marineras con las cuales marchar al Perú. A mediados de febrero se entera de que el general peruano Rudesindo Alvarado a quien ha dejado San Martín en Lima poco antes de renunciar, comandando un ejército de más de 4.500 buenos soldados, ha sido estruendosamente derrotado en Moquehua 21 de enero de 1823, por el jefe colonial del Perú José de Canterac. De inmediato solicita recaudos y hombres a las provincias de Quito, Cuenca y Guayas, para acelerar la organización del ejército capaz de enfrentar los 12.000 hombres que conforman la máquina militar colonialista del Perú. Pero el Gobierno de Bogotá, ahora sí, solicita de manera urgente su presencia para hacerle frente al segundo de Boves, Morales quien ya ha avanzado hasta Mérida, poniendo en riesgo esta vital región limítrofe entre Venezuela y Nueva Granada. Sin dudarle Bolívar cumple con la solicitud y sale hacia Bogotá el 27 de febrero de 1823. Por fortuna a las pocas jornadas, se entera por el correo que le trae noticias, de que la alarma ha sido controlada. Entonces retorna a Guayaquil.

Mientras tanto en el Perú, un golpe de Estado dirigido por el oficial peruano independentista Santacruz, impone con las armas en la mano ante el congreso de Lima, al coronel de las milicias José de Riva Agüero como presidente de este país, y quien oficialmente pide auxilio a Bolívar. El 18 de marzo de 1823 en Guayaquil, se celebra entre el delegado del gobierno peruano y el delegado de Bolívar coronel Juan Paz Castillo, el convenio para el auxilio a ese país. Perú acepta no 4.000 soldados según lo ha solicitado, sino 6.000 encargándose de sostenerlo y reemplazar las bajas, sin importar la nacionalidad.

Lentamente durante dos meses, salen desde Guayaquil los soldados embarcados para el Perú. Mientras tanto, Sucre llega el 2 de mayo de 1823, al puerto del Callao con funciones obviamente militares, pero también encargado de desarrollar una amplia diplomacia entre Colombia

y Perú con el fin de asegurar la llegada de Bolívar, pues el Perú es un hervidero con una situación política y militar muy inestable.

El jefe colonial Canterac ha bajado de la sierra peruana y sitiado a Lima y el gobierno despavorido huye: Riva Agüero hacia la norteña ciudad de Trujillo y Santa Cruz se embarca con su ejército hacia los límites con Chile. El movimiento de Canterac es predatorio y pronto se regresa con lo saqueado a la sierra. Sin esta presión se escoge en Lima al marqués de Torre Tagle para que dirija otro Gobierno. Cuatro poderes coexisten en ese momento en el Perú: Sucre en el Callao con el Ejército Patriota. Riva Agüero en Trujillo. El marqués de Torre-Tagle en Lima. Y en la sierra andina el virrey La Serna, con fuerzas calculadas en más de 15.000 soldados bajo el mando de tres experimentados oficiales colonialistas de alto rango: Canterac y Valdés en Perú y Olañeta en el Alto Perú.

Sucre desconfía con certera intuición del marqués Torre-Tagle, sin saber que Riva Agüero también está en componendas secretas con el virrey, para expulsar a las tropas colombianas del Perú. Bolívar mientras tanto, y a pesar de los innumerables llamados que se le hacen desde Lima, no avanza hacia el Perú sin tener el permiso dado por el Congreso de la Gran Colombia, el cual por fin llega el 2 de agosto de 1823. Cinco días después, se embarca para el Callao y su edecán O'Leary, le hace este comentario: "Hoy hace cuatro años se triunfó en Boyacá. Este es un buen presagio". Bolívar arriba al Callao el 1 de septiembre de 1823, siendo recibido por el hipócrita marqués de Torre Tagle y su congreso, quienes sin dejarlo desembarcar le solicitan ir a Trujillo a derrotar a Riva Agüero. Bolívar les responde tajantemente que llegó al Perú a derrotar a los españoles y no para tomar partido en una de esas guerras de facciones que él conoce. Sin embargo, envía al gobierno de Trujillo una enérgica carta criticando su abandono apresurado de Lima, que no duda en llamar traición, y le ofrece una paz honrosa a condición de que acepte al gobierno de Lima. Riva Agüero responde que no.

El 10 de septiembre de 1823 es investido por el Congreso de Lima como autoridad militar suprema y por primera vez se le confieren todas las facultades políticas ordinarias y extraordinarias del caso. Bolívar las acepta dejando en claro que solo dirige la guerra y que el gobierno estará en manos de "un hijo del país". Pero más pronto de lo esperado, conoce

la cláusula secreta del acuerdo entre el virrey La Serna y Riva Agüero para expulsar “las tropas auxiliares colombianas” que se hallan en Lima y Callao, y de inmediato alerta a Sucre, insistiéndole en que solo cuente con sus propias fuerzas.

A mediados de octubre (1823), Bolívar se entera de que la previsión hecha a Sucre cuatro meses atrás, sobre la destrucción del Ejército patriota del Perú, la ha consumado el virrey La Serna sin disparar un solo tiro. En efecto, el 20 de septiembre de 1823 en Moquegua Alto Perú, cerca de

5.000 buenos soldados patriotas peruanos al mando del oficial Santa Cruz (ascendido al grado de general por el propio Bolívar por su participación destacada en la batalla de Pichincha) obrando con absoluto individualismo y sin querer coordinarse con Sucre, se deja atraer por los realistas a la alta sierra peruana, en donde las fuerzas del virrey lo disuelven.

Bolívar le ha escrito a Sucre el 24 de mayo de 1823, la siguiente premonición:

“Santa Cruz irá con sus 5.000 hombres a Intermedios, encontrará pocas fuerzas, lo atraerán y después de todo le sucederá una de estas tres cosas: 1) Disminuye su división forzosamente por marchar y contramarchar, enfermedades o combates; 2) Es batido al principio si Valdez tiene 3.000 hombres, o bate a Valdés si tiene menos; y entonces sucede la 3) Que es internarse en Arequipay Puno, donde Canterac por su parte, las tropas del Alto Perú por otra, acaban con nuestra división, o la fuerzan a reembarcarse si aún permanecen los transportes en las playas. Este resultado puede ser más o menos infausto, mas no dejará de serlo. Un cuerpo flamante como el de Santa Cruz, en una retirada simple por desiertos, no necesita más que perseguirlo vivamente con infantería y con caballería. Si antes no persiguieron, ahora lo harán porque las cosas para hacerlas bien hay que hacerlas dos veces: es decir, que la primera enseña a la segunda. La expedición de Santa Cruz por muy bien que le vaya, deja al enemigo la mitad de sus armas y la mitad de sus fuerzas, lo que multiplica sus medios de superioridad”.

Todas esas cosas suceden y Santa Cruz no deja la mitad, sino todas sus

armas y todos sus hombres.

Para mediados de noviembre de 1823, hastiado de las intrigas de marqués Torre Tagle, Bolívar abandona Lima y se ubica en el Valle de Huaráz, también con el fin de impedir que la unión pactada en secreto entre Riva Agüero y el oficial colonial Canterac se lleve a cabo. Le explica suficientemente a Sucre el malentendido que hubo y lo cita para que, desde Arequipa en el sur, venga a este fértil valle con el fin de utilizar las ventajas geográficas y económicas de la región, que permiten entrenar y adaptar el ejército a las condiciones de la sierra peruana, en donde se halla la fortaleza militar colonialista.

Riva Agüero es capturado en Trujillo el 25 de noviembre de 1823 por el oficial peruano Antonio Gutiérrez la Fuente, quien a pesar de tener orden expresa de Torre Tagle para fusilarlo no lo ejecuta, sino lo expulsa a Guayaquil. Bolívar entiende que en este ambiente solo es posible contar con su propio ejército, y se dedica con tesón desconocido a dotarlo con caballos bien herrados, mulas de transporte, lanzas largas “como las que hacemos en Venezuela”, armas de filo muy martilladas y a entrenar sus cerca de 5.000 hombres en una serie de sucesivas marchas por toda la cordillera peruana, desde el cerro de Pasco, hasta la norteña ciudad de Cajamarca situada enfrente de Trujillo. Expide una serie de decretos de orden económico, liberando la tierra y a los nativos que la trabajan de innumerables cargas fiscales colonialistas y eclesiásticas. Utiliza para el Estado las tierras de tráfugas y traidores. Crea rentas para el sostén de un ejército junto con sistema administrativo y de justicia. Reduce los cargos burocráticos innecesarios y para asombro de sus enemigos, crea la Universidad de Trujillo.

Sin muchas esperanzas le insiste al vicepresidente de Colombia Santander para que le envíe refuerzos: “Es más fácil defender a Colombia con 8.000 soldados en Perú, que con 12.000 en Quito” le escribe, tratando de convencerlo. Divide las tropas al mando de Sucre en dos divisiones y ubica una en Huánuco en los valles centro orientales y la otra en el Callejón del Huaylas. Las tropas patriotas peruanas que alcanzan a ser algunos 2.000 soldados al mando del oficial peruano José de La Mar, quedan ubicadas entre Trujillo y Cajamarca.

“La guerra en el Perú no se puede hacer sino con una gran masa de tropas. Necesitamos conocer el país y contar con los medios”, le escribe en esos días a Sucre y continúa esperando las tropas que debe enviar Santander desde Colombia. Insta al gobierno del marqués Torre Tagle en Lima, que continúa sumido en el caos producido por las intrigas, a que entregue los recursos comprometidos.

Se desplaza rumbo a Pativilca a donde llega comenzando 1824 y debe permanecer cerca de un mes sin poder viajar, porque su enfermedad tuberculosa empieza a manifestarse claramente y a hacer estragos en su organismo: “Estoy muy estropeado”, le escribe a Santander, sin embargo extenuado y demacrado, sentado en una silla de vaqueta al pie de una higuera en donde por esos días lo encuentra el influyente Joaquín Mosquera, el hermano de su edecán Tomas Cipriano, cuando este le pregunta que va a hacer: ,e responde instantáneamente dejando al descubierto su voluntad intacta: “Triunfar”.

Allí en su convalecencia se informa que en Lima el 5 de febrero de 1824, el regimiento argentino de más de 1.000 soldados acantonado en el Callao, se subleva reclamando los pagos atrasados y se pasa con toda la guarnición a manos de los realistas. Ejemplo seguido por otras guarniciones como Cañete y Laurin, que pocos días después permiten la entrada del mariscal español Juan Monet a Lima. Bolívar aún sin poder cabalgar, ordena evacuar con todos los suministros militares posibles las tropas colombianas que aún quedan en Lima hacia Pativilca. Cinco días después y aun en la incertidumbre, el 10 de enero de 1824, el congreso de Lima logra reunirse: Suspende las funciones de presidente al marqués Torre Tagle y le otorga facultades ilimitadas a Bolívar nombrándolo dictador, para proceder a disolverse.

El marqués Torre Tagle no acepta el decreto del Congreso y nombra al general argentino Mariano Necochea como jefe militar de Lima, pero con tan mala suerte que el 18 de febrero de 1824, cae en manos de un oficial patriota, el contrato firmado entre el virrey La Serna y el marqués Torre Tagle para expulsar “las tropas auxiliares colombianas del Perú”. Hecho público el complot, todos sus miembros regresan en masa a las filas de los colonialistas y así en poco tiempo, logran colocar nuevamente a Lima bajo su control.

Solo queda en pie el Ejército patriota y algunas tropas peruanas aliadas a Sucre en el norte. Por su parte, los 12.000 hombres del Ejército colonial que el virrey La Serna tiene en el Perú desplegados en dos mitades: una en la mesa de Jagua y la otra más al sur en la serranía de Arequipa dispuestos a pasar a la ofensiva; fuerzan a Bolívar, situado enfrente de ellas, a repensar con prudencia el plan de organizar y abastecer un ejército igual o superior al colonialista, contando con las esporádicas y mezquinas ayudas que desde Bogotá le envía el vicepresidente Santander. Pero un cambio súbito dentro de la estructura colonial española, transforma toda la situación: El general Pedro de Olañeta, estacionado en lo que hoy es la República de Bolivia, resentido con el virrey de Lima La Serna, decide en Chuquisaca el 21 de febrero de 1824, separarse del Perú para anexarse al Virreinato de la Plata y proclamar a Fernando VII como rey absoluto de este. El virrey de Lima, para fortuna del Ejército patriota, se desprende de 5.000 hombres al mando del mariscal Jerónimo Valdés y los envía con la instrucción de someter a Olañeta. Ocasión aprovechada por Bolívar quien para principios de junio de 1824 ya tiene bastante entrenado y organizado su ejército, para pasar a la ofensiva.

El 3 de junio de 1824, le explica su plan al secretario de Guerra de Colombia: “Por una feliz casualidad, las diferencias suscitadas entre el virrey y el general Olañeta, paralizaron el curso de los triunfos que venían teniendo. Llamó la atención de los enemigos hacia el Alto Perú y los mantiene en sus posiciones de Jauja y el Callao. Por este evento inesperado, existen aún las tropas de Colombia y no han poseído los enemigos íntegramente el Perú. No se ha perdido el sur de la república, y no ha sido ella misma, comprometida en toda su extensión. A pesar de todo, tocando S.E. en la imposibilidad de sostenerse por más tiempo en la única parte libre del Estado, agotados ya todos los recursos y reducidos los pueblos de la espantosa miseria. El Libertador ha hecho mover el ejército sobre los enemigos. Al tomar esta resolución ha tenido presente, que un ejército sin reemplazos se destruirá por consunción y con descrédito; y antes de experimentar esta fatal suerte, ha querido provocar la Fortuna en el campo de batalla. No pasarán tres meses desde la fecha; sin que aquella haya tenido lugar y aunque los enemigos son superiores en número. El Libertador lo espera todo del estado de disciplina y de moral en que están los cuerpos, siendo esta la doble razón que S.E. ha

tenido presente, al disponer el movimiento del ejército y comprometer una batalla”.

El poderoso jefe colonial Canterac, a través de la “niebla de la guerra”, subestima a su adversario y lo ve de otra manera. El 4 de mayo de 1824 le escribe a su oficial el mariscal Valdés lo siguiente: “Por más que usted me diga, yo no encuentro sobresaliente a Bolívar, en cambio es grande su ferocidad. Como militar nada ha hecho jamás más que en Quito; y opinión, que es la piedra de toque, no tiene ninguna. Las tropas que fueron del Perú le tiene desde el primer jefe hasta el último soldado, odio mortal y sus tropas por bisoñas y otras causas, son poco a propósito para moverse y batirse, por lo que no juzgo posible que lo busque a usted”.

Pero la realidad era otra: a fines de mayo de 1824 Bolívar ordena mover el ejército dividido en tres grandes columnas paralelas desde Cajamarca, unos 1.000 kms al sur oriente, hacia el Cerro de Pasco, siguiendo varias rutas por la cordillera yerma y helada. Bolívar toma el camino de Huaraz, Olleros, Chapín, Aguamiro y las heladas cumbres de Huascarán. Para fines de junio ya está en Húanuco cerca del Cerro Pasco. El 29 de julio de 1824 Bolívar pasa revista a todo su ejército de 8.700 hombres provenientes de toda América del Sur en los llanos de Sacramento. Dos días después Sucre entra en la villa de Cerro de Pasco y el Ejército patriota se coloca en la región en donde se abren dos cordilleras extendidas hacia el sur, dejando en la mitad la laguna de Chinchaycocha, también llamada de Reyes. Bolívar conoce la ubicación de Canterac en los cerros del oriente y toma el camino del occidente por Cochamarca, el Diezmo y Conocancha. Allí en medio del frío glacial se entera que Canterac con sus 7.000 hombres está avanzando por el ramal occidental de la cordillera hacia el norte en dirección a Pasco a interceptar a los patriotas.

Es justo la maniobra que está esperando. De inmediato ordena a su ejército dirigirse al occidente al poblado de Reyes, a salirle por atrás y cortar la retaguardia al ejército colonial que ya ha penetrado hasta más delante de Carhuamayo. En ese momento, el general Canterac se informa que el ejército de Bolívar está a sus espaldas y que no son ningunos “bisoños dispersos e inactivos” y debe ceder la iniciativa a su adversario. En consecuencia, ordena precipitadamente una retirada hacia el sur a sus

bases en Tarma y Jauja; pero el 6 de agosto de 1824, el Ejército patriota está cerrando el paso en la llanura de Junín en donde la caballería tiene un pequeño espacio para maniobrar. Bolívar con el fin de retardar su retirada, dando tiempo a que el resto de la tropa llegue a la planicie, ordena al patriota argentino capitán de caballería Mariano Necochea, quien ha participado en la evacuación de Lima, avanzar con sus 900 jinetes sobre los colonialistas en retirada. Canterac le envía su engalanada caballería de cerca de 1.500 jinetes a todo galope en un choque estruendoso. Bolívar

manda al inglés Miller flanquear con sus 800 jinetes por la derecha a los realistas para detener su impulso.

Enseguida ordena al oficial británico O'Connor entrar desde la orilla del pantano donde se encuentra, a presionar con sus jinetes para abrir el camino a los demás cuerpos, empujando a los realistas hacia la llanura. Allí los grandes jefes llaneros Carvajal, Silva, Escobar, Suárez, Sandoval y Camacaro realizan la maniobra llanera muchas veces exitosa del "vuelvan caras", sin disparar un solo tiro, causando verdaderos estragos: "Los colombianos aparentaban desordenarse para atraernos, tras ellos y así nos esperaban y lanceaban a su gusto", relata al virrey el general realista Valentín Ferraz.

Al atardecer la infantería a toda marcha se hace presente en la llanura y los realistas para salvar la integridad de sus cuerpos dan la orden de retirada veloz hacia el Cuzco. Bolívar ordena después de haber descansado y recuperado las pérdidas, marchar en la ruta seguida por el ejército de Canterac de Tarma y Jauja. El 14 de agosto de 1824 se encuentra en Huancayo ocupando aldeas y poblados que los colonialistas abandonan en su retirada. A esta ciudad llega el 18 de agosto de 1824 el patriota chileno alumno de Francisco Miranda, Bernardo O'Higgins, quien marcha desde Trujillo aceleradamente a reunirse con Bolívar. Sin embargo, no es posible darle mando efectivo de tropa a pesar de todos sus rangos por lo que se regresa a la Costa de Viñac.

A fines de agosto de 1824, Bolívar entra a Huanta, mientras Canterac llega cerca de Cuzco con 4.500 hombres y su caballería prácticamente destruida. Ha perdido más de 2.300 de sus soldados y el Ejército patriota puede establecerse en la más cómoda provincia de Huamanga para reabastecerse, recuperar los atrasados y prepararse a continuar.

Santander que hasta ese momento considera improcedente enviar refuerzos al Perú, argumentando entre otras cosas, una hipotética invasión de los franceses a Colombia, en cobro por el apoyo dado al golpe absolutista de Fernando VII en octubre de 1823 contra la Constitución liberal de 1820; escribe a Bolívar poco después de la batalla de Junín este reconocimiento: "Ud. Ha obtenido este primer triunfo sin necesidad de auxilios enviados por el gobierno".

El 28 de septiembre de 1824, Bolívar en Huancarama, se informa que el mariscal Valdés enviado al Potosí (actual Bolivia) a reducir al sublevado general Olañeta (quien se ha separado del Virreinato de Lima) después de derrotarlo regresa apresuradamente a Cuzco a reforzar con más de 1.500 infantes a su superior Canterac. Entonces de acuerdo con Sucre, establece una nueva estrategia, consistente en combinar las operaciones ofensivas con una buena defensa sin empeñar la batalla decisiva, pero sin rehuirla. Decide regresar a la costa a poner el sitio a la guarnición del Callao y asegurar los suministros y recursos requeridos por el ejército en la sierra. Deja en Sañaica el 6 de octubre de 1824, todas las operaciones militares y el mando del ejército patriota en manos de Sucre y por Huancayo se dirige a Lima.

En Huancayo conoce el 9 de octubre de 1824, el decreto que le envía el Congreso de Colombia con fecha 28 de junio de 1824 (dos meses antes de la batalla de Junín), que le revoca el mando supremo sobre el ejército de Colombia auxiliar en el Perú, tomando de pretexto las facultades extraordinarias (dictatoriales) otorgadas por el Congreso de Lima en febrero de ese año.

Bolívar inmediatamente acepta lo ordenado por el cuerpo legislativo colombiano sin entrar en ninguna contradicción. Tampoco con el vicepresidente Santander quien está detrás de todo esto, acopiando todo el poder en Colombia y tratando de impedir que la consolidación de Sucre amenace su posición burocrática. Bolívar nombra a su leal y seguro compañero de armas el general Sucre, comandante general del Ejército de Colombia y con el nombramiento oficial, le envía una nota privada explicándole la situación política, recomendándole destruirla una vez leída, para continuar su viaje hacia Lima.

El Congreso colombiano le ha retirado el mando del Ejército del sur, pero Bolívar aun continua siendo el presidente de Colombia y una vez en Lima a donde llega en noviembre de 1824, con la convicción del triunfo de Sucre (precisamente dos días antes de la decisiva batalla de Ayacucho), expide la famosa circular del 7 de diciembre de 1824, dirigida a los gobiernos de Chile, Buenos Aires, México y Guatemala en donde, según su antigua y persistente idea de conformar una confederación anfictiónica de

naciones hispanoamericanas, los invita a enviar embajadores plenipotenciarios a la ciudad de Panamá, con el “objeto de formar una federación que servirá para aconsejar a los gobiernos en sus conflictos mutuos, para unirlos ante sus peligros comunes, para interpretar los tratados cuando surgiesen dificultades y, en una palabra, para conciliar sus diferencias”.

Mientras tanto desde mediados de octubre 1824, Sucre ha avanzado con su ejército cruzando las montañas de Chumba rumbo a Cuzco, por la provincia de Aimaraes, buscando los recursos de las ricas provincias de Abancay y Andahuaylas. Los colonialistas se protegen con la barrera natural que constituyen los desfiladeros del río Apurimác. Canterac se sitúa en Paruro, Valdés en Agcha, mientras el virrey permanece en Cuzco reuniendo cerca de 11.500 infantes y más de 1.600 jinetes.

Bolívar le escribe a Sucre (9 noviembre 1824) recordándole que la suerte del Perú y quizás de toda América depende del ejército que comanda y por lo tanto le demanda “prudencia y extremada circunspección, junto con un tino sumo en las operaciones para no librarlas a la suerte incierta de las armas sin una plena y absoluta seguridad de un éxito”. Sucre continúa moviéndose según el consejo de Bolívar por Circa, Lambrana y Lichivilca, pero previendo esta recomendación el 24 octubre 1824 le ha escrito a Bolívar: “por cualquier parte que intenten buscarnos han de hacer tres veces la jornada, que nosotros para reunirnos”.

Los colonialistas avanzan tratando de envolver con un amplio arco al Ejército patriota por la vía de Mamara, Soraya, Chalhuanca y Pampachiri. El 8 de noviembre de 1824 están ubicados a 150 km de la retaguardia de Sucre y una semana después ocupan Huamanga. Conocedor Sucre del gran arco que están describiendo los colonialistas para rodearlo, se mueve lentamente en paralelo, pero ampliando terreno, por San Jerónimo, Andahuaylas y Talavera en los Valles del río Pampas. El 19 de noviembre de 1824, en Uripa, ambos ejércitos han confluido teniendo el río Pampas de por medio y se pueden observar mutuamente. Los realistas se mueven por el pueblo de Concepción en la orilla izquierda hacia arriba del río, tratando de cerrar el paso a Sucre. Cruzan hacia la orilla derecha pensando caerle cuando cruce el río, pero Sucre evade la acción retrocediendo río

abajo, para cruzar de nuevo hacia la izquierda, a la altura del cerro del Bombón.

El mariscal español Valdés escribe a su superior: “Hemos terminado la campaña tan felizmente como no se ha visto terminar ninguna; aturdido Sucre con nuestro movimiento envolvente, se ha metido donde no le es posible salir”.

Sucre ingresa a la provincia de Huamanga rica en víveres y pastura para los caballos, por Ocrós y Matará en los primeros de diciembre de 1824. Los colonialistas continúan al frente, movilizándose a su izquierda. Sucre se les acerca con intención de forzar la batalla, pero el virrey se aleja cerrando el camino más arriba de la quebrada de Collpahuayco, donde se produce una escaramuza, que los oficiales del virrey interpretan como una victoria que les permitirá aceptar sin demora la batalla. Sucre se mueve a la llanura de Cangallo pero los realistas retroceden maniobrando hacia la izquierda, hacia los cerros, tratando de evitar el descampado favorable a la caballería patriota.

El ejército de Sucre cruza la quebrada de Acroco cerca del villorrio de Huaichao, para ubicarse en Quínua en inmediaciones del campo de Ayacucho, mientras que los colonialistas toman el camino de Machacra moviéndose por la montaña de Pacaicasa, cortando definitivamente la marcha patriota hacia el norte y quedando situados en el campo de Ayacucho con el camino hacia el Cuzco detrás. El virrey seguro, envía a todos los poblados indígenas vecinos la orden de ejecutar a cualquier “extraño o mulato” que llegase vencido, y se dispone a dar la batalla.

Con el ejército realista en lo alto y de acuerdo a aprendido con Bolívar; traza su plan consistente en no dejar bajar a los colonialistas, sino derrotarlos por grupos a medida que vayan bajando, es lo que se conoce como “batirlos al detal”. Explica el plan a sus oficiales y dispone el combate. Durante la noche del 8 de diciembre de 1824 para impedir el descenso de los realistas a la planicie, antes del amanecer ordena a varios destacamentos avanzados hacer fuego de retirada permanente sobre su adversario, mientras en la llanura simula con gran estruendo los ruidos de una huida: órdenes estridentes, ruidos de caballo al galope y de ollas golpeadas. Antorchas en movimiento durante toda la noche, para

mantener el suspenso y hacer creer al virrey que el Ejército patriota, aprovechando la oscuridad nocturna se está retirando. El virrey entonces duerme tranquilo y espera confiado hasta el otro día, para iniciar la persecución y exterminio. Pero cuál es su asombro al amanecer del 9 de diciembre de 1824, cuando observa a los patriotas esperándolo en perfecta formación de batalla.

El virrey explica con calma el plan para encerrar al Ejército patriota: el mariscal Valdés cerrará las paredes del cuenco cuyo fondo es la llanura, flanqueándolo por el norte y el occidente hasta empujar a los patriotas a campo abierto. Los cañones desde la altura y la infantería en forma de medio arco cerrarán el cerco atornillándolo, para enseguida bajar él, desde el cerro con su fuerza de reserva a aplastarlo igual a una nuez dentro del cascanueces, es el ejemplo gráfico que pone. Sucre con audacia y precisión piensa al contrario “batirlos al detal”: conservar el centro de la llanura en donde se le considera vulnerable para convertirlo en una fortaleza lanzando desde ese punto en una y otra dirección, una fuerza de gran movilidad (la de Córdoba), tanto a izquierda como a derecha sobre una misma fracción del enemigo. En cada uno de esos ataques, una fuerza inferior se convierte en superior y la puede derrotar. El ejército de Sucre que tiene la mitad de la fuerza del virrey, se multiplica al dividir la batalla en una serie de encuentros parciales en donde se torna superior. Semejante a los radios de una rueda de bicicleta que al girar aceleradamente se convierten en una maza sólida que sostiene el vehículo en movimiento. Cada uno de los destacamentos realistas debe recibir al descender a la llanura un golpe demoledor que lo haga retroceder y esa misma fuerza patriota debe correr velozmente a otro sitio a propinar otro golpe igual para regresar a concluir la dispersión causada por el primer golpe. Y así mismo se libra una batalla de dos horas, sin que los patriotas pierdan un minuto de iniciativa.

El mariscal realista Valdés inicia el combate atacando con todas sus fuerzas por la izquierda a las tropas patriotas del oficial José La Mar que no le permiten descender a la llanura. El virrey entonces envía al mariscal José Monet por el centro, tratando de restablecer el equilibrio, pero el oficial patriota Jacinto Lara le opone de frente su primera división, mientras el joven oficial antioqueño José María Córdoba lo ataca con

todas sus fuerzas por su derecha (izquierda realista). Monet cae herido y sus tropas prácticamente despedazadas huyen.

Sucre ordena al oficial británico William Miller apoyar a Córdoba con la mortífera caballería llanera, ahora avanzando por la derecha causando grandes destrozos a las tropas realistas del mariscal Alejandro Villalobos. Córdoba puede flanquear a la guardia de honor del virrey y llegar hasta donde se encuentra el ilustrísimo don José la Serna, en las alturas del cerro del Cóndor, donde se considera imbatible, para rendirlo. La gran marcha realista de exhibición realizada por el ejército del virrey español durante cerca de tres meses, solo deja en claro la resignación y resistencia de los soldados nativos de la sierra peruana, para caminar por sus bellas e imponentes montañas heladas.

Con la espada del poderoso e ilustrísimo virrey del Perú en su poder, Sucre escribe su parte de batalla: “Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega incondicional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron 14 años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla. Por él se han entregado todos los restos del Ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias. Se hallan por consecuencia, en este momento en poder del Ejército Libertador los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Charratalá, Monet y Villalobos, los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tafur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores, más de 2.000 prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían: 1.800 cadáveres, 700 heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas. Nuestra pérdida es de 310 muertos y 609 heridos”.

Bolívar desde Lima y bajo el eco de la victoria de Ayacucho le escribe el 20 de diciembre de 1824 a Santander, expresándole su deseo retirarse y envía su renuncia de presidente al Congreso de la República de Colombia: “Todo el mundo me está quemando con que soy ambicioso, que me quiero

coronar, lo dicen los franceses, en Chile, Buenos Aires, lo dicen aquí y hasta un anónimo en Caracas. Con irme respondo a todo. No quiero más poder, no quiero más fortuna y si quiero mi reposo. Me queda un tercio de vida y quiero vivir”. Pero, Santander calcula que aún no tiene todo, pues el Ejército patriota está en manos de Sucre y por ende de Bolívar liberando los últimos reductos militares coloniales en Bolivia. Responde el 8 de febrero de 1825 no aceptando la renuncia, y más bien les envía como halagos; una medalla de platino a Bolívar y una espada de oro a Sucre.

Santander espera 6 años más hasta junio de 1830 (dos años después de haber instigado a sus valederos y armado el complot de la noche septembrina de 1828 en Bogotá contra la vida de Bolívar) para deshacerse de Sucre, valiéndose de José María Obando.

José María Obando ha nacido en la hacienda de García, en Caloto, cercana a Popayán en agosto de 1795, como un bastardo de la familia más poderosa de la Nueva Granada: los Mosquera de Popayán. Razón por la cual es adoptado a los dos años de edad, por don Juan Luís Obando del Castillo y Frías, natural de Pasto y establecido en las áreas de Popayán, Almaguer y Patía como rico comerciante, propietario de haciendas y por su puesto de esclavos. Es educado igual a los demás miembros de la oligarquía payanesa, en la escuela de don Joaquín del Basto y tres años en el Real Seminario de Popayán. A los trece años ya ayuda a su padre adoptivo en el cuidado de las haciendas, los negocios y la trata de negros, logrando establecer con el trato directo, una vasta red de amigos y clientes en toda esta región. A raíz de la Guerra de Independencia, ingresa al Ejército del rey de España donde alcanza el grado de coronel y durante la Campaña del Sur (1820-1822) combate con saña al Ejército patriota de Bolívar bajo las órdenes de Calzada y Basilio García, utilizando la red de bandidos contrabandistas, negociantes malhechores y esclavos fugados (a la manera de Boves) en “partidas” auxiliares del ejército colonial.

Cuando en 1822, comprende que la derrota colonialista es un hecho, de manera oportunista utiliza sus relaciones familiares y personales para pasarse con algunos de sus hombres a las filas patriotas. Entre 1823 y 1828 es comandante republicano en la línea del río Mayo y se hace

nombrar gobernador de la provincia de Pasto, lo que aprovecha para consolidar su caudillismo militar provincial, estrechar vínculos con su medio hermano el prominente Joaquín Mosquera y en especial con el vicepresidente Santander como su incondicional agente de poder en el sur. En 1828 después de derrotarlo, Bolívar le ofrece un tratado generoso a su favor, pero el “sanguinario tiranuelo Obando” como lo llama, continúa su lucha facciosa y cuando en 1830 Bolívar se retira de la presidencia para ir a morir en Santa Marta, Obando organiza en junio de ese año con el aval de Santander el asesinato del posible sucesor de Bolívar, el mariscal Antonio José Sucre, en la montaña pastusa de Berruecos.

Un año después de la muerte de Bolívar (1831), el general venezolano y bolivariano Rafael Urdaneta ante la destrucción que el santanderismo hace del Ejército bolivariano en Bogotá, da un golpe de estado derrocando al hermanastro de Obando, don Joaquín Mosquera quien muerto Bolívar lo ha sucedido en el Gobierno de Colombia. Entonces Obando constituido en “el brazo armado del santanderismo”, encabeza el combate exitoso contra el gobierno del general bolivariano Urdaneta y logra establecer un gobierno de facto en la Nueva Granada, que preparara el regreso al poder de su jefe y protector Francisco de Paula Santander, para que dé marcha atrás al proyecto Gran colombiano de Bolívar e instaure el régimen oligárquico de esclavistas hacendados y grandes comerciantes neogranadinos, basado en las guerras civiles cíclicas que aún perduran, y de las cuales precisamente el “ex presidente” Obando encabeza tres de ellas: la de 1840, la de 1854, y la de 1860 que le cuesta la muerte a lanzazos en una escaramuza en Subachoque, en abril de 1861.

El historiador Augusto Mijares, en su libro *El Libertador* (Caracas, 1987), dice en la p. 550 lo siguiente: “el asesinato de Sucre fue ordenado por uno de aquellos siniestros jefes pastusos, el general José María Obando, antiguo realista cuyo último crimen había sido sublevarse en connivencia con los peruanos cuando estos invadieron a Colombia: el jefe de los forajidos que lo ejecutaron, un tal Apolinar Morillo, venezolano, así lo declaró hasta el momento de subir al patíbulo, y lo mismo aseguraron sus principales cómplices. Pero como Obando figuraba ya en los círculos de la Nueva Granada que comenzaban a

llamarse liberales y después llegó a ser primera figura entre ellos, logró que sus partidarios desviarán de él la evidencia del crimen”. Bolívar debe continuar: confiere el título de gran mariscal de Ayacucho a Sucre. Emplaza al comandante realista del fuerte del Callao Ramón Rodil, para que según lo capitulado en Ayacucho por el virrey entregue esa plaza con sus 2.500 soldados. Rodil se niega, entonces ordena al oficial Salom estrechar el cerco por mar y tierra y continúa su labor de dotar al Perú de instituciones de justicia, hacienda, economía y educación”.

El 10 de febrero de 1825 un año después de que se le han entregado los poderes dictatoriales reúne al Congreso del Perú. Rinde un informe de sus actuaciones y entrega estos poderes excepcionales.

Pero el Congreso peruano tampoco acepta esto, sino los prolonga. Decide entonces viajar al Alto Perú. Crea en Lima un Consejo de Gobierno conformado por peruanos y marcha por Arequipa a Cuzco a donde llega en junio de 1825. En Arequipa recibe un caballo con aperos de oro, una corona de oro con diamantes que trasfiere al triunfador de Ayacucho y que el mariscal envía de regalo al Congreso de Colombia.

En Cuzco el 4 de julio de 1825, dicta los conocidos decretos: uno, eliminando la secular explotación del trabajo de los indígenas andinos por parte de “jefes civiles, curas, caciques y aun hacendados”; y el otro distribuyendo la tierra que les han sido usurpadas.

“SIMÓN BOLÍVAR, Libertador, Presidente de la República de Colombia, Libertador de la del Perú y Encargado del Supremo Mando de ella, etc., etc., etc.

Considerando:

1°. Que a pesar de las disposiciones de las leyes antiguas nunca se ha verificado la repartición de las tierras con la proporción debida;

2°. Que la mayor parte de los naturales han carecido del goce y posesión de ellas;

3°. Que mucha parte de dichas tierras, aplicables a los llamados indios, se hallan usurpadas con varios pretextos por los caciques y

recaudadores;

4°. Que el uso precario que se les concedió en el gobierno español ha sido sumamente perjudicial a los progresos de la agricultura y a la prosperidad del Estado;

5°. Que la constitución de la República no conoce la autoridad de los caciques sino la de los intendentes de provincia y gobernadores de sus respectivos distritos, ha venido en decretar y

DECRETO:

1°. Que se ponga en ejecución lo mandado en los artículos 3°, 4° y 5° del Decreto dado en Trujillo a 8 de abril de 1824, sobre repartición de tierras de comunidad.

2°. En la masa repartible se incluirán aquellas de que se han aprovechado los caciques y recaudadores por razón de su oficio, esclareciéndolas los comisionados para la venta y distribución de las tierras.

3°. La mensura, repartición y venta de tierras de cada provincia se ejecutará por personas de probidad e inteligencia que proponga en terna al prefecto la junta departamental luego que se establezca bajo su responsabilidad, formándose por ella misma el arancel de las dietas y derechos que deban llevar aquellos en el desempeño de esta comisión.

4°. No se comprenden en el artículo 2° los caciques de sangre en posesión y los que acrediten su legítimo derecho, a quienes se declara la propiedad absoluta de las tierras que en repartimiento les hayan sido asignadas.

5°. Los caciques que no tengan ninguna posesión de tierra propia recibirán por su mujer y cada uno de sus hijos la medida de cinco topos de tierra o una igual a ésta en los lugares donde no se conozca la medida de topos (1 Topo = 27 áreas).

6°. Cada indígena de cualquier sexo o edad que sea, recibirá un topo de tierra en los lugares pingues y regados.

7°. En los lugares privados de riego y estériles, recibirán dos topos.

8°. Los indígenas que fueron despojados de sus tierras en tiempo del gobierno español para recompensar con ellas a los llamados pacificadores de la revolución del año 14, se les compensará en el repartimiento que se haga de las tierras de comunidad con un tercio más de terreno que el que se asigne a los demás que no hayan experimentado este perjuicio.

9°. Que la propiedad absoluta, declarada a los denominados indios en el artículo 2° del citado decreto, se entienda con la limitación de no poderlos enajenar hasta el año 50 y jamás en favor de manos muertas, so pena de nulidad.

10°. El Secretario General interino queda encargado de la ejecución y cumplimiento de este Decreto.

Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en Cuzco, a 4 de julio de 1825. SIMON BOLÍVAR. Por orden de su excelencia. Felipe Santiago Estenós”.

A fines del año anterior, Sucre ha descolgado el pendón de Pizarro que es un inmenso símbolo colonial de catedral de Cuzco para enviarlo a la municipalidad de Caracas, y ha continuado su marcha por el Alto Perú sobre el jefe realista Olañeta rebelado al virrey La Serna, quien se niega desde Cochabamba con sus 65.000 hombres a aceptar la rendición española. Ocupa La Paz a principios de febrero de 1825 y convoca una asamblea constituyente, con el fin de organizar el gobierno de las provincias que conforman la actual Bolivia.

En marzo Sucre parte hacia Potosí a encontrar a Olañeta, pero al llegar a esta ciudad, se entera que el obstinado jefe realista ha muerto en una batalla contra un destacamento de sus propias tropas, que ha aceptado la autoridad patriota. El 6 de agosto de 1825, un año después de la batalla de Junín, los delegados a la asamblea representantes de las provincias de la Paz, Cochabamba, Charcas, Potosí y Santacruz, declaran la independencia de España y deciden constituirse en país soberano.

Ese día, Bolívar se encuentra en la ciudad de Puno procedente del Cuzco, en marcha hacia la Paz. Al cruzar por el poblado de Pucara el letrado

quechua José Domingo Choquehuanca le dice en castellano que su raza después de tres siglos de expiación, ha encontrado en Bolívar un designio providencial y remata su emocionado discurso diciéndole: “Nada de lo hecho antes de vos, se parece a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros será preciso que haya un mundo por liberar. Vuestra fama crecerá como aumenta el tiempo con el trascurso de los siglos, así, como crece la sombra cuando el sol declina”.

A orillas del lago Titicaca en un escenario sobrecogedor y gélido para dos hombres del trópico; vuelven a saludarse con un abrazo cálido Bolívar y Sucre. Bolívar llega a La Paz el 18 de septiembre de 1825, para continuar haciendo presencia en todo el territorio liberado: Oruro, Potosí, en donde recibe invitación del Gobierno argentino para que concurra con su ejército a rechazar la invasión que el Gobierno imperial de Portugal residente en Brasil, realiza sobre las antiguas fronteras españolas, y continua su viaje hacia el importante centro político de Chuquisaca, a donde llega a fines de diciembre de 1825.

En esta ciudad inicia otro período intenso de reorganización jurídica, económica, fiscal y de educación pública semejante al realizado en Trujillo del Perú, antes de la batalla de Junín. Convoca la asamblea constituyente citada por Sucre. Pone en marcha y supervisa para que no queden en letra muerta los decretos sobre el trabajo y tierras indígenas expedidos en Trujillo del Perú y Cuzco, completándolos en otra serie de decretos sobre la “repartición de tierras del Estado a los naturales”, protección de la ecología, estimulando la producción y creando el sistema de educación pública, veamos:

“SIMÓN BOLÍVAR, Libertador de Colombia y del Perú, etc., etc., etc.

Considerando:

- 1°. Que el primer deber del gobierno es dar educación al pueblo. 2°. Que esta educación debe ser uniforme y general.
- 3°. Que los establecimientos de este género deben ponerse de acuerdo con las leyes del Estado.

4°. Que la salud de una república depende de la moral que por la educación adquieren los ciudadanos en su infancia.

Oída la Diputación Permanente. DECRETO:

1°. Que el director general de enseñanza pública, instruido de lo que existe relativo a este ramo en toda la extensión de la república, de cuenta al gobierno del estado de las escuelas y colegios y de los fondos que los sostienen.

2°. Que, para cumplir con este encargo, tenga el director facultad para pedir a quien corresponda todas las instrucciones y documentos que necesite.

3°. Que el director proponga al gobierno un plan para el establecimiento de una institución de enseñanza que abrace todos los ramos de instrucción, haciéndola general a todos los pueblos de la república.

4°. Que entre tanto y sin pérdida de tiempo proceda a establecer en cada ciudad capital de Departamento una escuela primaria con las divisiones correspondientes para recibir todos los niños de ambos sexos, que estén en estado de instruirse.

5°. Que se establezca una escuela militar en la capital de la República.

6°. Que para colegio de ciencias y artes se haga reparar y disponer como convenga a su nuevo destino el colegio nombrado de San Juan de esta ciudad.

7°. Que mientras se construyen los edificios que han de ocupar las escuelas primaria y militar, se pongan éstas en el colegio de San Juan.

8°. Que en la visita que el director debe hacer a todas las capitales de los departamentos destine con consulta de los presidentes los mejores edificios al uso de los colegios de ciencias y artes, y de la escuela primaria que se han de establecer conforme a los de Chuquisaca.

9°. Que para fondos de estos establecimientos se destinen en cada departamento: 1) Todos los bienes raíces, derechos, rentas y acciones de capellanías aplicados a los establecimientos públicos por decreto de este día. 2) El derecho que se cobra por cada fanega de harina al entrar en las ciudades, mientras no se suprima este derecho.

10°. Quedarán afectos a estos establecimientos no sólo las fincas que reconocen los censos, sino los réditos: 1) De la caja de censos. 2) De la obra pía de Paria fundada por D. Lorenzo Aldana. 3) De los monasterios que se supriman.

11°. Que todos estos fondos se reúnan bajo una sola administración en cada departamento sujeta a una dirección general.

12°. Que para estas administraciones se nombren por el gobierno personas de responsabilidad y con fianzas abonadas, a cuyo cargo estén el arrendamiento de las fincas y la recaudación de las rentas que produzcan, señalándoles por su trabajo el cinco por ciento sobre el total de las rentas que recauden.

13°. Que la dirección general tenga una competente dotación.

14°. Que los administradores depositen por ahora en las cajas públicas las rentas de su cargo, así como las recauden, partida por partida según se cumplan los plazos.

15°. Que este depósito esté absolutamente separado de todo otro, y que en ningún caso se haga de él otro uso que aquel para el que está destinado.

16°. El gobierno se compromete a señalar a favor de la educación todos los ahorros que en lo sucesivo puedan hacerse en el arreglo de otros ramos de administración pública.

17°. El secretario general interino queda encargado de la ejecución de este decreto. Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en el Palacio de Gobierno en Chuquisaca, a 11 de diciembre de 1825. SIMÓN BOLÍVAR. Por orden de su excelencia. Felipe Santiago

Estenós”.

“SIMÓN BOLÍVAR, Libertador de Colombia y del Perú, etc., etc., etc.
Considerando:

1°. Que una gran parte de los males de que adolece la sociedad, proviene del abandono en que se crían muchos individuos, por haber perdido en su infancia el apoyo de sus padres;

2°. Que para ocurrir a esta necesidad el gobierno debe adoptar estos huérfanos;

3°. Que por decreto de este día se ha ordenado el establecimiento de escuelas primarias en cada ciudad capital de Departamento, como escuela madre para todos los demás lugares de la república: oída la diputación permanente.

DECRETO:

1°. Que se proceda a recoger todos los niños varones huérfanos de ambos padres o de uno de ellos solamente y a reunirlos en las escuelas.

2°. Que para este procedimiento se dé preferencia a los niños más pobres.

3°. Que siendo la escuela de Chuquisaca la primera que debe establecerse, el presidente del departamento proceda inmediatamente a hacer recoger los huérfanos de la ciudad y de sus inmediaciones, y a entregarlos al director general de la enseñanza pública.

4°. Que los Presidentes de los demás departamentos practiquen igual diligencia a la llegada del director a sus capitales, en la visita que debe hacer a ellas con el mismo fin.

5° Que luego que el director haya organizado las escuelas primarias para los niños huérfanos, proceda a organizar otras para las huérfanas.

6° El Secretario general interino queda encargado de la ejecución de este decreto. Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en el Palacio de Gobierno en Chuquisaca a 11 de diciembre de 1825. SIMÓN BOLÍVAR. Por orden de su excelencia, Felipe Santiago Estenós”.

“SIMÓN BOLÍVAR, Libertador de Colombia y del Perú, etc., etc., etc.

Considerando:

1°. Que la agricultura en el departamento de Santa Cruz sufre atrasos progresivos por el desprecio con que hasta ahora ha sido mirada por el gobierno español;

2°. Que la feracidad de sus terrenos convida al hombre trabajador con las riquezas seguras que promete;

3°. Que los naturales de aquel departamento, por falta de providencias que aseguren la propiedad y protejan la conservación de ella, han abandonado en el todo este tan precioso ramo de industria.

Oída la Diputación Permanente. DECRETO:

1°. Los derechos de propiedad adquirida en el Departamento de Santa Cruz por justos títulos y conforme a las leyes serán protegidos por el gobierno.

2°. Las tierras pertenecientes al Estado se repartirán entre los naturales del país bajo de mensura y amojonamiento adjudicándoseles en propiedad.

3°. Cada individuo, de cualquier sexo o edad que sea, recibirá una fanegada de tierra en los lugares pingues y regados; y en los lugares privados de riego y estériles recibirá dos.

4°. Serán preferidos en este repartimiento los indígenas y los que hayan acreditado mayor decisión por la causa de la independencia, o que hayan sido perjudicados por este principio.

5°. Si al cabo del año después de hecha la adjudicación y amojonamiento de las tierras, los beneficiados con ellas no hubiesen emprendido el

trabajo que demande la estación del tiempo, y no den muestras de dedicación al trabajo, se les separará de la posesión y propiedad de dichas tierras, y se adjudicarán a otros que las cultiven cual corresponde.

6°. Los terrenos destinados a pacer los ganados serán comunes a todos los individuos de las provincias o partidos a que correspondan los dichos terrenos, mientras que no sean repartidos como los demás.

7°. La propiedad declarada a que se contrae el artículo segundo se entenderá con la restricción de no poderse enajenar las tierras adjudicadas hasta el año 50 y jamás a favor de manos muertas so pena de nulidad.

8°. La mensura y repartición de tierras se ejecutará por personas de probidad e inteligencia, que se propongan en terna al presidente del departamento por las municipalidades respectivas, que también deberán formar el arancel de las dietas y derechos que se han de pagar a los comisionados por sus trabajos.

9°. La mensura y repartición de tierras se hará con anuencia del director general de agricultura a su llegada al departamento en la visita que debe hacer a él.

10°. El presidente del departamento de Santa Cruz cuidará de remitir al conocimiento del supremo gobierno una razón exacta de las tierras sobrantes y que se declaren de la propiedad del Gobierno, y todas las observaciones y noticias que pueda adquirir relativas al mejor desempeño y ejecución de los objetos comprendidos en este decreto.

11°. El secretario general interino queda encargado de su cumplimiento.

Imprímase, publíquese y circúlese: Dado en el Palacio de Gobierno de Chuquisaca a 14 de diciembre de 1825. SIMÓN BOLÍVAR. Por orden de su excelencia. Felipe Santiago Estenós”.

“SIMÓN BOLÍVAR, Libertador de Colombia y del Perú, etc., etc., etc.

Considerando:

Que el conocimiento del estado actual de la agricultura en el territorio de la República, es el dato sobre que el gobierno debe fundar sus providencias para el establecimiento o mejoras de la industria rural.

Oída la Diputación Permanente, DECRETO:

1º. Que el director general de agricultura, asociándose el número de personas que crea necesario, explore el país y dé al gobierno una noticia:

1) Del número de establecimientos rurales que haya en actividad; 2) De la especie de cultura que se haga en ellos; 3) De la naturaleza del terreno en que estén; 4) Del número de individuos empleados en los trabajos, y de su condición; 5) De la situación de los terrenos cultivados con respecto a las vías de comunicación y de transporte.

2º. Que con conocimiento de lo establecido y observado hasta ahora en cada departamento relativamente a su agricultura y comercio, el director proponga al gobierno un plan para mejorar la agricultura, así en la variedad y aumento de las mieses y plantas como en los instrumentos y modo de labor para la tierra.

3º. El secretario general interino queda encargado de la ejecución de este decreto. Imprímase, publíquese y circúlese. Dado en el Palacio del Gobierno de Chuquisaca a 17 de diciembre de 1825. SIMÓN BOLÍVAR. Por orden de su Excelencia. Felipe Santiago Estenós”.

“SIMÓN BOLÍVAR Libertador de Colombia y del Perú, etc., etc., etc.

Considerando:

1º. Que una gran parte del territorio de la república carece de árboles y se determinen los lugares por donde puedan conducirse las aguas necesarias para la vida

2º. Que la esterilidad del suelo se opone al aumento de la población, y priva entre tanto a la generación presente de muchas comodidades.

3°. Que por falta de combustible no pueden hacerse o se hacen inexactamente o con imperfección la extracción de metales y la confección de muchos productos minerales que por ahora hacen casi la sola riqueza del suelo.

Oída la Diputación Permanente, DECRETO:

1°. Que se visiten las vertientes de los ríos, se observe el curso de ellos y se determinen los lugares por donde puedan conducirse aguas a los terrenos que estén privados de ellas.

2°. Que en todos los puntos en que el terreno prometa hacer prosperar una especie de planta mayor cualquiera, se emprenda una plantación reglada a costa del Estado, hasta el número de un millón de árboles, prefiriendo los lugares donde haya más necesidad de ellos.

3°. Que el director general de agricultura proponga al gobierno las ordenanzas que juzgue convenientes a la creación, prosperidad y destinos de los bosques en el territorio de la república.

4°. El secretario general interino queda encargado de la ejecución de este decreto. Imprímase, publíquese y circúlese. Dado en el Palacio de Gobierno en Chuquisaca a 19 de diciembre de 1825. SIMÓN BOLÍVAR. Por orden de su Excelencia. Felipe Santiago Estenós”.

En enero de 1826 parte de Chuquisaca por la ruta de Cochabamba hacia Arica, donde un mes después se embarca rumbo a Lima, dejando encargado del poder en Bolivia a Sucre. Entre febrero y junio de ese año concentra su atención en sus dos proyectos de reorganización post-colonial de la América recién liberada: la Confederación Anfictiónica de naciones de la América hispana y la Constitución para Bolivia. Después de ratificar los convenios firmados en Chile en 1822 y con México en 1823, le escribe el 12 de mayo de 1826 al oficial peruano Antonio Gutiérrez La Fuente, quien no quiso cumplir la orden de Torre Tagle para fusilar a Riva Agüero, la siguiente carta:

“Mi querido general:

Al fin he terminado la constitución de Bolivia y la envió con mi edecán Wilson al general Sucre para que él la presente al congreso del Alto Perú. Es pues llegado el momento de que yo diga a usted que esta Constitución va a ser el arca que nos va a salvar del naufragio que nos amenaza por todas partes, sobre todo, por aquella por donde Vd. menos piense. Ahora pocos días ha llegado el señor Pando de Panamá y el cuadro que me ha hecho de los negocios en general y de la situación actual de Colombia, ha excitado toda mi atención y por algunos días me ha tenido sumergido en las más angustiosas meditaciones. Ha de saber Vd. que los partidos tienen dividida a Colombia, la hacienda (economía) está perdida; que las leyes abruman, que los empleados se aumentan con la decadencia del tesoro, y últimamente, ha de saber que en Venezuela claman por un imperio. Este es el verdadero estado de las cosas por allá, trazado muy a la carrera; pero lo bastante para que Vd. pueda calcular lo que yo siento en tan complicadas circunstancias.

No es todo, mi querido general: lo peor es que quedando las cosas como van ahora, en el Perú también sucederá lo mismo con el curso del tiempo y que en una y otra parte, veremos perderse la obra de nuestros sacrificios y de nuestra gloria. Después de haberlo pensado infinito hemos convenido entre las personas de mejor juicio y yo, que el único remedio que podemos aplicar a tan tremendo mal, es una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de los Estados Unidos, mandada por un presidente y un vicepresidente y regida por la constitución boliviana que podrá servir para los Estados en particular y para la federación en general, haciéndole aquellas variaciones del caso. La intención de éste pacto es la más perfecta unidad posible bajo una forma federal.

El gobierno de los Estados federales o particulares quedará al vicepresidente de cada uno con sus dos cámaras para todo lo relativo a la religión, justicia, administración civil, economía y en fin, todo lo que no sea relaciones exteriores y guerra. Cada departamento mandará un diputado al congreso federal y estos se dividirán en las secciones correspondientes, teniendo cada sección un tercio de diputados de cada república. Estas tres cámaras con el vicepresidente y los secretarios de

estado escogidos en toda la república, gobernarán la federación. El Libertador, como jefe supremo, marchará cada año a visitar los departamentos de cada Estado. La capital será un punto céntrico. Colombia deberá dividirse en tres Estados: Cundinamarca, Venezuela y Quito. La federación llevará el nombre que se quiera, habrá una bandera, un ejército y una sola nación.

De cualquier modo, que sea, es indispensable que se dé principio a este plan por Bolivia y el Perú, como que, por sus relaciones y situación local se necesitan más uno a otro. Después me será fácil hacer que Colombia adopte el único partido que le queda de la salvación. Unidos el alto bajo Perú, Arequipa será la capital de uno de los grandes departamentos que se formen a manera de los tres de Colombia.

Este es el plan que hemos concebido y el cual debemos adopte a todo trance, aunque sea haciéndose algunas modificaciones, que nunca lo destruirán en su base. Por lo mismo, es preciso mi querido general, que Vd. haga escribir mucho sobre esto, a fin de persuadir a aquellos que se quieren oponer a él, pues que no faltarán opositores. Diré, además, que la reunión del alto y bajo Perú es necesaria a los intereses de América, porque sin esta, no se consigue el plan de la federación general; y que esta, interesa al Perú y, últimamente, que ningún otro departamento debe estar más interesado en ella que el de Arequipa, porque además de que le asegura la preponderancia mercantil, que naturalmente iba a perder con la separación del alto Perú, ganará infinito con esta reunión de los departamentos del Cuzco, Puno y Arequipa que están destinados a formar uno de los Estados de la Unión y cuya capital deberá ser Arequipa.

En fin, medite mi querido general, medite Vd. Por un solo instante las ventajas que nos va a producir esta federación general; medite Vd. el abismo de males de que nos va a librar, y no le será a Vd. difícil conocer cuánto es el interés que debemos todos tomar en un plan que asegura la libertad de América, unida al orden y a la estabilidad; y últimamente, acuérdesse Vd. que nuestro destino puede abreviarse, abreviándose la realización de un proyecto en el cual puede Vd. tener mucha parte. Soy de Vd. mi querido general. Bolívar”.

Ese mismo día escribe a Sucre una carta con instrucciones políticas y militares, en donde además de explicarle los mismos conceptos sobre la Constitución boliviana dados arriba al general peruano Gutiérrez de la Fuente, le sugiere permanecer en Bolivia desplegando una actividad diplomática, especialmente con los países del Río de la Plata “para establecer nuestros buenos principios” y le escribe este premonitorio párrafo que puede considerarse casi profético:

“Todos me dicen que mi constitución va a ser el gran móvil de nuestra reforma social. Empéñese Vd. con su congreso para que la acepte sin restricción alguna. Dígale a esos señores que su sabiduría en el primer congreso ha salvado la América, y que no la pierdan ahora, por una negativa que sería terrible. Dígales más, que los pueblos aguerridos en la anarquía y veteranos en la revolución, están todos clamando por un imperio, porque nuestras reformas han probado su incapacidad para hacer el bien y su incompatibilidad con nuestros pueblos. El clero y el ejército están hollados (pisados) por nuestras reformas; que mi vida es la esperanza y la vida de nuestras republicas, pero que se acuerden de Epaminondas, cuyos funerales fueron celebrados por Alejandro con la destrucción absoluta de Tebas; **QUE MUCHOS TIRANOS VAN A LEVANTARSE SOBRE MI SEPULCRO** y esos tiranos serán otros Silas, otros Marios, **QUE ANEGARÁN EN SANGRE SUS GUERRAS CIVILES** (subrayados AP). Yo doy a los pueblos, que el ejército ha liberado, un código de salud que reúne la permanencia a la libertad, al grado más eminente que se conoce en el gobierno de los hombres. Y que, si aspiran a lo perfecto, alcanzarán lo ruinoso”.

Trece días más tarde el 25 de mayo de 1826 fechado en Lima, presenta el famoso mensaje al Congreso de Bolivia en donde con una claridad sorprendente analiza la contradicción del período histórico y social que se abre, después de la derrota política y militar del aparato colonial en Ayacucho.

“El choque de dos monstruos enemigos que recíprocamente se combaten y ambos nos atacarán a la vez. La tiranía y la anarquía, forman un inmenso océano de opresión que rodea a una pequeña isla de libertad imbatida

perpetuamente por la violencia de las olas y los huracanes que la arrastran sin cesar a sumergirla”.

Por una parte la “pequeña isla de libertad” formada por el Ejército patriota, construido a partir de los 70 hombres que iniciaron la Marcha Admirable sobre Caracas, desde Tenerife (Calamar) a orillas del río Magdalena en diciembre de 1812 y ha llegado exitoso doce años después en 1824 a Junín y Ayacucho, convertido en una verdadera fuerza regular y moderna al estilo de cualquier Armeé europeo, con técnicas de combate que puede envidiar cualquier mariscal noratlántico y en el cual ya no importan el origen social, o la riqueza, o el color de la piel, o la procedencia geográfica, sino la lucha unificada contra el colonialismo, contra el trabajo esclavo y contra las rígidas trabas coloniales y clericales que explotan a indígenas, campesinos y demás trabajadores.

Ejercito construido en medio de grandes dificultades de todo tipo y conducido con acierto político y militar por él mismo, uno de los miembros más radicales e ilustrados del mantuanismo venezolano, quien después de superar múltiples adversidades ha impuesto su liderazgo y aglutinado en la lucha contra la Corona Española a los criollos esclavistas (hacendados, mineros, comerciantes) de Venezuela, la Nueva Granada y Quito. Y ha logrado incluir en sus filas a esclavos, pardos e indios tributarios; sustrayéndolos de la influencia de los colonialistas, al promulgar leyes benéficas y de avanzada social como la liberación de los esclavos en Carúpano en 1816 o Angostura en 1819, y la liberación de las trabas tributarias coloniales contempladas en los decretos de la villa del rosario de Cúcuta en 1820 y de Chuquisaca en 1825.

De otra parte, los dos monstruos: uno, el de la “tiranía” del colonialismo español, que a pesar de estar derrotado política y militarmente, continua desde Cuba y Puerto Rico al acecho para reconquistar y restaurar el imperio colonial, contando aún dentro de los países liberados con múltiples partidarios. Y otro, el de la “anarquía”, como denomina la situación ingobernable generada por las “facciones de los tiranuelos” y caudillos militares lugareños, miembros de las oligarquías esclavistas criollas, que toman parte en la lucha y dominan en cada una de las “provincias” en las que el colonialismo intencionalmente ha fraccionado y descuartizado a sus colonias y contra quienes Bolívar ha tenido que

luchar hasta el último minuto de su vida para darle sentido continental a la lucha.

Por ejemplo: en Colombia el hacendado Manuel Castillo. Luego su segundo Francisco de Paula Santander quien, entre otras intrigas, organiza el fallido atentado septembrino de 1828 y dos años después (1830), coaligado con la poderosa familia de los esclavistas del Cauca, los Mosquera (uno de ellos de apellido Obando asesino el mariscal Sucre), da marcha atrás a las medidas progresistas mencionadas.

En Venezuela sus compañeros mantuanos “eternos rivales de armas”, Mariño, Bermúdez, Arismendi, Ribas, Piar “el mulato con pretensiones de ser noble portugués”, y por último el llanero Páez convertido en el latifundista más grande de ese país, quien en consonancia con Santander da el golpe final a la Gran Colombia.

En Ecuador el general Juan José Flores, hijo de un rico comerciante español de Puerto Cabello de apellido Aramburu y una humilde mujer de apellido Flores, quien llegado con el Ejército patriota a Quito y convertido por el matrimonio con la rica aristócrata Mercedes Jijón en gamonal y caudillo militar andino; cuando se disuelve la gran Colombia se queda con las provincias de Quito y Guayaquil.

Y en el Perú los gamonales criollos el marqués de Torre Tagle, Riva Agüero y el oficial José Lamar, quienes, en asocio con los magnates del Alto Perú, en especial Casimiro Olañeta, obligan a Sucre a salir herido de La Paz.

Los criollos esclavistas (comerciantes, mineros, latifundistas) luchan con Bolívar hasta la derrota del colonialismo, haciéndole algunas concesiones, pero una vez que Bolívar rebasa sus propios intereses de clase y avanza en su proyecto de reformas económicas y sociales, sin la presencia del enemigo español que los ha unido, voltean la cara y dan marcha atrás: restablecen la esclavitud durante más de 30 años, el tributo indígena y demás cargas fiscales coloniales.

Destruyen el ejército modernizante, construido con tanto esfuerzo, convirtiéndolo en montoneras provinciales armadas e imponen sus

regresivos intereses a través de recortados gobiernos locales.

Es evidente que un proyecto formal para organizar un gran Estado republicano con poderes separados, unido en una gran federación continental. Más la esencia de las reformas sociales señaladas, en favor de los negros esclavos, los indígenas y mestizos trabajadores; constituye una seria barrera para los esclavistas y colonialistas. Bolívar le escribe a Santander: “los intolerantes y los amos de esclavos, verán este discurso con horror”.

“Lima, mayo 25 de 1826.

Excelentísimos Señores Legisladores del Congreso de Bolivia:

¡Legisladores! Al ofreceros el Proyecto de Constitución para Bolivia, me siento sobrecogido de confusión y timidez, porque estoy persuadido de mi incapacidad para hacer leyes. Cuando yo considero que la sabiduría de todos los siglos no es suficiente para componer una ley fundamental que sea perfecta, y que el más esclarecido legislador es la causa inmediata de la infelicidad humana, y la burla, por decirlo así, de su ministerio divino ¡que deberé deciros del soldado que, nacido entre esclavos y sepultado en los desiertos de su patria, no ha visto más que cautivos con cadenas y compañeros con armas para romperlas? ¡Yo Legislador...! Vuestro engaño y mi compromiso se disputan la preferencia: no se quien padezca más de este terrible conflicto; si vosotros por los males que debéis temer de las leyes que me habéis pedido, o yo del oprobio a que me condenáis por vuestra confianza.

He recogido todas mis fuerzas para exponeros mis opiniones sobre el modo de manejar hombres libres, por los principios adoptados entre los pueblos cultos; aunque las lecciones de la experiencia sólo muestran largos períodos de desastres, interrumpidos por relámpagos de ventura. ¿Qué guías podremos seguir a la sombra de tan tenebrosos ejemplos?

¡Legisladores! Vuestro deber os llama a resistir el choque de dos monstruosos enemigos que recíprocamente se combaten, y ambos os atacarán a la vez; la tiranía y la anarquía forman un inmenso océano de opresión, que rodea a una pequeña isla de libertad, imbatida

perpetuamente por la violencia de las olas y de los huracanes, que la arrastran sin cesar a sumergirla. Mirad el mar que vais a surcar con una frágil barca, cuyo piloto es tan inexperto.

El Proyecto de Constitución para Bolivia está dividido en cuatro poderes políticos, habiendo añadido uno más, sin complicar por esto la división clásica de cada uno de los otros. El electoral ha recibido facultades que no le estaban señaladas en otros gobiernos que se estiman entre los más liberales. Estas atribuciones se acercan en gran manera a las del sistema federal. Me ha parecido no solo conveniente y útil, sino también fácil, conceder a los representantes inmediatos del pueblo los privilegios que más pueden desear los ciudadanos de cada departamento, provincia o cantón. Ningún objeto es más importante a un ciudadano que la elección de sus legisladores, magistrados, jueces y pastores.

Los colegios electorales de cada provincia representan las necesidades y los intereses de ellas y sirven para quejarse de las infracciones de las leyes y de los abusos de los magistrados. Me atrevería a decir con alguna exactitud que esta representación participa de los derechos de que gozan los gobiernos particulares de los estados federales. De este modo se ha puesto nuevo peso a la balanza contra el ejecutivo; y el gobierno ha adquirido más garantías, más popularidad y nuevos títulos, para que sobresalga entre los más democráticos.

Cada diez ciudadanos nombran un elector; y así se encuentra la nación representada por el décimo de sus ciudadanos. No se exigen sino capacidades, ni se necesita poseer bienes, para representar la augusta función del soberano; mas debe saber escribir sus votaciones, firmar su nombre y leer las leyes. Ha de profesar una ciencia, o un arte que le asegure un alimento honesto. No se le ponen otras exclusiones que las del crimen, o de la ociosidad, y de la ignorancia absoluta. Saber y honradez, no dinero, es lo que requiere el ejercicio del poder público.

El cuerpo legislativo tiene una composición que lo hace necesariamente armonioso entre sus partes: no se hallará siempre dividido por falta de un juez árbitro, como sucede donde no hay más que dos cámaras. Habiendo aquí tres, la discordia entre dos queda resuelta por la tercera; y la cuestión examinada por dos partes contendientes y un imparcial que la

juzga: de este modo ninguna ley útil queda sin efecto, o por lo menos, habrá sido vista una, dos y tres veces antes de sufrir la negativa. En todos los negocios entre dos contrarios se nombra un tercero para decidir, y ¿Nno sería absurdo que en los intereses más arduos de la sociedad se desdeñara esta providencia dictada por una necesidad imperiosa? Así las cámaras guardarán entre sí aquellas consideraciones que son indispensables para conservar la unión del todo, que debe deliberar en el silencio de las pasiones y con la calma de la sabiduría. Los congresos modernos, me dirán, se han compuesto de solas dos secciones. Es porque en Inglaterra, que ha servido de modelo, la nobleza y el pueblo debían representarse en dos cámaras; y si en norte América se hizo lo mismo sin haber nobleza puede suponerse que la costumbre de estar bajo el gobierno inglés, le inspiró esta imitación. El hecho es que dos cuerpos deliberantes deben combatir perpetuamente: y por esto Sieyes no quería más que uno. Clásico absurdo.

La primera causa es de Tribunales, y goza de la atribución de iniciar las leyes relativas a Hacienda, Paz y Guerra. Ella tiene la inspección inmediata de los ramos que el ejecutivo administra con menos intervención del Legislativo.

Los senadores forman los códigos y reglamentos eclesiásticos, y velan sobre los tribunales y el culto. Toca al senado escoger los prefectos, los jueces del distrito, gobernadores, corregidores, y todos los subalternos del departamento de Justicia. Propone a la cámara de censores los miembros del tribunal supremo, los arzobispos, obispos, dignidades y canónigos. Es del resorte del senado cuanto pertenece a la religión y a las leyes.

Los censores ejercen una potestad política y moral que tiene alguna semejanza con la del areópago de Atenas, y de los censores de Roma. Serán ellos los fiscales contra el gobierno para celar si la constitución y los tratados públicos se observan con religión. He puesto bajo su égida el juicio nacional, que debe decidir de la buena o mala administración del ejecutivo.

Son los censores los que protegen la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta. La más terrible como la más augusta función pertenece a los censores. Condenan a oprobio eterno a los usurpadores

de la autoridad soberana y a los insignes criminales. Conceden honores públicos a los servicios y a las virtudes de los ciudadanos ilustres. El fiel de la gloria se ha confiado a sus manos: por lo mismo, los censores deben gozar de una inocencia intacta y de una vida sin ancha. Si delinquen serán acusados hasta por faltas leves. A estos sacerdotes de las leyes he confiado la conservación de nuestras sagradas tablas, porque son ellos los que deben clamar contra sus profanadores.

El presidente de la republica viene a ser en nuestra constitución, como el sol que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos: los hombres y las cosas. Dadme un punto fijo, decía un antiguo y moveré el mundo. Para Bolivia, este punto es el presidente vitalicio. En el estriba todo nuestro orden, sin tener en esto acción. Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones, y se le han ligado las manos para que a nadie dañe.

El ejecutivo de Bolivia participa de las facultades del ejecutivo americano, pero con restricciones favorables al pueblo. Su duración es la de los presidentes de Haití. Yo he tomado para Bolivia el ejecutivo de la república más democrática del mundo.

La isla de Haití (permítaseme esta digresión) se hallaba en insurrección permanente: después de haber experimentado el imperio, el reino, la república, todos los gobiernos conocidos y algunos más, se vio forzada a ocurrir al ilustre Pétion para que la salvase. Confiaron en él, y los destinos de Haití no vacilaron más. Nombrado Pétion presidente vitalicio con facultades para elegir sucesor, ni la muerte de este grande hombre ni la sucesión del nuevo presidente han causado el menor peligro en el Estado; todo ha marchado bajo el digno Boyer, en la calma de un reino legítimo.

Prueba triunfante de que un presidente vitalicio, con derecho para elegir el sucesor, es la inspiración más sublime en el orden republicano.

El presidente de Bolivia será menos peligroso que el de Haití, siendo el modo de sucesión más seguro para el bien del Estado. Además, el presidente de Bolivia está privado de todas las influencias: no nombra

los magistrados, los jueces ni las dignidades eclesiásticas, por pequeñas que sean. Esta disminución de poder no la ha sufrido todavía ningún gobierno bien constituido: ella añade trabas a la autoridad de un jefe que hallará siempre a todo el pueblo dominado por los que ejercen las funciones más importantes de la sociedad. Los sacerdotes mandan en las conciencias, los jueces en la propiedad, el honor y la vida, y los magistrados en todos los actos públicos. No debiendo estos sino al pueblo sus dignidades, su gloria y su fortuna, no puede el presidente esperar complicarlos en sus miras ambiciosas. Si a esta consideración se agregan las que naturalmente nacen de las oposiciones generales que encuentra un gobierno democrático en todos los momentos de su administración, parece que hay derecho para estar cierto de que la usurpación del poder público dista más de este gobierno que de otro ninguno.

¡Legisladores! La libertad de hoy más, será indestructible en América. Véase la naturaleza salvaje de este continente, que expelle por si sola el orden monárquico: los desiertos convidan a la independencia. Aquí no hay grandes nobles, grandes eclesiásticos. Nuestras riquezas eran casi nulas, y en el día lo son todavía más. Aunque la iglesia goza de influencia, está lejos de aspirar al dominio, satisfecha con su conservación. Sin estos apoyos, los tiranos no son permanentes; y si algunos ambiciosos se empeñan en levantar imperios, Dessalines, Cristóbal, Iturbide, les dicen lo que deben esperar. No hay poder más difícil de mantener que el de un príncipe nuevo. Bonaparte, vencedor de todos los ejércitos, no logró triunfar de esta regla, más fuerte que los imperios. Y si el gran Napoleón no consiguió mantenerse contra la liga de los republicanos y de los aristócratas, ¿Quién alcanzará en América, fundar monarquías, en un suelo incendiado con las brillantes llamas de la libertad, y que devora las tablas que se le ponen para elevar esos cadalsos regios? No, legisladores: no temáis a los pretendientes a coronas, ellas serán para sus cabezas la espada pendiente sobre Dionisio. Los príncipes flamantes que se obcequen hasta construir tronos encima de los escombros de la libertad, erigirán túmulos a sus cenizas, que digan a los siglos futuros como prefirieron su fatua ambición a la libertad y a la gloria.

Los límites constitucionales del Presidente de Bolivia son los más

estrechos que se conocen: apenas nombra los empleados de hacienda, paz y guerra; manda el ejército. He aquí sus funciones. La administración pertenece toda al ministerio, responsable a los censores, y sujeta a la vigilancia celosa de todos los legisladores, magistrados, jueces y ciudadanos. Los aduanistas y los soldados, únicos agentes de este ministerio, no son, a la verdad, los más adecuados para captarle la aura popular; así su influencia sería nula.

El vicepresidente es el magistrado más encadenado que ha servido el mando: obedece juntamente al legislativo y al ejecutivo de un gobierno republicano. Del primero recibe las leyes; del segundo las órdenes; y entre estas dos barreras ha de marchar por un camino angustiado y flanqueado de precipicios. A pesar de tantos inconvenientes, es preferible gobernar de este modo, más bien que con imperio absoluto. Las barreras constitucionales ensanchan una conciencia política y le dan firme esperanza de encontrar el fanal que la guíe entre los escollos que la rodean: ellas sirven de apoyo contra los empujes de nuestras pasiones, concertadas con los intereses ajenos.

En el Gobierno de los Estados Unidos se ha observado últimamente la práctica de nombrar al primer ministro para suceder al presidente. Nada es tan conveniente, en una república, como este método: reúne la ventaja de poner a la cabeza de la administración un sujeto experimentado en el manejo del Estado. Cuando entra a ejercer sus funciones, va formado, y lleva consigo la aureola de la popularidad y una práctica consumada. Me he apoderado de esta idea y la he establecido como ley. El presidente de la república nombra al vicepresidente, para que administre el Estado y le suceda en el mando. Por esta providencia se evitan las elecciones, que producen el gran azote de las repúblicas, la anarquía, que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más terrible de los gobiernos populares. Ved de qué modo sucede como en los reinos legítimos, la tremenda crisis de las repúblicas.

El vicepresidente debe ser el hombre más puro: la razón es, que, si el primer magistrado no elige un ciudadano muy recto, debe temerle como a enemigo encarnizado; y sospechar hasta de sus secretas ambiciones. Este vicepresidente ha de esforzarse a merecer por sus buenos servicios el crédito que necesita para desempeñar las más altas funciones y esperar

la gran recompensa nacional: el mando supremo. El cuerpo legislativo y el pueblo exigirán capacidades y talentos de parte de este magistrado; y le pedirán una ciega obediencia a las leyes de la libertad.

Siendo la herencia la que perpetúa el régimen monárquico y lo hace casi general en el mundo. ¿Cuánto más útil no es el método que acabo de proponer para la sucesión del vicepresidente? Qué fueran los príncipes hereditarios elegidos por el mérito y no por la suerte; y que en lugar de quedarse en la inacción y en la ignorancia, se pusiesen a la cabeza de la administración, serían sin duda, monarcas más esclarecidos y harían la dicha de los pueblos. Si, legisladores, la monarquía que gobierna la tierra ha obtenido sus títulos de aprobación de la herencia que la hace estable y de la unidad que la hace fuerte. Por esto, aunque un príncipe soberano es un niño mimado, enclaustrado en su palacio, educado por la adulación y conducido por todas las pasiones, este príncipe, que me atrevería a llamar la ironía del hombre, manda al género humano porque conserva el orden de las cosas y la subordinación entre los ciudadanos, con un poder firme y una acción constante. Considerad legisladores, que estas grandes ventajas se reúnen en el presidente vitalicio y vicepresidente hereditario.

El poder judicial que propongo goza de una independencia absoluta: en ninguna parte tiene tanta. El pueblo presenta los candidatos, y el legislativo escoge los individuos que han de componer los tribunales. Si el poder judicial no emana de este origen, es imposible que conserve en toda su pureza la salvaguardia de los derechos individuales. Estos derechos, legisladores, son los que constituyen la libertad, la igualdad, la seguridad, todas las garantías del orden social. La verdadera constitución liberal está en los códigos civiles y criminales; y la más terrible tiranía la ejercen los tribunales por el tremendo instrumento de las leyes. De ordinario el ejecutivo no es más que el depositario de la cosa pública; pero los tribunales son los árbitros de las cosas propias, de las cosas de los individuos. El poder judicial contiene la medida del bien o del mal de los ciudadanos; y si hay libertad, si hay justicia en la república, son distribuidas por este poder. Poco importa a veces la organización política, con tal que la civil sea perfecta; que las leyes se cumplan religiosamente y se tengan por inexorables como el destino.

Era de esperarse conforme a las ideas del día, que prohibiésemos el uso del tormento, de las confesiones; y que cortásemos la prolongación de los pleitos en el intrincado laberinto de las apelaciones. El territorio de la república se gobierna por prefectos, gobernadores, corregidores, jueces de paz y alcaldes. No he podido entrar en el régimen interior y facultades de estas jurisdicciones; es mi deber, sin embargo, recomendar al congreso los reglamentos concernientes al servicio de los departamentos y provincias. Tened presente, legisladores, que las naciones se componen de ciudades y de aldeas; y que del bienestar de éstas se forma la felicidad del Estado.

Nunca prestaréis demasiado vuestra atención al buen régimen de los departamentos. Este punto es de predilección en la ciencia legislativa y no obstante es hartamente desdeñado.

He dividido la fuerza armada en cuatro partes: ejército de línea, escuadra, milicia nacional y resguardo militar. El destino del ejército es guarnecer la frontera. ¡Dios nos preserve de que vuelva sus armas contra los ciudadanos! Basta la milicia nacional para conservar el orden interno. Bolivia no posee grandes costas, y por lo mismo es inútil la marina: debemos, a pesar de esto, obtener algún día uno y otro. El resguardo militar es preferible por todos respectos al de guardas: un servicio semejante es más inmoral que superfluo, por lo tanto, interesa a la república guarnecer sus fronteras con tropas de línea y tropas de resguardo contra la guerra del fraude.

He pensado que la constitución de Bolivia debiera reformarse por períodos, según lo exige el movimiento del mundo moral. Los trámites de la reforma se han señalado en los términos que he juzgado más propios del caso.

La responsabilidad de los empleados se señala en la Constitución Boliviana del modo más efectivo. Sin responsabilidad, sin represión, el estado es un caos. Me atrevo a instar con encarecimiento a los legisladores para que dicten leyes fuertes y terminantes sobre esta importante materia. Todos hablan de responsabilidad, pero ella se queda en los labios. No hay responsabilidad, legisladores: Los magistrados, jueces y empleados abusan de sus facultades, porque no se contiene con

rigor a los agentes de la administración; siendo entre tanto los ciudadanos víctimas de éste abuso. Recomendará yo una ley que prescribiera un método de responsabilidad anual para cada empleado.

Se han establecido las garantías más perfectas: la libertad civil es la verdadera libertad; las demás son nominales, o poca influencia con respecto a los ciudadanos. Se ha garantizado la seguridad personal, que es el fin de la sociedad, y de la cual emanan las demás. En cuanto a la propiedad, ella depende del código civil que vuestra sabiduría debiera componer luego, para la dicha de vuestros conciudadanos. He conservado intacta la ley de las leyes -la igualdad-: sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud.

Legisladores, la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara sería la más sacrílega. ¿Qué derecho se alegaría para su conservación? Mírese este delito por todos aspectos, y no me persuado que haya un solo boliviano tan depravado que pretenda legitimar la más insigne violación de la dignidad humana. ¡Un hombre poseído por otro!
¡Un hombre propiedad!

¡Una imagen de Dios puesta al yugo como el bruto! Dígasenos ¿Dónde están los títulos de los usurpadores del hombre? La Guinea no los ha mandado, pues el África, devastada por el fratricidio, no ofrece más que crímenes. Trasplantadas aquí estas reliquias de aquellas tribus africanas, ¿Qué ley o potestad será capaz de sancionar el dominio sobre estas víctimas? Transmitir, prorrogar, eternizar este crimen mezclado de suplicios, es el ultraje más chocante. Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia, no podría concebirse sin el trastorno de los elementos del derecho y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad. Y ¿Habría esclavitud donde reina la igualdad? Tales contradicciones formarían más bien el vituperio de nuestra razón que el de nuestra justicia: seríamos reputados por más dementes que usurpadores.

Si no hubiera un Dios protector de la inocencia y de la libertad, preferiera la suerte de un león generoso, dominando en los desiertos y en los bosques, a la de un cautivo al servicio de un infame tirano que, cómplice

de sus crímenes, provocara la cólera del cielo. Pero no: Dios ha destinado el hombre a la libertad: él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío.

¡Legisladores! Haré mención de un artículo que, según mi conciencia, he debido omitir. En una constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa, porque según las mejores doctrinas sobre las leyes fundamentales, éstas son las garantías de los derechos políticos y civiles; y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, ella es de naturaleza indefinible en el orden social y pertenece a la moral intelectual. La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo: solo ella tiene derecho a examinar la conciencia íntima. Las leyes, por el contrario, miran la superficie de las cosas: no gobiernan sino fuera de la casa del ciudadano. Ampliando estas consideraciones, ¿Podrá un estado regir la conciencia de los súbditos, velar por el cumplimiento de las leyes religiosas y dar el premio o el castigo, cuando los tribunales están en el cielo, y cuando Dios es el juez? La Inquisición solamente sería capaz de reemplazarlas en este mundo. ¿Volverá la Inquisición con sus teas incendiarias?

La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula porque, imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito a la fe, que es la base de la religión. Los preceptos y los dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos, mas este deber es moral, no político.

Por otra parte, ¿Cuáles son en este mundo los derechos del hombre hacia la religión? Ellos están en el cielo; allá el tribunal recompensa el mérito, y hace justicia según el código que ha dictado el legislador.

Siendo todo esto de jurisdicción divina, me parece a primera vista sacrílego y profano mezclar nuestras ordenanzas con los mandamientos del Señor. Prescribir, pues, la religión, no toca al legislador; porque este debe señalar penas a las infracciones de las leyes, para que no sean meros consejos. No habiendo castigos temporales ni jueces que los apliquen, la ley deja de ser ley.

El desarrollo moral del hombre es la primera intención del legislador; luego que este desarrollo llega a lograrse, el hombre apoya su moral en

las verdades reveladas y profesa de hecho la religión, que es más eficaz cuánto que la ha adquirido por investigaciones propias. Además, los padres de familia no pueden descuidar el deber religioso hacia sus hijos. Los pastores espirituales están obligados a enseñar la ciencia del cielo: el ejemplo de los verdaderos discípulos de Jesús es el maestro más elocuente de su divina moral; pero la moral no se manda ni el que manda es maestro, ni la fuerza debe emplearse en dar consejos. Dios y sus ministros son las autoridades de la religión que obra por medios y órganos exclusivamente espirituales; pero de ningún modo el cuerpo nacional, que dirige el poder público a objetos puramente temporales.

¡Legisladores!, al ver ya proclamada la nueva Nación Boliviana, ¡cuán generosas y sublimes consideraciones no deberán elevar nuestras almas! La entrada de un nuevo Estado en la sociedad de los demás es un motivo de júbilo para el género humano, porque se aumenta la gran familia de los pueblos.

¡Cual, pues debe ser el de sus fundadores! ¡Y el mío!, viéndome igualado con el mas celebre de los antiguos, (Rómulo) el padre de la ciudad eterna. Esta gloria pertenece de derecho a los creadores de las naciones, que, siendo sus primeros bienhechores, han debido recibir recompensas inmortales, más la mía, además de inmortal, tiene el mérito de ser gratuita por no merecida. ¿Dónde está la república, donde la ciudad que yo he fundado? Vuestra munificencia, dedicándome una nación, se ha adelantado a todos mis servicios; y es infinitamente superior a cuantos bienes pueden hacernos los hombres.

Mi desesperación se aumenta al contemplar la inmensidad de vuestro premio, porque después de haber agotado los talentos, las virtudes, el genio mismo de del más grande de los héroes, todavía sería yo indigno de merecerle nombre que habéis querido daros, ¡el mío! ¿Hablaré yo de gratitud, cuando ella no alcanzará y expresar ni débilmente lo que experimento por vuestra bondad que, como la de Dios, pasa todos los límites? Si: sólo Dios tenía potestad para llamar a esa tierra Bolivia. ¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor desenfrenado de Libertad, que, al recibirla vuestro arrobó, no vio nada que fuera igual a su valor. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada a la vehemencia de sus

sentimientos, arrancó vuestro nombre y dio el mío a todas vuestras generaciones. Esto, que es inaudito en la historia de los siglos, lo es aún más en la de los desprendimientos sublimes. Tal rasgo mostrará a los tiempos que están en el pensamiento del Eterno, lo que anhelabais, la posesión de vuestros derechos, que es la posesión de ejercer las virtudes políticas, de adquirir los talentos luminosos y el goce de ser hombres. Este rasgo, repito, probará que vosotros erais acreedores a obtener la gran bendición del cielo -LA SOBERANÍA DEL PUEBLO- única autoridad legítima de las naciones.

Legisladores, felices vosotros que presidís los destinos de una Republica que ha nacido coronada con los laureles de Ayacucho, y que debe perpetuar su existencia dichosa bajo las leyes que dicte vuestra sabiduría, en la Calma que ha dejado la guerra. SIMÓN BOLÍVAR”.

La Constitución Boliviana es aprobada por el Congreso Constituyente. Sin embargo, según lo establece el historiador venezolano Miguel Acosta Saignes (1977), al cotejar su texto final con el proyecto enviado por Bolívar, se observan las grandes modificaciones que este sufre en su redacción final, principalmente en los aspectos más avanzados como el trabajo esclavo, la relación Iglesia-Estado, el tributo indígena y el poder electoral.

Por ejemplo, se añade en el Capítulo I, el artículo sexto en donde se dice: “La religión católica, apostólica y romana es la de la república, con la exclusión de todo otro culto público. El gobierno la protegerá y la hará respetar reconociendo el principio de que no hay otro poder humano sobre las conciencias”; y se anula la intención moderna de Bolívar de permitir una absoluta libertad de cultos y de considerar a la religión un asunto de la órbita puramente individual.

Respecto de la esclavitud, Bolívar previendo experiencias negativas como la de los congresos de Angostura en 1819 o el de Cúcuta en 1821, en donde este asunto se burla, con el cuento de “la libertad de vientres”, propone en su proyecto el artículo quinto del Capítulo III, así: “Son bolivianos... todos los que hasta el día han sido esclavos y, por lo mismo quedarán de hecho libres en el acto de publicarse esta constitución. Por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer a sus

antiguos dueños”. En definitiva, este artículo queda en su totalidad redactado como una declaración formal e inocua, de la siguiente manera: “Todos los que hasta el día han sido esclavos y, por lo mismo quedarán de derecho libres, en el acto de publicación de la constitución, pero no podrán abandonar la casa de sus antiguos señores sino en la forma que una ley especial lo determine”. La cual, nunca se expide.

En el artículo doce del Capítulo II, Bolívar establece que, para ser ciudadano, se debe ser mayor de 21 años o casado y saber leer y escribir. El Congreso lo “mejora” así: “Saber leer y escribir bien, calidad que se exigirá desde el año de 1836”. Es decir, los Derechos Ciudadanos se abrirían diez años después, cuando se hubiera aprendido a leer y escribir “bien”. En el artículo diecinueve del Capítulo III, Bolívar escribe: “El poder electoral lo ejercen inmediatamente los ciudadanos en ejercicio nombrando por CADA DIEZ ciudadanos un elector”. Esto les parece demasiado a los legisladores reunidos, que lo dejan de esta manera: “El poder electoral lo ejercen inmediatamente los ciudadanos en ejercicio nombrando por CADA CIENTO un elector”. En un país como Bolivia en donde la mayoría de la población es indígena, analfabeta incluso de otro idioma y los restantes son mestizos o esclavos, evidentemente nunca tendrán representación.

En el artículo veinticinco, contra cualquier pretensión Bolivariana de separar los asuntos laicos de los religiosos, se redacta lo siguiente: “el cuerpo electoral propondrá al gobierno eclesiástico, una lista de curas y vicarios para las vacantes de su provincia”.

Las modificaciones introducidas por los constituyentes dejan en nada el proyecto de Bolívar, ni libertad de los esclavos, ni separación del Estado y la religión, ni libertad religiosa, ni décimo de ciudadanos en función electoral, ni noventa miembros en tres cámaras. Solamente queda en pie el presidente vitalicio, el vicepresidente hereditario y las tres cámaras reducidas a 20 miembros, cada una haciendo quórum con dos tercios.

Por la misma fecha, el 22 de junio de 1826, con un temario de 5 puntos planteado por el propio Bolívar, se reúne en Panamá el Congreso Anfictiónico con delegados de Colombia, Perú, México, Centroamérica y observadores de Inglaterra y los Países Bajos. A Paraguay, país aislado

de todo contacto con el exterior por el tirano “Supremo” José Gaspar Rodríguez de Francia, no se le invita. Tampoco a Haití, pues según el vicepresidente Santander: “(...) siendo una república de color, atraería perjuicios a la causa americana ante las potencias europeas”.

Brasil no era república sino un imperio y a pesar de la invitación que cursa Santander no envía sus delegados. Chile no pudo ratificar oficialmente su delegación. Argentina que tiene un litigio, incluso armado con Brasil por la Banda Oriental (hoy Uruguay), manifiesta su deseo de ventilarlo en esa asamblea, pero su delegado no llega. Francia para no disgustar a España, desdeña la invitación.

Los delegados del Gobierno norteamericano, invitados por el vicepresidente Santander en contra de la voluntad de Bolívar, no se hacen presentes pues uno muere de fiebre amarilla durante el viaje y otro llega demasiado tarde, lo que no es obstáculo para que con la presión directa del Gobierno de Washington, el Congreso termine convertido en otra reunión diplomática más, sin ningún efecto práctico y que Bolívar describe con amarga claridad así:

“El Congreso de Panamá institución admirable si fuese efectiva no es otra cosa que el griego loco que creía poder dirigir a los barcos en el mar desde una roca en la costa”.

El temario original propuesto por Bolívar de:

- 1) Afianzamiento de la independencia de las nuevas naciones y paz firme mediante el reconocimiento por España de la nueva situación.
- 2) Seguridad en cuanto al orden interno y no intervención excepto para asegurar ese mismo orden interno y salvarlo de cualquiera acometida de las facciones anárquicas.
- 3) Igualdad jurídica de todos los Estados americanos.
- 4) Estatuto que fijase las relaciones entre las naciones mediante un congreso de plenipotenciarios general y permanente.

5) Reforma social bajo los auspicios de la libertad y la paz.

Después de 23 días de discusiones, se convierte en tres documentos jurídicos firmados por los plenipotenciarios sin la creación de ningún mecanismo eficaz para su ejecución real: un Tratado de Unión. Una convención de contingentes. Y un concierto sobre el artículo segundo de la convención de contingentes, reservado y complementario. El Congreso concluye en trasladar la asamblea del istmo para Tacuyaba en México, donde continuará sesionando.

Después de consultar la correspondencia general con Estados Unidos en los Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid, el historiador Francisco Pividal en su libro Bolívar pensamiento precursor del antiimperialismo (La Habana, 1977, p. 232), le concede la razón al Sr. Van Buren, cuando el 2 de octubre de 1829 escribe a su embajador en España Sr. Van Ness lo siguiente: “Contemplando con mirada celosa estos últimos restos del poder español en América, estos dos Estados (se refiere a Méjico y Colombia) unieron en una ocasión sus fuerzas y levantaron su brazo para descargar un golpe que de haber tenido éxito habría acabado para siempre con la influencia española en esta región del globo, golpe que fue detenido principalmente por la oportuna intervención de este gobierno (USA) a fin de preservar para su majestad católica estas inapreciables posesiones (se refiere a Cuba y Puerto Rico)”.

A pesar de que esta potencia “destinada por la providencia a plagar la América de miserias a nombre de la Libertad”, aceleradamente llena el vacío dejado por los españoles en sus antiguas colonias, Bolívar insiste. Y antes de regresar a Bogotá (septiembre 1826), entrega al cónsul inglés en Lima con destino al Gobierno británico este documento en borrador en donde vuelve a compendiar la aspiración compartida 16 años atrás con Miranda en Londres, repetida en la mayoría de sus documentos, especialmente en la Carta de Jamaica de 1815, acerca de la confederación de naciones de la América española, y el papel de equilibrio que cree le corresponde a Inglaterra en el nuevo orden que se está constituyendo:

“1º. El nuevo mundo se constituirá en naciones independientes, ligadas todas por ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el

poder conservador en un congreso general y permanente.

2°. La existencia de estos nuevos Estados obtendría nuevas garantías.

3°. La España haría la paz por respeto a la Inglaterra y la Santa Alianza prestaría su reconocimiento a estas naciones nacientes.

4°. El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes estados y dentro de cada uno de ellos.

5°. Ninguno sería débil con respecto a otro: ninguno será más fuerte.

6°. Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas.

7°. La fuerza de todos concurrirá al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas.

8°. La diferencia de origen y de colores perderá su influencia y poder.

9°. La América no temerá más ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo, ni tampoco temerá la preponderancia numérica de sus primitivos habitantes.

10°. La reforma social, en fin, se había alcanzado bajo los santos auspicios de la paz, pero la Inglaterra debería tomar necesariamente en sus manos el fiel de la balanza.

La Gran Bretaña alcanzaría sin duda ventajas considerables en este arreglo”.

Los acontecimientos en adelante, desde septiembre 1826 cuando Bolívar abandona Lima hacia Colombia, hasta su triste muerte ocurrida cuatro años después, en la hacienda de San Pedro Alejandrino del puerto Colombiano de Santa Marta el 17 de diciembre de 1830, hace justo 173 años y que constituyen otro estudio socio histórico; muestran solo las traiciones y conspiraciones (asesinas como las de Santander) de que se valieron sus antiguos compañeros de lucha, para desmontar su proyecto de organización post-colonial de la Gran República de Colombia, dentro

de una gran confederación continental hispanoamericana y descuartizarlo en “patriecitas” de apariencia liberal.

En donde las oligarquías provincianas propietarias de esclavos, haciendas y exportaciones, logran mantener su dominio y recomponer el mismo sistema de explotación heredado de la colonia, sin el intermediario de la Corona Española, pero “amarrados” por el gran capital comercial tejido en el libre comercio mundial, a los imperios industriales emergentes en el Noratlántico: el Imperio Inglés durante la mayor parte de siglo XIX y luego en el siglo XX con su continuador Estados Unidos.

Cuyo análisis supera obviamente el modesto objetivo de este escrito, que es mostrar a Simón Bolívar como el conductor político y militar anticolonial exitoso quien rebasa incluso sus propias limitaciones de clase social mantuana, para derrotar el más grande y poderoso colonialismo de su época en los Andes americanos.

De acuerdo con Maquiavelo, se puede estar de acuerdo en que Bolívar es un verdadero “Profeta Armado” quien predica y aplica el objetivo patriótico de liberar su “Gran Patria” del sojuzgamiento colonial del Imperio Español basado en un ejército moderno propio y logra unirla en una “Gran República” sin hacer concesiones a las propuestas monárquicas que le hacen sus compañeros claudicantes como Páez. Un príncipe moderno y reformador social quien, durante el largo y azaroso VIAJE de su vida, combina con acierto las dos mitades que según Maquiavelo rigen toda acción humana trascendente: “Virtud y Fortuna”; unas veces actúa como “Zorro” descubriendo las trampas y otras como “León” imponiendo respeto. Quien logra sortear tres intentos serios de asesinarlo y sobrevive múltiples batallas campales. Y cuya motivación íntima dentro de su objetivo vital-histórico, no se desvía nunca de la búsqueda del poder y la gloria COLECTIVAS para su Patria.

Finalmente, deseo citar una descripción hecha por su más acérrimo crítico, el militar francés Doucoudray-Holstein quien debió abandonar con profundo resentimiento las filas del Ejército patriota cuando Bolívar personalmente no le permitió lucrarse y depredar desde su posición de mando, y dedicándose a escribir una diatriba calumniosa en su contra

llamada *Historie de Bolívar*, París 1831, que dice así: “Oculto magistralmente sus defectos bajo la urbanidad de un hombre educado en el llamado beau monde (bello mundo); posee un talento casi asiático para el disimulo y conoce mucho mejor a los hombres que la mayor parte de sus compatriotas”.

BIBLIOGRAFÍA.

ACOSTA SAINES, Miguel. Acción y utopía del hombre de las dificultades. Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1977.

BLANCO FONBONA, Rufino. Obras sobre Simón Bolívar, compiladas y editadas por La pulpería del libro venezolano, Caracas, 1980.

BONILLA, Heraclio. El sistema colonial en la América española. Editorial Crítica, Barcelona 1991.

BOSCH, Juan. Bolívar y la guerra social. Editorial Alfa y Omega, Santo Domingo, 1979.

CLAUSEWITZ, Carl von. De la guerra. Editorial Era, Méjico, 1972.

COLMENARES, German. La economía y la sociedad coloniales (1550-1800). Manual de Historia de Colombia. Colcultura, Bogotá, 1980.

COLMENARES, Germán; FAJARDO Darío; GONZÁLEZ, Margarita. Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia. Universidad de los Andes, Bogotá, 1968.

DELACROIX, Louis. Perú. Diario de Bucaramanga. Editorial Bedout, Medellín, 1974.

DELGADO, Álvaro. La Colonia. Editorial CEIS, Bogotá, 1976.

ENGELS, Federico. Las guerras campesinas en Alemania. Editorial Oveja Negra, Medellín, 1969.

FRANK, Waldo. Bolívar: El nacimiento de un mundo. Aguilar, Madrid. 2ª edición, 1959. (También: Editorial Arte y Literatura. 2 Volúmenes. La Habana, 1974).

FRIEDE, Juan. La otra Verdad, la independencia americana vista por los españoles. Editorial Tercer Mundo, Bogotá, 1972.

GARCIA MÁRQUEZ, Gabriel. El general en su laberinto. Editorial Oveja Negra, Medellín, 1980.

GARCÍA NOSSA, Antonio. Bases de la economía contemporánea. Bogotá, 1948.

____. Apuntes de su curso sobre economía agraria. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1969.

____. Obras Completas. Bogotá, 1980.

GARCÍA PONCE, Guillermo. Las armas en la Guerra de Independencia. Caracas, 1965.

GÓMEZ, Laureano. El mito de Santander. Editorial Populibro, Bogotá, 1959.

GONZÁLEZ, Fernando. Mi Simón Bolívar. Medellín, 1940.

____. Santander. Medellín, 1940.

GONZÁLEZ, Margarita. Bolívar y la independencia de Cuba. El Áncora editores. Bogotá. 1985.

____. El resguardo en el Nuevo Reino de Granada. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1971.

____. Las rentas del Estado (1750-1850). Manual de Historia de Colombia. Colcultura, Bogotá, 1980.

GUILLÉN MARTINEZ, Fernando. El poder político en Colombia. Editorial Planeta, Bogotá, 1996.

HALPERIN DONGHI, Tulio. Historia Contemporánea de América Latina. Alianza Editorial, 1986.

HERRERA, Juvenal. Simón Bolívar, 2 Vol. Medellín, 2001.

HOSBAWM, Eric. Las revoluciones burguesas. Editorial Guadarrama, Madrid, 1971.

____. Industria e imperio. New York, 1976.

JAMES, Cyril Lionel Robert. Los Jacobinos Negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití. Fondo de Cultura Económica, 1ª edición en castellano. Madrid, 2003 (en inglés 1938).

JARAMILLO URIBE, Jaime. Ensayos sobre Historia Social Colombiana, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1968.

JARAMILLO URIBE, Jaime; COLMENARES, Germán. Estado, administración y vida política en la sociedad colonial. Manual de Historia de Colombia. Colcultura, Bogotá, 1980.

KALMANOVITZ, Salomón. Economía y nación. Editorial Tercer Mundo, Bogotá, 1994.

KONETZKE, Richard. América Latina, 3 vol. Editorial Siglo XXI, Argentina-España, 1972.

KOSSOK, Manfred. Historia de la Santa Alianza y la emancipación de América Latina. Editorial Sílabas, Buenos Aires, 1968.

LECUNA, Vicente. Simón Bolívar. Obras Completas. La Habana, 1947.

____. Crónica razonada de las guerras de Bolívar. 3 vol. The Colonial Press, Nueva York, 1950. (Reedición en Caracas, Ministerio de la Defensa, 1983).

LIEVANO AGUIRRE, Indalecio. Bolívar. Bogotá, 1950. (Reedición Caracas, Ministerio de Educación, 1974).

LOPEZ CONTRERAS, Eleazar. Bolívar: conductor de tropas. Ejército de Colombia. Bogotá, 1945.

LOPEZ, José Hilario. Memorias (1798-1869). Editorial Bedout, Medellín, 1969.

LOZANO CLEVEZ, Alberto. Así se hizo la Independencia. Editorial Banco Popular, Bogotá, 1980.

LUDWIG, Emil. Bolívar caballero de la gloria y la libertad. Losada. Buenos Aires, 1942.

MADARIAGA, Salvador. Bolívar. Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1979. (Reedición de Editorial Suramericana, Buenos Aires, 1959).

MAQUIAVELO, Nicolás. Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Editorial Alianza, Madrid, 1987.

____. El Príncipe. Editorial Sopena, Buenos Aires, 1941. MARX, Carlos.

Bolívar y Ponte. En "Materiales para la Historia de América Latina". Cuadernos Pasado y Presente, n° 30, Córdoba, Argentina, 1975. (Texto original de 1858).

____. Las formaciones pre capitalistas. Editadas y comentadas por Roger Barta. México, 1970. (Texto original de 1857-1858).

MASUR, Gerhar. Simón Bolívar. Editorial Grijalbo, México, 1960. (Reedición en Barcelona, Círculo de Lectores, 1977).

MELO, Jorge Orlando. La evolución económica de Colombia (1830-1900). Manual de Historia de Colombia. Colcultura, Bogotá, 1980.

____. Historia de Colombia, Editorial La Carreta, Medellín, 1979.

____. Colombia hoy. Presidencia de la República, Bogotá, 1996.

MESA, Darío. Apuntes del curso sobre Historia de Colombia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1968.

MIJARES, Augusto. El Libertador. Academia Nacional de la Historia, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1987.

MOSQUERA, Tomas Cipriano. Memorias sobre la vida del General Simón Bolívar. Editorial Colcultura, Bogotá, 1977.

NIETO A., Luis Eduardo. Economía y cultura en la historia de Colombia, Editorial Oveja Negra, Medellín, 1970.

NÚÑEZ, Tenorio. Bolívar y la Guerra Revolucionaria. Editorial Nueva Izquierda. Caracas, 1969.

OBANDO, José María. Apuntamientos para la historia, Editorial Bedout, Medellín, 1972.

OCAMPO L., Javier. El proceso político, militar y social de la Independencia. Manual de Historia de Colombia, Colcultura, Bogotá, 1980.

O'LEARY, Daniel Florencio. Memorias, 3 Vol. Ministerio de Educación Nacional de Colombia. Bogotá, 1952. (Texto original en castellano de 1883, traducido del inglés).

PALACIOS P., Jorge. La esclavitud y la sociedad esclavista. Manual de Historia de Colombia, Colcultura, Bogotá, 1980.

PALACIOS, Marco. El café en Colombia 1850-1970. Áncora editores. Bogotá, 1983

PAEZ, José Antonio. Autobiografía del general José Antonio Páez. Editorial Bedout, Medellín, 1973. (Edición original Nueva York, Imprenta de Hallet y Breen, 1867).

PARRA PÉREZ, Caracciolo. Bolívar. Una contribución al estudio de sus ideas políticas. Editorial Excelsior, París, 1928. (2ª edición Caracas, 1942).

PEREZ, Eduardo. Guerra irregular en la Independencia de la Nueva Granada y Venezuela (1810-1830). Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1982.

PINTO ESCOBAR, Inés. La rebelión del común, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1976.

PIVIDAL PADRÓN, Francisco. Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo. Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1977. (Reeditado en Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2015).

_____. Bolívar: Primeros pasos hacia la universalidad. Editorial Gente Nueva, La Habana, 1982. Revista Estudios Marxistas, nº 25, dedicada al Bicentenario Bolivariano. Bogotá, 1983.

REVEREND, Prospero. La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú, por su médico de cabecera. Paris, Imprenta Hispano-Americana de Cosson y Comp., 1866. (Varias ediciones en Bogotá y Caracas).

RIAÑO, Camilo. La Campaña Libertadora de 1819. Editorial Andes, Bogotá, 1968.

SAFFORD, Frank; PALACIOS, Marco. Colombia, país fragmentado, sociedad dividida. Editorial Norma, Bogotá, 2002.

SALCEDO-BASTARDO, J.L. Bolívar un continente y un destino. Universidad Central, Caracas, 1972.

SANTANDER, Francisco de Paula. Cartas, recopilación de Vicente Lecuna. Caracas, 1942.

_____. Diario, 1840. Reimpresión, Editorial Incunables, Bogotá, 1984.

SAÑUDO, José Rafael. Estudios sobre la vida de Bolívar. Editorial Bedout, Medellín, 1975.

SCHULGOVSKI, Anatoli y otros. Ensayos Políticos acerca de Bolívar. Editorial Anfictiónicas, Caracas, 2001.

SHERWELL, William. Simón Bolívar. Bosquejo de su vida y obra, Traducción de Roberto Cortázar. Editorial La Luz, Bogotá, 1930.

STEIN, Stanley J.; STEIN, Bárbara H. La herencia colonial en América Latina. Editorial Siglo XXI, Méjico, 1970.

TIRADO MEJIA, Álvaro. Introducción a la historia económica de Colombia. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1971.

_____. El Estado y la política en el Siglo XIX. Manual de Historia de Colombia. Colcultura, 1980.

TIRADO MEJIA, Álvaro. Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia. Colcultura, Bogotá, 1976.

TOVAR PINZÓN, Hermes. Documentos sobre tributación y dominación en la sociedad chibcha. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1970.

_____. El modo de producción pre-colombino. Editorial Punta de Lanza, Bogotá, 1974.

USLAR-PIETRI, Álvaro. Las lanzas coloradas. Alianza Editorial, Madrid, 1983.

VALENCIA TOVAR, Álvaro. El ser guerrero del Libertador, Editorial Colcultura, Bogotá, 1980.

VILLAESPESA, Francisco. Bolívar: Poema romántico, original y en verso, en un prólogo y tres actos. Prensa Moderna, Madrid, 1929.

Apéndice: Lecturas Bolivarianas.

**Selección de textos elaborados por Alberto Pinzón Sánchez,
publicados en diversos medios y distintas fechas.**

¿Cómo llegué a Simón Bolívar?

Poco tiempo después de la caída del general Rojas Pinilla, vino a la casa solariega de la familia en Vélez, el sobrino de mi padre coronel Antonio Pinzón Villafradez. Venía de Uribía, de regreso de su gobierno como primer intendente de la Guajira y quería charlar en largo con mi padre. Una semana discutieron intensamente sobre los grandes cambios que se avecinaban en el país, y siguiendo su concejo bien informado, mi padre decidió trasladar la familia a la capital.

A comienzos de 1958 Bogotá era una ciudad fría tendida en la gran sabana andina, cuadriculada entre calles y carreras y alargada de norte a sur con un poco más de 600.000 habitantes. Había crecido vertiginosamente sobre dos ejes, con todos los buscadores de trabajo desplazados y expulsados por “la violencia sectaria bipartidista” que acaba de concluir: uno la carrera séptima -o antiguo camino real-; y otro, la avenida Caracas (que el general Rojas Pinilla había unido mediante un pavimento de dos carriles llamado autopista) con la carretera a Tunja en el norte, y hacia el sur, con la carretera al Tolima.

Los barrios populares y obreros que bordean el cerro de Guadalupe hacia el sur y donde existían algunas fábricas especialmente de cerveza, lozas, ladrillos (chircales) y otras manufacturas, habían aumentado en desorden con la presencia de los desplazados huidos de la violencia bipartidista, buscadores de trabajo; mientras que hacia el norte de la ciudad en los barrios de la Soledad, Palermo, Chapinero y calle 72, estaban las urbanizaciones residenciales modernas estilo europeo, con amplias y bien trazadas avenidas, parques, arbolados y casas de fachada imponente o exclusivas casas -quinta tipo inglés-, de los dueños de las fábricas, empresarios, hombres de negocios, militares de alto rango, funcionarios del gobierno y clases medias que llamaban a sí mismas, “pudientes” o de bien. Esta división de personas en buenas y malas, junto con el frío sabanero y el impacto tecnológico producido por una gran ciudad subdesarrollada a un adolescente venido de un poblado pre-industrial,

fueron las primeras e irreversibles aceptaciones y adaptaciones aceleradas que debí interiorizar para siempre: era el vértigo que anunciaba los largos y sebáceos años de felicidad compartida entre liberales y conservadores, pactada en los gobiernos del Frente Nacional.

Dos hechos circunstanciales contribuyeron a mi encuentro con la palabra y obra del Libertador Simón Bolívar: uno, haber oído por la radio nacional a ese gran locutor llamado Alberto Lleras Camargo (que venía como virrey de ocupar la dirección de la Organización de Estados Americanos en Washington) en su discurso de posesión como presidente de todos los colombianos. Ese día festivo para Colombia, todos en la casa frente a la cajita de madera guardamos silencio y expectación. Nunca en mis recuerdos he podido diferenciar entre la factura del texto o su lectura, pausada, argumentada y pronunciada con la entonación de los santafereños exquisitos. Cuando concluyó, mi padre como si sentenciara dijo: “Este hombre, es el contrario de Gaitán”.

Hoy después de tantos años entiendo lo que mi padre quiso decir. Así, pausadamente sin notarlo, como una uña se encarna en un dedo, se introdujo en el pensamiento de los colombianos la frase que duraría por decenios: “pacto para la reforma”, agenciada por las cúpulas de los partidos conservador y liberal para repartirse el Estado y pactar mutuamente en las alturas, la sustentación entre el Poder civil y el Poder militar tutelado desde Washington, como la fórmula política tradicional para superar otro ciclo más de guerra bipartidista.

El otro hecho más fortuito aún, se debió al nombramiento que me hiciera el rector del colegio de Ramírez, Santos María Pinzón (primo de mi padre) como monitor de la materia que dictaba “Cátedra bolivariana”. Él conocía mi afición por la historia, y dándome como guía de su clase una versión inédita del libro de Indalecio Liévano Aguirre sobre el Libertador, me dijo: “Usted prepara las ideas centrales y yo modero las aclaraciones y la discusión que surjan”.

Nunca olvidaré aquella clase donde se discutió la contradicción insalvable entre el Bolívarismo y el Monroísmo, que poco después el propio Indalecio Liévano Aguirre amplió con excelencia en un folleto clásico (es decir insuperable) con este mismo título.

Hoy después de 56 años y la salazón nostálgica de 15 años de exilio político, no puedo dejar de pensar en la vigencia real que tiene en la realidad mundial actual; aquella clase en el colegio de Ramírez (kilómetro 20 carretera central del norte) donde y cuando unos cuantos apasionados adolescentes colombianos dirigidos por aquel pariente mío, profesor durante toda su vida; discutíamos la contradicción insalvable que planteó visionariamente el intelectual colombiano Indalecio Liévano Aguirre, entre las palabras y la acción liberadora y anticolonial de nuestro padre Simón Bolívar; enfrentadas radicalmente a las del quinto presidente de los EEUU (1.823) James Monroe y sintetizadas en la conocida máxima imperialista de “América para los americanos” (norteamericanos, se entiende).

¡Lo que puede el exilio! (Septiembre de 2009).

Seis tesis sobre la vigencia de la palabra y obra de Simón Bolívar en la actual Colombia.

Lo primero a considerar es que Colombia es un país dominado y explotado por una oligarquía latifundista y financiera trasnacionalizada, es decir “encarnada” o fusionada con el imperialismo actual, cuya personificación como lo haría el inolvidable Jaime Garzón puede ser un “gran cacao” con el nombre combinado de los dueños del país. Algo así como don Julio Salvatore Sarmiento Ardila. Núcleo de Poder, históricamente ligado al sistema colonial mundial mediante el capital comercial y bancario, que se conformó y consolidó sobre las comunidades indígenas pre hispánicas a partir de la imposición de las relaciones de producción del sistema colonial del capitalismo mundial, que por medio de las armas y la violencia más extrema les impusiera el decadente Imperio Español. Estas relaciones de producción desde sus inicios, formalmente capitalistas y enmarcadas en el proceso de acumulación originaria del capital; se sustentaron en la utilización de todas las formas más bárbaras de trabajo pre-capitalistas conocidas hasta ese entonces por la humanidad. Desde la esclavitud generalizada del tributo comunitario descrita por Marx en el modo de producción despótico-aldeano, que en diversas formas existía en nuestra tierra llamado “la mita”, hasta el salario rudimentario llamado “concierto”, pasando por la esclavitud directa de africanos importados y el trabajo servil en las encomiendas y haciendas hispánicas.

De manera que en el curso de centurias se generó en Colombia, un híbrido económico y social deformado, con una base económica liberal (libre- cambista) y una supra estructura reaccionaria confesional y conservadurista que aún persiste y, cuya particularidad es que no ha tenido ningún periodo de paz duradero, pues su triunfo e imposición se basó en la “guerra permanente” inducida desde las altas instancias del Poder político del Estado; primero colonial y luego el republicano “santanderista”, surgido después de la muerte de Simón Bolívar en 1830 y que derrotó el proyecto progresista y anfictiónico del Libertador. Destruyó la Gran Colombia creada por el Libertador y echó para atrás las medidas

progresistas y anticoloniales bolivarianas tales como la libertad de los esclavos, la liberación de los indígenas y artesanos de los tributos y demás trabas regresivas fiscales a la producción manufacturera autóctona, impuestas por la Corona Española.

Violencia política Estatal y guerra contra el pueblo trabajador, convertida en la forma fundamental de cohesionar e integrar incluso territorialmente la sociedad, llevar y desarrollar las relaciones de producción capitalistas hasta los más remotos lugares, y apoderarse del plus-valor producido por quienes la producen con su trabajo, reclutándolos a la fuerza como carne de cañón para sus batallas campales:

- 1) Guerras y guasábaras contra los indígenas para sus “reducciones”.
- 2) De sometimiento contra los esclavos rebelados y cimarrones palanqueros.
- 3) Contra los comuneros y demás artesanos, productores y campesinos insurreccionados.
- 4) Guerra anticolonial.
- 5) Y tal como lo había previsto el Libertador, guerras de facciones de la oligarquía dominante llamadas cínicamente guerras civiles, con las que a lo largo de los siglos XIX y XX, asolaron el país, solamente con el fin de apoderarse del tesoro público y pactar luego su administración.
- 6) Violencia facciosa bipartidista liberal-conservadora o guerra civil no declarada de mediados del siglo XX.
- 7) Y, a partir de la guerra fría USA-URSS, de la creación de la OEA en abril de 1948; terrorismo de Estado y guerra contrainsurgente anticomunista financiada por los Estados Unidos de América.

Así pues, la contradicción que se extiende por toda la histórica de Colombia y aún continúa dinamizando la vida actual del país; es la habida entre esa oligarquía trasnacionalizada descrita y el pueblo trabajador, constituido (de acuerdo a la categoría social construida por Gramsci) por

los trabajadores, los campesinos y las capas medias productoras de la sociedad.

Lo segundo a considerar es que, desde hace 175 años, la lucha de clases que se expresó durante la guerra de liberación del colonialismo español, se transformó en una lucha por una segunda independencia, debido a que el lugar ocupado por la potencia colonial española, fue rápidamente llenado por otras potencias del sistema colonial del capitalismo mundial, estas, si industrializadas: primero Inglaterra y luego desde finales del siglo XIX, los Estados Unidos de América. Esta segunda independencia tiene como eje que la sustenta, las ideas anfictionicas y democráticas de Bolívar de la soberanía popular, la soberanía nacional y la confederación con los países hermanos latinoamericanos y caribeños

El tercer elemento para tener presente es que con el surgimiento en Colombia a comienzos del siglo XX de una industrialización liviana y de los transportes ferroviarios y fluviales para la exportación del café, surge también la clase obrera educada y formada en la lucha desde sus inicios, en los principios del marxismo revolucionario como lo llamó Lenin, profundamente vinculada, unida y aliada estrechamente a sus hermanos de explotación del pueblo trabajador: los jornaleros y demás pobres del campo en su lucha por la democratización de la tenencia de la tierra, junto con los artesanos en defensa de la producción autóctona, y, a los otros sectores pobres y arruinados de las capas medias por una vida más digna y productiva.

El cuarto elemento es que como esta relación de explotación y dominación referida a todo lo largo y ancho de la historia colombiana: la violencia política bipartidista, ejercida desde el aparato del Estado, ha sido ejecutada de muy diversas formas, hasta llegar al actual terrorismo de Estado; así mismo, el pueblo trabajador colombiano en su creatividad, también ha tenido que echar mano a las más diversas formas de defensa y resistencia. Fruto de ello es que actualmente los trabajadores, campesinos y sectores medios de la población, es decir lo que denominamos el pueblo trabajador, disponen de un abanico muy variado y amplio de posibilidades y combinaciones en la actual lucha de masas por sus reivindicaciones.

Un quinto elemento a considerar es que, todas esas formas de lucha masiva, han sido consientes, orientadas y organizadas en la medida de las posibilidades, por lo que el marxismo revolucionario ha llamado el trípode de la victoria: el partido bolchevique, el ejército rojo y el frente político de masas amplio. De suerte que de la confluencia unitaria de las múltiples formas de lucha no inventadas por nadie sino surgidas de la experiencia histórica de la población: armadas y no armadas, violentas o pacíficas, urbanas y rurales, legales o clandestinas, cívicas, barriales, sindicales, laborales, étnico-culturales, ecológicas y de género, etc.; es decir que, de la más amplia confluencia del llamado movimiento popular con la insurgencia guerrillera, tendrá que surgir el nuevo Poder popular, democrático y soberano, que sustentado por las masas hará posible esa equilibrada soberanía nacional y popular e independencia, que tanto amó y soñó el Libertador Simón Bolívar.

El sexto elemento es que, la experiencia política y militar, que nos legara en su indeclinable lucha anticolonial el Libertador, se fundamenta en su praxis exitosa de conformar y construir un ejército libertador moderno a partir de un pequeño y abnegado grupo de patriotas, que después de sobreponerse a innumerables dificultades y pruebas llegó triunfante a fines de 1824, al corazón del Imperio colonial español en Ayacucho para derrotarlo. Lucha en la cual cada país gran colombiano aportó sus propias particularidades, sin perder nunca el punto de vista “global” y de íntima relación y conexión existente entre cada uno de ellos.

Así pues, por más que algunos pretendan parcelar y hasta dividir la lucha, recurriendo a agrandar y aún a extrapolar las particularidades históricas que posee cada uno de nuestros países, tarde o temprano en Bolívar todos nos volveremos a encontrar, pues el Imperio actual en su arremetida inexorable así nos lo demandará e impondrá.

¿Porque creen Uds. que la secretaria de Estado de los Estados Unidos en el Gobierno Bush, Condoleezza Rice, dijo en agosto del 2005 que: “en esa región (refiriéndose a los Andes) la resistencia a las políticas de su gobierno, tenían historia”?

Simón Bolívar: anti-esclavista y centralista.

Es común en la historiografía tradicional colombiana, referirse a la contradicción, habida desde siempre, entre Simón Bolívar y el Gobierno de los Estados Unidos, con argumentos supuestamente progresistas o liberales, aplanándolo y reduciéndolo a una “simple tensión” entre el Libertador y lo que genéricamente se engloba dentro del término Estados Unidos, dándole a este, un supuesto matiz étnico-racial sacado de palabras por él empleadas en su correspondencia personal como los “albinos, regatones, belicosos, canallas, egoístas, capaces de todo, humillantes, fratricidas”; con el propósito de ocultar la referencia obligatoria a que, Bolívar nunca se refirió al pueblo norteamericano, sino a la política (económica y militar) imperialista del gobierno de los Estados Unidos en su fase de ascenso y expansión sobre la América española.

También es bastante frecuente ver en estos escritos la reducción del fondo antagónico y esencial de esta contradicción a tres episodios notorios sucedidos, como si hubiesen sido los únicos : 1) El incidente con el Gobierno independiente de la Florida; 2) El de las goletas Tigre y Libertad capturadas en el Orinoco mientras contrabandeaban armas para los españoles, seguido del intercambio epistolar con el agente comercial Irving; y 3) El duelo epistolar con el vicepresidente Santander, a raíz de la invitación al Congreso Anfictiónico que este le hiciera (en contra de Bolívar) al Gobierno norteamericano. Lo primero que hay que argumentar en contra de tan difundida versión de verdades a medias, además de lo que se ha dicho arriba (sobre la diferencia existente entre el Pueblo norteamericano y su Gobierno y, sobre la reducción formal del asunto a los tres sucesos mentados), es que la esencia de la contradicción habida entre Simón Bolívar y la Administración estadounidense, radicó en dos hechos (uno económico y otro político) que estaban implícitos en el surgimiento y ulterior desarrollo del imperialismo norteamericano: la esclavitud negra y el federalismo provincial.

Estos dos trascendentales hechos, que estuvieron en el trasfondo de toda la “coyuntura histórica” de la independencia americana y de sus desarrollos posteriores, fueron palpados y experimentados directamente durante toda su vida por el Libertador. Y fueron los que en últimas le hicieran mirar con más atracción hacia el “modelo” centralizado de Estado surgido de las revoluciones que se estaban desarrollando en Francia e Inglaterra, y no en el “modelo ultra liberal esclavista y federal” de las trece colonias norteamericanas.

Cualquiera de los documentos más importantes que produjo el Libertador, escritos después de cada una de sus experiencias político-militares, tales como la “Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada” (Cartagena, 15 de diciembre de 1812) redactada después de la toma militar de Caracas por el general Monteverde.

O la famosa “Carta de Jamaica”, escrita en Kingston el 6 de septiembre de 1815, después de la toma sangrienta de Caracas por el primer paramilitar americano llamado Boves y de la guerra entre centralistas y federalistas en Bogotá y Cartagena, como también, después de haber conocido a plenitud la terrible guerra socio-racial de liberación de los desnudos esclavos haitianos contra el Ejército imperial de Napoleón, a quien derrotaron produciéndole la increíble cantidad de 60.000 soldados invasores franceses muertos; queda claro (para quien quiera claridad) el rechazo permanente de Simón Bolívar a la esclavitud negra y al federalismo provinciano que, en nuestros países revistió la forma de “patriecitas de tiranuelos”, como el mismo Libertador solía llamarlas. La experiencia de Simón Bolívar contra la esclavitud negra, no es solo el fenómeno socio-racial y económico por él palpado en las permanentes y sangrientas insurrecciones y rebeliones de esclavos, tan frecuentes desde el siglo anterior a lo largo y ancho del continente americano, especialmente en la Nueva Granada, Venezuela y el Caribe, que él llama la “guerra de colores”, sino que también tiene profundas raíces vitales, incluso infantiles.

Por ejemplo, es sabido que a causa de la tuberculosis que tenía su madre y según los prejuicios de aquel entonces, el neonato Simón, debió ser amamantado mucho tiempo por la generosa negra esclava “Hipólita” a quien llamó “mi verdadera madre”. Que sus compañeritos de juegos

infantiles eran unos niños esclavos negros y que cuando adolescente viajó de Caracas a la hacienda familiar de San Mateo para residir 5 años y recibir las influencias del “rebelde” Simón Rodríguez, su primera impresión que nunca olvidará, fueron las condiciones de explotación inhumanas de los 5.000 esclavos negros de propiedad familiar, apilados en barracas inmundas alejadas de la mansión de la hacienda.

Fue su genuino y más profundo anti esclavismo lo que lo llevó a congeniar y fraternizar con el presidente haitiano Pétion. A enfrentarse desde un principio a los esclavistas tanto venezolanos, neogranadinos, peruanos y sus aliados norteamericanos y a granjearse su enemistad. A decretar en 1816 en las solitarias playas de Ocumare la libertad total de los esclavos.

A “implorarla” en el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, o en el Congreso de Cúcuta en 1821. A decirle sarcásticamente a Santander en 1826 que su proyecto de constitución para Bolivia sería “visto con horror por los intolerantes amos de esclavos”. A oponerse al truco de los esclavistas y federalistas neo granadinos contenido en la fórmula de “la libertad de vientres” propuesta por los partidarios del vicepresidente Santander en la convención de Ocaña de abril 1828, lo que le costó 5 meses después, el atentado asesino contra su vida. En fin, que el “modelo ultra liberal de Estado esclavista y federado” de las 13 colonias norteamericanas, defendido a ultranza para nuestros países por el vicepresidente Santander y los esclavistas de Popayán o Cartagena, coaligados con los hacendados de Cundinamarca y apoyados por el gobierno de los Estados Unidos, en contra del proyecto ilustrado de la libertad y las soberanías popular y nacional defendido por Simón Bolívar; siempre estuvo presente, dinamizando la contradicción económica, social e ideológica en la lucha de liberación de los países de la patria grande, contra el colonialismo imperialista de la época.

Desafortunadamente, el proyecto Bolivariano fue derrotado y echado para atrás por los latifundistas esclavistas y exportadores de los frutos que producían los esclavos negros: en Colombia oro, en Venezuela cacao y azúcar y en la Sierra Andina metales blancos o preciosos, y quienes, con argumentos federalistas y aupados por el Gobierno de los Estados Unidos, por ejemplo, a partir del congreso anfictionico, lograron desgarrar la Gran Colombia.

Sin embargo 170 años después, cuando la estrategia imperial para continuar la “esclavitud asalariada” y el sometimiento de los pueblos de la patria grande, consiste en prolongar su desunión o estimular fracturas federales como lo está intentando actualmente en Santa Cruz de Bolivia, en el Zulia venezolano, o en el Caribe colombiano.

Hemos aprendido incluso con sangre, que lo dicho en su oportunidad por ese primer bolivariano de Nuestra América, José Martí, para concluir definitivamente lo que quedara inconcluso en la obra de Simón Bolívar, es decir conseguir la verdadera independencia, la democracia y las soberanías popular y nacional en nuestros países y superar la “esclavitud asalariada”, como llamaba Marx al capitalismo, solo se puede realizar siempre y cuando tengamos claras en todos los momentos de la lucha, las enseñanzas teórico-prácticas, que el Libertador nos legara en su fecunda vida.

(Enero de 2007).

Maquiavelo y Bolívar.

Cuando Antonio Gramsci en noviembre de 1927, un año después de haber sido detenido, en la mazmorra fascista a donde Mussolini lo ha enviado “para evitar que su cerebro pensara”, el día que se entera de la expulsión de Trotsky del Partido Comunista Soviético, con una intuición política sorprendente pide las Obras Completas de Maquiavelo. Gramsci es un leninista maduro convicto y confeso, delegado en la Internacional Comunista, con cerca 14 años de militancia en el marxismo revolucionario.

Ha fundado en 1921 el Partido Comunista Italiano, en 1924 ha sido elegido como su secretario general, y en pequeños cuadernos que la censura fascista le proporciona, a pesar de la tuberculosis ósea que lo destruye, inicia el esbozo escrito de sus principales planteamientos de la coyuntura mundial e italiana y de sus aportes al marxismo: La relación de Marx y Hegel. La filosofía de la praxis. La ideología. Historia/historicismo. El partido político. La hegemonía. Las clases subalternas. El bloque histórico. Sociedad civil/sociedad política. La guerra de posiciones en el campo político, etc.

Sin pretender hacer aquí una monografía reducida de todos los valiosos aportes del dirigente de la clase obrera italiana al marxismo revolucionario que devino en universal, me interesa resaltar:

1) El estudio serio y sistemático que hace Gramsci del Maquiavelo integral y la asimilación de sus obras, no solo del Príncipe, sino los Discursos sobre Tito Livio, El Arte de la Guerra y otros escritos menos leídos; para rescatar su vigencia, enriquecer y desentumir el pensamiento de los hombres de acción, transformadores de la realidad social.

2) La discusión planteada sobre la cuestión de la supraestructura Estatal, concebida por Gramsci, ya no como un simple aparato mecánico de represión, sino como algo más complejo, dinámico y en desarrollo histórico: “La suma de la sociedad civil y la sociedad política, o sea

hegemonía acorazada con coerción” ... “No hay ninguna conexión genética entre el Príncipe de Maquiavelo y el Emperador de Dante, - escribe Gramsci-, y menos aún entre el Estado moderno y el imperio medieval... Dante quiere superar el presente, pero con los ojos vueltos al pasado. También Maquiavelo miraba al pasado, pero de manera muy diferente de la de Dante” (C. VIII.)

3) La tesis central sobre el Príncipe, luego recopilada y ampliada en el libro Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno, sintetizada en este memorable párrafo: “Si hubiera que traducir a un lenguaje político moderno la noción de príncipe, tal como funciona en el libro de Maquiavelo habría que hacer una serie de distinciones: príncipe podría ser un jefe de Estado, un jefe de gobierno, pero también un jefe político que quiere conquistar un Estado o fundar un nuevo tipo de Estado; en ese sentido príncipe podría traducirse a la lengua moderna por partido político. En la realidad de algún Estado, el jefe del Estado, o sea, el elemento equilibrador de los diversos intereses en lucha contra el interés que prevalece, pero que no es exclusivo en un sentido absoluto, es precisamente el partido político, pero a diferencia de lo que ocurre en el derecho constitucional tradicional, el partido político no reina ni gobierna jurídicamente: tiene Poder de hecho, ejerce la función hegemónica y, por tanto equilibradora de intereses diversos en la sociedad civil la cual empero está tan entrelazada de hecho con la sociedad política que todos los ciudadanos sienten que en realidad reina y gobierna. Sobre esta realidad en movimiento continuo no se puede crear un derecho constitucional de tipo tradicional, sino solo un sistema de principios que afirmen como finalidad del Estado su propia disolución, su propia desaparición, o sea, la reabsorción de la sociedad política por la sociedad civil” (C. IX).

24 años después, otro comunista atrapado en la cárcel subjetiva de sus propias contradicciones personales, una casi más terrible que la mazmorra fascista de donde Gramsci sale para morir; Luis Althusser, busca en los textos gramscianos apoyo para desarrollar su lucha de intelectual comunista y militante contra la asfixiante dictadura dogmática del Partido Comunista Francés. No solo la encuentra, sino que también descubre la pasión de Gramsci por Maquiavelo, y al contrario de su malogrado intento

de separar al Max viejo del joven Marx, estudia íntegramente y con rigor intelectual sistemático la obra teórica y práctica del ilustre florentino; desvirtuando la caricatura perversa de que “el fin justifica los medios”, hecha por los jesuitas con la finalidad de satanizarlo durante 4 Siglos y perseguirlo hasta hoy día, como su enemigo más acérrimo.

Una lectura militante de Maquiavelo, hecha en clave actual, como la que hace Althusser, nos indica que el medio SOLO es justificable cuando se propone el fin histórico positivo y progresista de fundar un Estado popular democrático. La guerra no es “justa” (al contrario de lo enseñado por el cura español Ginés de Sepúlveda para conquistar y colonizar indígenas americanos) sino “necesaria”, y debe estar justificada además de subordinada a un fin histórico positivo y progresista, como pueden ser la expulsión de los extranjeros, la defensa de la patria, o la fundación de un Estado popular democrático: La moral combativa del pueblo en armas de Clausewitz, es la virtud política de la milicia popular en Maquiavelo. Althusser dicta cursos universitarios sobre la obra y vigencia política de Maquiavelo, trayéndolo definitivamente al marxismo revolucionario por la vía del jacobinismo de los revolucionarios franceses de 1789, y escribe dos sugestivos e irrefutables estudios (15), que no dudo en recomendar a quienes vienen en camino; en donde desmenuza el pensamiento y la acción del “profeta armado” que conduce su pueblo a la fundación de un Estado nuevo (el Príncipe). “El republicano” que con leyes positivas hace que el nuevo Estado perdure (Discursos).

“El hombre de acción” que construye su propio ejército popular y lo dirige bajo el primado de la política, hacia el fin positivo y progresista de asegurar su construcción y expandirlo. (El Arte de la Guerra).

En Althusser, Maquiavelo hombre de la transición feudal capitalista, vuelve a estar aquí y ahora, al haber descrito con realismo extremo (“la verdad efectiva de las cosas y no su imaginación”) de las condiciones violentas del ascenso de la burguesía europea de las grandes señorías, que vienen a mundo chorreando sangre y lodo (como lo describiera Marx en la acumulación originaria del capital) hasta imponer al “vulgo” su hegemonía y coerción (Estado moderno). Sin embargo, esta es su actualidad ocultada deliberadamente por sus utilizadores vergonzantes;

pues al divulgar Maquiavelo su obra en idioma vulgar, separando tajantemente como cosas distintas la ética de la política y del Poder de la iglesia romana, Maquiavelo también la está entregando a sus amigos del pueblo para que la lean y se den mañas de cómo combatirlo y desmontarlo.

¡Definitivamente hay que leer las obras de Althusser sobre Maquiavelo!

El 17 de diciembre del 2003, salió publicado en Colombia por la Editorial Paso de los Andes un pequeño ensayo que titulé Bolívar. Conductor político y militar de la guerra anticolonial, que también se encuentra en Internet. En el antepenúltimo párrafo de la página 281 escribí lo siguiente: “De acuerdo con Maquiavelo, se puede concluir que Bolívar fue un verdadero ‘profeta armado’ que predicó y aplicó, basado en un ejército moderno propio, el objetivo patriótico de liberar su ‘gran patria’ del sojuzgamiento colonial español y unirla en una gran república sin hacer concesiones a las propuestas monárquicas que le hicieron sus compañeros claudicantes como Páez. Un Príncipe moderno y reformador social que unas veces actuó como ‘zorro’ descubriendo las trampas y otras como ‘león’ imponiendo respeto. Que sorteó tres intentos serios de asesinato y sobrevivió múltiples batallas y cuya motivación íntima fue siempre la búsqueda del Poder y la gloria colectivas, dentro de su objetivo vital e histórico de lograr la derrota del colonialismo en América hispana; combinando con acierto las dos mitades que según Maquiavelo rigen toda acción humana trascendente: Virtud y Fortuna”.

Recibí varias observaciones de amigos (todavía influenciados por el desprecio y la satanización que se ha hecho la Iglesia Católica de Maquiavelo) y que estuvieron en desacuerdo con este párrafo. Sin embargo, mientras más leo a ensayistas comunistas y marxistas de diversas tendencias (A. Borón et al), más me ratifico en lo escrito.

He descubierto por ejemplo, que el ideal republicano de Bolívar y sus convicciones sobre el “poder moral” y la figura del “presidente vitalicio”, se fraguaron no solo en la lectura directa de Maquiavelo y de los jacobinos de la Revolución Francesa que Bolívar estudió (la superintendencia de la moral y las buenas costumbres de Saint Just, o el comité de salud pública de Robespierre), sino de los jacobinos negros de

Haití, como los llamó en su libro C.L.R. James, y en la Constitución haitiana de 1.793 (el presidente vitalicio de Toussaint L'Ouverture). Y de estas lecturas vivificantes, me han surgido dos interrogantes adicionales y complementarios a lo escrito:

¿No es el fin bolivariano de la patria grande y la unidad latinoamericana como un bloque de naciones soberanas e independientes, un Estado nuevo popular y democrático (moderno) como el diseñado por Maquiavelo?

¿Se puede considerar la declaración de la “Guerra a muerte” como un fin maquiavélico (en el sentido positivo y correcto del termino) para lograr el objetivo histórico supremo, de la derrota del colonialismo y la liberación de la patria grande?

¡Alerta, que el centauro descrito por Maquiavelo, no ha detenido su caminar por América Latina!

(Junio de 2010).

Simón Bolívar y la Independencia de las Antillas

Simón Bolívar planteó desde muy temprano (Carta de Jamaica, 1815) su gran proyecto civilizador e ilustrado de llevar la independencia, la soberanía popular y liberar del colonialismo a todos los rincones de “la América española”, con el fin de construir socialmente la patria grande, equilibrio universal en el concierto de las Naciones.

El famoso triángulo equilátero de Libertad, Igualdad, Fraternidad; utopía esencial de la Revolución Francesa y fuente de inspiración para K. Marx (triángulo que una vez vaciado de su contenido igualitario y solidario fuera impuesto al resto del mundo -a nombre de la Libertad- como democracia occidental) fue la razón ilustrada en la que se basó el accionar del Libertador, y desmiente las pretensiones oscuras de la historiografía oficial “anglo-sajona” de convertir a nuestro padre fundador, en otro más de los ignorantes “caudillos” provincianos que azotaron secularmente a Latinoamérica, con el fin de negarle su genialidad como conductor político y militar de la lucha anticolonial y, como “precursor del antiimperialismo” según lo ha demostrado, entre otros, en sus libros el historiador cubano Francisco Pividal.

El otro mentís a la patraña historiográfica, está dado en la negativa del Libertador a cumplir una de las características que tipifican la figura sociológica del “caudillo”, como es la de eliminar por la fuerza a sus rivales, lo que a la postre resultó ser precisamente la causa de la ruina política de su proyecto civilizador. Haber sido indulgente y generoso con el pérfido leguleyo Santander, con el narciso y ególatra Mariño, el torpe e irascible Bermúdez, o el bruto Páez, a quienes hubiera podido haber eliminado fácilmente. Sin embargo, prefirió perdonarlos con grandeza dándoles posiciones de prestigio y poder que nunca supieron entender, muy por el contrario, sirvió para que se soliviantaran e impusieran con las armas sus romos intereses provincianos de terratenientes, esclavistas o exportadores, y se construyeran durante la post- independencia (y en algunos casos como en Colombia hasta hoy) los “Estados oligárquicos dependientes” sometidos a los intereses de los EEUU.

Piar nunca fue ni caudillo, ni menos rival para la altura del Libertador.

hasta leer su parábola vital para entenderlo. Su fusilamiento no tuvo nada de racial. Fue producto de una sentencia colegiada dictada por unanimidad en un juicio militar por un jurado escogido entre amigos pares y compañeros de armas del propio Piar, por el cargo criminal de insubordinación y traición a la patria. Piar conociendo la nobleza del Libertador, hasta antes de estar frente al pelotón de fusilamiento, se ufano del indulto que le otorgaría.

Una tercera impostura historiográfica sobre el Libertador, rebatida adecuada y suficientemente en un excelente libro escrito por la historiadora colombiana Margarita González (16), lo constituye el bulo de que la idea del Libertador expresada en 1820 de llevar la independencia a Cuba y Puerto Rico, fue un simple amago diplomático y no parte de un plan político militar más amplio de dos partes: uno la guerra al sur que ejecutó hasta Ayacucho y Bolivia; y otro, la liberación de las Antillas. Proyecto este último enfrentado abiertamente con los intereses de los EEUU en el Caribe, manifestados tres años más tarde (1823) por el Presidente Monroe, y que no pudo llevarse a cabo por la ayuda prestada por F.P. Santander a las trapisondas de la naciente diplomacia imperialista norteamericana en el Congreso Anfictiónico de Panamá (1825).

El 19 de enero de 1824 el general patriota portorriqueño Antonio Valero al servicio militar del Ejército bolivariano de la Gran Colombia, encargado de adelantar “el plan de llevar la independencia a Cuba y Puerto Rico”, en cabeza de la comisión de patriotas cubanos conformada por José Aniceto Iznaga, Gaspar Betancourt Cisneros, Fructuoso del Castillo, José Agustín Arango y el argentino José Antonio Miralla; se reunió con el general F.P. Santander en el palacio de San Carlos en Bogotá. Las mismas argucias leguleyas y mezquinas sobre la falta de recursos que Santander daba a Bolívar para obstruir la campaña en el Perú, sirvieron para despachar al general antillano Valero. Afortunadamente fueron escritas, un mes más tarde, en una carta que le envió a su encarnizado rival, “el caudillo” venezolano José Antonio Páez y que dicen así: “Sobre la expedición a Cuba o Puerto Rico no hay que hablar por ahora: primero, porque estando expuestos a ser invadidos en nuestra casa, es locura ir a buscar fortuna a país donde creyéndose que hay jamones no hay ni estacas; segundo porque Perú demanda con más

urgencia y necesidad auxilios que nos aseguren por el sur; tercero porque no tengo recursos para expediciones. El joven que vino con Valero sería mejor si hablara menos. Ese es mi sentir (...). Bogotá, 22 de febrero de 1824” (17).

Correspondería más tarde al apóstol José Martí, tomar las raíces del proyecto bolivariano para las Antillas, lanzándolo como una luz universal que alumbró a sus seguidores del bote Granma y todavía ilumina continuadores de la patria grande, cuando confirmó la contradicción entre Bolívarismo y Monroísmo y se sacrificó combatiendo por concluir lo que Bolívar no había podido concluir.

(Marzo de 2009).

Ante los huesos de Simón Bolívar

Un dolor hondo en el pecho, una punzada metálica que me quitó por unos momentos la respiración, sentí cuando vi las fotografías del esqueleto de Simón Bolívar presentadas 180 años después de su muerte en San Pedro Alejandrino. El primer pensamiento que me llegó atropellado a la memoria, fue el de mi profesor de medicina legal que, en aquellas tardes soleadas y lejanas en el hospital universitario de Manizales y frente a los cadáveres fríos ya por la muerte, nos enseñaba que una hora, solo una hora tarda la muerte en mostrar su verdadero rostro en un cadáver. Una hora después de que la inevitable muerte llega y se aposenta para nunca más irse de un cuerpo, sale con su palidez o lividez a la piel, las mejillas, los ojos y los labios.

Me imaginé la cara voluntariosa y afilada de Bolívar tostada por el sol canicular y el viento frío o caliente de la América meridional como llamaba a su patria grande, cuyos rasgos desdibujándose o deshaciéndose por la muerte, la que muy pocos se han atrevido a dibujar o a retratar por respeto o temor o talvez porque pocos la vieron aquella hora después, en el cuarto refrescado de esa casona colonial de teja española, con paredes de adobe grueso y piso de baldosines ladrillados de aquella hacienda samaria, y en donde quienes estuvieron presentes debieron escuchar la brisa suave que cruzó por ente las hojas de los árboles frondosos que le hacen el sombrío.

Es un esqueleto humano como cualquier otro, que en su desnudez pelada y blanquecina muestra que Simón Bolívar no es, ni será, una momia embalsamada para uso ritual masivo, ni anterior, ni ulterior, ni sucesivo. Pero ¿Cómo pudo permanecer incólume, casi intacto, resistiendo en el silencio oscuro y helado de su sepultura, el paso lento e inmisericorde de tantos años? ¿Fueron aquellos huesos ahora frágiles y quebradizos, los que lo sostuvieron y soportaron durante 47 años de vida infatigable y voluntariosa, a esa voluntad suya de hierro, persistente y porfiada, que

asombró o atemorizó a sus enemigos y que condujo a sus amigos hasta las cumbres heladas de Ayacucho?

¿Son esos pensé, los huesos cuya sustancia humana o contradictoria y viva, sirvieron para que los tantos y ladinos enemigos suyos, lo vituperaran, vilipendiaran o difamaran, mientras hipócritamente lo enaltecían y lo enajenaban de sus seguidores, para ocultar su verdadera esencia de conductor político- militar integral de la lucha anticolonial?

¿Son esos los huesos del sátiro infatigable de los tres etcéteras, del delirante alfarero de naciones, el implacable y arbitrario tirano de la guerra a muerte, el aventurero del romanticismo europeo, el epopéyico guerrero de la antigüedad greco-quimbaya, el coloso cósmico continuador de las hazañas de don Pelayo, el Cid, Pizarro, Cortés y demás asesinos de la conquista española; del chispeante diplomático; del “tirano” como solía llamarlo el taimado F.P. Santander con sus conjurados asesinos?

¿Del estadista frustrado, del pomposo orador o flamígero y redundante escritor de ese idioma grandilocuente que la burguesía colonial española impuso en sus colonias, o los del general desolado, melancólico y enfermo que cadavérica flota, abandonado y moribundo hacia su laberinto de soledad y muerte?

O, ¿Son esos los huesos descarnados, recubiertos de una piel exangüe y delgada, los que lo llevaron montado, sobre su culo de fierro, en una prodigiosa mula americana desde la guarnición polvorienta de Tenerife en las orillas de río Magdalena, a crear su propia fuerza de 70 hombres en 1812, convirtiéndose según la sonrisa enigmática del florentino Nicolás Maquiavelo en un verdadero “profeta armado” y llegar después de 12 años, en 1824, con más de 25.000 seguidores, patriotas convictos, cruzando ríos, montañas, pampas, páramos, hasta la puna del cóndor en Ayacucho para derrotar irreversiblemente de la mano del mariscal Sucre, el poderío colonial del Imperio español y dejar abierta para los tiempos que todavía están por venir, su vida y su obra? ¿No es acaso, como lo decían los antiguos romanos, que patria es el lugar sagrado donde yacen en reposo perpetuo los huesos de nuestros antepasados?

Nunca se cansará Simón Bolívar de hablarle a sus hijos y seguidores. Ahora sus huesos dirán la verdadera causa de su muerte y muchas cosas más. Un dictamen de altísimo nivel científico y tecnológico como Él se merece, en un fallo o escrito esperado por todos aclarará su muerte:

Si el farmacéuta francés Reverand, quien haciéndose pasar por médico legista diplomado despedazó su cadáver exiguo e inerte y redactó una necropsia apócrifa para darse razón. Si Bolívar murió de “consunción tísica”, o de paludismo crónico como lo diagnosticó el cirujano militar norteamericano Dr. Night (Noche) llegado apresuradamente a Santa Marta en la goleta Grampus del USArmy a examinar al moribundo y a garantizar que no se embarcara hacia Europa. O si murió envenenado por las prolongadas “curas arsenicales” contra las calenturas del paludismo o de un absceso hepático amebiano confundido, a las que lo sometieron varios médicos ingleses en el Perú, el último el Dr. Joly. O si la muerte le llegó aplicada en los crueles sinapismos y vesicatorios de cantárida o “polvos de la Toffana” a que lo sometieron de común acuerdo Reverand con el Dr. Night, para asegurarse que no viajara a Europa y la muerte lo encontrara delirante y exhausto ese 17 de diciembre de 1830, en la quinta de San Pedro Alejandrino de Santa Marta, a la una y 7 minutos de la tarde, mientras una leve brisa tropical proveniente del mar Caribe, movía suavemente las hojas de los árboles que le hacen sombrío a la casona de la hacienda.

Bolívar continuará hablándole al futuro, venciendo una vez más esa alianza oscura y helada que se ha coagulado entre el tiempo inexorable que sucede a la muerte descolorida que demora una hora en salir a la cara de quienes se mueren, y venciendo también con su utopía anfictiónica a los muy poderosos enemigos de su proyecto integrador, quienes como Él lo profetizó hace 177 años, han plagado a la América meridional de miseria a nombre de la libertad.

(Julio de 2010).

La muerte del Libertador y el laberinto.

La orden era terminante y clara: no dejar salir al Libertador con vida del territorio neogranadino, pues se corría el riesgo de que su espada volviera a cabalgar por América Latina.

Bolívar viene “febril, pálido y grave”, camino a su encuentro definitivo con el boticario francés Próspero Reverand, quien ha sido nombrado oficialmente su médico y previamente instruido por el general venezolano Mariano Montilla, acérrimo enemigo del Libertador desde todos los tiempos y abierto partidario del general venezolano Páez, quien está en guerra con el general Santander de Colombia, para juntos destruir el proyecto anfictionico bolivariano y quedarse cada uno con su “patriecita”. También viene rumbo a Santa Marta, la goleta de guerra norteamericana Grampus, con el cirujano militar Dr. Night (Noche) a bordo.

Reverand (ahora se ha venido a saber) no era médico, sino que con algunos conocimientos de cirugía militar adquiridos en Francia y muchos, esos sí, sobre menjurjes farmacéuticos. Con esto, ha montado una botica particular para venderle sus pócimas a los samarios. El 1 de diciembre de 1830 examina al Libertador, oye su tos, mira su semblante y se dice para sí, que el eminente paciente padece “una consunción”, sinónimo de tuberculosis. Y acorde con la orientación recibida, instaura el plan terapéutico: sinapismos de Cantárida pulverizada, mezclada con arsénico, aplicados como vejigatorios en la nuca del paciente, pues la vía oral es incierta y no puede controlarla directamente. Los polvos se absorben bien por piel, se sinergizan y no dejan muchas huellas. El boticario tiene porqué saber que esa mezcla magistral, es conocida desde la Antigüedad romana, y que en la Edad Media era el veneno utilizado por la familia del papa Borgia llamada “cantarela”. El vulgo la conoció como los polvos de la Toffana.

Poco después viene el cirujano norteamericano Night, examina al Libertador y le dice a Reverand que su palidez, delgadez y estado febril, corresponden a un “paludismo crónico”. El boticario se aferra al de

“consunción tísica”. Discuten, pero coinciden en dos cosas: una, que es una dolencia “crónica”, es decir que el Libertador ha comenzado a morir hace tiempos, quizá con ayuda de las “curas arsenicales contra las calenturas” a las que lo sometieron varios médicos ingleses, el último el Dr Joly, y la otra, fundamental, ¡seguir con los vejigatorios en la nuca!

La razón “científica” y en contra de todos los conocimientos médicos de la época para tratar ambas enfermedades y, sobre todo, en contra de la realidad anatómica que ambos como cirujanos conocían muy bien, es el absurdo de que los líquidos perniciosos de la cabeza (no en los pulmones) se pueden extraer a través de la nuca con vejigatorios de Cantárida.

En los 17 días que el Libertador está en las manos del boticario francés; le aplica 8 emplastos en total, incluso sobre la piel sangrante, con una obstinación y encarnizamiento tal, que lo hacen aún más sospechoso.

El cirujano militar norteamericano, seguro de que el Libertador no saldrá vivo de Santa Marta, emprende tranquilo el regreso a su país y la goleta de guerra yanqui, poco después, misteriosamente desaparece para la historia, probablemente, en el hoyo negro del triángulo de las Bermudas. Mientras tanto en la hacienda de San Pedro Alejandrino, el boticario francés redacta 33 boletines sobre la evolución clínica del Libertador, hasta su muerte.

Después, se encarniza con su cadáver, lo despedaza sin compasión, escribe y edita una necropsia en donde se da la razón: el Libertador muere de “tisis”. Pero su empirismo francés lo pone al descubierto. Hoy cualquier médico general puede descubrir en estos excepcionales documentos escritos, cómo los vesicatorios de Cantárida aceleraron la muerte del Libertador.

No es sino leerlos juiciosamente y agrupar sus signos y síntomas en dos grupos: 1) Urinarios, debidos a una intoxicación por Cantárida: orinas sanguinolentas seguidas de anuria, falla renal e insuficiencia renal aguda, con “riñones intactos, vejiga vacía pegada bajo el pubis”; 2) Neurológicos y gastro-intestinales, debidos a una intoxicación por arsénico: letargia, confusión mental, delirio, inquietud extrema, estupor

y coma. Inflamación meníngea con “circunvoluciones cerebrales cubiertas de serosidad semi roja”. Hipo, vómitos, cólicos, diarreas, “estómago dilatado por un licor amarillento, sin lesión ni flogosis (a pesar del ayuno prolongado y el veneno), intestino delgado meteorizado, marcada hepatomegalia, vesícula biliar muy extendida, y glándulas mesentéricas muy obstruidas”. No describe peritonitis tuberculosa, pero sí pericarditis; “el Corazón (a pesar de las cavernas pulmonares descritas), no ofreció nada particular, aunque bañado por un líquido verdoso contenido en el pericardio”.

Dudo de la confesión de Simón Bolívar ante el obispo. Y no creo que tuviera claridad mental para dictar un testamento. Quizás el único instante de lucidez y realismo que le permitió el envenenamiento, es cuando le dice a su asistente cercano: ¿Cómo saldré de este Laberinto?

No podía. Era un Laberinto de 5 ángulos o Pentágono, más terrible y complicado que el desierto imaginado por Borges. Con escaleras secretas, pasadizos y túneles que conducen a ninguna parte. Con puertas que se abren en a cementerios blanquecinos protegidos por muros impenetrables y guardias armados de pistolas ametralladoras; zaguanes sin fin y mansardas ocultas, cuya única comunicación exterior es mediante asteroides telemáticos, construidos por el Hombre.

El 20 de noviembre de 1842, doce años después de su famosa necropsia escrita, Reverend con la mirada gacha y avergonzada, junto con el jefe político santanderista de Santa Marta Manuel Ujueta, en una tétrica exhumación identifica el polvo en que quedó convertido el Libertador. Joaquín Posada Gutiérrez en su memoria escrita (1865), deja esta constancia para la historia: “el cráneo aserrado horizontalmente y las costillas cortadas por ambos lados oblicuamente, los huesos de las piernas y pies estaban cubiertos por botas de campaña, la derecha completa, la izquierda despedazada. Al lado de los huesos de los muslos, pedazos de guion de oro deteriorado y listas de color verde con metal oxidado, fueron los únicos fragmentos de su vestido que se encontraron; todo lo demás se había pulverizado”.

Entonces, ¿Cómo no estar de acuerdo con la identificación, esta, si científica, que ha ordenado hacer el Gobierno venezolano en Caracas,

sobre los restos entregados por el Gobierno del general Santander al Gobierno de Venezuela? ¿Por qué no quieren que se determine en las reliquias pulverizadas del Libertador, cual es arsénico y la Cantárida ordenadas desde el Laberinto, y cual es verdadero polvo sideral que nos ilumina y orienta? ¿A que le temen señores dueños del Laberinto, si lo que brilla por luz propia nadie lo puede apagar?

Post scriptum: 5 años más tarde, julio de 2012, el Gobierno venezolano publicó un informe sobre las causas de la muerte del Libertador Simón Bolívar firmado por la Dra. Yanuacelis Cruz y el Dr. José Manque, coordinadores del equipo multidisciplinario que analizó con todas las técnicas disponibles hasta el momento sus restos. En su pormenorizado informe científico, los especialistas confirman en la epicrisis que, en los restos analizados del Libertador los estudios de biología molecular fueron negativos para mycobacterium tuberculosis y mycobacterium bovis, agentes causales de la tuberculosis. Tampoco hallaron trazas de Treponema pallidum causante de la sífilis, ni de Brucella sp causantes de la brucelosis. Fue negativo para Plasmodium sp causante del paludismo, y para Leishmania donovani y cutánea, causantes de la leishmaniasis. También fue negativo para el hongo Paracoicidiodes brasiliensis, causante de la micosis paracoicidiodea.

Hacen un aparte que, si bien no se pudo realizar la investigación para determinar una infección por el hongo Histoplasma capsulatum, queda pendiente la confirmación de esta infección, que de llegar a evolucionar hacia su cronicidad produce lesiones histológicas y sintomatología semejantes a la de la tuberculosis pulmonar crónica, y de no ser tratada adecuadamente (tratamiento antimicótico inexistente en la época del Libertador) lleva a la muerte.

Por correlación clínica obtenida de los informes escritos por Reverand, llegan a concluir que si se le administró al Libertador arsénico y si hubo una intoxicación aguda producida por los polvos de Cantárida administrados por el farmaceuta francés que le ocasionaron la falla renal aguda desencadenante de la muerte del Libertador (18).

Simón Bolívar y la Soberanía Popular y Nacional en Colombia.

Una de las más grandes enseñanzas que nos legó en su lucha anti colonial el Libertador Simón Bolívar, además de la construcción y conducción de un ejército solidario y victorioso de los pueblos gran colombianos, construido a partir de un puñado abnegado y esclarecido de patriotas; es su amplio y visionario concepto de la soberanía popular y nacional.

Este es un concepto unitario y dialéctico emanado de la entraña democrática y popular de la revolución francesa, de la cual es heredero directo el Libertador, y que conlleva un profundo contenido democrático y revolucionario, el cual no es posible disociar en ninguno de sus dos componentes aunque sean dos potestades distintas: la soberanía popular y su revestimiento posterior por la soberanía nacional, pues ambas implican para su realización plena, la construcción de un Estado soberano, popular, democrático y unitario por el que tanto batalló el Libertador. Es en estas raíces profundas de la revolución francesa y en el llamado jacobinismo del Libertador, en donde se encuentran para dialogar Simón Bolívar y Carlos Marx.

La soberanía popular y nacional, son dos potestades distintas que se unen y separan en su permanente devenir en un Estado superior. Y precisamente, la victoria filosófica de la escolástica de F.P Santander impuesta al resto de la sociedad con intrigas, puñales y perfidias, consistió en lograr separar este núcleo conceptual. En disociar por un lado la soberanía nacional para enajenarla al colonialismo anglo-sajón que entró a reemplazar al decrepito Imperio español y por otro, en despojar al pueblo soberano de su derecho a participar directamente y revocar a sus representantes, mediante la ficción legal y el ritual de la representación electoral que denominaron democracia.

Sin embargo, en Colombia los bolivarianos en su singular praxis histórica han sabido develar este núcleo teórico, presentándolo como concepción

integral de la soberanía, y como su propuesta esencial para la solución política y diplomática al conflicto histórico social armado que padece el país desde hace más de 7 décadas.

La soberanía, concebida en todos sus aspectos: político- diplomática, militar, económica, jurídica, territorial, alimentaria, popular, informática, cultural, social, y solución soberana internacional del problema del narcotráfico. Veamos:

1) Soberanía político-diplomática, expresada en la voluntad política y suprema del pueblo y manifestada en el nuevo Estado, para tratar y ser tratados en condiciones de IGUALDAD real frente a los otros Estados del concierto mundial.

2) Soberanía militar, como facultad que tiene el nuevo Estado colombiano de contar con unas fuerzas militares que no estén al servicio directo de planes geo estratégicos militares, hegemónicos y de recolonización de otras potencias imperiales dominantes, sino para salvaguardar la integridad territorial y la verdadera independencia nacional, y cuyo fundamento debe ser una doctrina patriótica, humanista y bolivariana. No la ideología militarista de la Seguridad Nacional, el enemigo interno, la guerra contrainsurgente anticomunista, la obediencia debida y demás fueros militares de origen medieval, que han hecho posible el actual TERRORISMO de ESTADO y la actual democracia genocida en Colombia.

3) Soberanía económica, como el derecho irrenunciable del Pueblo colombiano y su nuevo Estado, a defender y desarrollar sus recursos económicos estratégicos y humanos, de manera soberana e independiente y en igualdad no formal sino real, con TODOS los demás países del mundo.

4) Soberanía jurídica, o el derecho que tiene el nuevo Estado para ejercer sobre sus ciudadanos una justicia autónoma e independiente, es decir sin ninguna imposición neo colonial que lo obliga a entregarlos a terceros países, para a que sean juzgados por tribunales extranjeros y en otros idiomas. Justicia que debe ser bien financiada por el Estado, no por fondos transnacionales y sin ningún privilegio de clase social, con plenas

garantías procesales y acorde con las concepciones jurídicas desarrolladas en las condiciones históricas de Colombia.

5) Soberanía territorial del nuevo Estado, como la obligación que adquiere de defender y hacer respetar sus fronteras, el mar territorial, la plataforma marina, la órbita geo estacionaria y el espectro electromagnético. Además de darse un ORDENAMIENTO TERRITORIAL acorde con las especificidades socio-históricas y geográficas, grado de desarrollo, integración y posibilidades económicas de las regiones y provincias colombianas. Reorganización centrada principalmente en una fuerte municipalidad de la vida ciudadana, con el fin de superar el histórico y excluyente centralismo impuesto mediante la actual la división político administrativa y electoral del país, por el gamonalismo y clientelismo bipartidista. Además, que permita superar la regionalización transnacional de los enclaves petroleros, mineros y agroindustriales, o de los gigantescos mega proyectos transnacionales impuestos por neoliberalismo depredador del gran capital financiero global.

6) Soberanía alimentaria y agrícola. De la ecología y la biodiversidad, para que el pueblo soberano pueda hacer una defensa enérgica de la naturaleza, el medio ambiente, la fauna, los bosques y selvas, los recursos hídricos, salvaguarde la rica biodiversidad y controle la contaminación ambiental. Resuelva de una vez por todas, el tradicional “problema agrario y urbano”, lo cual le exige al nuevo Estado una Nueva Política Agraria, que redistribuya la tierra tanto rural como urbana y erradique el papel que se le ha dado como alcancía de latifundistas y lavadero de dólares provenientes del narcotráfico. Redistribuya las tierras fértiles y cultivables que tienen vías de comunicación y cuentan con facilidades técnicas, económicas y de mercado, en el marco de un diseño económico general para todo el país. A la vez que se liquide el negocio de tierras urbano, que solo lacras y miseria ha traído al desarrollo de nuestras megas ciudades.

7) Soberanía popular, entendida como la a potestad que tiene el pueblo de auto gobernarse y de crear las Instituciones que más le convengan o se ajusten a sus intereses de manera autónoma mediante un Estado democrático, basado en la participación popular directa, voto

directo, mandato revocable, amplia utilización de las formas de participación popular y mecanismos democráticos locales, regionales tales como cabildos, asambleas, mesas de concertación, plebiscitos, referendos, etc. Todo con un profundo respeto a los derechos humanos, civiles, políticos, económicos, sociales, culturales, étnicos y de género de los ciudadanos universalmente reconocidos. Creando o reconstruyendo instituciones destinadas en su acción cotidiana y en sus metas a la superación material y espiritual permanente del pueblo colombiano, vinculándolo con altura en el debate pluralista de ideas y orientaciones para la vida pública del país.

8) Política soberana sobre ciencia-tecnología e información. Este importante motor del desarrollo material y espiritual, parte constitutiva de las actuales fuerzas productivas y la tecnología, debe constituirse en la categoría de “institución social” al servicio de la superación técnica y cultural del pueblo colombiano; para lo cual se le debe aportar el 10% del presupuesto del Estado. Además, será complementado mediante una profunda reforma educativa orientada al desarrollo, la ciencia y la técnica. Así mismo el nuevo Estado estimulará la producción intelectual y cultural libre, autónoma y democrática, tendiente al desarrollo de los valores espirituales más preciados de nuestra nacionalidad y nuestra cultura diversa y múltiple. Democratizará los medios de comunicación de masas, con estrictas medidas anti-monopolio y controlará su uso político, dando impulso y prioridad a los medios de comunicación de masas de propiedad comunitaria y popular.

9) Soberanía social, desarrollada como una nueva política social propia de carácter obligatorio para el nuevo Estado, que elimine la criminal concepción neo-liberal en boga impuesta por las transnacionales y el Imperio, que ha establecido a la educación, la salud, la vivienda, el deporte y la recreación, como servicios rentables, que se deben pagar de contado y con intereses por sus usuarios convertidos en clientes. Y erradique la inhumana concepción que negocia con las prestaciones sociales de los trabajadores y los pensionados.

10) Solución diplomática internacional y soberana para el fenómeno de producción, comercialización y consumo de narcóticos y alucinógenos, entendido ante todo como un grave problema social que no

puede tratarse por la vía militar, sino que requiere ACUERDOS tanto nacionales como internacionales sobre todo de las grandes potencias desarrolladas, productoras de insumos, y principal fuente de la demanda mundial de estupefacientes.

En definitiva, esta es la concepción que los bolivarianos colombianos vienen impulsando desde hace cerca de 20 años en su larga y difícil búsqueda de una nueva Colombia, soberana, democrática y con justicia Social plena.

(Febrero de 2008).

Bolivarismo o Monroísmo.

Concluida la “Quinta Cumbre de las Américas” que acaba de realizarse en Port Spain, Trinidad (20.04.2009) con su pomposa y retórica “Declaración de compromisos” y, después de presenciar el sorpresivo gesto inaugural del presidente venezolano Hugo Chávez de estrecharle la mano al presidente de los EEUU Barack Obama, y ofrecerle de regalo el libro *Las venas abiertas de América Latina* del escritor uruguayo Eduardo Galeano, ha quedado claro que aún sigue siendo muy difícil superar la profunda contradicción existente en todas las esferas de la vida entre el Imperialismo norteamericano, con su ideología expansionista de “América para los americanos” proclamada como doctrina oficial por el presidente Monroe hace 186 años; enfrentada completamente a la existencia independiente y soberana de los pueblos de la Patria Grande soñada por nuestro padre fundador Simón Bolívar.

No es un asunto nada nuevo. Por el contrario, es el viejo y antiguo debate político entre “Bolivarismo y Monroísmo” (19), surgido después del fracaso incitado por Washington y sus aliados los “caudillos santanderistas” en el seno del Congreso Anfictiónico de Panamá en 1826, y que fuera planteado acertadamente por el honesto intelectual liberal colombiano y biógrafo del Libertador, Indalecio Liévano Aguirre.

El Panamericanismo, instrumento ideo-político del Monroísmo destinado a desarmar a los bolivarianos y a legitimar las instituciones para asegurar el dominio sobre el continente en cumplimiento del mandato imperial de la América para los americanos; tales como la OEA, el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca), la OPS (Oficina Sanitaria Panamericana) y más recientemente la superestructura jurídica supranacional del ALCA con sus diversos TLC (tratados de Libre Comercio bilaterales) con la mayoría de países de la patria grande; o los anillos de fierro concéntricos de las innumerables bases militares del USArmy que cercan la región latinoamericana y caribeña, en especial la subregión geo estratégica andino-amazónica, y que, continúan

reforzándose y expandiéndose como soportes para la integración y articulación entre el Plan Colombia/IRA y con el P.P.P. (Plan-Puebla-Panamá o Plan Mérida) como prolongación sobre los recursos centroamericanos, mejicanos y caribeños.

Y a pesar que en la cumbre se dijo poco o nada sobre los efectos de la crisis global del Imperialismo, descargada con cinismo sobre los hombros de los trabajadores en toda nuestra América, la verdad es que la recesión profunda continúa su desarrollo dejando un panorama desolador de desempleo y crisis social por todo el continente americano (de lo cual no se escapa Brasil) muy difícil de superar.

Despojado el Monroísmo de sus varias caretas amables y de la vaselina cultural con la que nos lo impusieron, como el Panamericanismo de la OEA, el Iberoamericanismo del franquismo, el Latinoamericanismo Europeo, y, reducido a su verdadera esencia de instrumento ideo-político de hegemonía y dominación continental, el Monroísmo ha dejado claro en esta cumbre de Port Spain del 2009, que el planteamiento estratégico original de los luchadores anticoloniales y libertadores de la Patria Grande de hace 200 años, está todavía por hacerse.

Ha quedado claro: 1) El carácter continental de la emancipación; 2) Su simultaneidad; y 3) La igualdad del objetivo estratégico para todos los países del continente: la segunda emancipación, hasta convertir la Patria Grande en el “equilibrio soberano del universo”, tal y como lo diseñó el Libertador en sus días febriles antes del Congreso Anfictiónico de Panamá.

Y frente a la extraña solicitud del presidente Obama para que olvidemos y pasemos de largo ante las páginas quemantes de toda esa larga y cruenta relación histórica; debemos recordarle que no es solo la que el gran Eduardo Galeano testimonió en el volumen que le regaló el presidente Chávez, sino también, la quemante trilogía histórica de la Memoria del fuego, donde Galeano relata la historia de los pueblos latinoamericanos desde su creación hasta “casi” nuestros días, y que complementan el verso del apóstol Bolivariano José Martí, en su poema Abdala:

“El amar, madre, a la patria.

No es el amor ridículo a la tierra.

Ni a la yerba que pisan nuestras plantas. Es el odio invencible a quien la oprime. Es el rencor eterno a quien la ataca”. (Abril de 2009).

A la luz de la dialéctica.

¡Unión de los oprimidos contra los opresores! Y ¡Muera el mal gobierno!, fueron las consignas lanzadas por el formidable dirigente Comunero José Antonio Galán en 1781 antes de iniciar la marcha insurreccional sobre Santafé de Bogotá, centro del poder Colonial y capital del Virreinato de la Nueva Granada, 37 años antes de que hubiera nacido en Alemania ese gigante del pensamiento universal Carlos Marx.

¿Convierte en Marxista al capitán de los Comuneros colombianos, esta clarividente consigna clasista y popular por él lanzada?

Aunque no ha faltado algún exégeta adulterador de la historia colombiana que lo haya afirmado, es evidente que tal aseveración no pasa de ser un exabrupto, el cual hoy sin ninguna duda cualquier seguidor honesto de la concepción materialista de la dialéctica y la historia (como llamaba el propio Marx su guía para la acción), no aceptaría. Sin embargo, si serviría para afirmar y corroborar en la praxis social y en la historia colombiana, una de las principales tesis de la concepción Marxista de la sociedad escrita para los siglos en el Manifiesto Comunista: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”.

Campeños e indígenas, artesanos, vivanderos, pequeños comerciantes y demás clases medias productoras tan abundantes en aquel oriente comunero de la Nueva Granada, luego, secundados y apoyados por los esclavos mineros del occidente del país; asfixiados por las férreas trabas coloniales a la producción, los innumerables impuestos reales y la brutal explotación, se insurreccionaron contra el Poder colonial representado por el arzobispo y virrey Caballero Góngora y lo pusieron en un jaque mate que preparó las condiciones sociales para que 43 años más tarde sus descendientes agrupados en el ejército libertador, llegaron, conducidos por Simón Bolívar y el mariscal Sucre, hasta la puna peruana y ganaron la batalla de Ayacucho.

La lucha de los Comuneros neogranadinos, se entronca y hermana con la de los Comuneros andinos y peruanos de Gabriel Condorcanqui, la de los Comuneros del Paraguay y, sobre todo, con las luchas de los esclavos traídos del África que era muy manifiesta e intensa en todo el Caribe, especialmente en Haití en donde la ejemplar llamada negra aniquiló militarmente a más de 60.000 soldados franceses enviados a someterlos. El Imperio Español sumido en una terrible crisis fiscal, derrotado económica y militarmente por las burguesías industriales que se afianzaban en los Países Bajos, Francia, Inglaterra, Alemania y demás potencias industriales del noratlántico, inicia su decadencia irreversible y recurre, desesperado por buscar recursos, a imponer a sangre y fuego más y más impuestos sobre las empobrecidas masas hispanoamericanas. Ese era el panorama interno y externo de la lucha de clases al inicio de la lucha política y militar anticolonial iniciada por Simón Bolívar en 1810.

Nadie ha negado el origen de clase del Libertador: era un mantuano (termino popular para designar a una atípica clase social latinoamericana que fusionaba tres clases sociales en una: la de los grandes latifundistas, la de los esclavistas, y la de grandes comerciantes exportadores de los frutos de la tierra). Lo que se ha reinterpretado a la luz del marxismo es el papel de Simón Bolívar en la historia hispanoamericana, como conductor insustituible de esta lucha (político-militar) y la manera excepcional de cómo rebasó estas limitaciones de su propia clase social a medida que la lucha se desarrollaba, colocando no solo lo mejor de su personalidad “ilustrada” al servicio de la causa anticolonial, la liberación de los indígenas, artesanos y campesinos de las trabas coloniales y la libertad de los esclavos, sino también toda su fortuna. Bolívar es hijo directo de la revolución burguesa que se estaba dando en el noratlántico europeo y norteamericano, la cual conoció en cada uno de estos países que visitó. Pero además (lo que siempre se ha pretendido esconder sin éxito) es su “jacobinismo radical” que se percibe fácilmente en toda su palabra y obra, al analizarla desapasionadamente.

Este meollo tan proteiforme de su vida, es el que ha sido despedazado en más de mil obras escritas sobre su vida, para que no se pueda identificar realmente: Hay verdaderos mamotretos sobre su prosa y estilo literario, sus cartas, proclamas y escritos, etc. Sobre su doctrina diplomática

rebautizada “panamericana”. Sobre sus amores, desamores y virilidad, al extremo que el “sabio” peruano Palma, escribió un tratado sobre la interpretación (en número de vírgenes) que se le debía dar a “los tres etcéteras” con que el libertador finalizaba sus cartas. Sobre su “bonapartismo”, aspecto este por ejemplo que le atribuía al Libertador el caudillo falangista y conservador colombiano Laureano Gómez. Hay múltiples libros sobre el “epopéyico guerrero” continuador de la sangre de Pelayo, el Cid, Cortés o Pizarro a quienes entre otras cosas siempre detestó. Y toda suerte de aproximaciones literarias sobre su subjetividad. Pero con muy contadas excepciones una de ellas meticulosa obra de Vicente Lecuna, en ninguna se aborda de manera integral al hombre de carne y hueso de voluntad férrea, el teórico y práctico que después de cada campaña militar conducida, escribía su correspondiente interpretación política y diplomática de los hechos.

También con cierta regularidad, estos mismos pseudo-historiadores desempolvan como primicia, un viejo artículo ATRIBUIDO a Carlos Marx, plagado de errores y deformaciones factuales (empezando por el nombre que corresponde al del padre del Libertador) y que los marxistas de las más diversas tendencias, así como los verdaderos historiadores desde su aparición en 1939, no han dudado en rebatir, cuestionar o dudar de su autenticidad.

En lo que respecta a Colombia; en 1942 tres años después de publicado y en pleno debate intelectual contra la deformación falangista dictatorial que hacía de Bolívar el Laureanismo conservador y, en el fragor de la II Guerra Mundial anti nazi; el fundador del Partido Comunista Colombiano y dirigente obrero popular Gilberto Viera escribió un folleto titulado La estela del Libertador, en donde rechaza la publicación acrítica que el comunista argentino Aníbal Ponce hace del artículo atribuido a Marx, y en donde explica, cuál es la valoración que los marxistas colombianos rescatan de la palabra y obra del Libertador, y donde además, polemiza con gran independencia y acierto con el profesor soviético Miroshevski, quien puso a circular el contrabando atribuido a Marx.

Escribe Viera: “El profesor Miroshevski, podrá ser una autoridad sobre otros problemas, pero es el caso de que no dispone de mucha

información histórica, que digamos, sobre nuestro continente. Y pertenece según todos los indicios a una escuela mecánica y rutinaria de investigación ‘marxista’ que pretende tomar solamente en cuenta las fuerzas económico sociales, ignorando el papel del hombre en la evolución y en las revoluciones de la humanidad”.

Y a renglón seguido escribe: “¿Cómo es posible que el genio inconmensurable de Carlos Marx escribiera ese artículo, en donde no se encuentra un solo concepto profundo que recuerde al forjador del ‘Capital’; donde no existe nada semejante al análisis atómico del autor de la ‘Miseria de la Filosofía’; donde no hay una línea que recuerde el brillante estilo del 18 brumario de Luís Bonaparte? Este artículo no puede ser considerado como el concepto del fundador del socialismo científico sobre Bolívar”. Concluyendo Viera su escrito de 1942, con un párrafo final que parece escrito ayer: “El nombre del Libertador no puede ser patrimonio, ni monopolio de los enemigos de su obra, de los legatarios del espíritu colonial. Sirvientes hoy del Fascismo a través de la Falange española. El Bolívar de los marxistas, a la luz dialéctica, resulta más humano y más grande que el Bolívar de los patrioters reaccionarios. Y por eso tenemos pleno derecho a evocar el nombre del Libertador para decirle con la gran voz de Pablo Neruda: ¡Padre nuestro que estás en la tierra, en el aire, en el agua, de toda nuestra extensa latitud silenciosa... hacia la esperanza nos conduce tu sombra el laurel y la luz de tu ejército rojo!”.

(2006).

José María Obando y el 9 de abril de 1948.

José María Obando nació en la hacienda de García, en Caloto, cercana a Popayán en agosto de 1795, como un bastardo de la familia de esclavistas, latifundistas y mineros exportadores de oro más poderosa de la Nueva Granada, los Mosquera de Popayán. Razón por la cual es adoptado a los dos años de edad, por don Juan Luís Obando del Castillo y Frías, rico comerciante natural de Pasto, establecido en las áreas de Popayán, Almaguer y Patía, también propietario de haciendas y por su puesto de esclavos.

Es educado igual a los demás miembros de la Oligarquía payanesa, en la escuela de don Joaquín del Basto y tres años en el Real Seminario de Popayán. A los trece años ya ayuda a su padre adoptivo en el cuidado de las haciendas, los negocios, la trata de negros, logrando establecer con el trato directo, una vasta red de amigos y clientes en toda esta región. A raíz de la guerra de Independencia, ingresa al ejército del Rey de España donde alcanza el grado de coronel y durante la campaña del sur (1820-1822) combate con saña al Ejército patriota de Bolívar, bajo las órdenes de los jefes colonialistas españoles Calzada y Basilio García, utilizando su clientela y la amplia red de bandidos, contrabandistas, negociantes malhechores y esclavos fugados, auxiliando al ejército colonial regular con “partidas auxiliares” a la manera de Boves en Venezuela. Hoy se les denomina simplemente para-militares.

Cuando en 1822, comprende que la derrota del colonialismo español es un hecho, utiliza sus relaciones familiares y personales para pasarse con algunos de sus hombres a las filas patriotas, en donde es recibido sin reparos. Entre 1823 y 1828, ya es comandante “republicano” en la línea del río Mayo y usando su influencia económica y militar, se hace nombrar gobernador de la provincia de Pasto, lo que aprovecha para consolidar su caudillismo provincial, estrechar vínculos con su medio hermano el prominente Joaquín Mosquera y en especial con el vicepresidente

Francisco de Paula Santander, como su incondicional agente político y militar en el sur de la Nueva Granada.

Simón Bolívar después de derrotarlo militarmente en 1828 y a sabiendas de la animadversión que le tiene, le ofrece con ánimo unitario, un tratado generoso a su favor. Sin embargo, el “sanguinario tiranuelo Obando” como Bolívar solía llamarlo, continúa su lucha caudillista facciosa, y cuando en 1830 Bolívar se retira de la presidencia para ir a morir en Santa Marta, Obando organiza en junio de ese año con el aval de Francisco de Paula Santander, el asesinato desde el Poder del gran rival suyo y posible sucesor de Bolívar, el gran mariscal de Ayacucho Antonio José Sucre, perpetrado en la montaña pastusa de Berruecos. Es el primer magnicidio desde el Estado impune, en Colombia.

Un año después de la muerte de Bolívar (1831), el general venezolano y bolivariano Rafael Urdaneta, trata de manera tan torpe como inútil, de detener la destrucción que el santanderismo viene haciendo en Bogotá del ejército construido con tanto esfuerzo por Bolívar, dando un golpe de cuartel y derrocando al hermanastro y amigo de Obando don Joaquín Mosquera, quien ha sucedido en el gobierno de Colombia a Simón Bolívar.

Entonces, Obando constituido en “el brazo armado del santanderismo”, encabeza el combate exitoso de los esclavistas de Popayán, coaligados con los latifundistas andinos y los grandes comerciantes de Cartagena, contra el gobierno del general bolivariano Urdaneta, logrando establecer un gobierno de facto en la Nueva Granada, que preparara el regreso a Colombia y al Poder de su jefe y protector Francisco de Paula Santander, quien tras el atentado septembrino contra Bolívar en 1828, se encuentra desterrado legalmente en Europa noratlántica, después de que el propio Bolívar, en gesto magnánimo, le conmutara la pena de muerte.

Una vez en Bogotá, Santander inicia la contrarrevolución leguleya. Da marcha atrás. Destruye el proyecto gran colombiano de Bolívar, e instaura con los empréstitos del capital financiero inglés; un régimen oligárquico de esclavistas, hacendados y grandes comerciantes neogranadinos, basado en las guerras civiles bipartidistas cíclicas que aún perduran y de la cuales precisamente el “ex presidente” Obando encabeza

tres de ellas: Una, la de 1840 cuando lo llaman a juicio en Bogotá por el asesinato del mariscal Sucre. Otra, la de 1851 a nombre del partido liberal en el gobierno contra sus adversarios del partido conservador, que lo lleva a la presidencia de la República en las elecciones de 1854. Y una tercera, la de 1860, aliado con su otro hermanastro Tomas Cipriano Mosquera, gobernador del estado del Cauca rebelado contra el poder centralizado en Bogotá y que le cuesta la vida al morir a lanzazos en una escaramuza en Subachoque, en abril de 1861.

El historiador Augusto Mijares, en su libro *El Libertador*, Caracas, 1987, dice en la p. 550 lo siguiente: “el asesinato de Sucre fue ordenado por uno de aquellos siniestros jefes pastusos, el general José María Obando, antiguo realista cuyo último crimen había sido sublevarse en connivencia con los peruanos cuando estos invadieron a Colombia: El jefe de los forajidos que lo ejecutaron, un tal Apolinar Morillo, venezolano, así lo declaró hasta el momento de subir al patíbulo, y lo mismo aseguraron sus principales cómplices. Pero como Obando figuraba ya en los círculos de la Nueva Granada que comenzaban a llamarse liberales y después llegó a ser primera figura entre ellos, logró que sus partidarios desviarán de él la evidencia del crimen”.

El llamado “gran caudillo popular liberal”, había inaugurado para la historia colombiana sin saberlo, la interminable secuencia de asesinatos políticos desde el poder del Estado semi colonial, que siguen impunes, junto con su mampara: el sanguinario bipartidismo colombiano, sostenido ya no por Inglaterra, sino por loe EEUU, otra potencia colonial más poderosa, aunque igual de cruel.

(2006).

Bolívar y Marx: Una nueva lectura.

¿Cómo, aquel pequeño hombre de levita azul y gorra de campaña? Aquel que viene en una mula. ¿Ese es Bolívar? Dijo el empenachado jefe supremo del Ejército Colonial español Pablo Morillo, cuando con más de 50 oficiales en uniforme de gala y sobre briosos caballos se disponía a recibir la comitiva de tan solo 4 hombres, que se aproximaba por la llanura polvorienta al caserío de Santana, a mitad de camino entre la villa de Trujillo y el puesto de Carache, a entrevistarse con él (27 de noviembre de 1820), después de haber sido ratificados el día anterior los dos tratados, uno de armisticio y otro, redactado por el propio Bolívar sobre la regularización de la guerra, “entre los gobiernos de España y Colombia”. Ese fantasma nuevamente a inicios del tercer milenio, vuelve a recorrer los Andes americanos y como hace 182 años provoca los conjuros con que se le ha pretendido dominar. Uno de ellos es poner a circular en diversas y masivas ediciones un artículo “atribuido” a Marx, aparecido en el tomo III de *The New American Cyclopedia*, enero 1858, con el fin sacar un doble beneficio: impedir cualquier contacto o dialogo entre estos dos gigantescos hombres que pertenecen a la humanidad enfrentándolos sin bases serias, y de paso desacreditarlos mutuamente.

Es un artículo conocido en Latinoamérica, difundido masivamente en la década de los 70 por la editorial argentina Cuadernos de Pasado y Presente, n° 30, 1975, que había sido glosado desde su aparición en castellano por varios escritores. Cita como bibliografía dos fuentes inglesas: las memorias del general John Miller (1840), y las del coronel Hippiisley en su viaje al Orinoco (1819), además de la fuente francesa del militar Ducoudray-Holstein (1831).

Para la fecha de 1858 según se ha podido establecer, existían artículos pertinentes sobre Bolívar en la enciclopedia americana, la británica, la francesa (*Encyclopédie du XIX siècle*), la *Enciclopedia Penny*, el *Brockhaus Conversations-Lexikon*, y el *Dictionnaire de la Conversation*. Sin embargo, con la firma de Karl Marx aparece un artículo en una

enciclopedia norteamericana que pone en seria duda el denso rigor científico creado por una de las mentes más privilegiadas de la época.

En efecto, la gran pregunta que surge después de leer ese artículo es: ¿Cómo es posible que “una maquina devoradora de libros condenada a entregarlos procesados” como el propio Marx se definía a sí mismo, y que para la fecha de la publicación del texto en cuestión, ya había escrito sus más importantes obras de filosofía y política, tenía lista las Grundrisse, así como muy avanzada la redacción de El Capital y, 10 años antes, había publicado el Manifiesto Comunista, demostrando que tenía clara la concepción dialéctica y materialista de la historia, hubiera escrito este esperpento?

Cerca de 50 yerros garrafales, que comentaré a continuación y que deforman burdamente por completo la realidad vivida por Simón Bolívar, haciendo imposible cualquier análisis serio y objetivo de su obra política y militar; no pudieron salir de la pluma de Marx, ni siquiera con las fuentes bibliográficas citadas. Por lo menos yo me niego a darle ese crédito.

-Empecemos por el título del artículo cuyos apellidos Bolívar y Ponte corresponden a su padre y no al libertador quien se apellidaba Bolívar y Palacios.

- No viaja a Europa a los 14 años de edad, sino a los 15 y medio.

- No reside años en París, sino 2 meses.

-No asistió a la ceremonia de coronación de Napoleón en París el (2.12.1804), pues ese día se quedó en casa con su maestro Rodríguez.

-No regresa en 1809 a Venezuela, sino 2 años antes, después de pasar por los Estados Unidos.

-José Félix Ribas no era su primo, sino el esposo de su tía materna. Además, el 19.4.1810 Bolívar estaba confinado a su hacienda del Yare por orden del gobernador colonial de Venezuela, lejos de Caracas y en consecuencia no podía rehusarse a la “revolución que estalló en esa capital

el 19 de abril 1810". Por el contrario, fue su tendencia a la declaración de la independencia total, la que terminó imponiéndose en los hechos.

-No se retiró a la vida privada después de su regreso de Londres en diciembre de 1810, sino que participó activamente organizando y asistiendo a las reuniones de la Sociedad Patriótica, desde donde además de orientar sobre la independencia total, allanó las condiciones para que Miranda pudiera venir a Venezuela en donde no era bien visto, dada la propaganda de ateo y masón y librepensador que habían hecho los colonialistas sobre él.

-Puerto Cabello cae en manos de los colonialistas (30.6.1812) por la traición de Fernández Vinoni quien les entregó por dinero la fortaleza con todo el arsenal. Bolívar lucha más de 6 días con sus tropas por recuperar la plaza y ante la imposibilidad de lograrlo, se retira a Caracas a rendirle cuentas a Miranda. No es cierto pues que los realistas estuvieran desarmados y Bolívar hubiera huido a su hacienda en San Mateo.

-Debido a la caída del fuerte de Puerto Cabello, se precipita una capitulación por parte de Miranda (25.7.1812), que luego el jefe colonial Monteverde desconoce al ocupar con sus tropas a Caracas 4 días después. Los dirigentes patriotas se refugian en el puerto de la Guaira, en donde existían 2 autoridades republicanas: una militar a cargo de Manuel María Casas y otra política cuyo responsable era Miguel Peña. Como la mayoría de los militares patriotas, especialmente Bolívar, no estuvieron de acuerdo con la capitulación de Miranda, pues consideraban que el Ejército Patriota de más de 6.000 hombres tan difícil de organizar y armar estaba intacto especialmente en Oriente; pensaban que reagrupándolo prontamente se podría contraatacar en Caracas en donde no eran esperados. Pero para eso, era necesario despojar a Miranda del mando: Montilla, Chatillon, Carabaño, Mires junto con Bolívar se encargaron de dar un golpe en pequeño, desarmando y deteniendo a Miranda, contando con el apoyo de la autoridad de Casas y de Peña. Detenido Miranda (31.7.1812), sin insignias fue llevado a la guarnición comandada por Landaeta quien también apoyó el complot. Al presentarse el jefe colonial Monteverde en la Guaira, Peña traiciona a todos sus compañeros y se los entrega a todos encadenados.

Bolívar logra escapar y refugiarse en la casa del magnate marqués de Casa León amigo de negocios de la familia Bolívar y respetado por los españoles, quien en los días siguientes con la ayuda del español Francisco Iturbe, amigo de Monteverde, logró obtener de este un salvoconducto para que Bolívar pudiera abandonar Venezuela. No corresponde con la realidad decir que Casas y Peña hubieran detenido a Miranda, como tampoco que Bolívar lo hubiera entregado a Monteverde encadenado.

-Tampoco corresponde con los hechos escribir que Bolívar permaneció 6 semanas en Curazao. Allí llegó procedente de la Guaira (7. 09.1812) y se embarcó 12 días después rumbo a Cartagena, a donde arribó (27.9.1812), junto con otros emigrados. Es destinado (1.12.1812) por el gobierno de Cartagena a Barrancas (actual Calamar) con 70 hombres, no con 800 como dice el artículo, bajo órdenes del oficial francés Labatut. No marcha con Manuel Del Castillo quien era el gobernador de Pamplona, sino que es invitado por este a concurrir a la protección de esa provincia una vez que ha avanzado por el río Magdalena derrotando las guarniciones realistas ribereñas y ha llegado a la provincia de Cúcuta.

El enfrentamiento con Manuel Del Castillo se da porque este, apoyado en su amigo el “letrado” Francisco de Paula Santander, quiere poner bajo su jurisdicción a las tropas que traía Bolívar, y por, sobre todo, se oponen a la continuación de su marcha victoriosa sobre Caracas, la que califican de locura. Tampoco es cierto que viaje con su pariente Ribas a Bogotá, sino más bien, lo envía a Tunja con un mensaje para Camilo Torres presidente del Congreso Neogranadino y a Bogotá, con otro para Antonio Nariño presidente de Cundinamarca. El Congreso de Tunja no le otorga ningún grado de general a Ribas, como se escribe.

-El ejército que logra formar Bolívar durante la llamada Campaña Admirable que concluye con la toma de Caracas, combate exitosamente en Chiriguaná (1.1.1813), Alto de la Aguada (21.2.1813), San Cayetano (25.2.1813), Cúcuta (28.2.1813), Agua de Obispos (17.6.1813), Niquitao (2.7.1813), realiza la maniobra de Barinas (4.7.1813), Los Horcones (22.7.1813), Taguanes (31.7.1813), la cual dirigió el propio Bolívar, no Ribas, contra el oficial colonialista Izquierdo, no contra Monteverde, como lo afirma el artículo.

-No es cierto que se hubiera proclamado dictador. El cabildo de Caracas lo nombra Libertador de Venezuela y le confiere el mando supremo del Ejército Patriota.

-Hurtado de Mendoza es el apellido de 2 malos poetas españoles de 3 siglos atrás. A quien se refiere el texto es al gobernador político de la provincia de Caracas, Cristóbal Mendoza.

-Lo que se califica despectivamente como “escaramuzas indecisas”, fueron verdaderas batallas campales con más de un millar de soldados por cada bando, libradas durante la campaña de 1813 a 1814 por el control del centro de Venezuela y tuvieron la siguiente definición:

Bárbula (29.9.1813), victoria patriota sobre Monteverde. Muere Girardot.

Mosquitero (14.10.1813), victoria patriota sobre Boves y Morales.

Barquisimeto (10.11.1813), derrota de Bolívar y retirada a San Carlos.

Virgirima (25.11.1813), victoria patriota.

Araure (5.12.1813), tal vez una de las más vistosas victorias de Bolívar.

San Marcos (14.12. 1813), victoria patriota.

La Victoria (12.2. 1814), victoria patriota. San Mateo (feb.-mar. 1814), victoria patriota. Ocumare (20.3.1814), derrota patriota.

Ocachico (31.3.1814), victoria patriota con grandes pérdidas. Carabobo (28.5.1814), victoria brillante de Bolívar.

La Puerta (14.6.1814), derrota desastrosa de Bolívar a manos de Boves y se decide la suerte de la llamada 2ª República de Venezuela.

-Bolívar en retirada es derrotado nuevamente por Boves en Aragua el (17.8.1814), no en Argueta lugar que no existe (8.8.1814) nueve 9 días antes. No se retira furtivamente por atajos a Cumaná como se escribe, sino a la ciudad de Barcelona junto con cerca de 500 hombres.

-Bolívar no pudo “embarcarse en el Bianchi”, pues este era el apellido de un corsario italiano de nombre José quien pretendió fugarse el (26.8.1814) con el tesoro de las iglesias de Caracas en su buque insignia. Bolívar y Mariño se embarcan en una goleta rápida en su persecución hasta alcanzarlo. Sin embargo, el corsario se queda con una parte del tesoro argumentando pagarse deudas que el Ejército Patriota tenía por sus servicios de transporte. Dos días después al llegar al puerto de Pampatar y querer desembarcar, Piar los recibe con denuestos y les impide bajar a tierra, entonces se dirigen a Carúpano donde Ribas, el pariente compañero de Bolívar ordena detenerlos. Sacados de la cárcel por unos oficiales patriotas que no están de acuerdo, se embarcan directamente hacia Cartagena. No es cierto que Bermúdez los hubiera recibido en Carúpano porque no se encontraba allí. En el artículo se confunde el incidente ocurrido dos años después (22.8.1816), cuando Bermúdez sable en mano y aliado esta vez con Mariño ataca a Bolívar no en Carúpano, sino en Güira, para despojarlo del mando supremo del Ejército Patriota.

-Bolívar llega por 2ª vez a Cartagena el (19.9.1814) y no publica ninguna memoria. Escribió una carta en el castellano usado en esa época para tratar asuntos políticos y diplomáticos a Camilo Torres, presidente del Congreso Neogranadino que lo había facultado, explicando sus actuaciones. Al ser calificada esa carta como “memoria de justificación henchida de frases altisonantes” se da a entender que se conoció el texto o su traducción, su destinatario y su fecha. Sin embargo, el artículo confunde esta carta con la Memoria a los Neogranadinos que publicó en Cartagena dos años atrás (15.12.1812).

-Es una gran inexactitud escribir que Bolívar permitió a sus soldados saquear a Bogotá durante 48 horas después de su capitulación. Primero, porque el Gobierno (centralista) de Cundinamarca a cargo del obstinado Bernardo Álvarez, a quien Nariño había dejado mientras combatía a los colonialistas en el sur, rechazó rotundamente esta posibilidad, razón por la cual el Congreso Neogranadino (federalista) reunido en Tunja y que constituía la autoridad aceptada por Bolívar, le ordenó tomar la ciudad de Bogotá. Esta fue tomada el 12.12.1814, después de un encarnizado combate de dos días en el que al final hubo que luchar casa por casa, y en el cual las tropas del Congreso tuvieron más de 300 bajas. Segundo,

porque al otro día apareció publicado un bando expedido por el propio Bolívar, ampliamente divulgado y documentado, en el cual se prohibía cualquier acción de represalia y se garantizaba a los bogotanos su vida y sus bienes. Esta actitud le valió el aprecio que los habitantes de esta ciudad tuvieron siempre para con él.

-A continuación, el mismo Congreso Neogranadino reunido en Tunja, lo autorizó a marchar sobre el baluarte que los colonialistas tenían en Santa Marta, para lo cual debía abastecerse con las armas y municiones que le promocionaría Cartagena, ciudad que formaba parte del Congreso. Su opositor gratuito Manuel Del Castillo ahora con el mando del puerto, se negó obstinadamente a entregar cualquier ayuda, por lo que Bolívar se vio obligado a marchar sobre Cartagena. Mientras tanto, Pablo Morillo quien venía con un poderoso ejército colonial de más de diez mil veteranos españoles de la guerra contra Francia, desembarca y toma la isla Margarita (10.4.1814), no como lo dice el artículo 16 días antes de la realidad.

Del Castillo opone resistencia armada a las tropas del Congreso Neogranadino comandadas por Bolívar, a pesar de que Cartagena formaba parte de ese cuerpo legislativo, desde el 29.3.1815 hasta el 8.5.1815, cuando se desata una epidemia de viruela entre las tropas de Bolívar y él renuncia al mando otorgado por Tunja que era lo solicitado por Del Castillo. Se embarca al día siguiente para Jamaica. Morillo apura, llega a Santa Marta y pone sitio al puerto amurallado de Cartagena desde el 17.8.1815 hasta el 5.12.1815, cuando este se rinde. Manuel Del Castillo es ahorcado y los principales patriotas de esa ciudad son pasados por las armas. Los demás que logran huir se embarcan hacia Haití donde son acogidos por el presidente A. Pétiou.

-Ribas no fue fusilado por los españoles. Mientras Bolívar estaba tomando a Bogotá, no en Jamaica como dice el artículo, el sanguinario jefe colonial Morales segundo de Boves, atacaba Maturín (11.12.1814), derrotando a Bermúdez y a Ribas quien huye al campo y se refugia en una pequeña casa, denunciado por un esclavo es capturado por unos merodeadores de la región partidarios del rey, quienes lo asesinan y entregan su cabeza a los jefes coloniales. Estos la fritan en aceite para

conservarla y durante años la exhiben en Caracas en la picota pública como escarmiento.

-En los Cayos de Haití hubo una asamblea de los principales exiliados patriotas en marzo de 1816, que por proposición de Brión (no de Bolívar como se escribe) lo eligieron como comandante de la expedición. Esta zarpó el 31.3.1816 y no el 16 de abril.

-Después de la derrota propinada por Morales a Bolívar (14.7.1816), los 700 colonialistas no avanzaron debido a las graves pérdidas que sufrieron, lo que es aprovechado por los patriotas para retirarse en orden e iniciar la evacuación de las armas y municiones que todavía se encontraban en la playa del puerto de Ocumare, en la goleta El indio libre, único buque de los patriotas anclado allí. Pero el capitán de la marina patriota Agustín Villaret los embarca en otros buques mercantes franceses que también se encontraban en el puerto.

Entonces, un reconocido traidor Isidro Alzuru, edecán de Mariño y correo de Soublette, informó falsamente que los realistas estaban ya sobre el pueblo infundiéndolo el desconcierto, los barcos zaparon apresurados con las armas dejando solo en la playa a Bolívar. Al rato vino el comandante de la costa de Güira Juan Videau en un bote y lo rescató. Los buques con las armas y municiones días después en Bonaire fueron rescatadas por Brión quien obligó a los piratas a devolverlas. No es cierto entonces, como lo dice el artículo que: “Bolívar después de la derrota hubiera salido al galope en un caballo, atravesando el puerto de Ocumare a toda carrera, llegado a la bahía cercana, saltado del caballo a un bote para embarcarse en la goleta Diana”.

-Cuando los colonialistas tomaron el puerto oriental de Barcelona (5.4.1817), Bolívar hacía diez días había abandonado esa ciudad con sus 15 oficiales asistentes. Así que no es cierto que ese día del asalto estuviera con el gobernador Freites, como tampoco es cierto que este hubiera sido degollado como si lo fue la guarnición. Freites logró salir herido y fue capturado en las afueras de la ciudad, conducido a Caracas, se le ahorcó.

-El 20.7.1817 no se realizó ningún congreso en Angostura y menos se

llamó “Congreso Supremo de la Nación”. En Angostura se establece en noviembre de 1817 un Consejo de Estado presidido por Bolívar junto con Zea, Brión y Cedeño, a quien no menciona el artículo.

-“No obstante, a fines de mayo de 1818 Bolívar había perdido unas doce batallas y todas las provincias situadas al norte del Orinoco”. Nada más inexacto. La relación de las batallas libradas únicamente por Bolívar, durante la llamada Campaña por el Centro de Venezuela en el año de 1818, es la siguiente:

Calabozo (14.2). Morillo evacuó la plaza y se retiró al poblado del Sombrero.

El Sombrero (16.2). La caballería llanera de Páez no logra derrotar completamente al jefe colonialista, pero este debe continuar retrocediendo al poblado de Villa del Cura y luego ubicarse en Valencia.

La Puerta o río Semén (15.3). Bolívar se retira seriamente quebrantado hacia el Guárico.

Ortiz (26.3). Después de 6 horas de intenso combate ambos ejércitos se retiran con grandes pérdidas.

Rincón de los Toros (16.4). Bolívar es asaltado en su campamento por una patrulla realista, pero logra escapar milagrosamente con vida.

Después se ubica en San Fernando y a causa de una forunculosis glútea debe permanecer sin cabalgar. Allí se entera de las derrotas propinadas a Páez en San Carlos (26.4) y Cojedes (2.05), así como de la derrota de Zaraza en la Laguna de los Patos (20.5). Entonces se dirige a Guayana.

Bolívar tuvo 2 derrotas; si agregamos las de Páez y Zaraza, el conducido de acuerdo al plan elaborado por él para ese año; tuvo 5 batallas perdidas. En ningún caso “doce”. Además, las provincias de Arauca y Casanare ubicadas al norte del Orinoco las conservaron los patriotas.

- Bolívar no encontró al “letrado” F. de P. Santander en Angostura. Su primer encuentro fue en el poblado de La Grita en mayo de 1813, cuando amenazó fusilarlo porque como vimos, con su amigo Manuel Del Castillo

se opuso a la marcha admirable sobre Caracas. Después lo recogió en los llanos de Barcelona en abril de 1817, cuando venía reñido con Páez a causa de la mezquina disputa lugareña por el poder sobre las tropas en Arauca, la cual se vino a concluir 13 años después cuando se disolvió la Gran Colombia.

-Después del Congreso de Angostura “Bolívar puso en pie un nuevo ejército de aproximadamente catorce mil hombres con lo cual pudo pasar a la ofensiva”. Desconcertante afirmación; pues ni siquiera sumadas las tropas de los dos bandos 6.200 del Ejército colonial de Morillo, con los 5.000 del Ejército Patriota se llega a la cifra dada en el artículo.

-Bolívar salió de Angostura embarcado por el Orinoco hacia el río Apure a encontrarse con Páez el 2.3.1819, no el 24 de febrero. Llegó a Araguaquen (10.3.1819) con 450 infantes de la legión extranjera y 100 venezolanos.

-“Los revolucionarios batieron a Morillo y La Torre en Achaguas y los hubieran aniquilado SI Bolívar hubiese sumado sus tropas a las de Páez y Mariño”. Condicional muy extraño en la literatura de Marx, en todo caso muy difícil de realizar por los supuestos falsos en los que se basa. Veamos: después de varias acciones de desgaste, los llaneros Apureños aglutinados por Páez derrotan la caballería de más de mil jinetes comandados por Morillo en presencia de Bolívar (2.4.1819) en el sitio denominado las Queseras del Medio situado a más de 70 km. de Achaguas; poblado a donde se retira el jefe colonial para seguir retrocediendo luego hasta Calabozo. Mariño después de las derrotas propinadas por Morillo en sus territorios de Güira en 1817, continuaba obstinado oponiéndose al mando de Bolívar, reducido a operar con un centenar de hombre en el extremo oriente venezolano a más de 700 km de donde estaba el Ejército Patriota. En Achaguas no hubo ningún combate.

-La invasión a la Nueva Granada comienza prácticamente en Mantecal el (27.5.1819) y concluye 75 días después con la entrada de Bolívar a Bogotá el (10.8.1819) a eso de las cinco de la tarde, no como se escribe el 12 de agosto de 1819, después de haber recorrido por cerca de 1.200 km. marchando por ardientes llanuras inundadas, vadeado ríos inmensos,

y escalado las gélidas montañas del páramo de Pisba en Boyacá, en las más penosas y difíciles condiciones, para caerle por sorpresa y por donde menos se esperaba, en una maniobra que todavía asombra, al cuartel general y batir al centro del mando colonial en el Virreinato de la Nueva Granada.

-El artículo confunde la ciudad fortificada de Cartagena con el puerto fluvial de Mompós situado a más de 150 km al sur; pues el virrey Sámano después de la derrota de Boyacá se refugió en Cartagena por más de un año y no en Mompós.

-Bolívar se reúne con Páez en Canalete (3.12.1819) y no en Mantecal un mes antes. Al día siguiente se encuentra con Sucre en el río Achaquiro, también muy lejos de Mantecal, en donde el artículo ubica el encuentro.

-Para fines de 1819 el Ejército colonialista de Morillo desplegado en Venezuela, sin contar las tropas que tenía en la Nueva Granada, era de aproximadamente 15.700 soldados. En ningún momento estuvo “reducido a 4.500 hombres”.

-“Habiéndose retirado Morillo a San Fernando de Apure en dirección de San Carlos, Bolívar lo persiguió hasta Calabozo”: nada de eso es cierto. Después de las Queseras del Medio, como se vio, Morillo a principios de abril 1819 se retira a Achaguas para continuar hacia Calabozo, de donde pasó a Valencia. Es a mediados del año siguiente que Morillo después de haber estado en Caracas fija su cuartel en San Carlos. Bolívar entretanto no lo persigue porque sencillamente continúa su plan de invadir a la Nueva Granada, mientras Páez se queda en el Apure.

-“Si Bolívar hubiese avanzado con resolución, sus solas tropas europeas habrían bastado para aniquilar a los españoles, pero prefirió prolongar la guerra cinco años más”. Este párrafo condicionante, ajeno a cualquier pensamiento dialéctico y materialista de la historia habituado a analizar procesos complejos de lucha entre clases sociales, descarta para mí, la autoría de Carlos Marx.

Si Adán no se hubiera comido la manzana que le ofreció Eva, estaríamos en el paraíso. ¡Esto es escolástica! Y lo peor es que un proceso social anteriormente caracterizado como “revolución”, que se estaba

definiendo por las armas, se pudiera forzar con suposiciones ideales y por la voluntad de una sola persona con medio millar de legionarios extranjeros (que era el número reconocido por el articulista) acompañantes de Bolívar. Esto contradice totalmente lo que el mismo Marx había escrito, enseñado y practicado desde hacía más de una década: ¡La historia es obra de los pueblos en lucha!

La poderosa máquina militar del colonialismo en América, como lo demostró la realidad que Marx conoció ya concluida, necesitó después de la batalla referida en el artículo, un poco más de cinco años y medio para ser derrotada definitivamente: el Ejército Patriota conducido por Bolívar debió invadir la Nueva Granada, triunfar en Boyacá (7.8.1819), liberar Cartagena (1.10.1821), volver a Venezuela y triunfar en Carabobo (24.6.1821), para de nuevo marchar hacia el sur, al corazón del Imperio Español. Liberar la provincia de Pasto con la batalla de Bomboná (7.4.1822), luego a Quito en Pichincha (24.5.1822) para destruir totalmente el ejército de más de 15.000 soldados que tenía el virrey La Serna acantonado en el Perú, en los helados Andes con las DOS magistrales batallas, la de Junín (6.8.1824) y Ayacucho (9.12.1824). ¿Se hubiera podido evitar esto después de las Queseras del Medio como lo imaginó alegremente el articulista?

Pero regresemos al texto en cuestión:

-Quien persuadió a Bolívar de la creación de la Gran Republica de Colombia, fue Miranda en Londres durante su encuentro en 1810, con su proyecto de la gran COLOMBEIA y no el doctor Roscio en Angostura 9 años después.

-El 20.1.1820 Bolívar no estaba en San Fernando, sino a muchas leguas a distancia en San Juan de Payara.

-El articulista da a entender que conoció el texto del armisticio firmado como dice su encabezado entre los gobiernos de España y Colombia. No se entiende entonces por qué se escribe que “no figura una sola mención a la Republica de Colombia”.

-En la batalla de Carabobo (24.6.1821) Páez dirigía la segunda división de más de 1.500 jinetes constituida por el batallón Bravos de Apure y 12 escuadrones de llaneros. No es cierto que estuviera a “la cabeza de una fuerza constituida fundamentalmente por la legión británica”, pues esta, por razones estratégicas, nunca sobrepasó los mil infantes y en este combate estuvo comandada por el oficial Tomas Farriar, quien murió en el combate.

-Cartagena no capituló (21.9.1821) ante Santander. Los realistas se rindieron diez días después de lo escrito (1.10.1821) ante el oficial patriota Montilla.

-La batalla por el lago de Maracaibo ganada por Padilla se libró el 24.6.1823 y no en agosto. La rendición definitiva de Puerto Cabello “no fue obra de Padilla en Julio de 1824”, sino de Páez el 10.11.182).

-El Congreso de Cúcuta no inauguró sesiones en enero de 1821, sino en agosto de ese año y la constitución no fue promulgada en agosto sino el 3 de octubre del mismo año.

-El Congreso de Lima le confirió poderes dictatoriales a Bolívar, no el 10.2.1823), sino exactamente un año después.

-La Constitución Boliviana rigió al Perú, no “unas pocas semanas”, sino once meses, del 16.8.1826 al 11.6.1827.

-Nunca Bolívar acusó a Páez ante nadie más que la historia en sus cartas. La acusación ante el Congreso de Colombia la presentó el intendente de Venezuela Juan Escalona en 1826 instigado por F. de P. Santander en una de esas intrigas leguleyas típicas del llamado hombre de las leyes.

-Bolívar regresó del Perú a la Nueva Granada con una comitiva civil, la que el articulista confunde con 1.800 soldados peruanos.

-Al Congreso Anfictiónico de Panamá realizado el 22.6.1826 no asistieron ningunos delegados “plenipotenciarios” del Brasil, ni de La Plata (Argentina).

-La convención de Ocaña se instaló el 9.4.1828 y no un mes antes como se dice. Además “la casa de campo situada a unas millas de la ciudad de Ocaña”, desde donde Bolívar siguió el curso de la fracasada reunión, era nada menos que la hermosa ciudad de Bucaramanga.

-A fines de marzo de 1830 Bolívar no pudo enfrentarse a Páez pues se encontraba en Bogotá con signos evidentes de la enfermedad consuntiva que lo aquejaba. Desde donde salió el 8 de mayo hacia la costa caribe en su último viaje, magistralmente narrado por García Márquez.

-Finalmente, Bolívar no falleció “repentinamente”. Según los informes publicados, por el “médico” francés Próspero Reverand quien también realizó la necropsia. Bolívar tuvo un deterioro muy grande de sus condiciones físicas y la consunción lo había forzado 17 días antes de su muerte a ser transportado en una silla de manos por no poderse valer por sí mismo. Su agonía descrita en sus cartas, fue larga, penosa y esperada, al extremo que F. de P. Santander que se hallaba en Europa desterrado porque el propio Bolívar en su grandeza le conmutó la pena de muerte por la de destierro, debido a su autoría en “la intentona para asesinarlo en su propio dormitorio en Bogotá y de la cual Bolívar se salvó porque saltó de un balcón en plena noche permaneciendo agazapado bajo un puente” como dice el articulista, pero sin fechar, ocurrió el 25.9.1828 después de la convención de Ocaña. Al enterarse F.P. Santander del fallecimiento del Libertador, dejó escrito en su diario este lacónico alivio: “Murió Bolívar”.

Uno de los primeros hispanoamericanos que criticaron este artículo, fue el dirigente comunista colombiano Gilberto Vieira, quien hizo serios reparos al mentado artículo y logró rescatar el estudio de la vida y obra de Simón Bolívar como parte esencial de la lucha del pueblo trabajador latinoamericano contra el colonialismo. Simultáneamente el escritor venezolano Jerónimo Carrera, quien llegó a confirmar que a pesar de que las fuentes inglesas citadas en la bibliografía son adecuadas, el articulista escoge deliberadamente La Histoire escrita con gran resentimiento por el oficial francés Ducoudray-Holstein, especialmente adversa y deformatoria de la vida de Bolívar.

También se ocupó de este especializado tema otro historiador colombiano

Uribe Celis en los 80 del siglo pasado, quien bajo el impacto que produjeron las dictaduras militares nazis de la seguridad nacional en el llamado Cono Sur de América, a pesar de señalar con gran propiedad las grandes inconsecuencias factuales e históricas del artículo, le da todo el crédito y más bien trata de: “Desentrañar la intención subyacente de Marx y el sentido que puede tener para nosotros los latinoamericanos de hoy”, explicando con eruditos malabares, cómo Marx al intentar derrumbar el mito liberal de Luis Napoleón, destruye en la interpuesta persona del Libertador, lo que califica muy superficialmente como el “bonapartismo (dictatorial) de Bolívar”, y estirando bastante el argumento, logra cubrir a los déspotas caudillos militares que apoyados en las bayonetas, dominaron en Latinoamérica durante el siglo XIX y parte del siglo XX. Concluyendo con esta sentencia: “Marx se equivocó en todos los detalles, pero no estuvo, como se ha creído con ligereza, tan distante de la verdad en buena parte del fondo del asunto”.

Para la fecha citada de 1858, Carlos Marx residía en Londres y su amistad inquebrantable con Engels estaba sellada desde hacía 14 años. Ya había publicado sus más importantes obras históricas y filosóficas, tenía madurada su concepción Crítica de la Economía Política, pues las llamadas Grundrisse estaban concluidas y su obra cumbre El Capital iba muy avanzada. Tenía publicado el Manifiesto Comunista para su partido político internacional, en donde entre otras cosas caracterizaba de una manera insuperable el sistema colonial del capitalismo industrial liderado en ese momento por Inglaterra.

La revolución liberal de 1848 había dejado sus duras enseñanzas a los obreros europeos y Marx había desenmascarado directamente (sin tener necesidad de recurrir a otras personas) y con lujo de detalles el “bonapartismo” de Luis Napoleón; en magistrales obras sociológicas de análisis como El 18 Brumario y la Lucha de Clases en Francia. Había denunciado a las cortes europeas coaligadas en la reaccionaria Santa Alianza y los intentos europeos de crear Imperios retardatarios y caducos en Méjico, Brasil y los Andes. Sus importantes textos analíticos sobre la revolución en España también ya eran conocidos.

Se había referido con clarividencia excepcional al papel del colonialismo inglés en China y la India y a la utilización por parte del sistema colonial

del capitalismo mundial, del trabajo de los negros esclavos en las grandes haciendas y grandes plantaciones del Brasil, el Caribe tanto inglés como español, y sobre todo en el sur de los Estados Unidos, describiendo la singular clase social de “capitalista-esclavista-latifundista” que esta modalidad de explotación engendraba, y las implicaciones que esto tenía en el proceso de expansión del capitalismo industrial del norte, sobre las grandes plantaciones algodoneras del el sur, así como su influencia en el desarrollo de la Guerra Civil norteamericana.

Conocía de la revuelta de los esclavos en Haití después de la Revolución Francesa de 1789 y su estado de sublevación permanente en todo el Caribe contra sus propietarios, y por sobre todo, tenía acostumbrados a sus lectores, camaradas y discípulos, a sólidas y lógicas explicaciones dialécticas sobre la lucha de clases sociales como premisa para cualquier análisis histórico social.

Con un acumulado así, ¿Cómo es posible que Marx hubiera escrito un artículo tan deforme, superficial y volátil como este que venimos comentando?

Que hubiera escrito en varias ocasiones sobre “la revolución, los patriotas, la revolución suramericana, los revolucionarios”, etc., sin ninguna contextualización ni histórica ni social; sin decir nada acerca del tipo de revolución que se estaba definiendo en esa guerra, las clases sociales enfrentadas: si era una revolución patriótica que se definía con la “expulsión definitiva de los españoles”. O era una revolución social en cuyo fondo estaban los problemas de la utilización por parte del sistema colonial del capitalismo mundial del trabajo de los negros esclavos en los grandes latifundios de plantación venezolana o en las minas de oro de la Nueva Granada, junto con el problema del trabajo forzado o “mitayo” de los indígenas en las minas el Perú y el Potosí.

Tema esencial de un análisis marxista, que solo se toca en todo el texto con la frase superficial de “la promesa de liberar a los esclavos hecha al presidente haitiano Pétion”. Desde hacía un siglo era sabido por las obras del alemán von Humboldt, que la parasitaria Corona Española sostenía su decadencia y sus arcas con el oro que salía de las montañas suramericanas extraído por esclavos negros y mitayos indígenas, además,

de las inmensas ganancias obtenidas por el rígido monopolio comercial sobre los productos agrícolas como el cacao y la caña de azúcar, producidos en las grandes plantaciones del Caribe también trabajadas con abundante mano de obra esclava. Esto sin contar los jugosos ingresos que recibía por el mercadeo de los propios esclavos en sus puertos caribeños.

Además, debido a la amplia propaganda que habían realizado los románticos liberales europeos y que Marx zahería continuamente, para la época en que se escribió el artículo, era de conocimiento público que la libertad de los esclavos era un punto álgido en el proceso de independencia en toda América. Bastaba leerlo en los decretos expedidos por Bolívar o en su defecto en la Constitución Boliviana, que el articulista da a entender había leído en detalle para poder calificarla como un “code Napoleón”.

¿Cómo no referirse a ello, mientras hay una explanada crítica sobre las tendencias dictatoriales del personaje biografiado basándose en esa Constitución?

“Descendía de una de las familias mantuanas, que en la época de la dominación española constituían la nobleza criolla en Venezuela. Con arreglo a las costumbres de los americanos acaudalados de la época, se le envió a Europa a la temprana edad...”. Se lee como única mención a una clase social en todo el texto. Si hay nobleza, se debe concluir que también hay peones. Entonces, las grandes cantidades de soldados y combatientes de ambos lados enfrentados en una guerra y que el mismo articulista comenta ¿De dónde salieron? ¿Eran negros esclavos contra sus propietarios o eran peones contra los nobles criollos?

¿Eran nobles criollos con sus peones contra nobles españoles y sus tropas traídas de España? O ¿Eran “americanos acaudalados” contra no acaudalados, es decir ricos contra pobres los que guerreaban?

¿Es ese el idioma del autor del Manifiesto Comunista? Mi respuesta tajante es: ¡No!

¿Cómo, después de leída la Carta de Jamaica de 1815, que no queremos calificar porque ella sola lo hace, se reduce a esta parrafada?: “Una vez llegado a este punto de refugio (Jamaica), publicó una proclama en que se

presenta como víctima de alguna fracción o enemigo secreto y defendía su fuga ante los españoles como si se tratara de una renuncia al mando, efectuada en aras de la paz pública”.

Bolívar siempre y desde sus inicios hasta que fue derrotado por ellos, tuvo que luchar contra lo que llamó las “facciones de los tiranuelos” y pequeños caudillos militares rivales quienes representaban los estrechos intereses locales oligárquicos de los ESCLAVISTAS fueran ellos terratenientes, mineros o grandes comerciantes, dominantes en cada una de las provincias estancos en que el colonialismo había intencionalmente fraccionado la producción económica en sus colonias; hasta lograr imponer su concepción continental y de avanzada social en la conducción política y militar de la lucha anticolonial.

Pero, una vez el colonialismo fue derrotado irreversiblemente en Ayacucho en 1824 y sin la presencia del enemigo que los unificó temporalmente, recogieron las concesiones que le habían hecho a Bolívar con respecto a la libertad de los esclavos matizándola en las constituciones como “libertada de vientres”, y de la liberación de la tierra y de los campesinos de las rígidas y regresivas trabas eclesiásticas y coloniales, le voltearon la cara para dar marcha atrás al proceso de reformas económicas y sociales, que Bolívar rebasando y sobrepasando a su propia clase social, había iniciado en el Alto Perú después de la rendición del virrey español La Serna.

En Colombia el hacendado sabanero Manuel Del Castillo y su continuador y amigo, el leguleyo F.P. Santander, asociado luego del atentado septembrino con la poderosa familia de hacendados esclavistas payaneses los Mosquera, incluyendo a uno de ellos extrañamente apellidado Obando (quien bajo la protección legal del mismo Santander) organizó el asesinato del más claro exponente del pensamiento y la acción de Bolívar: el gran mariscal Sucre.

En Venezuela sus compañeros mantuanos Ribas, Mariño, Arismendi, Bermúdez. Un mulato caribeño con pretensiones de ser noble portugués de apellido Piar a quien debió fusilar y el llanero raso Páez, quien luego de convertirse en el más grande latifundista del país llegó a ser su presidente.

En Ecuador Flores, hijo de un peluquero venezolano venido con el Ejército Patriota y que a su sombra ascendió como alto oficial hasta emparentarse en matrimonio con las grandes familias de latifundistas de la región, hasta llegar a gobernar a esa nación.

Y en el Perú los gamonales Torre Tagle, Riva Agüero y el militar guayaquileño José La Mar. Todos ellos siempre lo acusaron de “dictador centralista”, como si una guerra se pudiera dirigir sin mando central. Se declararon antimilitaristas” con el fin de convertir en montoneras armadas y destruir el Ejército Patriota gran-colombiano conformado al estilo moderno de un ejército europeo, que Bolívar había ido construyendo a partir de los 70 hombres en Calamar (Barrancas) en el Bajo Magdalena, en diciembre de 1812, llevándolo victorioso, después de 16 años de intenso y continuo batallar, hasta la puna peruana de Junín y Ayacucho, con técnicas de combate que envidiaría cualquier mariscal noratlántico

Los Decretos documentados y expedidos por Bolívar, después de la expedición de Haití en Carúpano en 1816, en Angostura en 1819, en Quito después de Pichincha en 1822, en Trujillo en 1824 meses antes de Junín, y en Alto Perú después de Ayacucho en 1826, cuando se estaba creando la actual Bolivia; en los cuales se otorgaba la libertad TOTAL a los esclavos, se devolvía la tierra a las comunidades indígenas, se liberaba, la tenencia de la tierra junto con los campesinos, de las regresivas y rígidas trabas eclesiásticas y coloniales y se estimulaba la producción, y se crearon varias universidades públicas; no podían seguir siendo sostenidos por mucho tiempo más y debían ser desmontados y echados para atrás.

Los acontecimientos desde septiembre de 1826, cuando Bolívar abandona Lima rumbo a Colombia, hasta su triste muerte en San Pedro Alejandrino cuatro años después (17 diciembre de 1830) solo muestra las traiciones, conspiraciones y conjuras asesinas de que se valieron sus antiguos compañeros de armas para desmontar y descuartizar su proyecto de ordenamiento post-colonial de la Gran República de Colombia y de la confederación continental hispanoamericana, en “patriecitas” oligárquicas de apariencia liberal.

Para cuando se escribió el artículo atribuido a Marx, hacia casi tres

décadas el proyecto anfictionico bolivariano había sido liquidado con el visto bueno del gobierno norteamericano en expansión, las constituciones de Bolivia y de la Gran República de Colombia no existían, y estos “tiranuelos facciosos” imponían sus mezquinos intereses en sus parroquias. Lo que ni siquiera merece mención en el artículo, en un momento histórico muy comentado y analizado en Europa, porque en el mundo entero estaban surgiendo naciones como champiñones en el bosque.

Para terminar, debo reconocer que lo ÚNICO serio que se escribe en el artículo, cuya autoría real desconozco; es la extensa cita retratando de cuerpo entero a Bolívar, que se hace a su final como si fuera una extensa conclusión, realizada por el militar de fortuna Ducoudray-Holstein quien sí conoció al biografiado, cuando lo expulsó del Ejército Patriota porque no le permitió depredar y lucrarse aprovechando su posición de mando y debió regresar a su país, Francia, a escribir la famosa diatriba y que en el último renglón dice así: “Oculta magistralmente sus defectos bajo la urbanidad de un hombre educado en el beau monde (bello mundo) y posee un talento casi asiático para conocer a los hombres”.

Lo que lleva a recordar las recomendaciones que hacia Maquiavelo tres siglos antes a los Príncipes.

Y es que siguiendo al florentino Maquiavelo, fundador de la ciencia política, se puede concluir que Bolívar fue un verdadero “Profeta Armado” que basado en un ejército moderno propio, predicó y realizó su objetivo patriótico de liberar a su gran Patria (la otra América) del sojuzgamiento colonial, para unirla en una gran “republica”, sin hacer concesiones a las propuestas monárquicas que algunos rústicos claudicantes como Páez le hicieron. Un “Príncipe moderno” y revolucionario, verdadero reformador social que unas veces actuó como “zorro” para evitar trampas y otras como “león” imponiendo respeto. Que sorteó tres intentos serios de asesinarlo y sobrevivió múltiples batallas campales. Y cuya motivación intima invariable fue la búsqueda de del poder y la gloria COLECTIVAS dentro del objetivo histórico de su clase social, de derrotar al colonialismo en América, combinando exitosamente las dos mitades que según Maquiavelo rigen toda acción humana trascendente: “Virtud y Fortuna”.

NOTAS.

1. El texto completo del “*Documento de recomendaciones de la Comisión de Personalidades a la Mesa del Caguán*”, fechado el 19 de septiembre de 2001, está disponible en el sitio Web del Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (INDEPAZ) de Bogotá, en el siguiente enlace: <http://www.indepaz.org.co/documento-de-recomendaciones-de-la-comision-de-personalidades/>
2. Aranguren Molina, Mauricio, “*Mi confesión. Carlos Castaño revela sus secretos*”, Bogotá, La Oveja Negra, 2001, p. 312.
3. Como es sabido, en los años que Carlos Castaño estuvo al mando de las AUC y otras siglas paramilitares (años ochenta del pasado siglo hasta 2003/2004), se produjeron numerosas masacres de campesinos, sindicalistas y dirigentes indígenas; además de asesinatos selectivos de políticos, abogados, líderes sociales, candidatos en procesos electorales, etc., en su mayor parte de formaciones de izquierdas. En ocasiones llevados a cabo, ya sea en la fase informativa o en la ejecutora, con la colaboración de los aparatos estatales (cuerpos policiales, servicios de inteligencia y unidades militares del ejército). Valga citar a Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo Ossa (ambos candidatos a la Presidencia del país por la Unión Patriótica), Carlos Pizarro (ex comandante del M-19), Manuel Cepeda (senador), Eduardo Umaña (abogado, profesor y defensor de derechos humanos), Jaime Garzón (periodista y humorista), Silvia Duzán (periodista) y Kimy Pernía (líder embera), entre otras personas. Sin duda, Alberto Pinzón, al menos entre 2001 y 2002, fue uno de los que estuvo en el punto de mira.
4. Entrevista de Cecilia Orozco en El Espectador, 22 de noviembre de 2014, <https://www.elespectador.com/noticias/politica/farc-estan-cambiando-el-resto-del-pais-articulo-529034#>.
5. Pinzón Sánchez, Alberto, “*Lecciones del Proceso de Paz 1998-2002. La experiencia del Caguán*”, Rebelión, 13 de enero de 2011,

<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=120131>.

6. Aparte de algunos trabajos anteriores (Dotor, Ángel, “Sobre estada de Bolívar en Bilbao en 1801 y 1802”, en: Lecuna, Vicente (comp.), Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Venezuela), t. XXXV, núm. 140, 1952; Amezaga, Vicente, “El Bilbao de Bolívar”, Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, vol. XXV, 1966; Llano Gorostiza, Manuel, Bolívar en Vizcaya, Bilbao, Banco de Vizcaya, 1976; y Abrisketa, Francisco, “Bolívar en el Bilbao de 1801. Comunicación de ingreso como miembro correspondiente en la Sociedad Bolivariana de Colombia”, Bogotá, 17 de agosto de 1978, texto disponible en el Fondo Bolivariano de la Biblioteca del Parlamento Vasco en Vitoria-Gasteiz), remito a la excelente investigación que se ocupa específicamente del pasaje referenciado de la autoría del historiador y politólogo venezolano: Cardozo Uzcategui, Alejandro, Simón Bolívar y Bilbao. El hombre antes del héroe, Vitoria-Gasteiz, Editorial Nuevos Aires, 2011.

7. Godo es el sinónimo despectivo dado al rey ultramontano Fernando VII, y por extensión a los blancos españoles y realistas gobernantes.

8. Nótese la comparación despreciable que hacen del rey Felipe II.

9. La Madre Patria es Venezuela, no España.

10. Se resalta la importancia que le dan a la empresa de la liberación.

11. Se refieren a las insurrecciones comuneras de José Antonio Galán y Túpac Amaru cruelmente aplastadas.

12. Se alude de la revuelta popular y de esclavos dirigida por Juan Francisco León.

13. Se habla de la dominación colonial española como un maldito cautiverio y se destaca el tratamiento colectivo que tiene la carta.

14. Este general español de apellidos Cagigal Martínez, encargado en 1813 por Monteverde y un año después nombrado de manera oficial como

capitán general de Venezuela por el virrey de la Nueva Granada, y quien fuera derrotado por Bolívar en Carabobo, ha sido con frecuencia confundido con su homónimo el gobernador de Cuba Cagigal y Montserrat, amigo de Miranda y fallecido en 1808.

15. Althusser Louis. *“Política e historia. De Maquiavelo a Marx. Ediciones Katz 2007. Althusser Louis. Maquiavelo y nosotros”*. Ediciones Akal, 2004.

16. González, Margarita. *“Bolívar y la Independencia de Cuba”*. El Áncora Editores. Bogotá, 1985.

17. Pividal, Francisco. *“Bolívar: Pensamiento precursor del Antiimperialismo”*. Premio Casa de las Américas, La Habana. 1977, pp. 212-213.

18. Informe preliminar sobre las causas de la muerte de El Libertador Simón Bolívar. Comisión Presidencial para la Planificación y Activación del Proceso de Investigación Científica e Histórica, Sobre los Acontecimientos Relacionados con el Fallecimiento de El Libertador Simón Bolívar y el traslado a la Nación de sus restos mortales. Caracas, julio de 2012, <https://albaciudad.org/wp-content/uploads/2012/07/Informe-sobre-las-Causas-de-la-Muerte-de-El-Libertador.pdf>.

19. Liévano Aguirre, Indalecio. *“Bolivarismo y Monroísmo”*. Ed. Revista Colombiana. Bogotá, 1969.

Alberto Pinzón Sánchez (Bogotá, 1 de enero de 1945)

Cuenta en su formación con las titulaciones de antropólogo (Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1978); médico-cirujano (Universidad de Caldas, Manizales, 1980); master en Administración de Salud (Universidad Javeriana, Bogotá, 1985) y otros diplomas en el área de salud pública; y especialista en Resolución de Conflictos (Universidad Javeriana, Bogotá, 1997). Participó en los diálogos de paz entre el gobierno del presidente Andres Pastrana y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) como integrante de la Comisión de Notables que dio recomendaciones a ambas partes para intentar destrabar los diálogos. Exiliado en Alemania, Pinzón Sanchez, escribe artículos sobre los procesos de paz, el Bloque de Poder Contra-insurgente y el conflicto armado colombiano.

